

LAS CAMPAÑAS DE LOS EJERCITOS LIBERTADORES

1838 - 1852

Por el Teniente Coronel

JUAN BEVERINA

Pedro Avalío



BUENOS AIRES

Estab. Gráfico FERRARI Hnos. - 341 Balcarce 345

1923

Biblioteca del Oficial

Aparece mensualmente en tomos de 150 a 200 páginas como mínimo

Desde el 1º de Julio de 1921 rige la siguiente tarifa de precios:

	Subscrip.	Número suelto	Números atrasados 1 al LIV
Actuales subscriptores.......	$ 2.00	$ 3.00	$ 4.00
Nuevos subscriptores que sean socios del Círculo	» 2.00	» 3.00	» 4.00
Nuevos subscriptores que no sean socios del Círculo.....	» 4.00	» 4.00	» 5.00
Para el extranjero y civiles..	» 5.00	» 5.00	» 5.00

El subscriptor sólo tiene derecho al volumen que, como tal, le corresponde y a un número suelto al precio de tarifa.

A medida que aparezca un nuevo volumen se aumentará otro a los atrasados.

Para las reparticiones militares, unidades, etc., y cadetes del Colegio Militar, regirá la misma tarifa que para los actuales subscriptores.

La comisión de BIBLIOTECA DEL OFICIAL se reserva el derecho de aumentar los precios que no sean de subscripción para determinadas obras.

DIRECCION Y ADMINISTRACION

FLORIDA 221 — Buenos Aires — FLORIDA 221

LAS CAMPAÑAS

DE LOS EJERCITOS LIBERTADORES

1838 - 1852

BIBLIOTECA DEL OFICIAL

BIBLIOTECA DEL OFICIAL

LAS CAMPAÑAS
DE LOS EJERCITOS LIBERTADORES

1838 - 1852

Por el Teniente Coronel

JUAN BEVERINA



BUENOS AIRES

Estab. Gráfico FERRARI Hnos. - 341 Balcarce 345

1923

Queda hecho el depósito que marca la ley Nº 7092.

INDICE

APENDICE

CARTOGRAFIA

INTRODUCCION

Urgidos por solicitaciones que representaban un compromiso moral ineludible, tuvimos que preparar el año pasado un trabajo con destino al *Primer Congreso de Historia Nacional* sobre el tema siguiente: *"Actuación de los militares contra la tiranía de Rosas"*.

Durante su ejecución, obligados a estudiar a fondo los acontecimientos políticos y, de preferencia, los militares que se produjeron en nuestro país, originados por las múltiples reacciones armadas contra el poder despótico de Rosas, pudimos convencernos bien pronto de la suma importancia militar que revisten tanto las campañas mismas como las numerosas acciones tácticas que en ellas se produjeron. Desde ese momento nos formamos el propósito de aprovechar los trabajos de investigación y de estudio realizados, para preparar para los camaradas del ejército una pequeña obra que agrupase todos los sucesos militares de aquella época, con el relativo análisis crítico profesional, salvando así el actual inconveniente de no encontrar en un solo libro todo lo que atañe a aquel período o de estar esos acontecimientos relatados con espíritu apasionado o con escasos antecedentes sobre el desarrollo y el valor de la acción militar misma.

No es nuestro propósito hacer aquí un estudio completo de las campañas de los diferentes ejércitos libertadores, porque sería una tarea en extremo ardua y de muy larga duración, para la cual no disponemos de tiempo. Sólo es nuestro deseo ofrecer a todos los camaradas la oportunidad de conocer en conjunto los acontecimientos de ese interesantísimo período histórico, que tantas enseñanzas contienen en el orden militar nacional; y, en especial modo,

ofrecer una base a los alumnos de las escuelas militares y a los jóvenes oficiales que prestan sus servicios en los cuerpos, para la ejecución de monografías históricas como temas de conferencias en las aulas, en los cuarteles y aun sobre el terreno; y, por último, presentar a los jefes una serie de ejemplos que bien pueden inspirar situaciones tácticas y aun estratégicas, en las cuales la realidad resultará cada vez su mérito principal.

Estos múltiples beneficios que nos lisonjeamos de poder obtener mediante el presente trabajo, nos estimularon a tratar de facilitar la tarea venidera de los camaradas, no sólo completando el texto con una parte cartográfica casi toda *original*, constituída por algunas cartas de conjunto y numerosos croquis y esquicios de combates, sino también haciendo preceder cada campaña por una nota bibliográfica lo más completa posible y transcribiendo en un apéndice algunos documentos inéditos y otros que ya se encuentran publicados, pero cuya consulta resultará para muchos no siempre accesible y fácil.

Finalmente, y cual síntesis del estudio de cada campaña, se cerrarán los diversos capítulos con algunas observaciones críticas de interés militar, que constituirán las enseñanzas a obtener cada vez de los acontecimientos, relacionados con las modalidades y los principios orgánicos, tácticos y estratégicos de aquella época, con el terreno, con los medios disponibles y con los demás factores que ejercieron influencia sobre el desarrollo de las operaciones.

Un capítulo especial cerrará el trabajo, condensando en él algunas conclusiones que se puedan obtener del examen de conjunto, correlacionando entre sí las diferentes campañas y deduciendo las enseñanzas que, guardadas las debidas proporciones, pueden tener su aplicación en la actualidad.

Buenos Aires, enero de 1923.

J. B.



NOTA BIBLIOGRAFICA DEL CAPITULO I

Generalidades y antecedentes históricos (1)

1.—*Díaz Antonio*: *Historia política y militar de las repúblicas del Plata, desde el año de* 1828 *hasta el de* 1866. 12 tomos. Montevideo, 1877-1878.

2.—*Saldías Adolfo*: *Historia de la Confederación Argentina. Rosas y su época*. 5 tomos. Tercera edición. Buenos Aires, 1911.

3.—Bilbao Manuel: Historia de Rosas. Tomo único. Edición de "La Cultura Argentina". Buenos Aires, 1919.

4.—*Pelliza Mariano A.*: *La dictadura de Rosas*. 1 tomo. Edición de "La Cultura Argentina". Buenos Aires, 1917.

5.—*López Vicente Fidel*: *Manual de la Historia Argentina*. 1 tomo. Edición de "La Cultura Argentina". Buenos Aires, 1916.

6.—*Zinny Antonio*: *Historia de los gobernadores de las provincias argentinas*. 5 tomos. Edición de "La Cultura Argentina". Buenos Aires, 1920-1921.

7.—Ruiz Moreno Mártín: La revolución contra la tiranía y la organización nacional. (Ver I tomo, cap. XII: El general Oribe y la guerra en la República Oriental). Rosario, 1905.

---

(1) En esta lista se indican no sólo las obras que con especialidad se refieren al tema del capítulo I, sino también todas aquellas que tratan íntegramente el período histórico considerado. Esto nos eximirá de repetir en las notas bibliográficas de cada campaña la enumeración de las obras de esta última categoría, las cuales se distinguen en la presente lista por estar impresos en bastardilla el nombre del autor y el título de la obra.



8.—*Martínez Benigno T.*: *Historia de la Provincia de Entre Ríos.* II tomo (Buenos Aires, 1910); III tomo (Rosario, 1920).

9.—*Cervera Manuel M.*: *Historia de la ciudad* y *provincia de Santa Fe.* II tomo. Santa Fe, 1908.

10.—Carranza Angel J.: La revolución del 39 en el sur de Buenos Aires. 1 tomo. Edición de "La Cultura Argentina". Buenos Aires, 1919.

11.—Lassaga Ramón J.: Historia de López. 1 tomo. Buenos Aires, 1881.

12.—*La Gaceta Mercantil, diario comercial, político* y *literario.* Buenos Aires, 1.° de octubre de 1823 - 3 de febrero de 1852. (Puede consultarse en la Biblioteca Nacional o en el Museo Mitre).

Capítulo I — Generalidades y Antecedentes Históricos.

RESUMEN:

I.—Fin que persigue la presente obra. — Características del período histórico abarcado por las campañas contra el dictador Rosas. — Clasificación de los ejércitos libertadores. — Naturaleza de los medios y de los elementos que utilizarán los beligerantes.

II.—Segundo período de gobierno de Rosas; su programa político y sus primeros actos de gobierno. — Los acontecimientos en el Estado Oriental y su repercusión sobre la política argentina. — Triunfo de la revolución de los colorados y situación de conjunto en 1838.

I

Fin que persigue la presente obra

La narración de los acontecimientos, en los cuales se destaca en el primer plano la figura del gobernador de Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas, a partir del momento en que por segunda vez asume el gobierno de la provincia (1835) hasta aquél en que es obligado a expatriarse por el triunfo de las armas del general Urquiza en el campo de batalla de *Caseros* (1852), no tiene como finalidad principal la de estudiar y analizar en su aspecto más saliente y característico el período de la dictadura de Rosas — sobre el cual se han vertido opiniones muy contradictorias por los historiadores que, no siempre con ánimo sereno y espíritu imparcial, han estudiado la personalidad del hombre que ha creado una de las épocas más funestas de la historia nacional, — sino simplemente la de presentar en forma compendiada los acontecimientos de ese período, que valgan a explicar cada vez las causas que obligaron a las

provincias a levantarse en armas para librarse de la tutela del gobernador de Buenos Aires y a no retroceder ante las consecuencias de una guerra civil, pues el móvil que la desencadenaba era juzgado sagrado y de valor decisivo para llegar a la organización constitucional del país.

El fin que hasta ahora han perseguido los historiadores que osaron aventurarse en el caos político, orgánico y social que en la historia institucional del país representa la dictadura de Rosas, ha sido, de preferencia, el de poner de relieve la figura del actor principal en los luctuosos acontecimientos de ese período histórico, para vilipendiar o ensalzar su actuación, según el punto de vista y el criterio generalmente unilateral de cada historiador y según también el odio o las simpatías que han predominado en el ánimo del biógrafo excesivamente severo o del panegirista complaciente. Con una perseverancia y una fe dignas de mejor causa, pero no vituperables si en ellos ha existido la recta intención de describir lealmente los acontecimientos de ese período, esos historiadores han intentado desentrañar las causas generadoras, utilizando al efecto la valiosa documentación y los antecedentes que más podían servir a sus fines especiales, y tratando después de explicar el alcance de los sucesos, para atribuir las responsabilidades a los que ellos juzgan los verdaderos causantes de la luctuosa y crítica situación atravesada por el país en ese período.

Para esta tarea de reconstrucción y de análisis, los historiadores se han basado, en primer término, en el estudio de la faz política y social, donde realmente radican las causas esenciales que pueden explicar el alcance y el móvil de los sucesos, y sólo en forma totalmente secundaria y obligados a ello por su importancia política fundamental, se refieren, con mayor o menor acopio de detalles, a los acontecimientos militares que abundaron en ese período. No llamará, pues, la atención que aquel que desee estudiar las campañas militares contra la dictadura, ya sea aisladamente o en su mutua relación y dependencia, tropiece con serias dificultades cuando intente consultar los antecedentes en la actual bibliografía histórica. De

ahí también que no sea pretensión el afirmar que las campañas de los ejércitos libertadores son las menos conocidas de la historia militar argentina.

Siguiendo un método inverso al empleado por los historiadores, nos proponemos con esta obra poner en primer plano la faz militar del período de la dictadura de Rosas, haciendo intervenir la parte política sólo en la medida indispensable para explicar la causa y el alcance de los acontecimientos militares, pues — según ya hemos manifestado — no es nuestro propósito estudiar en sí la dictadura de Rosas, sino las campañas militares a que dió lugar la situación creada al país por el gobernador de la provincia de Buenos Aires en su segundo período de gobierno.

Características del período histórico abarcado por las campañas contra el dictador Rosas.

Nacido el país a una vida independiente sin que las ideas políticas sobre el establecimiento de un gobierno propio estuviesen bien formadas en los que se hallaban al frente del movimiento emancipador y sin que tampoco existiese al respecto uniformidad de propósitos — tal como se manifestara, por ejemplo, en la larga lucha memorable contra los ejércitos españoles, — el país se vió sometido a duras pruebas por la intransigencia de los partidos políticos, por el sentimiento localista de las provincias y por las ambiciones personales de los caudillos.

En este desbordar funesto de pasiones y de intereses encontrados, largo y muy luctuoso resultó el tiempo transcurrido hasta obtenerse el natural equilibrio y hasta que los ánimos, hastiados del espectáculo sangriento de la lucha fratricida, comprendieron la necesidad de la concordia nacional y de establecer sobre sólidas bases los principios institucionales, no bien quedó eliminado de la escena política del país el personaje funesto, cuyas ambiciosas miras habían retardado por tantos años la obra de reconstrucción política nacional.

El período épico de las luchas internas, el más luctuoso en los anales de la historia argentina y, al mismo tiempo, el de mayor

trascendencia en el proceso de formación de la nacionalidad y en la evolución definitiva hacia la organización constitucional, es, sin duda, el que media de 1838 a 1852; período que se ha dado en llamar de *"revolución contra la tiranía"* y que, con igual derecho, podría designarse por el de los *"ejércitos libertadores"*. (1)

Si las campañas de la Independencia, por su noble finalidad política y espiritual, son consideradas a justo título las principales en la larga serie de las luchas que el país sostuvo durante medio siglo para alcanzar su definitiva organización nacional, no es menos cierto que, en orden de importancia, las campañas de los ejércitos libertadores ocupan el segundo lugar en el conjunto de los acontecimientos. Por tratarse de una lucha áspera y sin cuartel, de un batallar diario entre hermanos con gala de crueldades y con explosión de odios sangrientos, estas campañas contra la dictadura entronizada en Buenos Aires carecen, es cierto, de la santidad de la causa que glorifica y de la aureola que refulge en las empresas de los ejércitos de la Independencia. Sin embargo, aun cuando por opuestas sendas, las dos se complementan, pues concurren a una idéntica finalidad de resultados: la formación y la organización de la nacionalidad.

Clasificación de los ejércitos libertadores

Las numerosas reacciones armadas de las provincias, que al pretender derribar a Rosas tendían a readquirir los derechos abusivamente retenidos por el dictador y a independizarse de la tutela absorbente de Buenos Aires, pueden ser agrupadas y especificadas por orden cronológico con la designación de las campañas que llevaron a cabo los sucesivos *ejércitos libertadores,* cuya enumeración — que podemos considerar fundamental y definitiva — conviene hacer aquí, no sólo para el mayor orden en el presente estudio, sino también para corregir las equivocadas denominaciones que hasta

(1) El término de *"ejércitos libertadores"* no es arbitrario, pues ha sido consagrado en documentos oficiales, que reconocían tal carácter a las agrupaciones armadas puestas en pie por las provincias desde 1838 hasta 1852 para librarse de la dominación despótica a la cual Rosas mantenía sujeto el país.

ahora han empleado los historiadores al referirse a la actuación de algunas de esas agrupaciones armadas.

Primer Ejército Libertador: Fué formado a fines de 1838 por la provincia de Corrientes, aliada con el Estado Oriental, cuyos destinos eran regidos por el general Fructuoso Rivera. A las órdenes de su gobernador, Genaro Berón de Astrada, este primer ejército fué aniquilado en *Pago Largo* el 31 de marzo de 1839 por el ejército federal entrerriano al mando del gobernador de Entre Ríos. general Pascual Echagüe.

Segundo Ejército Libertador: Se constituyó sobre la base de la *Legión libertadora*, organizada en Montevideo en 1839 por la *Comisión argentina* y aumentada en Martín García por el general Lavalle. Este núcleo primitivo fué reforzado considerablemente en Corrientes con elementos de la provincia. Conducido por el general Lavalle, realizaba en 1840 la invasión a Entre Ríos, donde obtenía la victoria de *Don Cristóbal* sobre las fuerzas del gobernador Echagüe, pero era derrotado tres meses más tarde en *Sauce Grande*. Con la mayor parte del ejército libertador, el general Lavalle trasladaba las operaciones de la guerra a la provincia de Buenos Aires, que resolvía evacuar poco después sin combate, para retirarse sobre Santa Fe y Córdoba. Empero, alcanzado en *Quebracho Herrado* el 28 de noviembre de 1840 por el ejército federal a las órdenes del general Manuel Oribe, dejaba de existir a causa de la derrota completa que experimentó en esta acción decisiva.

Tercer Ejército Libertador: Formóse a fines de 1839 en el sur de la provincia de Buenos Aires como consecuencia del movimiento revolucionario contra Rosas, provocado por el pronunciamiento de Dolores. Disolvíase totalmente después del combate de *Chascomús* (7 de noviembre de 1839), en el cual obtuvieron la victoria las tropas federales a las órdenes de Prudencio Rosas.

Cuarto Ejército Libertador: Lo constituyeron las provincias que en 1840 se agruparon en la llamada *Coalición del Norte;* a él se incorporaba el general Lavalle con los restos del segundo ejército libertador que pudieron salvarse del desastre de *Quebracho He-*

rrado. Los diferentes grupos en que se fraccionó el cuarto ejército libertador, a pesar de algunos éxitos parciales que lograron obtener, fueron totalmente aniquilados en *Famaillá* y en *Rodeo del Medio* (19 y 24 de septiembre de 1841) por las fuerzas federales guiadas por los generales Oribe y Pacheco.

Quinto Ejército Libertador: Sobre la base del *cuerpo de reserva* formado en Corrientes en 1840 al invadir el general Lavalle la provincia de Entre Ríos con el segundo ejército libertador, el general Paz organizaba en 1841 el quinto ejército de esa denominación, obteniendo con él la memorable victoria de *Caaguazú* (28 de noviembre de 1841) sobre el ejército federal entrerriano a las órdenes del general Echagüe.

Sexto Ejército Libertador: Fué constituído en 1842 con los contingentes proporcionados por el Estado Oriental, la provincia de Corrientes y la de Santa Fe, confiándose su comando al general Fructuoso Rivera por su doble carácter de presidente del Estado Oriental y de director de la guerra contra Rosas. Disolvióse a consecuencia de la derrota sufrida el 6 de diciembre de 1842 en *Arroyo Grande*, donde obtuvo la victoria el ejército federal a las órdenes del general Manuel Oribe.

Séptimo Ejército Libertador: Fué organizado en Corrientes en 1845 por el general Paz con elementos de esta provincia y con una división paraguaya de 4.000 hombres de las tres armas. Se disolvió en 1846, pero no a consecuencia de una acción táctica desfavorable (pues el general Urquiza había resuelto no atacar la posición libertadora de *Ubajay* y retroceder a su provincia), sino por la desorganización e indisciplina que en el mismo habían producido los hábiles manejos políticos del general Urquiza.

Octavo Ejército Libertador: Lo formó en 1847 la provincia de Corrientes a las órdenes de su gobernador Joaquín Madariaga. Atacado por el ejército federal a las órdenes del general Urquiza, fué exterminado en *Vences* el 27 de noviembre de 1847.

Noveno Ejército Libertador: Actuó en los años de 1851 y 1852 a las órdenes del general Urquiza en su doble campaña contra el

general Oribe en el Estado Oriental y contra el dictador Rosas en las provincias de Santa Fe y de Buenos Aires. Se constituyó con los contingentes de las provincias de Entre Ríos y de Corrientes, del Imperio del Brasil y del Estado Oriental del Uruguay. Con este ejército, el general Urquiza obtuvo la victoria de *Caseros* (3 de febrero de 1852), cerrando esta batalla decisiva la serie de los ejércitos libertadores.

Naturaleza de los medios y de los elementos que utilizarán los beligerantes

La apreciación en su justo valor de la actuación y del alcance de los resultados que obtendrán los beligerantes en las diferentes campañas que constituyen el período histórico que se estudia, exige un conocimiento previo de la organización y de los métodos de guerra que predominaban en aquella época. Sin embargo, en atención al carácter compendiado de esta obra, como también a que esos antecedentes ya han sido tratados en detalle en un estudio anterior, nos limitaremos aquí a presentar en un breve resumen las características principales de las fuerzas contrapuestas, aconsejando a los que deseen mayores datos al respecto la lectura del estudio a que ya nos hemos referido, cuya consulta, por otra parte, será muy fácil por la relativa divulgación de la obra que lo contiene. (1)

Todas las agrupaciones armadas que tomaron la denominación de *ejércitos libertadores* fueron constituídas con *milicias*, que eran reunidas por los caudillos o por las autoridades departamentales — jefes natos de las unidades de esa naturaleza que se formaban en la respectiva jurisdicción territorial — en virtud de las órdenes impartidas por el gobierno provincial.

En la constitución de estos ejércitos no faltaban los *voluntarios*, casi siempre provenientes de otras provincias y aun de los países vecinos, los cuales acudían a engrosar las filas de los libertadores

(1) Nos referimos a nuestro libro "*Caseros. — Estudio histórico militar de las campañas de* 1851-52", donde el lector hallará abundantes antecedentes sobre la organización y los métodos de guerra empleados en aquella época.

por espontánea adhesión a la bondad de la causa que éstos defendían o atraídos simplemente por el prestigio del jefe designado para dirigir la campaña.

Sin embargo, en la formación del *"Ejército grande aliado de Sud América"* del general Urquiza (o *noveno ejército libertador*) entraron algunos núcleos de tropas veteranas, formadas por las unidades de línea — especialmente de infantería — que proporcionaron las provincias de Entre Ríos y de Corrientes, el Estado Oriental del Uruguay y el Imperio de Brasil, ligados por la alianza que el general Urquiza había logrado crear contra el dictador Rosas.

El personal de las unidades de milicias, al ser llamado a las armas, carece, por lo común, de la instrucción militar y de la disciplina necesarias, que son las condiciones que crean la conciencia del propio valer y que para el jefe constituyen en la guerra el elemento más formidable para llevar a ejecución los planes concebidos y para forjar la victoria.

A veces es posible hallar entre sus componentes algunos sobrevivientes de los antiguos y gloriosos ejércitos de las guerras de la Independencia y de Brasil; no son escasos tampoco los que han servido en cuerpos de milicias utilizados transitoriamente en la guerra contra el indio, en las revueltas internas de los caudillos o en las frecuentes luchas interprovinciales: guerra siempre irregular, en la cual predomina la táctica peculiar del acecho, de la astucia y de la sorpresa, y en cuyos encuentros la escasez de las armas de fuego perfeccionadas y la falta de cohesión en las unidades por la insuficiente disciplina e instrucción, obligan a buscar la victoria en el clásico entrevero a lanza y cuchillo y en la preponderancia del valor personal y de las cualidades de jinete.

Pero este ocasional y pequeño núcleo veterano se pierde en la totalidad de la informe agrupación de hombres llamados a las armas, bruscamente arrancados a sus habituales ocupaciones para ser convertidos en soldados en defensa de una causa, cuyo alcance no siempre logran penetrar. Cuanto más ignorante es el hombre tanto más difícil resulta la tarea de modificarle los innatos prejuicios y

de destruirle una suspicacia inveterada, para hacerle comprender que la guerra no es ya el resultado de la ambición de los caudillos — como lo era en las contiendas anteriores, — sino un deber sagrado de hombres libres en una lucha en defensa de los fueros provinciales y para la seguridad misma de sus hogares.

Lento es el proceso de organización y de preparación de estos ejércitos para sus funciones en la guerra. Sin embargo, las necesidades operativas y hasta las circunstancias políticas y los factores morales, obligan a menudo a entrar en campaña antes de haber dado término a esas tareas, ya sea porque la situación aconseje aprovechar una ocasión oportuna para llevar la ofensiva al territorio del adversario, o bien porque éste, siempre mejor preparado por los mayores recursos de que dispone, se haya decidido con una acción vigorosa y fulminante a impedir que el revoltoso disponga del tiempo indispensable para organizar y aumentar sus fuerzas. Se producen así, ya sea encuentros prematuros, en los cuales las tropas libertadoras llevan casi siempre la peor parte, o bien una sucesión de retiradas y de persecuciones, en el deseo muy lógico, en el primer caso, de ponerse fuera del alcance del adversario y de eludir la decisión hasta el momento en que se juzgue poder librar a una batalla la suerte de la campaña; y en el segundo caso, para aprovechar la situación desfavorable del enemigo, buscando alcanzarlo a fin de destruir sus fuerzas antes de que estén en condiciones de reaccionar o de hacer pie en una posición defensiva adecuada.

Lo que principalmente caracterizará la actuación de la mayor parte de los ejércitos libertadores, cada vez que sus jefes hayan resuelto adoptar un plan ofensivo, es el largo tiempo que transcurrirá hasta el momento en que se produzca el primer choque de alguna importancia con el adversario. La explicación no es difícil cuando se considere no sólo el largo tiempo que demandará la reunión y organización de esos ejércitos improvisados, sino también las grandes distancias interpuestas, la dificultad de las comunicaciones, y a menudo también la escasez de recursos en el terreno recorrido, para atender a la subsistencia del ejército y al reemplazo de los medios de movilidad.

A las enumeradas deficiencias generales del personal agregábase otra igualmente importante, que ponía a prueba la paciencia, la fertilidad de iniciativas y las dotes de organizador de los jefes de los ejércitos libertadores.

La angustiosa situación creada a las provincias rebeldes por la prohibición del dictador Rosas de introducir armas y otros elementos bélicos por un puerto que no fuese el de Buenos Aires — medida que, hecha extensiva a la importación y exportación de los demás productos, constituía una especie de bloqueo con trascendencias de dependencia económica de todas las provincias de la de Buenos Aires, — les impedía disponer en el momento crítico de un armamento y material bélico equivalentes en cantidad y en eficacia a los de su adversario, como también poder contar con los indispensables recursos pecuniarios que requerían el sostenimiento del ejército y la provisión del vestuario y equipo.

En contraposición, las huestes federales que llenarán la tarea de sostener la política ambiciosa del dictador Rosas, aniquilando las fuerzas de las provincias que pretenden rebelarse contra su dominación, son formidables por su número, por su calidad, por el armamento que poseen y por los abundantes recursos de que disponen.

El núcleo preponderante de estas tropas, la base de su valor orgánico, operativo y táctico reside en las numerosas unidades de línea que con carácter permanente son sostenidas por la provincia de Buenos Aires y por las de Santa Fe y de Entre Ríos, que con sus gobernadores Estanislao López y Pascual Echagüe responden incondicionalmente a la política de Rosas desde la época en que, por la formación de la llamada *liga del litoral,* habíase estipulado el tratado federativo del 4 de enero de 1831.

Numerosas unidades de milicias, llamadas periódicamente al servicio activo con el fin ostensible de auxiliar a las tropas de línea en la defensa de las dilatadas fronteras contra los indios y especialmente cada vez que el suspicaz dictador juzgaba que la situación interior o exterior podía poner en peligro su estabilidad en el go-

bierno, concurrían a aumentar los efectivos de los ejércitos federales con elementos casi tan valiosos como las tropas de línea, pues los frecuentes llamados de las milicias, sus largas permanencias en los campamentos y su utilización en la guerra al salvaje o en las campañas llevadas al interior del país, constituían un excelente aprendizaje y un valioso entrenamiento para aumentar su capacidad operativa y táctica.

Ya durante su primer período de gobierno (1829-1832), Rosas, con una clara intuición de las futuras necesidades, había dedicado preferente atención a la tarea de crear y organizar en sólido pie las fuerzas armadas que debían constituir el principal apoyo de su política.

Según manifiesta uno de sus biógrafos (1), "Rosas había com-
" prendido en su campaña contra Lavalle (en 1829), que las fuer-
" zas militares sin disciplina eran débiles. Había luchado contra
" un cuerpo diminuto con un número que correspondía a siete hom-
" bres por uno de los enemigos, sin poderlo destruir, teniendo que
" recurrir a la guerra de recursos para obtener las capitulaciones.
" (2) Había aprendido algo de más importante, y era que las in-

---

(1) Manuel Bilbao: *Historia de Rosas* (capítulo XI).

(2) Consideramos necesario dar aquí algunos antecedentes que sirvan de aclaración al concepto expresado por el historiador Bilbao.

Después de la revolución del 1.º de diciembre de 1828 y del fusilamiento del gobernador Dorrego ordenado por el general Lavalle, Rosas, que a la fecha era comandante general de la campaña y gozaba de sumo prestigio en ella, se dirigió a Santa Fe buscando el apoyo de su gobernador Estanislao López, a fin de destruir en la provincia de Buenos Aires la nueva situación creada por la revolución del partido unitario.

La ejecución de Dorrego había provocado protestas en casi todas las provincias, y la Convención nacional de Santa Fe, asumiendo la representación nacional, declaró crimen de alta traición al Estado el asesinato de Dorrego, pidió fuerzas a las demás provincias y las puso a las órdenes del gobernador Estanislao López, quien invadió la provincia de Buenos Aires.

El 26 de abril de 1829 el ejército de López, en el cual Rosas — según se desprende de un documento inédito — ocupaba el puesto de *mayor general* (equivalente al de jefe de estado mayor), después de haber cansado las tropas del general Lavalle y agotado sus elementos de movilidad con hábiles maniobras y con los mil recursos que a López y a Rosas sugerían sus profundos conocimientos de la guerra irregular de montoneras, atacaba las tropas del general Lavalle en *Puente de Márquez*. Las fuerzas conducidas por López alcan-

" fanterías de línea bastaban para obrar en las poblaciones e inuti-
" lizaban el arma de caballería en las ciudades. Que las infanterías
" eran la base principal de un ejército, suficientes para detener las
" mejores caballerías, tanto más cuando obraban apoyadas por la
" artillería. Antes creía Rosas que los gauchos bastaban para do-
" minar. Elegido gobernador (en 1829), creyó lo contrario y cam-
" bió de táctica para organizar el ejército. Sabía que le era necesa-
" rio crear un ejército de línea, porque la lucha con las provincias
" del interior estaba aplazada, sea que triunfase Paz, sea que ven-
" ciese Quiroga. (1) Si vencía Paz, la cuestión tenía que resol-
" verse en la campaña de Buenos Aires, porque los acontecimien-
" tos tenían que traerle al encuentro de Rosas. Si vencía Quiroga,
" la cuestión tenía que resolverse en las provincias, porque no po-
" dían existir dos árbitros de la Nación. Rosas desconfiaba de Ló-
" pez (Estanislao, gobernador de la provincia de Santa Fe), por
" la misión que había enviado Paz. (2) Temía que este caudillo

zaban a 7.000 hombres, en su totalidad gauchos e indios de la Pampa y del Chaco. El general Lavalle, en cambio, disponía de algo más de 1.000 hombres, pero todos ellos veteranos de la guerra del Brasil. La acción no se resolvió por un éxito táctico decisivo de ninguno de los dos adversarios; y si López y Rosas, a pesar de la enorme superioridad numérica de sus tropas, no lograron derrotar a los unitarios con las furiosas cargas llevadas contra sus escuadrones, sin embargo, tuvieron la satisfacción de obligar al general Lavalle a emprender la retirada, por el ardid empleado de apoderarse de las caballadas de reserva que éste conservaba a su retaguardia.

(1) Triunfante la revolución del 1.º de diciembre de 1828, encabezada por Lavalle, y eliminado en forma trágica el gobernador Dorrego después de la derrota de *Navarro* (9 de diciembre), el general Paz recibió del jefe de la revolución la tarea de marchar al interior con la segunda división del ejército que había regresado de la campaña del Brasil, a fin de sofocar en las provincias el movimiento que emprendían sus caudillos para castigar a los responsables de la ejecución de Dorrego. Las primeras operaciones del general Paz tuvieron feliz resultado, logrando derrotar en *San Roque* (22 de Abril de 1829) al gobernador Bustos y en la acción de *La Tablada* (23 de junio) al caudillo Quiroga, que capitaneaba una fuerza de 5.000 hombres puestos en pie por las provincias de La Rioja, Catamarca, San Luis y Mendoza. Al hacerse cargo Rosas del gobierno de Buenos Aires a fines de 1829, quedaba latente la lucha entablada entre Paz y Quiroga, pues la acción de *Oncativo* — que habría de constituir la derrota definitiva del caudillo federal — se produciría recién a fines de febrero de 1830.

(2) Después de su decisiva victoria de *Oncativo* sobre Quiroga, el general

" se uniese a los gobernadores para reconstruir la Convención di-
" suelta por sí misma, para conservar en Santa Fe el cuerpo que
" dispusiera la organización de la patria, cosa que no convenía a
" Rosas. Temía, además, las conspiraciones de los unitarios, sea
" en la capital, sea que expedicionasen de Montevideo, en donde
" mandaba el general Rivera, que odiaba a Rosas, y Rosas a él,
" sin comprenderse la causa de esa enemistad. (1) Para dominar
" todos esos temores, Rosas adoptó dos medidas de la mayor tras-
" cendencia: *crear un ejército disciplinado, dando preferencia al*
" *arma de infantería; y ejercer el terror*. La base de su poder es-
" taba en el ejército y en el verdugo. Con tal propósito, no tan
" pronto habíase recibido del poder, que estableció un campamento
" militar en Pavón y otro en Buenos Aires. El primero para res-
" ponder de la frontera de Santa Fe y vigilar la marcha de las
" provincias. El segundo para guarda de su persona y dominio de
" la ciudad. A estos campamentos iban los regimientos de gauchos,
" en donde eran desmontados y alistados en los cuerpos de infan-
" tería que se creaban."

Al terminar Rosas en 1832 su primer período de gobierno, sus sucesores juzgaron conveniente dejar en pie la fuerza militar que

---

Paz había extendido su acción a las provincias del norte, obligando a sus gobiernos a entrar en arreglos amistosos y a constituir una liga contra los gobernadores de Santa Fe y Buenos Aires. Pero antes de iniciar contra éstos operaciones militares, el general Paz creyó oportuno enviar comisionados al gobernador de Santa Fe, Estanislao López, con el fin de inclinarlo a una solución pacífica del conflicto. Rosas, naturalmente, se alarmó cuando llegó a su conocimiento el paso del general Paz ante el gobernador de Santa Fe, pues ello representaba un serio peligro para los planes políticos que maduraba. Las gestiones del general Paz ante López no dieron resultado. López y Rosas determinaron de común acuerdo invadir la provincia de Córdoba. El general Paz les salió al encuentro, pero el 10 de mayo de 1831, debido a una imprudencia, era tomado prisionero y conducido a Santa Fe.

(1) Desde la formación en el Estado Oriental de los dos partidos tradicionales, *blanco* y *colorado* (cuyos representantes eran Oribe y Rivera), nació una afinidad de principios políticos y una comunidad de intereses entre aquéllos y las dos tendencias que se disputaban el poder en la República Argentina, haciendo causa común los *blancos* orientales con los llamados *federales* argentinos, y los *colorados* con los *unitarios*. Rosas y Lavalle eran las figuras más representativas de los dos partidos argentinos.

ya existía, pues la situación general del país aconsejaba a la provincia de Buenos Aires una prudente expectativa, en el interés de conservar la hegemonía que había logrado obtener. La *expedición al desierto* en los años de 1832 y 1833, una de cuyas columnas a las órdenes de Rosas había sido constituída con milicias de la campaña de Buenos Aires, sirvió para aumentar con ellas el núcleo veterano, que habría de prestar al futuro dictador muy importantes servicios en los años sucesivos.

Vuelto Rosas al poder en 1835, encontró intacto el organismo militar por él anteriormente creado con tanto empeño. La delegación que en su persona hicieron las provincias de las facultades inherentes al poder ejecutivo nacional y la suma del poder público con que había sido revestido, diéronle un excelente pretexto para consolidar aún más su ejército.

Para esta tarea orgánica podía disponer de superabundantes elementos de todo orden: sobrábale personal para sus unidades de línea (1), desde que, si llegaban a escasear los *voluntarios*, aquéllas se remontaban con los *destinados* que entregaban los alcaldes, jueces de paz y demás autoridades de la ciudad y de la campaña, llegándose hasta el abuso de obligar a los extranjeros a prestar servicio militar en los cuerpos de línea y de milicias, no porque se careciese de personal nativo, sino por simple satisfacción de un capricho del dictador, que en tal forma desahogaba su odiosidad contra aquéllos. El ganado de silla y de consumo abundaba en toda la campaña, tomándolo las tropas donde lo encontraran, en carácter de contribución o de *auxilio forzoso* de los hacendados. El armamento era de fácil adquisición en las fábricas europeas, y su entrada

---

(1) Al que desee conocer mayores detalles al respecto, le resultará sumamente útil la consulta de los mensajes del gobernador Rosas a la Legislatura de la provincia de Buenos Aires, correspondientes a los años 1835 y siguientes. De ellos se desprende, por ejemplo, que la *reserva instruída de las unidades de línea* comprendía más de 8.000 hombres veteranos, que habían actuado en numerosas campañas antes de ser licenciados y que podían acudir en cualquier momento a reforzar el ejército de línea. (Véase: H. Mabragaña, *Los Mensajes;* tomo I, pág. 298 y siguientes).

al país era rigurosamente fiscalizada por el gobierno de Buenos Aires, que centralizaba su adquisición y lo distribuía después, según las necesidades y las preferencias del dictador, a las provincias que más respondían a su política.

La introducción al país del material bélico no fué suspendida totalmente ni durante el largo bloqueo francés, pues siempre era posible ejecutarla de contrabando en las extensas costas del sur de la provincia.

Las fuertes erogaciones que demandaba el sostenimiento del ejército podían ser atendidas aun en los períodos más críticos para la economía nacional, recurriendo a las donaciones y contribuciones forzosas y a los bienes confiscados de los titulados unitarios.

Obteniendo de ello un beneficio material y moral no despreciable, Rosas supo granjearse la adhesión y atraerse a no pocos generales, jefes y oficiales que habían militado en los gloriosos ejércitos de la guerra de la Independencia y del Brasil; con la cual, al mismo tiempo que se aseguraba experimentados organizadores y conductores de tropas, se procuraba elementos de prestigio para su ejército y para su política ambiciosa, a causa de la aureola de gloria que acompañaba a esos heroicos sobrevivientes.

A la par que un ejército formidable, Rosas habíase preocupado también de formar una escuadra, con el doble fin de hacer frente a los acontecimientos que su política pudiese provocar con las naciones extranjeras y de tener un medio que le asegurase una comunicación rápida y cómoda con las provincias del litoral y que le permitiese hacer manifiesto su poder en ellas en el caso de posibles veleidades de resistencia a sus planes de predominio.

II

Segundo gobierno de Rosas. Su programa político y sus primeros actos de gobierno.

Puestas así frente a frente en la anterior rápida reseña las principales características de las fuerzas llamadas a entablar una lucha sin cuartel por la disyuntiva de vida o muerte que fatalmente deberían crear los acontecimientos, tócanos ahora estudiar la situación política de la época y consignar aquellos antecedentes históricos que permitan comprender mejor el origen y el desarrollo de las diferentes campañas libertadoras.

El gran prestigio que Rosas había adquirido en la campaña y en la ciudad misma de Buenos Aires, tanto por el éxito obtenido en su lucha tenaz contra los revolucionarios del 1.° de diciembre de 1828 como por los resultados de su expedición al desierto y, especialmente, por el hábil juego desarrollado para transformarse en el hombre indispensable del momento, habían inducido a la Sala de Representantes a dictar la ley del 7 de marzo de 1835, en virtud de la cual Rosas era nombrado gobernador de la provincia de Buenos Aires por el término de cinco años, *con la suma del poder público y con facultades extraordinarias,* cuyo ejercicio duraría todo el tiempo que, a juicio del gobernador, fuese indispensable. Como se comprende fácilmente, esto equivalía a autorizar una dictadura vitalicia.

Aceptada por Rosas la designación después de llevarse a cabo la farsa de un sufragio popular o plebiscito, que consagrara la ley de la Sala de Representantes, el nuevo mandatario, antes de asumir el poder, creyó oportuno expedir el 13 de abril una proclama, la cual constituye un documento oficial de suma importancia (1). En ella, al mismo tiempo que pinta con los colores más sombríos el es-

(1) Fué publicada en la *Gaceta Mercantil* del 14 de abril de 1835. Antonio Zinny la transcribe en la pág. 236 del II tomo de su obra *La Gaceta Mercantil de Buenos Aires.* Recomendamos consultar también el mensaje de Rosas del 31 de diciembre de 1835 a la Legislatura de Buenos Aires (H. Mabragaña: *Los Mensajes;* tomo I, pág. 287), en el cual describe a su paladar la situación del país al asumir el gobierno.

tado del país, pone de manifiesto el programa de gobierno que pensaba desarrollar.

En dicha proclama, Rosas expresa que hace *"el terrible sacrificio"* de asumir el mando para sacar al país *"del profundo abismo de males en que lo lloramos sumergido"*, y que el poder sin límites con que él ha sido investido, *"a pesar de toda su odiosidad, lo he considerado absolutamente necesario para tamaña empresa."* Después de fulminar a los unitarios con los epítetos más terribles y de cargar sobre ellos la responsabilidad de todos los males que afligen al país, incita a los habitantes de la provincia a perseguirlos de muerte, para que *"de esta raza de monstruos no quede uno entre nosotros"*. (1)

Y a fe que la persecución al *salvaje unitario* había de ser una obsesión permanente en el ánimo del dictador, la que guiaría todos sus actos y que, junto con sus ambiciosas miras de perpetuarse en el poder y de ser el árbitro absoluto de los destinos del país, formarían el eje de toda su política interna y exterior. Las destituciones en el ejército y en la administración pública, las persecuciones y ejecuciones sin forma de juicio, de los declarados adversarios y de los sospechosos, como también la confiscación de sus bienes, no tardan en inaugurar el período del terror y de la arbitrariedad más absoluta en las funciones de gobierno.

Los expatriados suman legiones: nadie se siente ya seguro en el país, pues Rosas, no contento con la persecución a muerte de

---

(1) Pelliza hace al respecto el siguiente comentario: "¿Qué temía Rosas? ¿Cuáles eran los males que preveía? ¿Quiénes los enemigos que tan duramente calificaba? En realidad no existían tales peligros, ni tales enemigos. El partido unitario andaba errante o asilado en Montevideo desde 1829; el general Lavalle, separado de sus correligionarios, vivía retirado en la campaña oriental; el general Paz, prisionero en Santa Fe, no era temible por más que fuese un baldón para los gobiernos conservarlo en la cárcel. Los llamados por Rosas enemigos del orden eran aquellos ciudadanos que no miraban de buen grado la influencia del terrible ganadero. Sospechaban que Rosas en el gobierno entraría con todo el elemento rústico reclutado para sus empresas, que su afinidad con los caudillos, a propósito de la última campaña, sería funesta a la República, si se pretendía nuevamente tratar de su constitución política." (*La dictadura de Rosas*, pág. 67).

que son objeto los sospechosos en la provincia de Buenos Aires, trata de organizar en forma metódica la *caza al unitario*, entendiéndose al efecto con los gobernadores de las provincias que le son adictas, para que no sean admitidos en ninguna de ellas los que hayan sido expelidos de otra, recurriendo al envío recíproco de *filiaciones* para hacer más perfecto y eficaz el sistema de las persecuciones (1).

Empero ésta, aun cuando formaba una parte importante de su programa de gobierno, sólo servía a satisfacer su odio profundo hacia sus tenaces adversarios. Sus miras ambiciosas de ser el árbitro de los destinos del país lo llevaron a obtener bien pronto de las provincias la delegación en su persona de las facultades inherentes al poder ejecutivo nacional. Declarándose el sostenedor del *partido federal*, aun cuando en todos sus actos habría de revelarse el *gobernante más unitario* que haya soportado el país (2), Rosas tuvo la habilidad de asegurarse la adhesión y el apoyo de la mayor parte de las provincias, las cuales anhelaban una organización constitucional bajo el sistema federal, que, emancipándolas de la dependencia absorbente de la de Buenos Aires, habría de permitirles disfrutar de una era de paz y labrar su bienestar al amparo del libre ejercicio de un gobierno propio (3).

---

(1) Para mayor prueba reproducimos en el *Apéndice* (*anexo núm.* 1) algunos párrafos de una carta inédita de Rosas al gobernador de Entre Ríos, Pascual Echagüe.

(2) Véanse al respecto las consideraciones que hemos formulado en la conferencia leída en la *Junta de Historia* y *Numismática* (''Rosas y Lavalle y la campaña del segundo ejército libertador''), que publicó REVISTA MILITAR del mes de septiembre de 1922.

(3) Cuáles eran las verdaderas intenciones de Rosas respecto al anhelo general de las provincias por un gobierno *constitucional*, pueden descubrirse en su famosa carta a Facundo Quiroga, del 20 de diciembre de 1834, publicada en el *Archivo Americano*, 2.ª Serie, tomo VIII, N.º 26, pág. 146 y reproducida por Pelliza a pág. 71 de su obra *La dictadura de Rosas*, como también en la que escribió más tarde, el 6 de marzo de 1836, al gobernador de Entre Ríos, Pascual Echagüe (inédita), que lamentamos no publicar aquí por su gran extensión, pero cuyos párrafos principales hemos reproducido en la conferencia a que nos referimos en la nota anterior. (REVISTA MILITAR de septiembre de 1922).

La *liga del litoral* formada en 1831 por las provincias de Buenos Aires, Santa Fe y Entre Ríos, y a la cual se adhirió más tarde la de Corrientes, había tenido por objeto servir de contrapeso a la que el año anterior constituyera el general Paz con las nueve provincias signatarias del interior; empero ésta debía considerarse caduca por la captura y el cautiverio de su jefe, el general Paz. Sin embargo, Rosas supo encontrar pretextos, aduciendo peligros imaginarios, para prolongar una situación que lo convertía en el árbitro de los destinos del país y para oponerse por la fuerza a que algunas provincias, considerando cambiadas las circunstancias en las cuales habían hecho anteriormente la delegación de facultades, pretendiesen volver ahora al pleno goce de sus derechos de gobierno propio. Las convulsiones internas o las que se producen en algún país vecino, las pretendidas amenazas de los unitarios o los conflictos que provoca con naciones extranjeras, son los pretextos que sistemáticamente invoca Rosas para hacer creer a la opinión pública que se ciernen graves peligros contra la independencia del país, la estabilidad de sus instituciones o la paz interna: los asesinatos de Quiroga y de Latorre en 1835, las dos revoluciones de Rivera en 1836 y 1837 en el Estado Oriental, las amenazas de invasión a Entre Ríos de los unitarios refugiados en la Banda Oriental, la guerra con Bolivia, el bloqueo francés, los sucesivos pronunciamientos en las provincias contra el dictador, etc., son los argumentos de que se vale Rosas para eternizar en el país la situación de dominio absoluto que le sugerían sus miras ambiciosas (1).

No contento con las facultades en él delegadas por las provincias, no pierde ocasión de intervenir en sus asuntos internos, invocando la necesidad de salvaguardar los intereses de la federación.

---

(1) En la *Memoria del brigadier general Pedro Ferré* léese lo siguiente: "Como el plan de Rosas era conservar la guerra, ya fuese interior o exterior, para no verse en el caso de que los pueblos, libres enteramente de ella, reclamasen la reunión de un congreso federativo, en cuyo caso debería cesar en su despótico gobierno, y la obtención de su plan se le frustraría, procuró medios de intervenir en las cuestiones que suscitaron entre sí los orientales" (pág. 90).

En tal sentido impone su voluntad para el nombramiento de gobernadores de las personas que le son adictas o para la remoción de aquéllas que no responden a su política y contra las cuales lanza el anatema de *unitarios*, interviniendo hasta en la designación de los ministros y en una serie de asuntos internos de menor cuantía, sin que este proceder tenga generalmente la virtud de despertar la rebelión en los que resultaban lesionados en sus fueros y en su dignidad.

Lógico era que para poder conservar en todo el país un sistema de autoridad personal que no reposaba en atribuciones legales ni en prescripciones constitucionales, Rosas necesitase contar en las provincias con auxiliares muy adictos, capaces de hacer aceptar por la fuerza a los demás los procedimientos de gobierno que lesionaban las prerrogativas y los derechos provinciales. A este respecto, muy valiosa resultábale al dictador la adhesión de los gobernadores de Santa Fe y de Entre Ríos, generales Estanislao López y Pascual Echagüe, quienes, si bien comprendían la sinrazón del gobernador de Buenos Aires al invocar como causa de solidaridad el pacto federal de 1831 (pues Rosas, cada vez que era requerido, resistíase a constituir la "Comisión representativa de los gobiernos de las provincias litorales", que determinaba el artículo 15 de dicho pacto), sin embargo, aceptaban tal estado de cosas, pues la amistad y el apoyo del gobernador de Buenos Aires les eran indispensables para perpetuarse a su vez en el poder en sus respectivas provincias (1).

La adhesión de López y de Echagüe aseguraba a Rosas la estabilidad en el litoral, tanto al mantener sometida la levantisca provincia de Corrientes como al formar una barrera impenetrable a

(1) Como ya se ha manifestado, en 1831 habíase constituído la *liga del litoral*, formada por las provincias de Buenos Aires, Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes, que debía representar el contrapeso a la que había organizado el general Paz con las provincias del interior. Aquella alianza, consagrada por el llamado *tratado cuadrilátero* del 4 de enero de 1831, venía a constituir algo que se asemejaba a *federación*. El texto del *tratado cuadrilátero* puede consultarse en la *Memoria del brigadier general Pedro Ferré*, pág. 358.



los unitarios refugiados en la Banda Oriental y al elemento de este país que simpatizaba con la causa de los emigrados argentinos.

En el interior, en cambio, el asesinato de Facundo Quiroga y el de Latorre habían quitado a Rosas sus más formidables cooperadores, que le permitían mantener dominadas las provincias de Cuyo, del centro y del norte. Sin embargo, esta desaparición fué muy pronto neutralizada por Rosas mediante el empleo de una política de intrigas, que al lanzar una provincia contra otra siguiendo la célebre máxima de *dividir para gobernar*, colocaba a sus futuros probables adversarios en una situación de manifiesta inferioridad. En este designio siniestro de debilitar las provincias que podían alguna vez rebelarse contra su despotismo, Rosas hasta no trepidó en provocar una guerra con Bolivia, cuya carga casi exclusiva pesó durante mucho tiempo sobre las provincias argentinas del norte, absorbiendo sus ya escasos recursos e impidiéndoles, bajo el pretexto de un conflicto con un enemigo exterior, atender a los vitales asuntos ligados con la política interna y con las necesidades reales del país.

Los acontecimientos en el Estado Oriental y su repercusión sobre la política argentina.

El simple dominio del interior del país no bastaba al dictador Rosas para considerarse libre de los peligros que las asechanzas de sus adversarios podían crear para su estabilidad en el poder. Receloso como todo gobernante absolutista, cuyas acciones no reconocen más ley que su ilimitado capricho, preocupábale seriamente — o tal era, por lo menos, el pretexto que invocaba para legitimar sus actos arbitrarios — la permanencia de los numerosos emigrados argentinos en el Estado Oriental, soportados por el presidente Manuel Oribe y considerados con simpatía por los *colorados* que encabezaba el caudillo Fructuoso Rivera, fracción adversa a la que se hallaba en el gobierno de aquel país. Los emigrados trabajaban abiertamente y sin mayores trabas en preparar una expedición destinada a cambiar la situación política por la que atravesaban las provincias argentinas.

derribando del poder al dictador Rosas que las mantenía sujetas a su dominio.

El gobernador de Buenos Aires, perfectamente informado por sus agentes en Montevideo de los planes que tramaban sus adversarios, había insinuado en varias oportunidades a su amigo el presidente Oribe la necesidad de impedir esos preparativos ostentosos y la propaganda de los emigrados argentinos adversa a la política del dictador, como también la de alejarlos de la costa del Uruguay, pues su presencia en ella constituía una amenaza latente y continua para la provincia de Entre Ríos.

El presidente Oribe consideró exagerados los temores del gobernador de Buenos Aires y dejó que los emigrados argentinos continuasen desarrollando su campaña.

En julio de 1836 el caudillo Rivera encabezaba una revolución del partido colorado contra el gobierno de Oribe. Los emigrados argentinos acudieron presurosos y en buen número a engrosar las filas revolucionarias, pues les asistía la esperanza de que el triunfo del caudillo Rivera contribuiría a favorecer sus propósitos contra Rosas.

El presidente Oribe, considerando seriamente amenazada su autoridad por el estallido del movimiento subversivo de los colorados, dirigíase a Rosas en una carta privada, solicitándole auxilio de tropas para sofocar la revolución, que — según le expresaba en ella — tenía por objeto *"la destitución del gobierno oriental y sucesi-" vamente emprender hostilidades contra Buenos Aires para de-" rrocar a su primer magistrado"*. (1)

Rosas, exactamente informado por sus agentes de la escasa importancia de los elementos de que disponía el caudillo Rivera, negóse a conceder el auxilio de tropas que le había solicitado Oribe, invocando al efecto, como motivo principal, su resolución de conservarse neutral en el conflicto del vecino país y de no querer qui-

(1) Esta carta ha sido transcripta por Ruiz Moreno en su obra: *La revolución contra la tiranía*, tomo I, pág. 149.

tar al gobierno oriental la gloria de sofocar con sus exclusivos medios el movimiento subversivo. La carta en que Rosas comunicaba esta negativa contenía, además, la manifestación de que Oribe pagaba ahora su condescendencia con los unitarios, que habían podido trabajar libremente para alterar el orden público en el país vecino (1).

En realidad, los motivos invocados por Rosas para negarse a enviar tropas al Estado Oriental no eran en forma alguna los verdaderos. Sabía, además, que el presidente Oribe disponía de elementos suficientes para triunfar en poco tiempo de la revolución.

Sin embargo, la abstención que pregonaba en su carta sería sólo aparente. En previsión de que llegasen a fallar sus cálculos optimistas y de que el triunfo de la revolución de Rivera pudiese traer serias complicaciones en las provincias argentinas del litoral, Rosas se apresuraba a remontar el ejército de Entre Ríos para poder hacer frente con ventaja a los acontecimientos; además, dirigía una circular a los gobernadores de las provincias, pidiéndoles "plena autorización para poner en salvo a la República de las maquinaciones que pudieran causar los unitarios sublevados en el Estado Oriental del Uruguay, acaudillados por el general don Fructuoso Rivera contra su actual presidente don Manuel Oribe" (2).

Rosas salvaba así las formas legales, y las provincias, al conferirle la *plena autorización* que solicitaba, contribuían a crear una situación de hecho que favorecía en sumo grado los planes ambiciosos del dictador, pues el peligro por éste invocado era imaginario

---

(1) Por su gran interés histórico y por ser inédita, publicamos en el *Apéndice* (*anexo núm.* 2) la contestación de Rosas al presidente Oribe.

(2) El brigadier general Pedro Ferré consigna en su ya citada *Memoria*: "Como no tenía cómo legalizar esta conducta (refiérese a la intervención de Rosas en los conflictos internos del Estado Oriental), "diametralmente opuesta al tratado del cuatro de enero (1831), que aunque lo había hecho pedazos ostentaba respetarlo, procuró hacerlo dirigiéndose a los gobiernos de las provincias, diciéndoles que *los salvajes unitarios se habían asilado en el Estado Oriental, y allí promovían la discordia con el objeto de hacerse un partido que los pusiera en aptitud de volver contra la libertad de los pueblos argentinos, y que para salvar a éstos, era preciso que lo facultaran para intervenir en los negocios políticos de aquel Estado*" (pág. 90).

o muy remoto, y Rosas preparábase así a prescindir de aquel requisito en asuntos en que sería realmente indispensable la *plena autorización de las provincias.*

Las optimistas previsiones del gobernador de Buenos Aires sobre el resultado de la revolución del partido colorado oriental se cumplían en la forma calculada: el presidente Oribe lograba sofocar el movimiento subversivo del caudillo Rivera poniendo en acción exclusivamente los medios de que disponía en el Estado Oriental.

Sin embargo, el lance entre Oribe y Rivera no podía considerarse definitivamente terminado con la derrota del segundo; sólo postergábase momentáneamente la solución decisiva hasta que este último caudillo, allegando más recursos y organizando los nuevos elementos de acción, buscase contra su adversario victorioso el desquite de un juego cuya puesta la constituía el ejercicio del poder supremo en su país.

De la primera revolución oriental de 1836 surgirían los dos partidos tradicionales, *blanco* y *colorado*, y este primer choque entre las dos tendencias políticas antagónicas sería el preludio de un largo y sangriento batallar, cuyas trascendencias pondrían más de una vez en conmoción las opiniones, las simpatías y las actitudes de los países limítrofes.

Triunfo de la revolución de los colorados y situación de conjunto en 1838.

En 1837 renovábase con mayor encarnizamiento la guerra civil en el Estado Oriental.

El caudillo Rivera invadía desde Río Grande do Sul al frente de una fuerza respetable, en cuyas filas formaban muchos emigrados argentinos y no pocos voluntarios del Estado de Río Grande, que, separádose del Imperio, se había constituído en República.

Desde los primeros encuentros de los revolucionarios colorados con las tropas del presidente Oribe fué posible calcular que, ésta vez, la empresa del caudillo Rivera tenía mayores probabili-

dades de triunfar que en la anterior revolución; y aun cuando la campaña en el suelo oriental se sostuvo durante varios meses con fortuna alterna para los dos beligerantes, comprendíase, sin embargo, que el resultado final favorecería al partido colorado, especialmente cuando éste, a partir de los primeros meses de 1838, pudo contar con el valioso auxilio de la escuadra francesa, que por la intransigencia diplomática de Rosas había recibido del gobierno de Francia la orden de bloquear los puertos argentinos.

Esta segunda revolución en el Estado Oriental no fué considerada por Rosas con la misma indiferencia que la del año anterior. La situación de conjunto que ahora se presentaba al encargado de las relaciones exteriores de las provincias argentinas era realmente de tal gravedad como para hacerle meditar sobre el alcance y la importancia de las medidas que debía tomar para hacerle frente. En mayo de 1837 Rosas había declarado la guerra a Bolivia, interesado en que las provincias argentinas del norte se desangraran y empobrecieran en una lucha larga y estéril, cuyo único resultado sería el de debilitar a unos probables futuros adversarios. Pero ya sentíase en todo el país un malestar profundo, que se exteriorizaba en las críticas que abiertamente se hacían a la oportunidad y a los resultados políticos y materiales de esta guerra arbitraria. En marzo de 1838 el gobierno francés, en vista de la negativa de Rosas de eximir del servicio militar a los súbditos franceses radicados en Buenos Aires, decretaba el bloqueo de los puertos del litoral argentino, cuya medida venía a causar una profunda crisis en el comercio y en la situación económica del país.

A estos males que provenían del exterior se agregaba otro no menos grave para la política de Rosas, cual era el fallecimiento ocurrido en junio de 1838 del gobernador de Santa Fe, Estanislao López, cuya influencia en el litoral era decisiva, como absoluta había sido su adhesión a la persona del gobernador de Buenos Aires. Comprendía, por último, Rosas que el triunfo de Rivera daría la oportunidad a los emigrados argentinos de llevar a cabo sus planes de invasión al territorio argentino, ostensiblemente preparados en el

vecino país y cuya ejecución no dejaría de ser propiciada y auxiliada por el futuro gobierno oriental y por la escuadra francesa bloqueadora.

Para hacer frente a este último peligro, que era el más directo e inmediato, Rosas juzgó necesario acrecentar el poder ofensivo del ejército reunido en Entre Ríos a las órdenes del general Echagüe, como también hacer vigilar las costas del Uruguay con una gran parte de ese ejército, cooperando en esta empresa la escuadrilla de Buenos Aires, que al efecto remontó el río Uruguay hasta Paysandú.

La revolución del partido colorado triunfaba definitivamente en junio de 1838 en el combate del *Palmar*. El 21 de octubre del mismo año firmábase entre los dos partidos orientales una convención de paz, por la cual Rivera quedaba dueño de la situación, viéndose obligado el presidente Oribe a renunciar el gobierno y a trasladarse a Buenos Aires.

Restablecida la paz y consolidada la situación de las nuevas autoridades en el territorio oriental, ofrecíase al general Rivera un amplio y patriótico programa de gobierno, cual era el de orientar su política y dirigir sus esfuerzos a hacer desaparecer los enconos de partido y a labrar la prosperidad y el tranquilo bienestar de su país.

Sin embargo, la realidad sería muy distinta. El caudillo vencedor no juzgó terminada su actividad guerrera con la realización de sus aspiraciones de apoderarse del gobierno de su país. Sus miras ambiciosas de predominio en las provincias argentinas del litoral y su profundo rencor contra Rosas por las hostilidades de que éste lo había hecho objeto durante su campaña revolucionaria, lo estimularon a lanzarse en una nueva empresa bélica de conquista y de represalias.

Los acontecimientos habían convertido al nuevo gobierno oriental en aliado de hecho de los franceses, y el general Rivera se valió de esta circunstancia para realizar el ataque y la ocupación de la

isla de Martín García en combinación con las naves francesas bloqueadoras (11 de octubre de 1838).

Dado este primer paso en la senda de las hostilidades efectivas contra el dictador Rosas y asegurada la base indispensable — cual era la ocupación de Martín García — para la más eficaz actuación de la escuadra bloqueadora y para la seguridad de las futuras empresas por el río Uruguay y a través del mismo, el general Rivera pretenderá ahora llevar las operaciones de la guerra a la provincia de Entre Ríos. Para contar con las mayores probabilidades de éxito en su nueva empresa, el gobierno oriental entrará en negociaciones con el de Corrientes, con el cual estipulará el 31 de diciembre de 1838 un tratado de alianza defensiva y ofensiva contra Rosas.

NOTA BIBLIOGRAFICA DEL CAPITULO II

Campaña del Primer Ejército Libertador 1838-1839. (1)

1.—Mantilla M. F.: Estudios biográficos sobre patriotas correntinos. 1 tomo. Buenos Aires, 1884.

2.—Virasoro V.: Memoria del brigadier general Pedro Ferré. Octubre de 1821 a diciembre de 1842. 1 tomo. Buenos Aires, 1921.

3.—Contreras Ramón: El teniente general don Benjamín Virasoro. Apuntes biográficos. 1 tomo. Rosario de Santa Fe, 1897.

4.—Gómez Hernán F.: Berón de Astrada y Pago Largo. 1 folleto. Edición de homenaje de "Pago Largo", bisemanario comercial, histórico y social. Curuzú-Cuatiá, 1918.

5.—Alvarez Solano F.: Berón de Astrada. 1 folleto. Buenos Aires, 1893.

6.—Figueredo Manuel V.: Pago Largo y Vences. Artículo publicado en el *número único* que editó en octubre de 1901 la Comisión del monumento a Urquiza.

---

(1) Juzgamos conveniente recordar aquí lo manifestado al pie de la *Nota Bibliográfica* del Cap. I respecto a las obras que tratan íntegramente el período histórico considerado, que no serán repetidas en las *Notas Bibliográficas* correspondientes a cada campaña libertadora.

Capítulo II. — Campaña del Primer Ejército Libertador (1838-1839).

RESUMEN:

Causas de ruptura entre el gobierno de Corrientes y el dictador Rosas. — Alianza de Corrientes con el gobierno oriental. — Preparativos militares. — Combate de *Pago Largo* (31 de marzo de 1839). — Consideraciones sobre esta campaña.

Causas de ruptura entre el gobierno de Corrientes y el dictador Rosas.

El fallecimiento del gobernador de Santa Fe, general Estanislao López, acaecido en junio de 1838, producíase en circunstancias en que la cuestión del bloqueo francés cual acto de represalia por la intransigencia diplomática de Rosas, había despertado una seria resistencia a los actos del dictador en la provincia de Santa Fe, por los perjuicios considerables que el bloqueo ocasionaba a su comercio.

Poco antes de su muerte, el gobernador Estanislao López había enviado a Buenos Aires a su ministro Cullen, para que tratase de inducir a Rosas a entrar en arreglos con el jefe de la escuadra bloqueadora. Pero su misión iba más lejos, pues, para el caso de que no lograse obtener este resultado, el comisionado Cullen debía no sólo notificar a Rosas la separación de la provincia de Santa Fe de su política, sino también entrar a tratar entonces directamente con el jefe de la escuadra francesa, para obtener la libertad de comercio de las provincias que se conservaban en paz con el gobierno francés.

La misión del ministro Cullen no obtuvo éxito alguno ante el

dictador Rosas; por lo cual el comisionado de Santa Fe inició inmediatamente gestiones con el almirante francés en el sentido de las instrucciones recibidas. Pero aquéllas debieron ser suspendidas al poco tiempo, pues Cullen se vió obligado a regresar precipitadamente a su provincia a fin de asumir el cargo de gobernador a que fuera elevado al fallecer Estanislao López.

Como era de práctica, el nuevo mandatario recabó de los gobiernos de las demás provincias argentinas el reconocimiento de su investidura, que le fué reconocida por todos, menos por los gobernadores de Buenos Aires y de Entre Ríos, Rosas y Echagüe.

Cullen no ignoraba que su posición era muy peligrosa, pues sabía el alcance que podía tener la enemistad de Rosas. A fin de parar el golpe que no tardaría en ser descargado sobre su persona, Cullen intentó ganarle la delantera al dictador, buscando al efecto cooperadores en las provincias que comenzaban a manifestarse hostiles a la política del gobernador de Buenos Aires.

En este empeño, el nuevo gobernador de Santa Fe creyó poder encontrar un valioso aliado en el gobierno de Corrientes, quien, al contestar la nota en que se pedía su reconocimiento de la nueva autoridad de la provincia de Santa Fe, había expresado que, *"íntimamente convencido de los males que pesaban sobre los pueblos, se lamentaba de ellos, pero que encontraba un remedio para evitarlos y conseguir el bien a que aspiraban."* (1)

Don Manuel Leiva, enviado por el gobernador Cullen a sondear las intenciones del gobierno de Corrientes, pudo convencerse de que el *remedio* a que éste hiciera alusión en su nota era deponer a Rosas y Echagüe, que eran los encarnizados opositores al deseo de todas las provincias de que se dictase una constitución nacional.

Rosas no tardó en ser enterado por el gobernador Echagüe de los manejos y de los planes que contra él tramaban los gobiernos de Santa Fe y de Corrientes, y se preparó a tomar venganza. Una revolución preparada desde Entre Ríos por Echagüe y llevada a

---

(1) *Memoria del brigadier general Pedro Ferré*, pág. 94.

cabo en Santa Fe por Juan Pablo López, obligaba al gobernador Cullen a renunciar el cargo y a huir de Santa Fe, no logrando, sin embargo, salvar la vida, pues fué entregado a Rosas por el gobernador de Santiago del Estero, Felipe Ibarra, y ejecutado por orden de aquél. Sucedíale en el gobierno de Santa Fe el general Juan Pablo López, candidato impuesto por el dictador.

El gobernador de Corrientes, Genaro Berón de Astrada, no podía, a su vez, hacerse ilusiones sobre la suerte que le reservaba su disconformidad con la política de Rosas y, especialmente, sus manifestaciones de solidaridad con la actuación del gobernador Cullen, cuya arbitraria y cruel ejecución por el dictador era el primer acto de la venganza que Rosas estaba resuelto a tomar contra sus adversarios. En consecuencia, Berón de Astrada no perdió tiempo en prepararse a hacer frente a los acontecimientos.

Alianza de Corrientes con el gobierno oriental.

Interesado en aumentar las probabilidades de éxito en la inevitable y próxima campaña, el gobierno de Corrientes, al mismo tiempo que se dirigía a los de las otras provincias argentinas para interesarlos a favor de su causa, buscó asegurarse la cooperación de los emigrados argentinos en el Estado Oriental y, especialmente, la del general Rivera, quien, triunfante en la revolución contra el presidente Oribe, había asumido el gobierno del Estado Oriental y ejecutado actos de hostilidad contra Rosas.

El 31 de diciembre de 1838, merced a los esfuerzos de los emigrados argentinos y bajo los auspicios de los agentes franceses, firmóse en Montevideo un tratado secreto de alianza ofensiva y defensiva entre el gobierno de Corrientes y el del Estado Oriental, la cual tenía por objeto *"remover del mando de la provincia de Bue-" nos Aires y de toda influencia en los negocios políticos de la Con-" federación Argentina la persona de Don Juan Manuel Rosas."* (1)

---

(1) El preámbulo del tratado decía lo siguiente: "Convencidos por una " dolorosa experiencia de que la existencia de Don Juan Manuel de Rosas

Obtenido este importante resultado, Berón de Astrada se apresuró a ultimar los preparativos militares que habrían de permitirle iniciar las hostilidades.

La actitud de Entre Ríos inmediatamente después de la revolución que derribó a Cullen del gobierno de Santa Fe, no había dejado de alarmar al gobernador de Corrientes: se reunían fuerzas en distintos puntos de aquella provincia, habiendo salido a campaña su gobernador, el general Echagüe, para atender y apresurar su organización; públicamente se acusaba a los correntinos de *afrancesados* y *riveristas;* agentes de Echagüe habían penetrado a Corrientes con el fin de tramar una revolución contra el gobierno de esta provincia — como ya lo hicieran en Santa Fe con el gobernador Cullen, — al mismo tiempo que el encargado de las fuerzas de frontera de Corrientes con Entre Ríos recibía cartas de jefes entrerrianos con insinuaciones sugestivas.

En vista de la actitud abiertamente hostil de Entre Ríos, el gobernador Berón de Astrada resolvía, ya a principios de diciembre de 1838, reunir cuatro mil hombres de las fuerzas de la provincia en los puntos más importantes de la frontera, dando cuenta de esta medida, como también de las causas que la aconsejaban, a los representantes de la Sala permanente de la provincia en un extenso oficio que lleva la fecha del día 7 del mismo mes y año.

En ese documento, el gobernador Berón de Astrada manifesta-

———

"en el gobierno de la provincia de Buenos Aires ha comprometido la Confe-"deración Argentina en dos guerras extranjeras, ha desunido las provincias "todas que la componen, ha fomentado los odios civiles y establecido una "tiranía degradante y espantosa; cuya política, al paso que mantiene en per-"petua inquietud y desconfianza a los Estados limítrofes, impide la orga-"nización y tranquilidad de la República Argentina;—Persuadidos de la urgente "necesidad de contener las miras ambiciosas y despóticas con que aquel go-"bernante se ha abrogado una jurisdicción suprema en todas las provincias "de la Confederación, e intenta también ejercerla en los demás Estados So-"beranos, señaladamente en la República Oriental..." (sigue el capítulo de cargos, que se refieren con especialidad a las hostilidades de Rosas contra cada uno de los aliados). El texto íntegro de este tratado puede consultarse a pág. 57 del IV tomo de la obra de Antonio Díaz: *Historia política y militar de los países del Plata.*

ba, además, que tan pronto como estuviese terminada la reunión de las fuerzas, se dirigiría al gobierno de Entre Ríos pidiéndole explicaciones de sus actos hostiles a Corrientes, y que estaba decidido a proceder con toda energía y a no dejar las armas hasta no haber hecho desaparecer dicho estado de cosas. (1)

La situación fué agravándose en forma tal, que Berón de Astrada, que a fines de diciembre había delegado el gobierno de la provincia para trasladarse al campamento general establecido en *Avalos* (inmediaciones de San Roque), publicaba el 28 de febrero de 1839 un *bando* que contenía la declaración de guerra a los gobernadores de las provincias de Buenos Aires y de Entre Ríos, brigadieres generales Juan Manuel de Rosas y Pascual Echagüe. (2)

Preparativos militares. De acuerdo con los artículos 3 y 4 del tratado de alianza del 31 de diciembre de 1838, la provincia de Corrientes debía poner en armas, equipar y sostener con sus recursos propios un ejército de 4.000 hombres a las órdenes de su gobernador. De estas fuerzas, 1.000 hombres quedarían sobre las fronteras de Corrientes al mando inmediato de Berón de Astrada, y el resto sería puesto a las órdenes del general Rivera para que obrase en combinación con el ejército oriental, que estaría constituído por 2.000 hombres, armados, equipados y sostenidos por el tesoro de esta república. (3)

---

(1) Este importante documento puede consultarse en la *Memoria del brigadier general Pedro Ferré,* pág. 467.

(2) Está transcripto a pág. 470 de la *Memoria* indicada. Pocos días después (el 6 de marzo). Berón de Astrada dictaba un decreto revocando la aprobación dada a la conducta de Rosas, "referente al sostenimiento tenaz de "la cuestión que atrajo sobre todo el litoral de la República Argentina el "bloqueo riguroso de la escuadra francesa, y separada la provincia de la "política seguida por aquel gobierno relativamente a la Francia."

(3) El artículo 4 del tratado, que determinaba la distribución y dependencia de las fuerzas correntinas, no fué aceptado por Berón de Astrada, quien el 2 de febrero de 1839 exigió que fuese modificado en los siguientes términos: "De este ejército correntino, una división de observación compuesta " de un mil hombres, quedará al mando inmediato del señor gobernador, so- " bre la frontera de Corrientes, o de quien él determinare si encuentra por



Con fecha 28 de enero, el gobernador Berón de Astrada dirigía un manifiesto a los pueblos argentinos, invitándoles a emanciparse de la tutela del dictador Rosas, quien arbitrariamente oprimía sus libertades; explicaba, además, los motivos que había tenido la provincia de Corrientes para pronunciarse contra el gobernador de Buenos Aires. Pero este llamado no obtuvo contestación o, por lo menos, ésta no pudo exteriorizarse a tiempo a causa de la precipitación con que se desarrollaron los acontecimientos.

En el campamento de *Avalos,* el gobernador Berón de Astrada había procedido a reunir, en noviembre de 1838, las tropas veteranas y las milicias de la provincia, que deberían constituir el primer ejército libertador. La organización y la disciplina de estas fuerzas fueron confiadas al coronel Manuel Olazábal, veterano de las guerras de la Independencia.

A pesar del empeño puesto en juego en la preparación del ejército de operaciones, los resultados obtenidos fueron muy inferiores a las exigencias de tener que medirse muy pronto con el aguerrido ejército entrerriano, superior en número, abundantemente provisto de material de guerra y mandado por jefes y oficiales experimentados en una larga y activa vida militar.

"Los jefes y oficiales de la provincia (de Corrientes), tanto " veteranos como de milicias, no tenían más que instrucción teórica limitada, y los soldados, excepción hecha de los veteranos, " eran totalmente ajenos a la educación y vida militar, como que " no habían tenido ocasión de entregarse a ella durante la larga " paz en que vivieron consagrados al trabajo. La generación, que

---

" conveniente marchar a la cabeza del mencionado ejército, el cual será destinado a obrar en combinación con el ejército oriental a las órdenes del " Excmo. general en jefe de éste". "Como es fácil observar — escribe un " historiador — Berón de Astrada se precavía de posibles abusos de confianza, garantizando sus derechos a comandar inmediatamente las fuerzas de " la provincia. Y era necesaria la medida, porque Rivera no se había caracterizado por su buena fe, y porque en el caso de una derrota correspondía " proteger los destinos de Corrientes y no consultar los intereses inmediatos " del presidente oriental". (Hernán F. Gómez: *Berón de Astrada y Pago Largo,* pág. 26).

" tomó las armas en la lucha por la Independencia, desde 1810 has-
" ta 1814, se perdió casi por completo en las guerras de Artigas,
" y los que entonces fueron niños y crecieron en la paz eran los
" de armas llevar en 1838... La escasez y mala clase de armamen-
" to disponible igualaba al estado de los milicianos, pues no había
" con qué alistar regularmente un ejército numeroso." (1)

A pesar de estas circunstancias desfavorables, ni Berón de Astrada ni el pueblo de Corrientes perdieron un solo momento la fe de salir triunfantes en esta primera campaña contra el dictador, influyendo sin duda en ello la seguridad de que el presidente Rivera cumpliría los compromisos contraídos por el tratado de alianza del 31 de diciembre, y de que la acción combinada de las fuerzas correntinas y de las orientales proporcionaría la victoria sobre el ejército entrerriano.

El 4 de marzo de 1839, considerando terminada la reunión del ejército libertador correntino, Berón de Astrada salía del campamento de *Avalos* en dirección a la frontera del Mocoretá, consultando el doble interés de aproximarse a las fuerzas orientales, que no dejaría de hacer entrar en campaña el presidente Rivera, y de acercarse a la frontera de Entre Ríos para estar en condiciones de desarrollar el plan que se considerase más favorable de acuerdo con la situación de conjunto.

Pero una sorpresa muy desagradable frustraría, en parte, los propósitos del gobernador de Corrientes, dejándolo librado a sus solas fuerzas. El presidente Rivera, procediendo de mala fe o dando pruebas de un inconcebible desconocimiento de los deberes a que lo ligaba el tratado de alianza con la provincia de Corrientes, se resolvía recién el 10 de marzo de 1839 a hacer la declaración oficial de guerra a Rosas. A este único acto limitóse su participación en la primera campaña libertadora, permaneciendo en una completa inactividad aún después que el ejército entrerriano al mando del

(1) Mantilla M. F.: *Estudios biográficos sobre patriotas correntinos*, página 70.

general Echagüe hubo efectuado la invasión a la provincia de Corrientes.

El general Echagüe, mientras tanto, no había permanecido inactivo. En el campamento de *Calá*, las fuerzas entrerrianas alcanzaban, a principios de marzo de 1839, a 7.000 hombres de las tres armas, perfectamente armados e instruídos, esperándose para dentro de muy poco más tropas y otros recursos que deberían enviar las provincias de Buenos Aires y de Santa Fe. Pero el gobernador Echagüe, interesado en proceder con la mayor rapidez a fin de no permitir ni una invasión del ejército correntino a la provincia de Entre Ríos, ni una combinación de esfuerzos entre éste y las tropas orientales de Rivera, decidía, sin más, lanzarse sobre la provincia de Corrientes para aniquilar sin dilación las fuerzas de Berón de Astrada, considerando suficientes sus 7.000 hombres aguerridos para llevar a buen término la campaña. (1) En consecuencia, después de delegar el 9 de marzo el gobierno en el coronel Zapata, el general Echagüe poníase en marcha desde *Calá,* siguiendo el camino de la Cuchilla Grande, sobre *Basualdo,* donde acampaba el 30 de marzo.

---

(1) He aquí cómo se expresa un historiador correntino al hablar del ejército entrerriano: "Ese ejército sostenía los prestigios de Rosas frente al " revoltoso Rivera y la escuadra bloqueadora de Le Blanc. Estas circunstan- " cias, más o menos continuas, convirtieron a las fuerzas armadas de Entre " Ríos en las predilectas del general Rosas, y las erige en custodia del régi- " men de la tiranía. Si la fuerza era veterana, la oficialidad y jefes del " ejército de Echagüe encarnaban la pericia militar de la época. Valientes " por temperamento, como el soldado correntino, habíanse educado en nume- " rosas compañas militares, en experimentación continua, y completado su " instrucción técnica bajo las órdenes de jefes reputados. Había, pues, una " incontrastable inferioridad, de número, calidad y armamentos, entre el " ejército libertador y las tropas del tirano. Sólo el factor del entusiasmo íntimo " y excelso, del sacrificio voluntario, podía torcer el cálculo de las posi- " bilidades en el inminente combate." (*Hernán F. Gómez,* folleto citado, página 33).

Combate de Pago Largo. (31 de marzo de 1839).

Informado Berón de Astrada del avance del ejército enemigo y de su aproximación a la frontera de Corrientes, consideró prudente abandonar la línea del Mocoretá y trasladarse al paraje denominado *Pago Largo* (1), pues, situado en ese punto, creía poder interceptar al invasor el camino al centro de la provincia, por Curuzú-Cuatiá y Mercedes.

El ejército federal, formado en tres columnas (2), avanzaba el 31 de marzo desde Basualdo, invadiendo a Corrientes y siguiendo sobre *Pago Largo*. Poco tarda la columna de la derecha — que marchaba algo adelantada — en descubrir la vanguardia enemiga, que, a las órdenes del general Ramírez, hallábase destacada a alguna distancia de los vivaques del ejército libertador en *Pago Largo*, en observación de los movimientos del adversario. El general Ramírez, rehuyendo un combate que no le prometía éxito a causa de la desproporción numérica de las fuerzas, retrocede sobre el grueso del propio ejército.

Croquis N.º 1.—Berón de Astrada se apresura a situar sus tropas para el combate, adoptando al efecto la formación típica de aquella época, a la que también recurre el ejército federal atacante: al centro la infantería libertadora y la artillería, situadas en la misma línea, y sobre las alas dos grandes masas de caballería, formándose a retaguardia una reserva de esta última arma.

El *ejército federal*, fuerte de 6.000 hombres, avanzó en tres columnas contra el *ejército libertador* (5.000 hombres), que ya había terminado su despliegue y se hallaba listo para el combate.

Berón de Astrada, tan pronto como el enemigo llegó a una distancia conveniente, lanza su caballería al encuentro de las divisio-

(1) *Pago Largo* hállase situado algunos kilómetros al suroeste de Curuzú-Cuatiá, próximo al camino a Entre Ríos. El terreno forma como una especie de *quebrada*, cubierta de un espeso monte de espinillos y surcada por zanjones que sirven de desagüe hacia los arroyos próximos.

(2) El general Echagüe habíase reservado el mando de la columna de la izquierda; las del centro y de la derecha hallábanse a las órdenes de los generales Servando Gómez y Urquiza.



nes entrerrianas. Mas éstas, superiores en número y en disciplina, logran contener los escuadrones correntinos y contraatacarlos con éxito. La división *Olazábal,* situada en el ala izquierda de la línea de batalla del ejército libertador, es deshecha bien pronto por los escuadrones del general Urquiza, quien, después de este éxito y comprobando que el resultado del combate se presentaba dudoso en el centro y sobre la izquierda del ejército federal, por propia iniciativa acude rápidamente en su apoyo y carga contra el ala derecha correntina, formada por la división Ramírez. Esta oportuna intervención contribuye a acelerar y decidir el éxito de las otras dos columnas de los generales Echagüe y Servando Gómez.

Después de una acción en extremo reñida, en la cual la infantería correntina y los granaderos a caballo de Berón de Astrada hicieron prodigios de valor, el ejército libertador es totalmente aniquilado, salvándose la división *López* que, al comprobar la derrota de la división *Olazábal,* habíase retirado del campo de batalla sin intervenir en el combate.

La persecución que emprendieron los federales fué marcada por atroces actos de crueldad, ultimándose a los heridos y degollándose a 800 prisioneros. De los vencidos, 2.000 hombres quedaron en tal forma sobre el campo de batalla y en el terreno sobre el cual se realizó la persecución; en ese número contábanse el mismo Berón de Astrada y 84 jefes y oficiales.

El ejército federal apenas tuvo 55 muertos y 104 heridos. (1)

Después de esta victoria decisiva, el general Echagüe penetró al interior de la provincia de Corrientes, cometiendo sus tropas todo género de atropellos contra los habitantes. Tan pronto como dejó en el gobierno de esta provincia a personas que le respondían incondicionalmente, Echagüe regresó con su ejército a Entre Ríos, para preparar la invasión al Estado Oriental a fin de castigar al

---

(1) Consideramos de interés transcribir en el *Apéndice* (*anexo N.o* 3) los dos partes oficiales que envió Echagüe a Rosas sobre la acción de *Pago Largo.*

general Rivera por su alianza con la provincia de Corrientes y por la toma de Martín García.

Consideraciones sobre esta campaña.

El desastre del primer ejército libertador en *Pago Largo*, cuyas causas — según lo declaraba el nuevo gobernador Ferré en su mensaje del 20 de noviembre de 1839 — había que atribuirlas a que *"la infidencia, la traición y su mal arreglo y organización le " prepararon su inevitable suerte"*, sofocaba la primera reacción armada que estalló contra el dictador Rosas. Sin embargo, el germen de la rebelión quedaría latente en el viril pueblo correntino, pues las atrocidades cometidas por el vencedor sobre el campo de batalla y, más tarde, las violencias del mismo contra los habitantes, habían exacerbado hasta su límite máximo los sentimientos de venganza y hecho más vivo el anhelo de libertad.

La reacción no tardaría en surgir de nuevo, y ya antes de terminar ese año luctuoso, la provincia de Corrientes se pronunciaría por segunda vez contra el dictador Rosas y entregaría al general Lavalle los elementos para constituir el *segundo ejército libertador*.

NOTA BIBLIOGRAFICA DEL CAPITULO III.

Campaña del Segundo Ejército Libertador

1839-1840 [1]

1.—Carranza Angel J.: La revolución del 39 en el sur de Buenos Aires. 1 tomo. Edición de "La Cultura Argentina". Buenos Aires, 1919.

2.—Lacasa Pedro: Vida militar y política del general argentino don Juan Lavalle. 1 tomo. Buenos Aires, 1870.

3.—Elía Juan E. de: Memoria histórica sobre la campaña del ejército libertador (1839-1841). *Revista Nacional*, tomo V (págs. 3, 112, 203 y 301); tomo VI (págs. 129 y 328); tomo VII (págs. 139 y 345); tomo VIII (págs. 171 y 351); tomo IX (pág. 115); tomo X (págs. 38 y 186); tomo XI (págs. 3, 146, 267 y 359).

4.—Virasoro V.: Memoria del brigadier general Pedro Ferré. 1 tomo. Buenos Aires, 1921.

5.—Paz José María, general: Memorias póstumas. 3 tomos, (de interés el II tomo). Segunda edición. La Plata, 1892.

6.—Aráoz de La Madrid Gregorio: Memorias. 2 tomos. Buenos Aires, 1895.

7.—Villafañe Benjamín: Reminiscencias históricas de un patriota. *Revista Nacional*, tomo XII, pág. 121.

8.—Rodríguez Gregorio F.: Contribución histórica y documental. 3 tomos (de interés el III tomo). Buenos Aires, 1921.

9.—Quesada Ernesto: La batalla del Quebracho Herrado. Revista *La Quincena*, tomo IV.

(1) Respecto a las obras que tratan todo el período histórico, véase la observación al pie de la *Nota Bibliográfica* del Capítulo I.

Capítulo III. — Campaña del Segundo Ejército Libertador (1839-1840).

RESUMEN:

La *Comisión argentina* en Montevideo y el general Lavalle. — Organización de la *Legión libertadora* y su traslado a Martín García. — Plan de invasión a la provincia de Buenos Aires. — Cambio de plan e invasión de la Legión libertadora a Entre Ríos. — Combate de *Yeruá* (22 de septiembre de 1839). — Organización del *segundo ejército libertador* en la provincia de Corrientes. — Operaciones sobre la provincia de Entre Ríos. — Combate de *Don Cristóbal* (10 de abril de 1840). — Combate de *Sauce Grande* (16 de julio de 1840). — Pasaje del Paraná por el general Lavalle y operaciones en la provincia de Buenos Aires. — Retirada sobre Santa Fe. — Combate de *Quebracho Herrado* (28 de noviembre de 1840) y disolución del segundo ejército libertador. — Consideraciones sobre esta campaña.

La Comisión argentina en Montevideo y el general Lavalle.

La causa de los emigrados argentinos en Montevideo había mejorado grandemente después del triunfo de la revolución del caudillo Rivera, en 1838, contra el presidente Oribe y a raíz también de los acontecimientos que sobrevinieron poco después.

La campaña de propaganda contra el gobernador de Buenos Aires y los trabajos encaminados a organizar una expedición que libertara las provincias argentinas del yugo del dictador, podían ahora ser intensificados, no sólo por el apoyo — que se descontaba — de las nuevas autoridades del Estado Oriental y de los agentes del gobierno francés, sino también por la intervención de otros facto-

res sumamente favorables a la realización de sus proyectos. Tales eran, en primer término, la iniciación de hostilidades efectivas del general Rivera contra Rosas en octubre de 1838, representadas por el ataque y la ocupación de Martín García en combinación con los buques de la escuadra francesa bloqueadora, como también el primer pronunciamiento de la provincia de Corrientes y su alianza con el gobierno oriental (sancionada el 31 de diciembre de 1838) y, por último, la declaración oficial de guerra del presidente Rivera al gobernador de Buenos Aires en marzo de 1839.

La crítica situación frente a la cual venía a encontrarse el dictador Rosas a principios de 1839, a causa de estos múltiples y trascendentales acontecimientos, agravábase aún más por los perjuicios materiales y morales que ocasionaba el bloqueo francés, por el descontento que reinaba en todo el país a causa de no vislumbrarse como solución próxima la terminación de la guerra con Bolivia y, por último, por los fermentos de rebelión que empezaban a manifestarse en algunas provincias.

Todos estos factores, que perjudicaban seriamente la libertad de acción del dictador y contrariaban sus planes ambiciosos de predominio, concurrían, en cambio, a favorecer aún más los de sus encarnizados adversarios, los *emigrados argentinos.*

Estos habían constituído en Montevideo una *Comisión argentina,* encargada de dirigir la propaganda contra Rosas y de centralizar los trabajos relacionados con los preparativos de una expedición. Formábanla las personas más caracterizadas de entre aquéllas que habían debido buscar en el país vecino un asilo seguro contra las persecuciones del gobernador de Buenos Aires y de sus secuaces, y que con fe inquebrantable trabajaban en mantener latente la resistencia y espiaban el momento propicio de llevar sus planes a ejecución.

Entre los hombres más espectables del numeroso grupo de los emigrados argentinos encontrábase el general Lavalle, quien, después del efímero período de mando como gobernador de la provincia de Buenos Aires en que lo había colocado la revolución del

1.º de diciembre de 1828 por él encabezada contra el gobernador Dorrego, debió ceder el campo a Rosas, expatriándose en la esperanza de que su eliminación voluntaria de la escena política tendría la virtud de hacer cesar la guerra civil. Animado de un ardiente patriotismo, no podía quedar insensible á los males que, por obra del dictador Rosas, afligían al país y que alejaban cada vez más el ansiado momento de la organización constitucional de la república.

Comprendiendo que el gobierno de Manuel Oribe en el Estado Oriental era de tendencias políticas afines al que ejercía Rosas en Buenos Aires, el general Lavalle abrazó con entusiasmo la causa de la revolución encabezada por el caudillo Rivera, convencido de que el triunfo de ésta, al mismo tiempo que constituiría un golpe muy serio indirectamente asestado a Rosas, vendría a mejorar la situación y favorecer los planes de los emigrados argentinos. Formó, pues, en las filas de los revolucionarios colorados, tanto en el movimiento infructuoso del año 1836 como en el de 1837-1838, que, al dejar triunfante la revolución con la victoria decisiva del *Palmar*, había de colocar al caudillo Rivera al frente del gobierno del Estado Oriental.

Terminada esta campaña con el triunfo del partido *colorado*, el general Lavalle obtuvo de Rivera la autorización de abandonar el ejército para retirarse a la vida privada, deseoso de asistir cual simple espectador a los acontecimientos que ya no requerían el auxilio de su espada. Sin embargo, esta situación de voluntario aislamiento no debería prolongarse mucho tiempo.

Los acontecimientos que se produjeron a fines de 1838 y en los primeros meses de 1839 iniciaban para la *Comisión argentina* en Montevideo un período de nerviosa e intensa actividad. La efectividad del bloqueo francés, la toma de Martín García por fuerzas combinadas orientales y francesas, la alianza de Rivera con el gobierno de Corrientes, el pronunciamiento de esta provincia contra Rosas y la declaración oficial de guerra del general Rivera al dictador, en marzo de 1839, hicieron comprender a la *Comisión argentina* que había llegado el momento de organizar y de lanzar al territo-

rio argentino la anhelada expedición libertadora. Pensóse, desde luego, en la persona a quien confiar esta empresa de tanta trascendencia, recayendo la elección en el general Lavalle: su prestigio como militar, su anterior actuación política y su odio al dictador eran factores que parecían asegurar el éxito y que realzaban el significado de la elección hecha por los emigrados.

Sin embargo, no resultó empresa fácil el hacer aceptar al general Lavalle su nombramiento para la organización y el comando de la expedición libertadora. No tan sólo a él, sino también a muchos de los emigrados repugnaba el hecho de aprovecharse de la ocasión que representaba la conquista de una fracción del suelo argentino (cual lo era la isla de Martín García) por tropas extranjeras y las hostilidades de Francia y del gobierno oriental contra el gobernador de Buenos Aires (1). Pero estos escrúpulos del general Lavalle pudieron ser vencidos con las declaraciones que hicieron y firmaron los diplomáticos franceses, de que la acción de Francia en el Río de la Plata no atentaría en ningún momento contra los derechos soberanos argentinos.

Allanada esta dificultad inicial, que en un principio pareció constituir un inconveniente insalvable, no tardaría en presentarse bien pronto otra circunstancia adversa, que amenazaba hacer fracasar los planes concebidos para la empresa libertadora.

El general Rivera, a cuya criminal inacción se debió, en primer lugar, el aniquilamiento del ejército libertador correntino en *Pago Largo,* atemorizado por las ulterioridades que podían derivarse de la toma de Martín García, de su alianza con la provincia de Corrientes y de su declaración de guerra a Rosas, se esforzó en

(1) El apoyo que algunos de los movimientos revolucionarios contra Rosas encontraron en la intervención de países extranjeros, si bien favorecía la acción militar contra el dictador, redundaba en desprestigio de la causa de la revolución, pues "venía a contrariar el espíritu y los intereses nacionales, " y ofrecerle al Rosas la oportunidad de sostener, no sólo ya una causa justa " en defensa del honor de la República, sino también rodearlo de una influen- " cia moral que afianzó su gobierno, dió mayor fuerza a su poder y debilitó " en muchos el ardor y concepto de la causa revolucionaria." (Gregorio F. Rodríguez: *Contribución histórica y documental;* tomo III, pág. 30).

entrar en arreglos con el gobernador de Buenos Aires, utilizando al efecto los buenos oficios de los agentes ingleses, no bien se propagó el rumor de un próximo arreglo de la cuestión francesa con el gobierno de Buenos Aires. En el interés, pues, de contraer méritos con el temido dictador, el presidente Rivera procuró en todas formas obstaculizar los trabajos que hacían los emigrados argentinos para organizar la expedición.

Organización de la Legión libertadora y su traslado a Martín García.

Sin dejarse amedrentar por la hostilidad manifiesta del inconstante y desleal caudillo y validos del apoyo de un buen número de patriotas orientales y de los agentes franceses, los emigrados argentinos continuaron sus trabajos preparatorios de la expedición, intensificando la propaganda y la organización de los elementos que debían componerla.

Muchas eran las dificultades a vencer para encontrar el número suficiente de voluntarios que formarían el plantel de la Legión libertadora, para proveerles el armamento y equipo necesarios y para reunir los fondos destinados a costear los múltiples gastos de la empresa. Sin embargo, a todo se logró hacer frente, y los resultados que se iban obteniendo día a día, a través de un cúmulo de adversidades, permitían pronosticar un franco éxito a los trabajos de los emigrados argentinos.

Pero, bien pronto, el carácter y la intensidad de la resistencia opuesta por el presidente Rivera a los planes de los emigrados, inspiró a sus dirigentes, previo acuerdo de éstos con los agentes franceses y con algunos patriotas orientales, el proyecto de suspender los trabajos de organización en territorio oriental, para continuarlos con más eficacia y tranquilidad fuera del alcance de la acción perturbadora del presidente Rivera, quien, en su afán de congraciarse con Rosas, hasta era capaz de llegar al extremo — siempre que se le dejase la oportunidad — de destruir los trabajos ya realizados por la Comisión argentina y aun de desterrar o encarcelar a sus principales dirigentes.

Es así que, precipitando los acontecimientos, el 2 de julio de 1839 el general Lavalle se embarcaba en el puerto de Montevideo en buques franceses, con 160 voluntarios, burlando las órdenes de Rivera y la vigilancia establecida. Al día siguiente, la expedición desembarcaba en la isla de Martín García, que estaba ocupada por una guarnición de 200 hombres, allí colocados por la escuadra francesa bloqueadora.

El presidente Rivera, informado de la salida de la expedición del general Lavalle del puerto de Montevideo, montó en cólera. pues comprendía que este suceso podía entorpecer y hasta destruir las negociaciones de arreglo con el gobernador de Buenos Aires. Por lo cual no trepidó en ordenar que los buques de guerra de la escuadrilla oriental persiguieran a la expedición y la obligaran por cualquier medio a regresar a Montevideo.

Esta orden no pudo ser cumplida en su última parte, pues los buques orientales llegaron al teatro de los sucesos cuando las tropas libertadoras ya habían desembarcado en Martín García.

Muy pronto, sin embargo, Rivera debería cambiar de conducta. Rosas se negó rotundamente a tomar en consideración las proposiciones de paz del presidente Rivera, pues estaba resuelto a castigarlo por los actos de hostilidad que contra él había realizado. Las operaciones llevadas a feliz término por el general Echagüe en su primera parte, con la destrucción del ejército correntino en *Pago Largo,* continuarían su desarrollo, esta vez contra el otro adversario, el general Rivera, llevándose la invasión al Estado Oriental. Al efecto, el general Echagüe, al frente del ejército federal entrerriano, atravesaba el río Uruguay por el Salto el 29 de julio de 1839

El presidente Rivera, perdida ahora la esperanza de librarse de la cólera que su conducta y sus actos de hostilidad habían provocado en el dictador Rosas, se vió llamado a la realidad por la invasión de las tropas federales a su territorio. Sus primordiales intereses aconsejábanle ahora atraerse al general Lavalle y hacer causa común con los emigrados argentinos, pues comunes resultaban los intereses en juego en la empresa de derribar al gobernador.

de Buenos Aires. Y si bien la gravedad de la situación obligaba al presidente Rivera a atender en primer término al propio territorio invadido, sin embargo, el general Lavalle podía, desde ahora, contar con todo el apoyo del gobierno oriental, como también abrigar la seguridad de que sus planes no serían en adelante entorpecidos por aquéllos precisamente que más interés debieron tener en favorecerlos desde el primer momento.

En Martín García, mientras tanto, el general Lavalle dedicábase a organizar y aumentar sus escasas fuerzas con los voluntarios que, burlando en los primeros días la vigilancia de los agentes de Rivera, lograban incorporársele desde la costa oriental. Con el núcleo traído de Montevideo se formó el escuadrón *Maza*, nombrándose al coronel Manuel Alejandro Pueyrredón para comandarlo, mientras el coronel Chilavert era designado jefe de estado mayor de la expedición.

Una batida a las islas del Paraná y del Uruguay, encomendada por el general Lavalle a algunos de los jefes que lo acompañaban, proporcionó en pocos días más de 200 voluntarios, con los cuales se formó el escuadrón *Libertad* y se aumentó el plantel de otro escuadrón que ya existía en cuadro, el *Cullen*.

Con estos contingentes y con los que fueron sucesivamente llegando de la costa oriental, el general Lavalle tenía reunidos, el 10 de agosto, en Martín García, unos 500 hombres, regularmente provistos de armas y equipo, que la expedición había traído de Montevideo o que fueron remitidos más tarde por la Comisión argentina, o proporcionados por los agentes franceses y por el gobierno oriental.

Plan de invasión a la provincia de Buenos Aires.

Tanto la Comisión argentina en Montevideo como el jefe de la expedición libertadora habían sido informados de que el comandante Maza preparaba una revolución contra Rosas, la cual debía estallar en la ciudad de Buenos Aires, en combinación con otro movimiento armado que capitanearía Pedro Castelli en el sur de la provincia.

En el deseo de cooperar con su acción a la finalidad del plan general de derribar a Rosas del poder, estrechándolo por todos lados y privándole de los recursos que podía obtener de la campaña para sostenerse en la capital y triunfar de la revolución, el general Lavalle, de acuerdo con el almirante de la escuadra francesa bloqueadora, había resuelto, en el primer momento, desembarcar en el norte de la provincia de Buenos Aires. Simultáneamente, algunos buques franceses harían un simulacro de desembarco en las costas del sur de la provincia, para distraer en tal forma la atención de Rosas del punto elegido por la expedición libertadora para su invasión a la provincia.

Abortada la conspiración del comandante Maza, el general Lavalle, mientras continuaba en Martín García los trabajos de organización de las fuerzas expedicionarias, persistía en su primitiva idea de desembarcar en un punto del norte de la provincia. Los motivos para ello se fundaban en la circunstancia de que la incertidumbre que le creara la noticia de la ejecución del comandante Maza, ordenada por Rosas, no le daba lugar a concebir un plan que le permitiese armonizar su acción con la de los revolucionarios del sur de Buenos Aires.

Muy pronto, sin embargo, nuevas noticias habrían de modificar las intenciones del general Lavalle respecto al lugar más apropiado para el desembarco de sus tropas en la provincia de Buenos Aires.

A mediados de julio, el jefe de la expedición libertadora recibía en Martín García una carta de uno de los dirigentes del movimiento revolucionario en el sur de Buenos Aires, invitándole a desembarcar en la costa sur, en el paraje denominado *Laguna de los Padres,* donde se le tendrían listos los medios necesarios de movilidad para sus tropas. Se le encarecía, además, que saliese sin pérdida de tiempo, con lo que tuviese, a fin de ponerse al frente de la revolución, pues el prestigio del nuevo jefe, el odio general que existía en esa parte de la campaña contra el gobernador de Buenos Aires y las numerosas adhesiones recibidas de los principales ha-

cendados, permitían esperar un levantamiento en masa y la formación de un ejército numeroso y lleno de entusiasmo.

Seducido por la brillante perspectiva que se le ofrecía para el logro de los planes que se concibieron al crearse la expedición libertadora, el general Lavalle no tardaba en contestar aceptando el ofrecimiento, prometiendo que partiría tan pronto como terminase de equipar a los últimos 100 hombres que aun no lo estaban, y arreglase con el jefe de la escuadra bloqueadora el transporte y el convoy de la expedición al nuevo punto designado, en cuya tarea calculaba que habría de invertir unos 15 días. (1) Por último, pedía que se le enviasen las señales que habrían de permitirle reconocer el lugar apropiado y la oportunidad para efectuar el desembarco.

La aceptación del general Lavalle de dirigir el alzamiento del sur de la provincia contra el gobernador Rosas llenó de entusiasmo y de esperanzas a los cabecillas revolucionarios, quienes intensificaron la propaganda y los preparativos para entrar en acción no bien desembarcase en sus costas la legión libertadora.

Cambio de plan e invasión de la Legión libertadora a Entre Rios.

El presidente Rivera, burlado en sus intenciones de obstaculizar la empresa del general Lavalle para hacer más aceptables sus gestiones de arreglo con Rosas, no tardó en comprender que, de no modificar su norma de conducta, su situación se iría agravando cada vez más.

"Las reclamaciones dirigidas a los agentes franceses (por haber éstos facilitado la organización de la Legión libertadora y su transporte a Martín García) "no podían producirle resultado al-
" guno favorable; y pronto se apercibió de que no era cuerdo ex-
" tremar su desinteligencia con éstos, con los emigrados argenti-
" nos ya en acción, que patrocinaban, y con los orientales sus

(1) El documento en el que constan estos pormenores es una carta del general Lavalle, escrita el 21 de julio de 1839, que transcribe Gregorio F. Rodríguez a pág. 39 del III tomo de su obra ya citada.

" amigos políticos que, intransigentes con Rosas, podrían serle in-
" dispensables para reanudar, si le era necesario, las relaciones
" comprometidas, tanto con los franceses como con los mismos ar-
" gentinos. Además, Rivera debió saber por los intermediarios en
" sus negociaciones con Rosas que éste, creyéndose engañado, se
" disponía a castigar la perfidia de que le acusaba, invadiendo sin
" tardanza el territorio oriental para aprovechar la desorganiza-
" ción en que le contemplaba." (1)

En consecuencia, el presidente Rivera no tardó en hacer llegar al general Lavalle su promesa de no entorpecer en adelante la empresa que le habían confiado los emigrados argentinos, manifestándose, además, dispuesto a entregar una fuerza oriental numerosa (de 1.500 a 2.000 hombres), que operaría a las órdenes inmediatas del jefe de la legión libertadora.

El general Lavalle, aun cuando dudaba de que Rivera pudiese en poco tiempo poner a su disposición la fuerza prometida, no dejaba, sin embargo, de apreciar en todo su valor el alcance que para el mejor éxito de la empresa libertadora debían tener las nuevas intenciones favorables del gobierno oriental. "Sea esto lo que fuere — escribía el 30 de julio a don Andrés Lamas — "la coope-
" ración pública del gobierno (oriental) influye mucho moral-
" mente, y sólo 4 ó 500 hombres para manifestarla pondrían mu-
" cho peso en la balanza." (2)

Sin embargo, el general Lavalle estaba decidido a no demorar en Martín García más del tiempo necesario para terminar el apresto de sus fuerzas, pues temía que las negociaciones con el gobierno oriental para la ejecución de un plan combinado demandasen mucho tiempo. El desarrollo de su plan independiente, que tenía en vista la cooperación de sus tropas en el levantamiento contra Rosas que se preparaba en el sur de Buenos Aires, sería por él iniciado tan pronto como considerase ultimados los preparativos de

(1) Angel J. Carranza: *La revolución del 39 en el sur de Buenos Aires*, pág. 76.
(2) Angel J. Carranza: obra citada, pág. 80.

la expedición, sin esperar que el gobierno oriental le entregase las fuerzas prometidas.

Pero nuevos acontecimientos sobrevendrían en esos días a modificar la situación de conjunto.

A fines de julio, el ejército federal a las órdenes del general Echagüe invadía el Estado Oriental. El presidente Rivera, seriamente alarmado por esta invasión que lo tomaba desprevenido y sin los elementos necesarios para hacerle frente con éxito desde el primer momento, al mismo tiempo que procuraba los medios para crear un ejército en la campaña y poner la capital a cubierto de un ataque del ejército invasor, trató de asegurarse la cooperación del general Lavalle y de las tropas por él reunidas en Martín García.

Esta última tarea le resultó sumamente fácil. El jefe de la Legión libertadora, influenciado por las recomendaciones que le llegaban de los hombres de gobierno de Montevideo e ilusionado por la perspectiva de un fácil triunfo en la provincia de Entre Ríos, que había quedado desguarnecida con el pasaje del Uruguay por el ejército de Echagüe, se resolvía de inmediato a cooperar en la defensa indirecta del territorio oriental, llevando a cabo, al efecto, una operación sobre Entre Ríos, sobre las espaldas del ejército invasor, con las fuerzas ya reunidas en Martín García y con 200 infantes que reclamaba del gobierno oriental.

¿Qué razones especiales pudo tener el general Lavalle para cambiar su plan primitivo, no sólo faltando a sus promesas, sino también abandonando a su suerte el movimiento armado que se preparaba en el sur de Buenos Aires y que únicamente esperaba el desembarco de la Legión libertadora en sus costas para estallar con inusitada violencia?

Oigamos las razones que él mismo ha dejado consignadas en una carta del 13 de agosto de 1839:

"He cambiado mi primer plan de campaña con un gran pe-
" sar secreto, conducido solamente por la razón, por la convenien-
" cia pública y por los resultados del porvenir. El enemigo ha co-

" metido la inaudita torpeza de pasar el Uruguay desguarnecien-
" do el Entre Ríos y abandonando Corrientes a los accesos de su
" despecho y de su venganza. Yo le haré ver que delante de mí
" no se comete impunemente una falta de esa magnitud. Todavía
" podría remediarla, regresando con tiempo a defender su terri-
" torio; pero si no lo hace dentro de 20 días, está perdido a mi
" juicio. Ese ejército tiene a su izquierda un gobierno desafecto
(referíase a las autoridades revolucionarias de Río Grande do Sul),
" desde que ha sentido las relaciones de Rosas con la corte del Bra-
" sil; a su frente los orientales levantados contra él, porque el odio
" de la invasión y las opiniones recibidas son más fuertes que los
" resentimientos contra don Frutos (Rivera); y últimamente, a
" su espalda su propio país, sublevado también, si mis esperan-
" zas se realizan, y si salen fallidas, el ejército enemigo me apu-
" rará en su regreso, pero no me destruirá, y habré sublevado a
" Corrientes. En fin: la cuestión habrá siempre mejorado consi-
" derablemente." (1)

En otra carta, dirigida el 10 de agosto a don Andrés Lamas, el general Lavalle escribía sobre el mismo asunto: "Todo ha cam-
" biado de aspecto desde que el ejército enemigo ha pasado el
" Uruguay en el Salto, y desde que encuentro cooperación en el
" gobierno oriental y simpatía en el pueblo. No perderé tiempo en
" demostrar a usted que *el ataque sobre la provincia de Buenos Ai-*
" *res era vicioso considerado política y militarmente.* Era un efecto
" de las fatalidades que usted conoce: yo no tenía otro camino.
" Pero después que el Estado Oriental ha sido invadido, ese ata-
" que no sería una falta sino un crimen." (2)

Esta variación fundamental del plan inicial de la expedición organizada contra Rosas demuestra el extraviado criterio del general Lavalle sobre las necesidades militares exigidas por la conducción de esta campaña. El jefe de la expedición libertadora, al resol-

---

(1) Gregorio F. Rodríguez: obra citada; tomo III, pág. 121.
(2) Angel J. Carranza: obra citada, pág. 83.

verse por el abandono de una empresa sobre el sur de Buenos Aires y de la cooperación en el levantamiento próximo a estallar en ese punto, no considera que la resolución de dirigirse sobre Entre Ríos constituye una operación secundaria y divergente, que lo aleja de su verdadero objetivo; olvida, además, que el interés militar, el fin capital de la expedición, no reside en los fáciles triunfos que se ilusiona de poder alcanzar en Entre Ríos, sino en buscar a Rosas en el centro mismo de su poder, pues, vencido el dictador, se habrá eliminado el único obstáculo que impedía la organización constitucional del país.

Bien es cierto que la operación que el general Lavalle pretende llevar a cabo sobre Entre Ríos podía, en determinadas circunstancias favorables, cortar el ejército del general Echagüe de su base de operaciones y hasta convertir en desastre una eventual retirada del mismo a través del río Uruguay. Pero, aun en el caso de obtener este éxito halagador, no menos real era que el poder de Rosas quedaba inconmovible, apoyado en los numerosos recursos de que disponía en la provincia de Buenos Aires y aun en la de Santa Fe.

Además, un fracaso en las operaciones confiadas al general Echagüe en territorio oriental no impediría que la provincia de Entre Ríos pudiese ser ocupada por las fuerzas de Santa Fe y de Buenos Aires, que Rosas no dejaría de enviar, pues estaba en su interés y en sus facultades el hacerlo, por lo menos hasta que la escuadra francesa no lograse bloquear eficazmente las costas de aquellas dos provincias sobre el río Paraná. En este caso, la situación del general Lavalle en Entre Ríos resultaría insostenible, siempre que la población de esta provincia no hiciese causa común con las tropas libertadoras. Debería entonces el general Lavalle, o guarecerse en la provincia de Corrientes, alejando cada vez más el momento de llevar la revolución al centro mismo del poder de Rosas — la ciudad de Buenos Aires — o retroceder al punto inicial de partida, Martín García o Montevideo.

Pero más grave aun llegará a ser la situación de las fuerzas

libertadoras en Entre Ríos si el ejército de Echagüe triunfa en el Estado Oriental, lo que no era improbable, atendiendo a la composición y efectivos del ejército federal invasor y al estado desastroso en que se encontraban los elementos armados con que el gobierno oriental podía hacer frente a la invasión. El reducido contingente libertador en Entre Ríos se encontraría entonces forzado a contrarrestar una doble operación del enemigo desde el Uruguay y desde el Paraná, no quedándole, en tal caso, el recurso de una fácil retirada sobre Corrientes o sobre Martín García.

Sin medir mayormente el alcance de los inconvenientes militares de su nuevo plan, el general Lavalle apresurábase a ponerlo en ejecución, no dejándose influenciar por los cargos y las recriminaciones que no tardaron en formularle con acritud los que componían la Comisión argentina en Montevideo, quienes opinaban que el general Lavalle se lanzaba a una empresa completamente secundaria, desvirtuando la finalidad que los había guiado al concebir y preparar entre numerosas dificultades la expedición libertadora contra Rosas.

Empero, la firmeza que caracterizaba todos los actos del general Lavalle, especialmente aquellos de índole militar, en los cuales no admitía consejos ni insinuaciones que pudiesen hacer variar una resolución tomada por considerarla fundamental para el desarrollo de la campaña, hizo inútiles todas las tentativas de los que pretendían, no sin fundamento lógico, que se volviese al plan inicial de transportar la Legión libertadora directamente a la costa sur de la provincia de Buenos Aires.

La invasión a Entre Ríos, que se consideraba una empresa destinada a proporcionar una brillante victoria inicial a las tropas libertadoras, sería, pues, ejecutada arrostrando las ulteriores consecuencias que acarrearía un *plan militar falso, porque prolongaba la duración de la campaña, alejaba la expedición libertadora de su verdadero objetivo y daba tiempo a Rosas de acumular los medios de resistencia.*

El 2 de septiembre, la Legión libertadora, cuyos efectivos al-

canzaban a 550 hombres (1), embarcábase en algunos buques de cabotaje, que remontaban el Uruguay escoltados por cañoneras francesas. Los 200 infantes pedidos por el general Lavalle al gobierno oriental no habían sido enviados aún a Martín García, y el jefe de la Legión libertadora, considerando terminada la organización de su pequeña columna expedicionaria, resolvía dar comienzo a las operaciones de la campaña.

Al día siguiente, llegada la expedición al arroyo *Ñancay,* el general Lavalle resolvió destacar, tierra adentro, el escuadrón *Maza.* con la misión de apoderarse de la necesaria cantidad de caballos para montar a todas las fuerzas; aquéllos serían conducidos al puerto de *Landa,* donde el general Lavalle había resuelto desembarcar con el resto de la expedición.

El 5 de septiembre, en efecto, la Legión libertadora toma tierra en el puerto de *Landa,* donde se le reune poco después el escuadrón *Maza* con los caballos de que había podido apoderarse, que no alcanzaban para proveer a todas las fuerzas. Haciendo que el personal todavía a pie (unos 100 hombres) continuase por agua hasta cerca de Gualeguaychú, el general Lavalle, montado que hubo el resto de su columna, se dirigía por tierra sobre el mismo punto, reuniéndose el 10 de septiembre toda la Legión libertadora en las proximidades de aquella localidad. Desde aquí, el general Lavalle lanzaba una proclama a los habitantes de Entre Ríos, explicándoles

(1) El general Lavalle había organizado sus fuerzas en Martín García en la siguiente forma: escuadrón *Libertad* (coronel Montoro), 138 hombres; escuadrón *Maza* (coronel Pueyrredón), 118 h.; escuadrón *Cullen* (coronel Vilela), 63 h.; escuadrón *Escolta* (teniente coronel Maciel), 33 h.; escuadrón de *Jefes y Oficiales* (coronel Vega), 48 h.; compañía *Guías* (teniente coronel Baltar), 32 h.; compañía *emigrados entrerrianos* (mayor Hornos), 26 h.; compañía de infantería (coronel Salvadores), 34 h.; compañía de *marina* (mayor Scailler), 19 hombres. Constituyó, además, el *cuartel general* (coronel Olavarría), el *estado mayor* (coronel Chilavert) y la *comisaría* (ciudadano de Elía), con un efectivo de 39 hombres para las tres reparticiones mencionadas.

Todo el personal estaba a pie, pues el general Lavalle, por razones fáciles de comprender (falta de pastos en Martín García, dificultad de transportar el ganado por agua, etc.), tenía resuelto montarlo recién después de desembarcar en territorio entrerriano.



que la finalidad de la campaña por él iniciada en el suelo de la provincia era la de "pelear contra sus opresores, Rosas y sus esclavos"; los incitaba, además, a levantarse en masa para acudir a engrosar las filas de los libertadores.

Una vez en tierra entrerriana, *¿cuál era el plan que pretendía llevar a cabo el general Lavalle?*

"Calculábase en mil hombres próximamente la fuerza enemiga
" en la provincia de Entre Ríos, a la que buscaría para atacarla an-
" tes que las divisiones de Echagüe tuviesen el tiempo material
" de repasar el Uruguay, y destruyéndola con prontitud, aguarda-
" ba Lavalle estar en Buenos Aires hacia el mes de diciembre." (1)

Para la continuación de su plan, que tenía en vista la marcha sobre Buenos Aires, el general Lavalle necesitaba no sólo destruir primeramente los mil hombres en que calculaba la fuerza enemiga existente en Entre Ríos, sino también contar en el río Paraná con el apoyo de algunos de los buques de la escuadra francesa, tanto para permitir el transporte de sus tropas a la provincia de Buenos Aires, como para impedir que Rosas pudiese enviar tropas a Entre Ríos desde Santa Fe y Buenos Aires. A tal objeto, el jefe de la Legión libertadora pensaba solicitar oportunamente del almirante francés el envío de algunas cañoneras al río Paraná.

Pero con esta simple medida no quedaban eliminadas las dificultades de otro orden que se cruzarían en el desarrollo del plan del general Lavalle. Aun suponiendo que a éste le será fácil salir triunfante de la fuerza de mil hombres que existía en Entre Ríos, la columna libertadora deberá después atravesar esta provincia de un extremo a otro para aproximarse al río Paraná en la ejecución de la segunda parte del plan, la marcha sobre Buenos Aires. Si el pueblo entrerriano no llenaba los deseos manifestados por el general Lavalle en su proclama y si no acudía en buen número a engrosar las filas libertadoras, la marcha del general Lavalle hacia el río Paraná deberá realizarse a través de un territorio hostil, sin encon-

(1) Angel J. Carranza: obra citada, pág. 98.

trar en su trayecto los indispensables elementos de movilidad para sus tropas, dejando sobre sus espaldas la peligrosa incógnita de la acción futura del ejército de Echagüe y — factor principalísimo — lanzándose más tarde sobre Buenos Aires con una insignificante columna, que sería fácilmente aniquilada en sus primeros movimientos en la zona norte de la provincia, donde el dictador Rosas dominaba en una forma absoluta.

Van, pues, sumándose las desventajas atribuídas desde el pri mer momento al plan que concibiera en Martín García el general Lavalle a raíz de la invasión del ejército de Echagüe al Estado Oriental. Y la crítica de carácter militar no terminará aquí, pues las operaciones subsiguientes del jefe de la Legión libertadora ofrecerán amplio tema para insistir en las consecuencias del grave error inicial que cometió el general Lavalle al abandonar su primitivo plan de operar en la parte sur de la provincia de Buenos Aires.

Combate de Yeruá (22 de septiembre de 1839)

El gobernador delegado de Entre Ríos, coronel Vicente Zapata, al ser informado del desembarco de la expedición libertadora en las costas de la provincia que baña el río Uruguay, dispuso que las milicias se concentrasen en Nogoyá y que se retirasen todos los recursos que pudiesen ser aprovechados por el enemigo en la costa del Uruguay.

Terminados los preparativos en Gualeguaychú, el general Lavalle salía de este punto el 12 de septiembre en dirección a Villaguay, esperando aumentar en el camino su columna, que ascendía ya a 800 hombres, merced a los contingentes que algunos partidarios le habían traído del Estado Oriental. De acuerdo con lo resuelto en una junta de guerra, en la cual tomaron parte los jefes de las cañoneras francesas que habían escoltado a la expedición, la escuadrilla, en lugar de trasladarse al río Paraná — como había sido la intención de Lavalle cuando se hallaba en Martín García — permanecería en el Uruguay, tanto para conservar una base a la Legión libertadora como para impedir que el ejército de Echagüe pu-

diese repasar libremente el río Uruguay en el caso de sufrir una derrota en territorio oriental.

Reunidas las milicias de Entre Ríos en Nogoyá en número de 1.600 jinetes, el coronel Zapata resolvió buscar la columna libertadora para exterminarla antes de que pudiese hacer mayores progresos en la provincia invadida. A tal objeto se puso en marcha hacia Concordia, encontrándose el 22 de septiembre con la Legión libertadora en las puntas del arroyo *Yeruá*.

Croquis N.º 2. — El general Lavalle, a pesar de su manifiesta inferioridad numérica, resolvió aceptar el combate con igual intrepidez como lo hiciera en *Río Bamba* y en cien encuentros más, que habíanle creado una aureola de gloria y de heroísmo.

En la imposibilidad de adoptar un dispositivo frontal de igual extensión a la que ocupaba en batalla el ejército enemigo superior en número, el general Lavalle decidió obrar como cuña, tratando de romper el centro adversario para desorganizar en tal forma su entera línea de combate. Al efecto, adoptó una formación en profundidad, constituída por cuatro escalones, como se detalla en el croquis.

Ganando la delantera al adversario para impedir que la ofensiva de éste, desbordando las dos alas, lograse envolver totalmente sus escasas fuerzas, el general Lavalle impartió la orden de ataque, al cual debían concurrir sucesivamente los distintos escalones, apoyando cada uno al que le precedía.

La carga tuvo un éxito completo contra el centro enemigo, que se logró romper, continuándose la acción contra la izquierda federal, que resultó totalmente dispersada. Pero la derecha enemiga (500 hombres), no viendo fuerzas adversarias a su frente, avanzó a su vez, y mediante una conversión a su izquierda, cayó contra el flanco y la retaguardia de los escuadrones que combatían contra la izquierda federal.

En esta situación, el mayor Hornos con su piquete de caballería, sostenido inmediatamente por el cuarto escalón del coronel

Vilela, hace frente con toda audacia a este nuevo adversario, al cual logra derrotar y poner en fuga. (1)

Quedaba en tal forma el general Lavalle dueño del campo de batalla después de haber alcanzado una victoria que realza el *principio de la ofensiva*, aun contra un adversario superior en número, siempre que sea llevada con decisión, y el de *la estrecha cooperación de las diferentes unidades durante el combate*. Este encuentro, a pesar de sus modestas proporciones, constituye uno de los mejores ejemplos de la aplicación de los dos importantes principios militares: *la ofensiva* y *la cooperación en el combate*.

El feliz éxito obtenido por el general Lavalle en sus primeras operaciones militares de la campaña en territorio argentino y la circunstancia de que la dispersión del único núcleo armado existente en Entre Ríos parecía dejar esta provincia a merced de las fuerzas libertadoras, indujeron al jefe victorioso a dirigir un mensaje al Congreso entrerriano, explicando en él los móviles que lo guiaron al invadir la provincia. Después de enumerar los males ocasionados al país por la política de los dos funestos personajes, Rosas y Echagüe, el general Lavalle invitaba a aquella alta corporación a nombrar otro gobierno que reemplazara al del general Echagüe.

Pero este llamado patriótico del jefe de la expedición libertadora no fué tomado en consideración por el Congreso provincial. Esta abstención fué provocada, posiblemente, por la actitud del gobernador de Santa Fe, Juan Pablo López, que al tener noticia del desastre sufrido en *Yeruá* por las milicias entrerrianas, había pasado a la ciudad de Paraná con 600 hombres y avanzado después hacia el Uruguay en busca de las fuerzas del general Lavalle una vez que se le incorporaron algunos centenares de hombres de los dispersos de *Yeruá*.

A pesar de la victoria obtenida el 22 de septiembre, el jefe de la

---

(1) Mayores detalles sobre este combate de caballería pueden encontrarse en el parte que el coronel Chilavert — jefe de estado mayor de la Legión libertadora — pasaba al ministro de Guerra y Marina del gobierno oriental el 26 de septiembre de 1839. (*Revista Nacional*, tomo XI, pág. 397).



expedición libertadora tuvo que abandonar muy pronto las ilusiones que, en un principio, pudo concebir sobre un levantamiento en masa del pueblo entrerriano y sobre un importante aumento de sus fuerzas, que le permitiría llevar a cabo su plan de invasión a la provincia de Buenos Aires y efectuar la entrada victoriosa a su capital, calculada para el mes de diciembre de ese mismo año.

Muy pocos habían sido los voluntarios que acudieron a engrosar las filas de la Legión libertadora. La proclama lanzada al pueblo entrerriano no había despertado simpatías en la conciencia de los habitantes de la provincia invadida, y el general Lavalle, en sus operaciones a través del territorio entrerriano, debería contar, si no con una abierta hostilidad de los pobladores, por lo menos con una indiferencia perjudicial, que haría imposible el aumento de sus fuerzas y hasta la tarea de obtener los elementos de movilidad que le serían necesarios para su pequeña columna en sus marchas hacia el Paraná.

Esta desconfortante comprobación de la esterilidad de las esperanzas concebidas en el primer momento, hubo de llamar al general Lavalle a la realidad de las cosas, haciéndole comprender que la situación de sus tropas en Entre Ríos se volvía cada vez más peligrosa, especialmente cuando le fué anunciado que el gobernador de Santa Fe se preparaba a obtener para la causa federal el desquite de la derrota de *Yeruá*.

Organización del segundo ejército libertador en la provincia de Corrientes

Sin perder la fe en la bondad de la causa que sostenía, pero obligado por la fuerza de las circunstancias, el general Lavalle suspendía provisionalmente la ejecución de la parte de su plan de campaña que determinaba la marcha sobre el río Paraná, hasta que un cambio en la situación de conjunto y un esperado aumento en los efectivos de su columna le permitiesen llevarlo a ejecución con mayores probabilidades de éxito.

Seducido por los acontecimientos que, a principios de octubre,

se estaban desarrollando en la vecina provincia de Corrientes, el general Lavalle resolvió trasladarse a ella, acariciando el plan que se trasluce en la siguiente carta por él escrita el 5 de octubre de 1839: "La victoria de *Yeruá* ha producido la sublevación de la " provincia de Corrientes, cuyo territorio pisaré pasado mañana. " *Espero tener* 2.000 *hombres regularizados en todo octubre, y* " *marchar en noviembre para no parar hasta Buenos Aires.*" (1)

El 6 de octubre, en efecto, el pueblo de la capital de Corrientes había destituído del mando de la provincia al gobernador Romero, colocado en ese puesto por el general Echagüe después de la victoria de *Pago Largo* y de la subsiguiente ocupación de la provincia. La revolución designaba en su reemplazo al brigadier Pedro Ferré, quien no tardaba en consumar el segundo pronunciamiento de Corrientes contra el dictador Rosas.

No puede dudarse que esta enérgica actitud de la provincia de Corrientes tuvo su principal razón de ser en el éxito obtenido por el general Lavalle en *Yeruá* y en el ofrecimiento del jefe de la Legión libertadora a cooperar a que aquella provincia pudiese vengar el desastre de *Pago Largo*.—Al respecto, el brigadier Ferré ha dejado escrito en sus *Memorias*: "El 29 de septiembre recibí " el aviso del general Lavalle del triunfo que había obtenido en el " *Yeruá* contra los enemigos, y ofreciéndose a coadyuvar a la li- " bertad de Corrientes. Detuve al oficial conductor de la comu- " nicación, para que fuera testigo de la disposición de la provin- " cia antes del suceso del *Yeruá*. Inmediatamente despaché avisos " a todos los comandantes, haciéndoles saber que para el 6 de oc- " tubre se daría el grito de libertad en la capital, pues ya era el " tiempo oportuno, para el cual me había comprometido con ellos. " Los comandantes todos, sin acuerdo alguno entre sí, obraron con " una actividad y patriotismo extraordinarios, y en los departa- " mentos cuyos comandantes no me merecieron confianza se le- " vantaron en masa los pueblos y, poniendo a su cabeza ciudadanos

(1) *Gregorio F. Rodríguez*: obra citada; tomo III, pág. 125.

" de confianza, sostuvieron su movimiento, con la circunstancia de
" que no hubo un departamento que supiera que el limítrofe hacía
" lo mismo, lo que es una prueba clásica de la opinión general y
" decisión por su libertad." (1)

A pesar de las felices disposiciones y del entusiasmo por la causa de la nueva cruzada contra Rosas que demostrara el pueblo correntino en este segundo pronunciamiento, como también de la importancia de la cooperación ofrecida de la Legión libertadora y del gran prestigio de su jefe, el gobernador Ferré juzgó oportuno utilizar todos los medios conducentes a aumentar las probabilidades de éxito del segundo ejército libertador, que debería organizarse sobre la base de las tropas comandadas por el general Lavalle.

Al efecto, el nuevo gobernador de Corrientes dirigíase el 22 de octubre al presidente Rivera, comunicándole la nueva situación surgida en la provincia y el ofrecimiento del general Lavalle, y rogándole que, en atención a los pactos y tratados celebrados con anterioridad a *Pago Largo,* le enviase los jefes, oficiales y tropa pertenecientes a la provincia de Corrientes, que se hallasen en territorio oriental y que no fuesen imprescindibles allí en las operaciones contra el ejército de Echagüe.

El presidente Rivera contestaba accediendo al pedido del gobernador Ferré, expresando, además, que no perdonaría medio para "contribuir a la libertad de la República Argentina *así como lo he*
" *hecho hasta este momento".* (!!)

Invitado por el gobernador Ferré a encontrarse con él en Curuzú-Cuatiá a objeto de tener una entrevista para acordar lo más conveniente a la revolución, el general Lavalle hallábase el 18 de octubre en aquel punto. Por decreto del 25 del mismo mes, era nombrado "general en jefe del ejército de Corrientes, invistiéndolo ple-
" namente de la facultad necesaria para que, en fuerza de esta re-
" solución, pueda organizarlo completamente." (2)

---

(1) Obra citada, pág. 108.
(2) Memoria del brigadier general Pedro Ferré, pág. 493.

A los pocos días, el gobierno de Corrientes entregábale un primer contingente de 700 hombres, y el general Lavalle, con el fin de proceder a la reunión y organización del nuevo ejército libertador, decidió establecer un campamento en el *Rincón del Ombú* (1), alejándose de la frontera de Entre Ríos (que se consideraba amenazada por el enemigo y a cuya observación proveyó de inmediato), para poder realizar aquellas tareas con entera libertad. En el nuevo campamento, al cual llegaba el 10 de noviembre, procedería a recibir los contingentes de personal y las caballadas que el gobierno provincial había ordenado a todos los comandantes de los departamentos que remitieran a ese punto.

El primer impulso del general Lavalle al verse revestido del importante cargo que le confiaba el gobierno de Corrientes, había sido el de preparar los medios para realizar, no bien las circunstancias lo permitieran, la empresa de llevar la guerra a la provincia de Buenos Aires con el ejército que debía organizar en Corrientes.

A tal efecto, deseoso de ganar tiempo, pues comprendía que las dificultades de las comunicaciones y la demora de las partes interesadas en las decisiones y en los preparativos absorberían inevitablemente varias semanas, el general Lavalle dirigíase el 22 de octubre al agente francés en Montevideo, Buchet de Martigny, pidiéndole que interesara al comandante de la escuadra bloqueadora a que remitiese por el Paraná un convoy de buques mercantes escoltados por algunas cañoneras a fin de embarcar el ejército libertador en Esquina, debiendo transportarlo a cualquiera de los siguientes puntos de la provincia de Buenos Aires que resultase más favorable: *Rincón de Grondona, San Nicolás* o *Baradero*.

Por la indecisión del señor Martigny, y posiblemente también por la circunstancia de que en esos días tuvo lugar el relevo del jefe de la escuadra francesa bloqueadora, almirante Leblanc, la contestación favorable tardó más de tres meses en llegar al general La-

---

(1) Situado en la confluencia del arroyo Ombú en el Yaguary, afluente este último del Miriñay.



valle, y esto se producía cuando la situación general había obligado al jefe del ejército libertador a modificar las modalidades de ejecución en el desarrollo de las operaciones ofensivas de sus tropas.

Iniciados con todo entusiasmo los trabajos de formación del segundo ejército libertador en el campamento del *Ombú,* y mientras esperaba la contestación del agente francés en Montevideo a su pedido de envío de una expedición fluvial a Corrientes, el general Lavalle recibía el 20 de noviembre de 1839 una carta de Pedro Castelli, quien, en su carácter de jefe del movimiento revolucionario en el sur de Buenos Aires, comunicábale con fecha 5 del mismo mes, desde Dolores, el estallido de la revolución contra Rosas. "El " entusiasmo de que están animados estos patriotas — escribía Castelli al general Lavalle — "*sólo necesita la cooperación pronta " y activa de U. S. sobre el norte de esta provincia, para asegurar " el triunfo de su libertad.*" (1)

Este pedido de una *pronta* y *activa cooperación* venía a colocar al general Lavalle en una situación sumamente crítica. Por una parte, los solemnes compromisos contraídos con el gobierno de Corrientes no le permitían trasladarse de inmediato, con las fuerzas a sus órdenes, al teatro de guerra que le determinaba el jefe de la revolución del sur de Buenos Aires, pues esto equivaldría a dejar abandonada a su suerte la provincia que le había confiado la formación del segundo ejército libertador, que quedaría a merced de una invasión del general Juan Pablo López o del mismo Echagüe una vez terminada su empresa en el territorio oriental. Por otra parte, el general Lavalle no podía, sin defraudar las esperanzas en él depositadas por los emigrados argentinos y sin faltar a los sagrados deberes que le creara su aceptación del cargo de jefe de la cruzada contra Rosas, desatender el angustioso y urgente pedido de cooperación que le había dirigido el jefe de la revolución ya estallada en el sur de la provincia de Buenos Aires.

El general Lavalle, aunque desgraciadamente tarde, aprecia-

(1) *Memorias del brigadier general Pedro Ferré,* pág. 500.

ba ahora en todo su valor el alcance y la extraordinaria importancia que estaba llamado a tener aquel movimiento revolucionario contra el dictador Rosas. Sobre esto nada puede haber mejor que conocer cuáles eran en esos días sus apreciaciones personales de aquel movimiento, pues esto nos permitirá no sólo penetrar en toda su intensidad la naturaleza de los acontecimientos y la importancia que se les atribuían en el conjunto de la situación creada al dictador Rosas, sino también, y muy especialmente, presentar nuevos argumentos en que apoyar la crítica ya realizada al cambio del plan inicial de operaciones del jefe de la cruzada libertadora.

El general Lavalle, tan pronto como recibió la carta de Castelli del 5 de noviembre, escribía el 20 del mismo mes al gobernador de Corrientes, informándole de la revolución estallada en el sur de Buenos Aires y del pedido que se le dirigía de una *cooperación pronta* y *activa sobre el norte de aquella provincia*. Al referirse al sensacional acontecimiento, decía el general Lavalle: *"Este suceso es " de tal importancia, que puede bastar por sí solo a la caída del " tirano."*

No puede aquí suponerse que el jefe del segundo ejército libertador, en el deseo de preparar el ánimo del gobernador Ferré para inclinarle a permitir la marcha del ejército correntino sobre Buenos Aires, tratase de exagerar la importancia de los resultados que podía tener aquel movimiento revolucionario contra Rosas, pues la expresada opinión del general Lavalle era ampliamente compartida por el gobernador Ferré, quien, en contestación a la primera carta del jefe del ejército libertador, expresaba a su vez este juicio: "Estoy " enteramente conforme con usted en que la revolución del sur de " Buenos Aires es un acontecimiento de tal importancia y natura- " leza que puede decidir por sí solo de la cuestión entre la libertad " y la tiranía."

Más explícito aún, más terminante en su apreciación — y más grave, por consiguiente, la auto-acusación que formula por el cambio inconsulto del plan inicial de campaña en Martín García —

nos resulta el general Lavalle en su carta al gobernador Ferré del 21 de noviembre, en la cual dice lo siguiente: *"El movimiento de " Buenos Aires es el que va a resolver la cuestión. Si se triunfa " allí de Rosas, está conseguida la libertad de toda la república.* " Tan cierto es esto, que creo inútil hacer a usted ninguna observa" ción, porque usted no ignora que, prendido Rosas o fugado de la " provincia, en todas las demás caerán con facilidad sus viles agen" tes. *Si, por el contrario, es sofocada aquella insurrección, nuestra " empresa encontrará muy grandes dificultades."* (1)

Lógico es suponer ahora cuál debió ser el estado de ánimo del general Lavalle al tener noticia de que en el sur de Buenos Aires había estallado la revolución contra Rosas. Colocado frente a un dilema de muy difícil solución, pues intereses encontrados se oponían a su deseo de atender de inmediato el pedido de cooperación, abandonando la defensa de la provincia que le había confiado la empresa de su libertad, el general Lavalle no encuentra por el momento otro recurso que encarecer al gobierno de Corrientes una pronta alianza con los revolucionarios de Río Grande do Sul, a fin de encomendar a ellos y a algunas fuerzas de reserva la defensa del territorio de Corrientes, quedando entonces disponible el segundo ejército libertador para acudir al llamado de los revolucionarios del sur de Buenos Aires.

Pero, muy pronto, dos acontecimientos de distinto orden vendrían a distraer la atención del general Lavalle, dificultando el primero de ellos una pronta realización del deseo de marchar sobre la provincia de Buenos Aires, y haciendo, el segundo, ya innecesaria la urgente cooperación solicitada por Castelli a principios de noviembre de 1839, pues bien pronto se supo que la revolución había sido vencida fácilmente por Rosas a los pocos días de haber estallado.

(1) Esta importante correspondencia entre el general Lavalle y el gobernador Ferré, relativa a los acontecimientos de principios de noviembre de 1839 en el sur de la provincia de Buenos Aires, puede ser consultada en la *Memoria del brigadier general Pedro Ferré,* pág. 500 y siguientes.

El primero de los acontecimientos a que hicimos referencia consistía en que el general Juan Pablo López había avanzado desde Entre Ríos sobre la provincia de Corrientes con una columna de 3.000 entrerrianos y santafecinos, cuya vanguardia habíase apoderado de Curuzú-Cuatiá el 26 de noviembre.

Esta invasión encontraba en malas condiciones al segundo ejército libertador, por tener diseminadas sus mejores unidades y porque el núcleo existente en el campamento del *Ombú* no estaba en condiciones de contrarrestar el avance del enemigo.

El general Lavalle resolvía abandonar el campamento del *Ombú* y retroceder al interior de la provincia *"para ganar tiempo y terreno"*. Dos eran los fines que se proponía alcanzar con esta operación: permitir que las varias unidades destacadas se reuniesen al ejército y tratar de *"internar al enemigo, para atacarlo donde la victoria no sea dudosa"*. (1)

Esta oportuna resolución del general Lavalle hacía fracasar el plan que tuvo en vista el general Juan Pablo López al invadir la provincia de Corrientes, el cual consistía en atacar el ejército libertador para destruirlo antes de que pudiese terminar su organización. Privada la columna invasora de los medios de movilidad por el vacío realizado por los habitantes en el terreno de su avance, y acosada sin descanso por las guerrillas correntinas, empeñadas en una guerra de recursos en un terreno ideal para esta clase de operaciones, el general Juan Pablo López, que en su avance había llegado a Mercedes, se vió en la necesidad de retroceder a Entre Ríos, perdiendo la mayor parte de su gente.

La retirada del ejército invasor inspiraba al general Lavalle el plan de tomar a su vez la ofensiva, tal como se desprende del siguiente párrafo de su carta del 8 de diciembre al gobernador Ferré, escrita desde el río Batel donde se encontraba el ejército libertador: "La libertad de las provincias de Corrientes y de Entre

---

(1) Carta del general Lavalle al gobernador Ferré, del 30 de noviembre de 1839. (Memoria de Ferré, citada, pág. 513).

" Ríos depende de que yo tenga cuatro mil caballos dentro de ocho " días; ruego a usted, por la patria, que me los remita, asegurán- " dole que si no emplea usted al efecto comisionados especiales de " una actividad y patriotismo reconocidos, la caballada llegará " muy tarde y en lugar de caballos me llegarán esqueletos. Luego " que reciba esta caballada, tomaré la ofensiva, pues no hay ya " esperanza de atraer al enemigo dentro de este territorio. Esa " retirada del enemigo establece una cosa moral más fuerte que " los obstáculos físicos, y es que a Corrientes no se puede entrar. " Vamos, pues, a buscar más allá una victoria más costosa." (1)

Las optimistas previsiones del general Lavalle no pudieron realizarse, tanto por el retardo en recibir la cantidad pedida de caballos como porque las condiciones operativas del segundo ejército libertador y la situación de conjunto no permitían ya una inmediata iniciación de la ofensiva sobre Entre Ríos. Debió así abandonar no sólo la idea de perseguir al general Juan Pablo López, sino también la intención de entrar en campaña con el ejército libertador, invadiendo la provincia vecina. Por lo pronto, limitóse a regresar con el ejército a su anterior campamento del *Ombú*, para estar en mejores condiciones de atender las fronteras de Entre Ríos y del Uruguay.

A fin de comprender mejor esta variación del plan del general Lavalle, es indispensable conocer el estado numérico del ejército libertador a fines de diciembre de 1839 y las reflexiones que en esa misma época formulaba el jefe de las fuerzas libertadoras sobre la situación de conjunto y los intereses militares que debía contemplar el nuevo plan de campaña.

Los efectivos del ejército formado sobre la base de la Legión libertadora salida de Martín García alcanzaban a 40 jefes, 261 oficiales y 3.000 soldados, de los cuales apenas 250 correspondían a la infantería y artillería. Para una fecha muy próxima esperábase la incorporación de algunos centenares de hombres, pertenecientes al ejército revolucionario del sur de la provincia de Buenos

(1) Memoria de Ferré, pág. 520.

Aires, que, después del desastre sufrido en *Chascomús* el 6 de noviembre de 1839 (1), habían desembarcado en Montevideo procedentes del Tuyú, y buscaban a través del territorio oriental alcanzar las fronteras de Corrientes para incorporarse al ejército libertador que se organizaba en esta provincia.

El estado de preparación del ejército para llevar a cabo operaciones ofensivas no era muy halagüeño; el armamento era escaso y anticuado; gran parte de la tropa carecía de vestuario y equipo; el ganado, aun cuando abundante en la provincia, no se hallaba en condiciones de soportar largas marchas, pues una prolongada sequía y el mal estado de los campos influían en su desastroso estado general. Por último, el gobierno correntino carecía de los recursos pecuniarios indispensables para hacer frente a los crecidos gastos del ejército, pues la anterior campaña del primer ejército libertador y las consecuencias del bloqueo francés habían agotado el tesoro de la provincia.

Con el objeto de salir cuanto antes de esta crítica situación, que obstaculizaba todo plan ofensivo de un cierto vuelo, el general Lavalle resolvíase, a fines de diciembre, a tomar las siguientes medidas:

1.° Dirigirse a los agentes franceses y al almirante de la escuadra bloqueadora, exigiéndoles *el envío a Corrientes de un millón de francos* (2), *la destrucción de la batería que el dictador Rosas había hecho establecer en Rosario* para impedir la subida del Paraná a las naves bloqueadoras de la escuadra francesa y, por último, *el dominio de las aguas de este río por los buques franceses.* Para facilitar esta última tarea, el general Lavalle aconsejaba que la flotilla de esa nacionalidad que operaba en el río Uruguay desde el desembarco de la Legión libertadora en Entre Ríos, fuese trasladada al Paraná, pues el estado general de bajante de aquel río per-

(1) Véase en el capítulo IV: *Campaña del tercer ejército libertador.*
(2) La mitad de esa suma debía ser entregada al gobierno de Corrientes y la otra mitad serviría para hacer frente a los gastos del ejército en sus operaciones sobre la provincia de Buenos Aires.

mitía al general Echagüe franquearlo en cualquier punto en el caso de que se decidiese a regresar con su ejército a Entre Ríos.

2.º Mantenerse a la defensiva en Corrientes hasta que hubiesen sido satisfechas las anteriores exigencias presentadas a los agentes franceses y al almirante, como también hasta que una expedición que pretendía lanzar por el Chaco sobre la provincia de Santa Fe hubiese producido sus resultados (1).

3.º Hacer pasar por Goya al Chaco al coronel Vera con 200 hombres y 500 caballos, con la misión de dirigirse sobre Santa Fe a fin de sublevar la provincia y apoderarse de la capital en combi-

(1) He aquí los fundamentos que daba el general Lavalle en apoyo de su nuevo *plan defensivo*: "En el estado presente de las cosas, el ejército que " invada es *degollado todo entero*. No puedo persuadirme que haya hombres " de capacidad que han presenciado la revolución, que piensan de otro modo. " Tiene usted aquí (trátase de una carta de Lavalle a Ferré) un pueblo deci- " dido que ejercito totalmente, desprovisto de los medios de conquista, em- " pezando por su número. Tiene usted en Entre Ríos otro pueblo dispuesto " a defenderse y un ejército provisto de todo, pues habrán pasado o pasarán " millares de caballos de Buenos Aires... De otra parte tenemos una defen- " siva formidable y los medios de mantenernos en ella todo el tiempo que sea " preciso. *En el sistema ofensivo todas las ventajas son del enemigo*, porque " avanzamos delante de un ejército fuerte y de un país sublevado, teniendo " a nuestra derecha a Rosas, y haciéndonos esclavos de Frutos (Rivera) por " nuestra izquierda, desde que está en su mano el regreso o la destrucción de " Echagüe y como no tenemos plata... *En el sistema defensivo todas las ven- " tajas son nuestras*. Estamos a la cabeza de una revolución que no puede " dejar de progresar contra un gobierno viejo y detestable que no tiene me- " dio alguno para detener la marcha de la opinión. Nosotros no podemos " ser atacados sino de frente, es decir, por la frontera de Mocoretá y Guay- " quiraró, nuestros flancos y retaguardia están seguros. Rosas, al contrario, " puede recibir nuestros golpes en todos los puntos de la república, golpes que, " dirigidos con acierto, lo matarán. *Esperamos, pues, la destrucción de Echa- " güe y la posesión del Paraná, que pueden cambiar la faz de las cosas.*"

Esta última reflexión del general Lavalle deja entender que la resolución del plan defensivo que adopta es provisional y que no excluye su modificación tan pronto como los acontecimientos esperados le permitan asumir la ofensiva con el segundo ejército libertador.

A fin de prevenir toda posible alteración de las resoluciones que, a su juicio, consultaban la situación del momento, el general Lavalle, en defensa de los derechos de su cargo de comandante en jefe, hacía al gobernador Ferré esta advertencia: "*He hablado de mi inspiración que tengo derecho a exigir " que se respete, porque desde alférez nunca he perdido un combate cuando " yo he mandado y preparado los antecedentes*". (*Memoria del brigadier general Pedro Ferré*, pág. 535 y 536).

nación con los buques franceses, aprovechando las disposiciones favorables de los habitantes de aquella provincia, que se esperaba que seguirían el ejemplo de Corrientes, pronunciándose contra la situación allí establecida por Rosas.

Cualquiera reflexión que se pretenda hacer a las anteriores resoluciones tomadas a fines de 1839 por el general Lavalle, no podrá menos que reconocer que eso era lo único posible en las difíciles circunstancias que mediaban. A pesar de los deseos generales de apresurar la campaña que podría dar en tierra con el dictador Rosas, la prudencia aconsejaba quedar a la expectativa hasta que se modificase la situación y se estableciese el sólido punto de apoyo en el río Paraná, que habría de permitir las operaciones de la futura empresa ofensiva del ejército libertador sobre la provincia de Buenos Aires e impedir que Rosas pudiese enviar refuerzos a la de Entre Ríos.

Pero este plan del general Lavalle debería ser modificado pocos días después de haber sido concebido.

Operaciones sobre la provincia de Entre Ríos.

El 29 de diciembre de 1839 el ejército del general Echagüe era derrotado en *Cagancha* por las fuerzas del general Rivera. Las tropas federales se dispersaron totalmente, logrando una parte de ellas regresar con Echagüe a Entre Ríos, y otra parte retroceder a lo largo del Uruguay, hacia la frontera brasileña, con el general Garzón; el resto había caído en el campo de batalla o quedado en poder de los vencedores.

Este feliz acontecimiento para la causa de la revolución contra Rosas abría nuevos horizontes a la actuación del segundo ejército libertador. El general Lavalle, con las promesas de que el presidente Rivera concurriría con 2.000 hombres a la invasión de Entre Ríos y de que la escuadra francesa remontaría el río Paraná para dominar el río y establecer una base en Diamante, resolvió abandonar su plan defensivo e invadir Entre Ríos a lo largo del Uru-

guay, a fin de dirigirse más tarde hacia el Paraná hasta obtener el contacto con la escuadra francesa, que habría de transportar el ejército libertador a la provincia de Buenos Aires.

Sin embargo, esta resolución no pudo ser llevada a cabo con la rapidez impuesta por la exigencia de no dar tiempo al general Echagüe de organizar un nuevo ejército en Entre Ríos. El general Lavalle temía que un inmediato avance sobre la provincia vecina fuese aprovechado por el general Garzón para caer con los dispersos de *Cagancha* sobre la provincia de Corrientes y para quedar así sobre las espaldas de las tropas libertadoras en marcha a Entre Ríos. Además, el mal estado de los caballos y la angustiosa escasez de pastos en la zona a recorrer en el avance, obligaban a esperar hasta que se modificasen esas condiciones desfavorables.

En tal situación transcurrió todo el mes de enero y una parte del de febrero de 1840, hasta que, urgido por los insistentes reclamos del gobernador Ferré y mejoradas las condiciones de los campos, el segundo ejército libertador movíase del campamento del Ombú el 27 de febrero en dirección a Entre Ríos, al frente de 3.500 hombres de las tres armas, efectivo a que había ascendido el ejército después de habérsele incorporado, el 13 de enero, el coronel Rico con 727 hombres de los sobrevivientes de los revolucionarios del sur de Buenos Aires.

La proyectada expedición sobre Santa Fe a través del Chaco, confiada al coronel Vera, habíase llevado a cabo; pero los resultados de la misma fueron negativos, pues la pequeña columna fué destruída en el encuentro de *Cayastá* por las fuerzas del gobernador de Santa Fe, general Juan Pablo López.

En Corrientes, mientras tanto, se formaba un cuerpo de reserva de mil hombres, al mando del general Ramírez. Este núcleo habría de ser más tarde la base del *quinto ejército libertador*, que organizaría el general Paz en Corrientes en 1841.

Avanzando a cortas marchas nocturnas, impuestas por la necesidad de economizar el ganado en un verano riguroso y por la circunstancia de que la infantería marchaba a pie, el segundo ejér-

cito libertador había penetrado a la provincia de Entre Ríos sin encontrar resistencia armada y el 9 de marzo vivaqueaba en los campos de *Yeruá*. El general Lavalle resolvía detenerse aquí algunos días, *"para dar descanso a las caballadas, recibir municiones y " saber si el ejército oriental pasará o no"*. Sin embargo, era su intención no perder un tiempo precioso, *"para no dar lugar al enemigo " a reorganizarse"*. Así que estaba resuelto a avanzar cuanto antes, con o sin la prometida cooperación del general Rivera, contra el general Echagüe, quien, según noticias recibidas, había reunido tres mil hombres, con los cuales esperaría una batalla al oeste del Gualeguay.

El general Lavalle no tardó en convencerse de que el presidente Rivera, ambicionando convertirse en árbitro de la situación en las provincias del litoral argéntino, había iniciado gestiones ante el gobierno de Corrientes, encaminadas a poner trabas a la acción del segundo ejército libertador, suspendiendo sus operaciones hasta que él, al frente de una fuerte columna de tropas orientales, pudiese pasar a Entre Ríos y asumir el comando en jefe del ejército libertador en el carácter que solicitaba, y que le fué inmediatamente concedido, de director de la guerra contra Rosas.

Resultaba así que una permanencia más prolongada de las fuerzas del general Lavalle en los campos de *Yeruá* — que le era insinuada por diversos conductos — además del grave error que ya representaba en sí al permitir al enemigo hacerse cada vez más fuerte, obligaría al general Lavalle, no bien la columna oriental pasase a Entre Ríos, a quedar subordinado al presidente Rivera, cuyas ambiciones personales y escasa lealtad política no le eran desconocidas.

El jefe del segundo ejército libertador resolvía, pues, salir de su momentánea inacción, lo que le permitiría no sólo caer contra el enemigo antes de que pudiese completar su preparación, sino también romper las cadenas con que se pretendía atarlo a la desmedida ambición del presidente oriental, aun cuando para ello debiese acarrearse la animadversión del gobernador de Co-

rrientes y agriar aún más las relaciones personales, ya tirantes, con el caudillo Rivera.

El 17 de marzo el general Lavalle abandonaba, en efecto, los vivaques sobre el arroyo Yeruá, tomando la dirección general de Diamante, donde suponía que ya se encontrarían los buques franceses, calculando que en su camino y al oeste del Gualeguay no dejaría de encontrarse con el ejército del general Echagüe.

Demorando sus marchas en algunas ocasiones, a fin de dar tiempo a que pudiesen realizarse sobre sus flancos algunas operaciones encomendadas a unidades de su caballería para dispersar los grupos armados que el adversario mantenía en esa zona, el ejército libertador llegaba el 7 de abril al arroyo Nogoyá, que atravesaba al día siguiente por un paso — el de *Pedro Romero* — situado aguas arriba de la villa de aquel mismo nombre.

Combate de Don Cristóbal (10 de abril de 1840)

El general Echagüe, aprovechando los tres meses transcurridos desde su derrota en territorio oriental, y en previsión de la próxima ofensiva que no dejaría de efectuar sobre Entre Ríos el ejército libertador organizado en Corrientes por el general Lavalle, habíase esforzado en improvisar un nuevo ejército, utilizando al efecto el núcleo que pudo salvar del desastre de *Cagancha* y los recursos enviados de Buenos Aires por Rosas y echando manos, por último, de las milicias entrerrianas aun disponibles. Lograba así contar, a principios de abril, con 3.000 hombres de las tres armas, de los cuales 700 de infantería y seis piezas de artillería. (1)

Conocida la invasión del general Lavalle a Entre Ríos, el general

(1) Este es el efectivo que el general Lavalle atribuía al enemigo en su parte oficial del combate de *Don Cristóbal*, elevado al gobernador Ferré el día que siguió a la acción. Sin embargo, en una carta del 8 de mayo manifestará que, de acuerdo con un estado general encontrado entre los papeles tomados al enemigo en aquel combate, el efectivo del ejército de Echagüe era "de 3.997 plazas, no estando incluídos los entrerrianos y guaycuruses, con "los cuales subía su total a 4.600 hombres en batalla" (*Gregorio F. Rodríguez*: obra citada; tomo III, pág. 130).



Echagüe calculó que las operaciones del ejército libertador se orientarían hacia el río Paraná, en el deseo de ponerse en contacto con la escuadra francesa que operaba en él. En consecuencia, resolvió situarse con sus tropas al norte de Nogoyá y oeste del arroyo del mismo nombre, interceptando el camino a seguir por el ejército libertador en su avance sobre el río Paraná.

La organización que el general Lavalle había dado al segundo ejército libertador era la siguiente:

PRIMERA DIVISION (General José López)	Legión *Torres* (Cnl. Torres)	primer escuadrón segundo escuadrón escuadrón *Río Bamba*
	Legión *Esteche* (Cmt. Méndez)	primer escuadrón segundo escuadrón
SEGUNDA DIVISION (Coronel Vilela)	Legión *Rico* (Cnl. Rico)	escuadrón *Libertad* escuadrón *Castelli*
	Legión *Vilela*	escuadrón *B. de Astrada* escuadrón *Rolón*
TERCERA DIVISION (Coronel Vega)	Legión *Vega*	escuadrón *Victoria* escuadrón *Maza*
	Legión *Velazco*	escuadrón *Cullen* escuadrón *Yeruá*
CUARTA DIVISION (Coronel Salvadores)	batallón de Cazadores (400 hombres) 2 piezas de artillería de a 4.	
Escuadrón Suelto	escuadrón *Mayo*.	

El 10 de abril de 1840 los dos ejércitos adversarios se encontraban en las puntas del arroyo *Don Cristóbal*.

Croquis N.° 3.—Según consta en el parte oficial elevado por el general Lavalle (1), "el ejército enemigo... se nos presentó " en una fuerte posición, teniendo en su centro la parte culminan- " te de la cuchilla y en sus dos alas dos cañadas de difícil acceso, " cerradas por *Don Cristóbal* hacia su derecha y por el bosque de " *Montiel* hacia su izquierda. La posición enemiga tenía, además, " la ventaja de ocultar la colocación de sus armas, no habiéndose " podido descubrir dónde había colocado su infantería y artillería. " Estas dificultades detuvieron al ejército libertador, y a las tres " de la tarde su situación no dejaba de ser crítica. No se podía re- " troceder ni maniobrar de flanco, ni aun permanecer allí por fal- " ta de agua, y *el ataque quedó determinado para hoy por la ma-* " *ñana* (día 11). En consecuencia, el ejército permanecía tranqui- " lo a esa hora y se ocupaba de mandar sus escuadrones a beber a " una larga distancia".

El general Lavalle, cuyas fuerzas apenas alcanzaban a 2.700 hombres por haber tenido que destacar en los días anteriores algunas tropas en otras misiones, al llegar a la vista del enemigo había desplegado su ejército y ordenado a la caballería que echase pie a tierra en la posición, debiendo los escuadrones llevar por turno el ganado a abrevar.

Informado el general Echagüe por algunos desertores de la situación en que se encontraba el ejército libertador, dispuso que numerosas guerrillas de la caballería de su ala izquierda avanzasen para atacar resueltamente la derecha enemiga.

Mas ésta reaccionó inmediatamente, y sin esperar órdenes al respecto del comandante en jefe, las rechazó hasta su línea, yendo a su vez a estrellarse contra la fuerte división *Gómez* del ejército federal.

El general Lavalle, aun cuando contrariado por la inoportunidad del ataque a fondo de la división *López,* vióse obligado a ha-

---

(1) Elevado el 11 de abril al gobernador Ferré. Este parte ha sido transcripto íntegramente en la *Memoria del brigadier Pedro Ferré* (pág. 569), por lo cual nos eximimos de consignarlo en el *Apéndice* de nuestro trabajo.

cer apoyar el movimiento de su ala derecha con la legión *Vilela*, a fin de impedir que aquélla resultase sacrificada por el arrojo intempestivo de su jefe.

La acción de los dos ejércitos contrapuestos no tardaba en generalizarse en toda la línea de batalla.

La izquierda del general Echagüe era muy pronto deshecha totalmente, pues cayeron contra ella la legión *Rico* y el escuadrón *Mayo*, conducidos personalmente por el general Lavalle. En cambio, el centro y la derecha federales lograron sostenerse y aun rechazar el ataque de la división *Vega*. Sin embargo, la caballería de las divisiones del general *Ramírez* (ala derecha de Echagüe) habíase desorganizado en tal forma en el ataque, que no pudo intervenir más para reparar el desastre sufrido por el ala izquierda de la propia línea de batalla.

La llegada de la noche interrumpió este sangriento combate, que no se decidió en abierto favor de ninguno de los dos adversarios, aun cuando no dejaron ambos de adjudicarse el triunfo. Sin embargo, las ventajas tácticas correspondieron a los libertadores, cuyas unidades, aun las del ala izquierda de la línea de batalla, no se disgregaron, como aconteció con casi toda la caballería federal.

Las pérdidas del ejército federal — según las apreciaba el general Lavalle en su parte oficial — alcanzaron a 500 muertos y 1.000 dispersos, mientras que las de los libertadores no pasaron de 150 hombres fuera de combate.

Al igual que otros de la misma especie, también el combate de *Don Cristóbal* se caracteriza como un encuentro imprevisto y desarrollado en contra de las intenciones de los comandantes en jefe. Un episodio aislado sobre una parte del frente estimula el ardor combativo de los jefes subalternos, que se traban en lucha sin que medien órdenes al respecto. El ejemplo es seguido por las tropas vecinas, y el general en jefe, en el interés de no dejar sacrificar las fuerzas ya empeñadas, se ve obligado a generalizar la acción, ordenando el ataque contra toda la línea adversaria.

Como anteriormente en el combate de *Yeruá*, aquí también el

general Lavalle, decidiéndose por la ofensiva a pesar de su inferioridad numérica, quiere obtener la victoria lanzando la masa preponderante de sus fuerzas contra un ala del adversario, pues calcula que la derrota de esa parte de la línea enemiga decidirá la victoria también en el resto del frente.

Pero esta vez sus cálculos optimistas deberían fallar. El ejército libertador obtiene éxito contra la izquierda adversaria, mas no logra idéntico resultado contra el centro y la derecha federales, debiendo las fuerzas que atacaron estas partes de la línea enemiga retroceder con sensibles pérdidas. Posiblemente, de no haber llegado la noche a interrumpir el combate, la caballería libertadora del ala derecha hubiera podido completar el éxito que obtuvo contra el ala izquierda federal, envolviendo a su infantería y artillería y obligándolas a capitular.

Los federales, a su vez, a pesar del éxito relativo de su derecha, no consiguen decidir la victoria a su favor, pues las divisiones del general Ramírez habíanse desorganizado con las cargas de los libertadores y con los contraataques que les llevaron hasta obligarlos a retroceder, mientras que las unidades derrotadas del ala izquierda habíanse desbandado totalmente.

La falta de reservas y la llegada de la noche impiden a los dos adversarios reanudar la acción para alcanzar una victoria franca y decisiva, que debería ser completada con una tenaz persecución hasta destruir al enemigo. Es, pues, un combate hasta cierto punto indeciso, que aplazará para más adelante el encuentro decisivo — como en efecto habría de producirse algún tiempo después en *Sauce Grande* — que pueda inclinar el éxito definitivo de la campaña en territorio entrerriano a favor de aquél que obtenga la victoria.

Combate de Sauce Grande (16 de Julio de 1840)

Después del combate de *Don Cristóbal*, el general Lavalle, interesado en eludir un segundo encuentro inmediato con el ejército federal (pues el estado de sus tropas y los resultados tácticos incom-

pletos del combate del 10 de abril no le dejaban esperanzas de obtener sobre el adversario un franco éxito decisivo), dirigióse hacia el río Paraná, pues deseaba ponerse cuanto antes en comunicación con la escuadrilla francesa estacionada a la altura de Diamante.

El objeto de esta marcha, que dejaba al enemigo en completa libertad de acción, era el de obtener de la escuadrilla las municiones y algunas piezas de artillería, que permitiesen a las tropas libertadoras intentar nuevamente la suerte de las armas contra el ejército federal, que permanecía casi intacto, aun cuando impotente, de asumir una inmediata ofensiva contra el ejército libertador. Con el mismo fin expresado, el general Lavalle, con su marcha al Paraná, presumía poder facilitar la incorporación del cuerpo de reserva correntino que había pedido con urgencia al gobernador Ferré, y la de 200 infantes que prometieran enviarle de Montevideo. Por último, la próxima llegada a Diamante de un convoy de buques mercantes permitiría la solución del problema representado por el transporte del ejército libertador a la provincia de Buenos Aires, ya sea que se triunfase de Echagüe, o que el segundo encuentro resultase una derrota, o, finalmente, que se pretendiese desplazar las operaciones al nuevo teatro de guerra eludiendo un combate con el ejército federal que actuaba en Entre Ríos.

El general Echagüe no tardó en seguir las huellas del ejército libertador, situándose en las puntas del arroyo *Sauce Grande* en espera de la llegada de los refuerzos que, con toda urgencia, había pedido a Santa Fe y al dictador Rosas. Estos lograron pasar el Paraná e incorporarse al ejército federal en el campamento de *Sauce Grande*, a despecho de la vigilancia ejercida en el río por algunas unidades de la escuadra francesa bloqueadora.

Durante varias semanas, los dos adversarios permanecieron acampados a una legua de distancia el uno del otro, sin otras alternativas que las de algunos pequeños encuentros entre sus avanzadas de caballería. Pero, a mediados de julio, comprendiendo el general Lavalle que esa inactividad redundaba en entero beneficio de su adversario, resolvió confiar a una nueva batalla el éxito decisivo de la campaña en territorio entrerriano.

Razones muy poderosas eran las que aconsejaban al general Lavalle adoptar esta resolución. El ejército libertador no podía recibir otros refuerzos que los elementos ya obtenidos de la escuadrilla francesa y la incorporación de una columna de caballería correntina a las órdenes del general Vicente Ramírez. Del batallón de 200 plazas que prometieran mandarle de Montevideo, solamente se le habían incorporado 80 hombres, no existiendo probabilidades de que el resto pudiese acudir en un breve plazo.

Los federales, en cambio, organizaban activamente en Santa Fe y en el norte de Buenos Aires numerosas fuerzas, que podían ser pasadas a Entre Ríos burlando la vigilancia de las naves francesas. Además, las negociaciones del general Rivera con el gobernador de Corrientes habían tenido pleno éxito, y el general Lavalle comprendía que muy pronto le sería forzoso entregar el comando del ejército al presidente Rivera, por el carácter de *director de la guerra* contra Rosas que le había sido conferido por el gobernador Ferré.

Al resolverse por un nuevo combate, el general Lavalle pensaba definir su situación en Entre Ríos si salía vencedor, o dirigirse a Buenos Aires si la suerte de las armas resultaba dudosa o si le era francamente adversa. (1)

Croquis N.° 4.—El 15 de julio el ejército libertador se movió de su campo, aproximándose al de los federales.

Después de establecer su línea de batalla a distancia prudencial del ejército enemigo, el general Lavalle hizo emplazar en un

(1) Es de interés conocer las opiniones al respecto del general Lavalle, tal como se deducen de su carta del 19 de julio de 1840 al comandante Penaud, jefe de la división naval francesa del río Paraná. Helas aquí: "Usted no " ignora que después de la batalla de *Don Cristóbal* el ejército libertador ha " permanecido tres meses enfrente de las posiciones del enemigo, y que du- " rante este tiempo los dos ejércitos han agotado todos los medios de sub- " sistencia que ofrecía el país a las inmediaciones de la Bajada. Este incon- " veniente y mis compromisos personales, sobre todo los que he contraído con " la opinión de mi país, me decidieron al fin a atacar al enemigo. Persuadi- " do, además, de que la inacción no haría más que debilitarnos y temiendo " que el enemigo fuera considerablemente reforzado, determiné el ataque del " 16 del presente." (*Gregorio F. Rodríguez*: obra citada; tomo III, pág. 62).

espaldón cuatro culebrinas de largo alcance (obtenidas de los buques franceses) y dispuso que esta batería cañonease la línea enemiga.

El fuego fué sostenido hasta agotarse las municiones, contestado por algunas piezas de la artillería federal. Pero el resultado de este duelo de artillería no compensó el consumo de municiones A este infructuoso cañoneo y al rechazo de algunas guerrillas federales que aparecieron frente al ala derecha libertadora, se redujo toda la actividad táctica del día 15 de julio.

Resuelto el ataque para la madrugada del día siguiente, el general Lavalle hizo tomar a sus tropas, durante la noche, la definitiva formación de combate (1). Empero, una densa niebla que cubría el campo y que recién a mediodía se disipó, no permitió empeñar la acción antes de esta hora.

Reuniendo sobre su ala izquierda una masa considerable de caballería — 2.000 jinetes, — *constituída por cuatro unidades distintas que obraban cada una a las órdenes de su jefe inmediato,* el general Lavalle pretendía aniquilar la caballería federal del ala derecha, para caer después contra el flanco y la retaguardia de la infantería y artillería enemigas, que serían al mismo tiempo atacadas frontalmente por la infantería libertadora. El terreno, cortado por arroyos y zanjas de difícil pasaje, no dejaba mucha libertad de maniobra; pero el general Lavalle calculaba segura la victoria, siempre que su caballería obtuviese el éxito contra la derecha enemiga.

La caballería libertadora, mediante una marcha de flanco fuera del alcance eficaz de la artillería adversaria, lléva a cabo el movimiento ordenado, logrando rechazar a los escuadrones de la división *Urquiza,* que formaba el ala derecha de la línea federal. Prontamente acude la caballería del centro y de la izquierda federales, que, no teniendo enemigo a su frente, se traslada al ala de-

(1) Es la que está indicada en el croquis con cuadrados y rectángulos llenos.

recha, consiguiendo rechazar con cargas violentas las distintas columnas de la caballería adversaria. Esta última, desorganizada por el dificultoso pasaje del arroyo y por el combate mismo y, además, no hallándose a las órdenes de un jefe único que dirigiera la acción en este sector decisivo, se retiró en desorden hacia el norte.

A su vez, el ataque de la infantería libertadora, si bien al principio obtuvo algún éxito, vióse muy pronto detenido por la acción de la infantería y artillería federales. El general Lavalle, considerando muy crítica la situación de su infantería, lanza la reserva en su apoyo para permitir a aquélla desprenderse del adversario y retirarse sin muchas pérdidas.

La acción terminaba con el rechazo general del ataque del ejército libertador, sin que, por otra parte, el general Echagüe se resolviese a iniciar la persecución. Las pérdidas del primero alcanzaron a 500 hombres y las de los federales no pasaron de 150. (1)

El general Lavalle, para disculpar su derrota, no encontraba más argumentos que los siguientes: "Nuestros soldados han peleado con indecible coraje y todas estas armas han sido perfectamente bien servidas. *Pero agotadas las municiones de la artillería, y no siendo posible a nuestros escuadrones superar los obstáculos del terreno, el ataque fué rechazado.*" (2)

La actuación del comandante en jefe del ejército libertador en el combate de *Sauce Grande* no se recomienda en forma alguna. El fracaso del ataque de su infantería contra el centro enemigo reconoce como causa principal ese inútil cañoneo a larga distancia del día 15, que resultó un esfuerzo totalmente aislado, que debió reservarse para el día del combate como medio de *preparar, sostener* y

(1) El parte del general Lavalle al gobernador de Corrientes figura en la página 623 de la ya citada *Memoria* de Ferré. El general Echagüe elevó a Rosas dos partes sobre el combate: el primero puede consultarse en Antonio Díaz: *Historia política y militar de los países del Plata,* tomo V, pág. 63. El segundo parte, más detallado, lo publicó la *Gaceta Mercantil* del 26 de octubre de 1840; va reproducido en el *Apéndice* (*anexo* N.° 4) de esta obra.

(2) *Memoria* del brigadier Ferré, pág. 626. Recomendamos aquí el juicio crítico formulado sobre este combate por el general Paz en la pág. 644 del II tomo de sus *Memorias póstumas.*

completar la acción de la infantería contra el centro del adversario.

Por otra parte, el argumento de que los obstáculos del terreno hicieron fracasar la maniobra de la caballería libertadora, habla muy poco en favor del general Lavalle, quien no debió ignorar esas malas condiciones del terreno del campo de batalla, tanto por el tiempo que tuvo a disposición para preparar el ataque como por la proximidad de la posición enemiga y por la iniciativa que el ejército libertador tomó en la acción táctica.

Esta última ventaja hasta pudo inducir al general Lavalle a obligar al enemigo, con hábiles maniobras, a salir de ese terreno, a fin de presentarle combate en otro campo que favoreciese la acción de la caballería libertadora, sobre la cual el comandante en jefe hacía descansar la probabilidad del triunfo.

La maniobra confiada a la masa de la caballería libertadora contra el ala derecha de los federales, además de resultar inapropiada en el terreno difícil que debía recorrer hasta chocar con el enemigo, fué desastrosamente organizada por el comandante en jefe, quien no se cuidó de reunir las diferentes unidades bajo un *comando único*, el solo medio que permitiría graduar los sucesivos esfuerzos y desarrollar la acción en una forma armónica y de acuerdo con las necesidades del momento.

Pasaje del Paraná por el general Lavalle y operaciones en la provincia de Buenos Aires.

El desastre de *Sauce Grande* y la imposibilidad de remontar en breve tiempo el ejército libertador con personal que quisiesen enviarle de Corrientes y de Montevideo, hizo comprender al general Lavalle la esterilidad de su actuación en Entre Ríos y la inconveniencia de continuar la guerra en esta provincia.

Resuelto a imprimir a las operaciones de la campaña libertadora un nuevo rumbo y a tomar un objetivo que, en el caso de un éxito táctico, se viesen coronados los esfuerzos y la finalidad de la cruzada, el general Lavalle decidió pasar con su ejército a la pro-

vincia de Buenos Aires, a fin de atacar y vencer al dictador en el centro mismo de sus recursos.

La proximidad del ejército federal vencedor al lugar que servía de punto de unión entre las fuerzas libertadoras y la división naval francesa del río Paraná, indujo al general Lavalle a crear una situación que, sin alejarlo de la escuadrilla, pusiese al general Echagüe en la imposibilidad de atacarlo y de frustrar los planes de los libertadores de pasar a la provincia de Buenos Aires.

Al efecto, protegido por el fuego de una batería que se estableció en Diamante y que bastó para contener las tropas federales que pretendieron impedir la operación, el ejército libertador pasaba el 21 de julio a la isla de *Punta Gorda,* situada frente al pueblo de Diamante.

Tan pronto como se hubo desligado del enemigo con el oportuno pasaje de sus tropas a la isla, el comandante en jefe del ejército libertador pidió al jefe de la división naval francesa que embarcase las fuerzas expedicionarias — 2.800 hombres de las tres armas — y su material de guerra, a fin de realizar la invasión a la provincia de Buenos Aires.

Según lo calculado por el general Lavalle, el ejército sería transportado aguas abajo hasta un punto de la costa de la provincia de Buenos Aires que resultase favorable para tomar tierra y para iniciar inmediatamente operaciones ofensivas. Tal vez la situación podría aconsejar hasta una prolongada permanencia de las tropas a bordo de los buques, ya sea porque la situación no se presentase favorable en el momento al ejército libertador expedicionario, o bien porque la necesidad de proveerse en territorio enemigo de los medios de movilidad para la caballería no pudiese ser atendida con rapidez.

Pero, con gran sorpresa del general Lavalle, el jefe de la división naval hízole presente que se encontraba imposibilitado de conservar muchos días a bordo las tropas expedicionarias, pues sólo disponía de diez días de víveres; que, en esa situación, lo único que podía hacer era transportar el ejército a Martín García.

Este contratiempo, causado por la escasez de víveres a bordo, alteraba los planes del general Lavalle, quien, sin abandonar el proyecto de pasar con el ejército a la provincia de Buenos Aires, vióse obligado, sin embargo, a modificar la forma de ejecución que había concebido. Al efecto, adelantó una expedición a las costas de la provincia que debía ser invadida, con la misión de reunir en San Pedro todo el ganado de silla y de tiro de que le fuese dado apoderarse. El resto del ejército libertador seguiría en la escuadra algunos días después, a fin de desembarcar en el mismo punto, donde sería montado, para iniciar cuanto antes las operaciones ofensivas.

Pero no sería éste el único inconveniente con que tropezaría en sus comienzos el nuevo plan concebido por el general Lavalle.

El gobernador Ferré, sin desconocer los inmensos beneficios que reportaría al país un rápido y decisivo triunfo del ejército libertador sobre el dictador Rosas, preveía grandes males para la provincia de Corrientes tan pronto como las fuerzas del general Lavalle abandonasen Entre Ríos, pues, en tal caso, el general Echagüe no trepidaría en llevar la invasión a la vecina provincia de Corrientes. De ahí que, si bien en principio aceptaba el plan de que el ejército libertador abriese la campaña sobre Buenos Aires, exigía, en cambio, que esa operación se realizase sólo recién después de haber destruído al ejército federal que se encontraba en Entre Ríos. Y a fin de evitar que el general Lavalle pudiese llevar a cabo lo primero sin haber llenado la tarea que consideraba previa y fundamental, el gobernador Ferré había dado la orden terminante a los jefes correntinos que se hallaban en el ejército libertador de negarse a acompañar al general Lavalle en su expedición sobre Buenos Aires y de regresar a Corrientes con las tropas a sus órdenes.

El general Lavalle no podía dejar de reconocer las razones que asistían al gobernador de Corrientes al querer impedir que las fuerzas de la provincia pasasen a Buenos Aires. Sin embargo, el jefe de la cruzada libertadora juzgaba indispensable anteponer los intereses nacionales a los de la provincia que le confiara su ejército. Ha-

biendo conseguido que el general Paz, llegado en esos días a Diamante desde Montevideo, fuese a Corrientes a organizar allí un ejército de reserva, el general Lavalle creyó conjurado momentáneamente el peligro que para aquélla representaban las fuerzas federales de Entre Ríos, y trató de asegurarse la adhesión de los jefes correntinos a sus órdenes; lo que no le fué difícil, a causa del ascendiente que sabía ejercer sobre sus subordinados.

En comunicación del 21 de julio, el general Lavalle anunciaba al gobernador Ferré que, en la imposibilidad de mantenerse por más tiempo en Entre Ríos y convencido de que *"la revolución es " más fuerte cuanto más inmediata esté a Rosas"* (¡recién reconocía el general Lavalle esta verdad!), había resuelto pasar con el ejército libertador a la provincia de Buenos Aires. (1)

El 26 de julio las fuerzas libertadoras se embarcaban en los buques franceses y descendían el Paraná.

Recién el 5 de agosto una parte de la columna expedicionaria — 1.200 hombres de caballería —, montada merced al esfuerzo de la expedición que se adelantó de Diamante, se encontraba en San Pedro, mientras el resto de las fuerzas, desembarcadas en una isla

(1) Deseosos de no dar al estudio de esta campaña una extensión considerable, nos limitaremos a enunciar aquí una cuestión que esperamos será resuelta por los camaradas que se interesen por esta campaña y resuelvan profundizar su estudio. Hela aquí: *¿Era acertada la resolución del general Lavalle de pasar con el ejército libertador a la provincia de Buenos Aires antes de haber destruído en Entre Ríos las fuerzas del general Echagüe?* Con el fin de encauzar y facilitar la tarea enunciada, creemos de interés transcribir el juicio que este asunto merecía de Julián S. de Agüero, tal como puede leerse en una carta al general Lavalle, escrita de Montevideo el 31 de mayo de 1840: "Sospecho que usted piensa pasar el Paraná, sin concluir con Echagüe en En-" tre Ríos, y me parece ver que usted toma esta resolución desesperado de " que Ferré no coopera tan activamente como usted desea. Yo, mi general, " veo un cúmulo de males en que usted deje la cuestión incompleta en Entre " Ríos. Prescindo del mal efecto que esto producirá en la lucha del otro lado " del Paraná. Considere solamente el arma terrible que con este paso daría " a sus enemigos personales. Considere lo que harían valer para con Ferré " este abandono. Rivera triunfaría, Ferré tendría que entregarse en los brazos " de éste, después de todos los esfuerzos que aquí hacemos para desligar a " estos dos hombres; y piense un momento en las dificultades que este rom-" pimiento con Ferré traería en lo sucesivo." (*Gregorio F. Rodríguez*: obra citada; tomo III, pág. 81).

frente a Baradero, esperaba que se reuniesen más caballos para pasar a su vez a tierra firme.

Las únicas fuerzas de que disponía Rosas en el norte de la provincia de Buenos Aires eran las que formaban la división del general Pacheco (1.500 jinetes), que resultaban insuficientes para contener un avance rápido e inmediato del ejército libertador sobre la capital. Sin embargo, no era improbable que desde Santa Fe y aun desde Entre Ríos pudiesen ser enviadas nuevas tropas a engrosar la división del general Pacheco, siempre que el general Lavalle favoreciese con su inacción los planes del enemigo. Igualmente, debía tenerse en cuenta que a Rosas le sería posible, una vez conocido el desembarco del general Lavalle en la provincia, llamar a la capital las unidades que por el sur y el oeste guarnecían la línea de fronteras contra los indios o que ocupaban diferentes puntos de la campaña.

Imponíase, pues, al ejército libertador la obligación de obrar con la mayor rapidez posible, a fin de caer sobre la capital antes de que el adversario pudiese reponerse de la sorpresa y reunir los medios de resistencia dispersos.

El general Lavalle, perdiendo de vista los altos intereses militares de la campaña, malgastó un tiempo precioso en operaciones secundarias, fraccionando sus tropas en diversas columnas, encargadas de misiones que no tenían una importancia fundamental en el conjunto del plan concebido para derribar al dictador.

El 7 de agosto una de las columnas del ejército libertador se encontraba sobre el arroyo *Burgos* con la división del general Pacheco, que se dispersaba después de un ligero choque.

El 14 de agosto el general Lavalle estaba en Arrecifes, lo que demuestra una dirección de avance que tiende a alargar considerablemente la marcha sobre la ciudad de Buenos Aires. Pero desde aquel punto toma ya francamente la dirección sobre la capital; sin embargo, sus marchas se realizan con tal lentitud, que recién el 19 de agosto alcanza *Guardia de Luján*, donde logra reunir sus diferentes columnas.

Llegado a pocas jornadas de su objetivo después de emplear dos semanas en recorrer una distancia que pudo ser salvada en pocos días, el general Lavalle recibe el 19 de agosto, en *Guardia de Luján,* una noticia que estaría llamada a ejercer una influencia decisiva en el desarrollo de su campaña en la provincia de Buenos Aires.

En una correspondencia llegada de Montevideo se decía al general Lavalle que el almirante francés haría desembarcar en las costas de la provincia de Buenos Aires una columna de dos o tres mil infantes. Interesado en asegurarse la cooperación de ese núcleo importante para su próximo ataque a la capital, el general Lavalle resolvía detenerse en *Guardia de Luján* a fin de dar tiempo a que se realizase la operación anunciada y para ponerse de acuerdo con el jefe de aquella columna en el interés de combinar sus esfuerzos contra el objetivo común. (1)

Pero esta noticia resultó completamente falsa, y el general Lavalle no dejaba de hacer al respecto las siguientes amargas reflexiones: "¡Qué daño inmenso nos ha hecho la ligereza con que me " comunicaron de Montevideo la noticia de la próxima llegada de " dos o tres mil infantes!"

Y en verdad que tenía razón para formular esa queja, pues, en espera de la llegada de las anunciadas tropas, el ejército libertador perdió en *Guardia de Luján* diez días preciosos, que fueron aprovechados por Rosas en concentrar entre la ciudad y el Río de las Conchas una masa numerosa de fuerzas de línea y de unidades de milicias.

Retirada sobre Santa Fe

El 29 de agosto el general Lavalle poníase nuevamente en movimiento, reanudando sus marchas sobre la capital. Pero, al llegar a Merlo, abandonó

(1) En una carta del 20 de agosto decía el general Lavalle: Recibí " a las dos de la tarde la correspondencia del once, en que me avisan la lle- " gada del almirante Baudin con dos o tres mil infantes. *Esto es digno de* " *perder unos días,* que aprovecharé en armar cerca de 500 hombres desarma- " dos que tengo." (*Gregorio F. Rodríguez*: obra citada; tomo III, pág. 135).

toda esperanza de un éxito contra su adversario, al cual había dejado un tiempo muy grande para aglomerar tales medios de resistencia, que el jefe del ejército libertador juzgaba temeridad empeñar contra ellos una acción con algunas probabilidades de triunfo.

En el abandono de la empresa de atacar a Rosas influyó, además, en el ánimo del general Lavalle la noticia de que en el norte de Buenos Aires se estaban organizando fuerzas importantes, destinadas a operar sobre las espaldas del ejército libertador. Resolvía así dejar para mejor oportunidad la empresa de vencer al dictador, decidiendo retirarse a la provincia de Santa Fe antes de que la reunión de las fuerzas en el norte de Buenos Aires lo colocase entre dos fuegos, cortándole, además, toda vía de escape.

El 9 de septiembre el general Lavalle escribía desde *Cañada de Giles*: "Esta carta te va a hacer derramar lágrimas. Después
" de las esperanzas que inspiró la derrota de Pacheco, no he en-
" contrado más allá sino hordas de esclavos, tan envilecidos como
" cobardes y muy contentos con sus cadenas. De esas hordas he
" destruído dos antes de llegar delante del grande ejército de Ro-
" sas, fortificado en la chacra de Caseros con dos mil infantes, 26
" cañones y cinco mil hombres de caballería. He estado 48 horas a
" tres leguas de él y ni aun se ha atrevido a escaramucear." (1)

Al resolverse por la retirada hacia el norte, el general Lavalle calculaba poder llegar a la provincia de Santa Fe y mantenerse en ella, a fin de aprovechar a favor de sus planes la cooperación armada de las provincias que habían formado la *Coalición del Norte* contra Rosas. "Si yo consigo poder estacionarme en Santa Fe —
" escribía el general Lavalle el 11 de septiembre — es decir, si en-
" cuentro allí un poco de cooperación, tengo esperanzas de lanzar
" contra el tirano todo el poder de las provincias en este vera-
" no." (2)

---

(1) *Gregorio F. Rodríguez*: obra citada; tomo III, pág. 137. En la obra de *Zinny* (tomo II, pág. 143) figura el "*Plan de la defensa de la ciudad de Buenos Aires* en 1840, amenazada de un ataque de las fuerzas al mando del general Lavalle", preparado por el general Lucio Mansilla en su carácter de *inspector* y *comandante general de armas* de la provincia de Buenos Aires.

(2) *Gregorio F. Rodríguez*: obra citada; tomo III, pág. 138.

Sin encontrar en su camino una seria resistencia armada, el general Lavalle retrocedía sobre la provincia de Santa Fe, cuya capital era atacada y ocupada por el ejército libertador. Pero el plan de *estacionarse* en Santa Fe no pareció ya oportuno al general Lavalle cuando, simultáneamente con los avisos que recibía sobre los grandes preparativos de Rosas para formar, a las órdenes del general Oribe, un ejército expedicionario sobre Santa Fe, supo que en Córdoba había estallado y triunfado una revolución, promovida por el general La Madrid al frente de algunas fuerzas de la *Coalición del Norte*.

Combate de Quebracho Herrado (28/XI/1840) y disolución del segundo ejército libertador.

Poco tardó el general Lavalle en resolverse por un nuevo plan, consistente en dirigirse sobre la provincia de Córdoba para aprovechar la situación creada en esta provincia y para combinar sus esfuerzos con los jefes de la *Coalición del Norte*. Sin embargo, también este plan habría de fracasar, pues el ejército libertador era alcanzado el 28 de noviembre en *Quebracho Herrado* por el ejército de Rosas a las órdenes del general Manuel Oribe.

Desde su salida de Santa Fe en marcha sobre la provincia de Córdoba, el ejército libertador había experimentado grandes privaciones, a causa principalmente del riguroso verano y de la falta de agua. A la extenuación producida en el personal y en el ganado por las marchas aniquiladoras había que agregar las frecuentes hostilidades de la vanguardia del ejército enemigo, pues el general Oribe tenía el mayor interés en alcanzar al ejército libertador y empeñar un combate con él antes de que pudiese reunirse a las fuerzas que, desde la ciudad de Córdoba, avanzaban con el general La Madrid al encuentro del general Lavalle.

"Con este motivo — según expresaba el general Oribe en su parte oficial — "la vanguardia, reforzada con mil hombres, tuvo " órdenes de aproximarse al enemigo, cuyos designios estaban pe-

" netrados, hostilizarlo día y noche para detener en cuanto fuera " posible su marcha y frustrar con decisivo arrojo el plan adóp- " tado de evitar un suceso de armas, dándole alcance con el todo " del ejército para forzarlo a él definitivamente."

En la mañana del 28 de noviembre, después de haber realizado durante la noche una marcha aniquiladora (1), el ejército libertador debió detenerse al llegar a los montes del *Quebrachito* (en el paraje denominado *Quebracho Herrado*) para dar descanso al personal y a los caballos y bueyes.

La vanguardia federal, cuya acometividad en los últimos días había redoblado en intensidad, se dispuso a iniciar el ataque a fin de detener en tal forma al enemigo hasta la llegada del grueso.

El general Lavalle, comprendiendo que el estado de agotamiento de las tropas y especialmente del ganado que arrastraba el parque y los bagajes, le imposibilitaba rehuir el combate al que lo provocaba la vanguardia enemiga, impartió las órdenes necesarias para la acción inminente.

Croquis N.° 5. — Muy pronto el grueso del ejército federal, que en el interés de apresurar sus marchas había dejado a retaguardia una gran parte de su material, alcanzaba el terreno donde debía decidirse la acción y sobre el cual ya se encontraba el general Pacheco con la vanguardia.

El general Oribe estableció su línea, formando la derecha con toda la vanguardia, que comprendía la mayor parte y las mejores unidades de la caballería, estableciendo en el centro la infantería y artillería y constituyendo la izquierda con el resto de la caballería. Reservas parciales fueron situadas detrás de cada ala.

---

(1) El general Lavalle habíase puesto de acuerdo con el general La Madrid para reunir sus respectivas fuerzas en el más breve tiempo, a fin de presentar combate al ejército federal con mayores probabilidades de éxito. A tal objeto, el general La Madrid salió de la ciudad de Córdoba al frente de una columna de las tres armas, avanzando al encuentro del ejército libertador que se retiraba de Santa Fe. Por una falsa interpretación, la reunión no pudo efectuarse a tiempo, a pesar de que el general La Madrid, el día del combate, hallábase a poca distancia de *Quebracho Herrado*.



El general Lavalle, a su vez, estableció su línea de batalla, colocando en la izquierda la mayor parte de la caballería (unos 2.000 jinetes a las órdenes del coronel Vega). Las marchas anteriores habían inutilizado una gran parte del ganado de silla, en forma tal que unos 1.200 hombres de la caballería libertadora hallábanse a pie y no pudieron, por esta causa, intervenir en el combate.

El ataque de los federales fué iniciado con extrema violencia por su vanguardia contra el ala izquierda enemiga antes de que todo el grueso hubiese tomado su colocación en la línea. Las impetuosas cargas de la caballería del general Pacheco se estrellaron al principio contra los escuadrones del coronel Vega, que contraatacaban con éxito a la caballería federal. Pero los sucesivos refuerzos que entraban en línea y el fuego de flanco de la artillería de Oribe fueron agotando paulatinamente la resistencia de la caballería libertadora.

La necesidad de cubrir con efectivos inferiores toda la larga línea de batalla que había ido ocupando sucesivamente el ejército federal, había impedido al general Lavalle adoptar para su caballería un dispositivo en profundidad, que le permitiese reforzar durante el combate las tropas empeñadas en el mismo y llenar los claros que podrían producirse en la línea. Tampoco érale permitido intentar una reacción ofensiva por su centro o por el ala derecha, a causa de su manifiesta inferioridad numérica en esos puntos. Echando mano de los pocos escuadrones que había dejado en reserva con el objeto principal de cubrir las carretas del parque y de los bagajes, el general Lavalle se lanzó con ellos en apoyo de su ala izquierda.

Pero este refuerzo era insuficiente. La caballería del general Pacheco, en una última carga contra el ala izquierda adversaria, lograba desorganizar y flanquear los escuadrones del coronel Vega, al mismo tiempo que la infantería federal avanzaba por el centro.

El general Lavalle veíase obligado a ordenar la retirada, que se inició cubierta por la infantería y artillería, dispuestas a sacrificarse para salvar al resto del ejército. Los federales emprendieron

una tenaz persecución, logrando al fin de la jornada un completo triunfo. (1)

Los derrotados dejaron sobre el campo de batalla 1.500 muertos, 500 prisioneros, toda su artillería, el parque y los bagajes y una gran cantidad de fusiles, lanzas y municiones. El general Lavalle, con los que lograron salvarse del campo de batalla, se internó en la provincia de Córdoba buscando reunirse a las fuerzas del general La Madrid.

El ejército federal sólo tuvo 36 muertos y 50 heridos. Ocioso es hacer reflexiones sobre la desproporción enorme que, tanto en éste como en los hechos de armas que se estudiarán en las sucesivas campañas libertadoras, siempre existió entre las pérdidas de los vencedores y las de los vencidos. En esa época luctuosa de rencores y de odios sangrientos, el triunfo resultaba siempre manchado por las crueldades inauditas que el vencedor cometía con los heridos y prisioneros del adversario y por la lucha sin cuartel, por la *caza al hombre* que representaba la persecución contra los dispersos.

Consideraciones sobre esta campaña.

Entre las enseñanzas de orden táctico que se obtienen del combate de *Quebracho Herrado* se destaca, en primer término, *la oportuna y hábil utilización de la vanguardia del ejército federal.*

El general Oribe, interesado en alcanzar y destruir al ejército libertador antes de que lograse ponerse fuera del alcance de las tropas que lo perseguían y efectuar su reunión con la columna del general La Madrid, resuelve reforzar su vanguardia y encomendarle la tarea de dar alcance al enemigo en retirada, provocarlo al combate y aferrarlo hasta que el grueso — que a objeto de hacer más rápidas sus marchas había dejado a retaguardia el material que podía embarazarlas — pudiese llegar al campo de batalla y aniquilar

(1) El parte oficial del general Oribe a Rosas puede ser consultado en la obra de Antonio Díaz: *Historia política y militar de las Repúblicas del Plata,* tomo V, pág. 83.

al enemigo con la superioridad numérica de sus fuerzas. La misión es llenada con toda eficacia por el general Pacheco, y el plan concebido por el comandante en jefe del ejército federal da los frutos que siempre acompañan a las medidas sabiamente tomadas y fielmente ejecutadas.

El general Lavalle veíase colocado frente a una muy crítica situación. Su ejército, inferior en número al del adversario, con la tercera parte de su caballería a pie, con el personal y el ganado exhaustos por las marchas realizadas, no puede finalizar la etapa salvadora que le permitirá reunirse a la columna del general La Madrid. Comprendiendo que el combate a que lo provoca la vanguardia enemiga no puede ser rehuído, ni aun sacrificando su infantería y artillería para cubrir la continuación de la retirada del resto del ejército libertador a través de los *Montes del Quebrachito*, el general Lavalle prepárase a impartir las disposiciones que juzga más adecuadas para el combate inminente, que habrá de generalizarse tan pronto como el grueso del ejército enemigo alcance el campo de batalla.

Repetirá, al efecto, el procedimiento empleado en los combates por él librados en Entre Ríos, que si bien en *Yeruá* le proporcionó un triunfo completo y en *Don Cristóbal* lo aproximó a la victoria, había, en cambio, de reportarle una derrota en *Sauce Grande*.

Sobre una de sus alas — la que él espera que podrá resolver el combate — agrupa las mejores y más numerosas unidades de su caballería. En el resto del frente, que siempre resulta débil y que, de consiguiente, deberá limitarse a la defensiva, sitúa escasas tropas, cuya acción, ya sea demostrativa o simplemente defensiva, no puede marchar concorde con la del ala destinada a buscar la decisión. No debe, pues, admirar que la derrota de la parte de la línea libertadora encargada de la tarea principal en el combate, determine el fracaso de la acción en el resto del frente.

Obligado a emprender la retirada después de la derrota, imponíase la medida de sacrificar una parte de las tropas para salvar el resto del ejército; y en este sentido, la pérdida de su infantería y ar-

tillería no puede ser criticada al general Lavalle, que lograba con ese sacrificio salvar algunos escuadrones e incorporarse con ellos a la columna del general La Madrid. (1)

La derrota sufrida por el general Lavalle en la acción del 28 de noviembre de 1840 debe considerarse completa.

Como ya *Pago Largo* había resultado la tumba del primer ejército libertador, así también *Quebracho Herrado* constituyó, si no el momento del exterminio total, cuando menos el de la disolución del *segundo ejército libertador* que el general Lavalle organizara en Corrientes para destruir el poder del dictador Rosas; pues, si bien pudo ser salvada una parte de las tropas, éstas ya no estaban en condiciones de continuar solas la campaña; únicamente sirvieron para engrosar las filas de las fuerzas puestas en pie por la *Coalición del Norte*, cuya actuación será descripta en el capítulo referente al *cuarto ejército libertador*.

Las causas del fracaso de la campaña del segundo ejército libertador son múltiples, como se ha tenido oportunidad de ir puntualizando en el estudio realizado. Sin embargo, y como recapitulación, ellas pueden sintetizarse en la siguiente forma: Jamás una mayor suma de factores permitió esperar con más fe un éxito favorable, en la relatividad que naturalmente derivaba de la importancia del poder que debía ser derribado.

Concurrían a crear esas esperanzas no sólo la personalidad del comandante en jefe, sino también el entusiasmo de los que prepararon esta cruzada o que tomaron parte activa en ella, la trascendencia que se esperaba de la cooperación francesa, la beligerancia del Estado Oriental, el apoyo de la provincia brasileña de Río Grande do Sul, la intensidad que prometía alcanzar el levantamiento del sur de la provincia de Buenos Aires contra el dictador Rosas y el avance incontenible del general Lavalle hasta las puertas mismas de la ciudad de Buenos Aires.

---

(1) Sobre este combate caben otras interesantes consideraciones tácticas, que preferimos dejar libradas al criterio de los camaradas que deseen realizar un estudio más completo de este combate, bastando las indicadas aquí para los fines que nos hemos propuesto al publicar este trabajo compendiado.



Empero, todos estos factores favorables deberían quedar anulados, no tanto por las dificultades de derribar un poder afianzado en el terror y que contaba con partidarios incondicionales y con elementos bélicos superabundantes, sino principalmente por los tropiezos que surgirían en el mismo seno del ejército libertador, como consecuencia de las rivalidades y de la disparidad de criterio de los dirigentes — militares y políticos —, de la ausencia de un armónico plan de conjunto, de las ambiciones personales de generales y caudillos, de la falta de simultaneidad y de coordinación de los esfuerzos que debieron tender a encerrar al temible adversario en un círculo de hierro y, por último, de la angustiosa escasez de recursos y de elementos bélicos. (1)

---

(1) En la correspondencia del general Lavalle es posible descubrir los cargos concretos que, para explicar el fracaso de las operaciones del segundo ejército libertador, formula respecto a la falta de cumplimiento de las promesas hechas por los agentes franceses y a la ausencia de la cooperación armada de los revolucionarios de Río Grande do Sul. (Consúltese la obra de Gregorio F. Rodríguez: *Contribución histórica y documental;* tomo III, páginas 46, 52 y 57).

NOTA BIBLIOGRAFICA DEL CAPITULO IV

Campaña del Tercer Ejército Libertador (1839). [1]

1.—Carranza Angel J.: La revolución del 39 en el sur de Buenos Aires. 1 tomo. Edición de "La Cultura Argentina". Buenos Aires, 1919.
2.—Carranza Angel J.: La conspiración de 1839.
3.—Paz José María: Memorias póstumas. 3 tomos (de interés el II tomo). Segunda Edición. La Plata, 1892.
4.—Elía Juan E. de: Memoria histórica sobre la campaña del ejército libertador (1839-1841). *Revista Nacional,* tomo V.

(1) Respecto a las obras que tratan todo el período histórico, véase la observación al pie de la *Nota Bibliográfica* del Capítulo I.

Capítulo IV. — Campaña del Tercer Ejército Libertador (1839).

RESUMEN:

Primeros síntomas de rebelión contra Rosas en la provincia de Buenos Aires. La conspiración de Maza. — Preparativos revolucionarios en el sur de la campaña de Buenos Aires. — Invitación al general Lavalle para desembarcar en el sur de la provincia. — El cambio del plan del general Lavalle y su repercusión en los preparativos de los revolucionarios del Sur. — El pronunciamiento de Dolores. — Formación del tercer ejército libertador. — Combate de *Chascomús* (7 de noviembre de 1839). — Causas del fracaso de la campaña libertadora.

Primeros síntomas de rebelión contra Rosas en la provincia de Buenos Aires. La conspiración de Maza.

Las arbitrariedades que caracterizaban los actos del dictador Rosas, relacionados con la política exterior del país y especialmente con el orden interno, no tardaron en crearle un partido opositor en la ciudad misma de Buenos Aires, formado por no pocas personalidades que en los primeros tiempos de su actuación política habían apoyado con entusiasmo a Rosas, a quien consideraban como el único hombre capaz de restablecer el orden en el caos en que se hallaba sumido el país; pero que, en presencia ahora de los verdaderos sentimientos del dictador, diametralmente opuestos a sus manifestaciones iniciales de buen gobierno, lo condenaban severamente, responsabilizándolo de los perjuicios materiales y morales que su odiosa política personal ocasionaba al país.

Los descontentos, a cuya cabeza se hallaba el joven comandante Ramón Maza, no tardaron en confabularse y en tramar una conspi-

ración, destinada a cambiar la situación reinante en la provincia de Buenos Aires, deponiendo a su gobernador. El movimiento en la capital sería secundado por un levantamiento en el sur de la provincia y por una expedición lanzada desde Montevideo por la *Comisión argentina*, con la cual se habían puesto al habla los que encabezaban la reacción en la ciudad de Buenos Aires.

Rosas no ignoraba los trabajos en que estaban empeñados sus enemigos políticos, tanto por las informaciones de sus espías como por la poca reserva con que obraban los conspiradores. Sin embargo, dejaba que la oposición en la capital de su provincia tomase mayor cuerpo, a fin de desenmascarar de una vez a todos sus adversarios, bien seguro de que en el momento álgido lograría con un acto de energía y con un golpe de efecto echar por tierra todo el plan de la conjuración y destruir la trama destinada a envolverlo y a derribarlo del gobierno.

Tan pronto como el dictador juzgó llegado el momento oportuno — que lo fué cuando el jefe de la conjuración se disponía a marchar a la campaña para ponerse a la cabeza de algunas unidades de milicias que debían secundar el movimiento — hizo encarcelar al comandante Maza bajo la acusación de ser el jefe de una conspiración tramada para asesinar al gobernador de la provincia.

El 27 de junio el doctor Manuel Vicente Maza, presidente de la Sala de Representantes y padre del comandante Maza, inculpado por los fanáticos secuaces del dictador de formar parte de la conspiración contra la augusta persona del gobernador, era asesinado en el recinto mismo del alto cuerpo legislativo por algunos esbirros de la tristemente célebre sociedad política denominada la *Mazorca*. Al día siguiente el jefe de la conspiración era fusilado por orden de Rosas.

Las personas comprometidas, que no fueron encarceladas en el primer momento, se apresuraron a ponerse en salvo, abandonando la ciudad, o a hacer protestas de adhesión al dictador.

La rapidez y energía con que procedió Rosas a eliminar al cabecilla de la conspiración sin forma de juicio previo hacían abortar el movimiento destinado a derribarlo del gobierno.

Preparativos revolucionarios en el sur de la campaña de Buenos Aires.

Simultáneamente con los trabajos que realizaban los conspiradores en la ciudad de Buenos Aires, muchos acaudalados estancieros de la parte del sur de la campaña, que gozaban de merecido prestigio entre los pobladores y que manejaban numeroso peonaje, respondiendo a una invitación del comandante Maza, se habían confabulado para sublevar la campaña y secundar el movimiento contra Rosas que debía estallar en la capital.

Los iniciadores del movimiento revolucionario, a cuya cabeza fué colocado el mayor Pedro Castelli — hijo del prócer de la revolución de Mayo — eran Marcelino Martínez Castro, los hermanos Ramos Mejía, Francisco B. Madero, Apolinario Barragán, José Ferrari y Leonardo D. de la Gándara.

Los trabajos encomendados a estos patriotas se llevaban a cabo con relativa facilidad, pues Rosas se creía completamente seguro de la adhesión de esa parte de la campaña, donde había actuado en los años anteriores y cuyos habitantes habían sido subyugados por los prestigios ganados por el poderoso estanciero y, más tarde, por el influyente comandante general de la campaña.

El fracaso de la conspiración del comandante Maza no abatió a aquellos patriotas, que continuaron en sus trabajos secretos, decididos a no desmayar ni abandonar sus propósitos, y resueltos hasta a precipitar el pronunciamiento preparado en la campaña, "para " que ella respondiera al grito de la capital, donde había sido sofo- " cado repentinamente por una tragedia sin ejemplo." (1)

Invitación al general Lavalle para desembarcar en el sur de la provincia.

Nadie ya ignoraba que los emigrados argentinos en Montevideo, no contentos con la violenta propaganda por la prensa que hacían contra Rosas, realizaban públicamente los preparativos de una expedición a territorio argentino, valiéndose de la situación favorable a sus planes que les

(1) **Angel J. Carranza**: *La revolución del 39 en el sur de Buenos Aires*, **página 24**.

había creado en 1838, tanto el triunfo de la revolución de Rivera contra Oribe y el nombramiento del primero para ocupar la presidencia del Estado Oriental, como el bloqueo decretado por el gobierno francés a los puertos argentinos.

Nadie desconocía tampoco que la persona naturalmente llamada a dirigir esa expedición era el general Lavalle, a quien designaban para ocupar ese puesto sus prestigios como militar, su acentuado patriotismo y la rebelión que creaba en su espíritu la angustiosa situación en que se encontraban las provincias argentinas a causa de los métodos arbitrarios de gobierno empleados por el dictador Rosas.

Resultaba así natural que las miras de los cabecillas de los descontentos en el sur de la provincia de Buenos Aires se fijaran insistentemente en la expedición que se preparaba en territorio oriental, pues existía sumo interés en inducir al general Lavalle a desembarcar con sus fuerzas en un puerto del sur de la provincia, para ponerse después al frente de los numerosos elementos de que ya disponía la revolución, a fin de marchar sobre la capital, engrosando su ejército en el camino con las numerosas incorporaciones que se descontaban de antemano.

Tan pronto como la expedición del general Lavalle zarpó de Montevideo y se estableció en Martín García para ultimar allí sus preparativos de invasión, el jefe de la Legión libertadora recibió diversas comunicaciones de algunos jefes revolucionarios, por las cuales se le invitaba a desembarcar en la *Laguna de los Padres* (*Cabo Corrientes*), "como el paraje más adecuado y donde se le reunirían
" los medios de movilidad necesarios; por lo que se le exigía su in-
" mediata salida para ese destino *con lo que tuviese*, pues lo que
" importaba sobre todo era su presencia para que los habitantes de
" aquellos *partidos* se le incorporaran en masa. Lavalle contestó
" luego aceptando la indicación y agregando que el almirante fran-
" cés, al que esperaba en aquellos momentos, sería impuesto del con-
" tenido de la carta, y no dudaba lo transportaría en el acto. Que

" se le remitieran las señales convenidas para efectuar el desem-
" barco." (1)

Esta resolución del general Lavalle llenó de júbilo a los jefes revolucionarios, quienes no perdieron tiempo en comunicar a todos los confabulados la sensacional noticia del próximo desembarco de la Legión libertadora en las costas del sur de Buenos Aires y la venida del general Lavalle a organizar y asumir el mando de las fuerzas revolucionarias.

"Todo era agitación y movimiento en los campos del sur al
" anuncio del próximo desembarco del que se consideraba como el
" único antagonista de Rosas, pero casi al mismo tiempo se razo-
" naba de distinto modo en el cuartel general de Martín Gar-
" cía." (2)

El cambio del plan del general Lavalle y su repercusión en los preparativos de los revolucionarios del Sur.

A principios de agosto, en efecto, el general Lavalle había resuelto desligarse del compromiso contraído, para concurrir, en cambio, a la defensa del Estado Oriental, invadido por el ejército del general Echagüe.

Conocidas son las causas que indujeron al jefe de la cruzada libertadora a variar su plan de campaña, abandonando la idea del desembarco en la costa del sur de Buenos Aires y de una cooperación con los revolucionarios de esta provincia, para dirigirse, en cambio, a la de Entre Ríos, comprometiendo el resultado de la cruzada del segundo ejército libertador, que — como ya fué narrado — encontraba su tumba en *Quebracho Herrado* el 28 de noviembre de 1840.

La noticia de que el general Lavalle había modificado su plan de acción, si bien causóles un desastroso efecto moral, no desconcertó a los cabecillas de la futura revolución del sur, quienes resolvieron enviar un comisionado a Martín García para entenderse con el jefe de la Legión libertadora y ver si lograba hacerlo desistir

(1) Angel J. Carranza: obra citada, pág. 72.
(2) Angel J. Carranza; obra citada, pág. 73.

del nuevo plan. Desgraciadamente, aquél llegaba tarde a la isla, pues la expedición ya habíase lanzado sobre Entre Ríos. Sin embargo, no desesperando de poder convencer al general Lavalle de que aun era tiempo de volver sobre sus pasos, (pues los elementos reunidos en el sur de Buenos Aires sólo esperaban su llegada para pronunciarse contra Rosas), el comisionado trasladóse a Gualeguaychú, donde, el 12 de septiembre, tuvo una entrevista con el jefe de la Legión libertadora, que pocos días antes había desembarcado en Entre Ríos.

A pesar de los argumentos invocados, el general Lavalle, aun reconociendo los grandes beneficios que para la causa de la cruzada contra Rosas reportaría su presencia en la campaña del sur de Buenos Aires, negóse a variar su nuevo plan de campaña ya en ejecución, pidiendo, en cambio, al comisionado que transmitiese a sus correligionarios sus deseos de que no precipitaran los sucesos en el sur de la provincia hasta que él, atravesando el Paraná, pudiese volar en apoyo del levantamiento. "Yo por el norte, ustedes por el " sur, nos daremos la mano, ahogando en nuestros brazos al tirano " que ya vacila." (1)

La inquebrantable resolución del general Lavalle causó gran disgusto a los comprometidos en el levantamiento del sur, pues no sólo se hacía prudente y hasta necesario aplazar el movimiento, pronto ya a estallar, sino que también se temía que éste no podía tardar en ser descubierto por el suspicaz gobernador de Buenos Aires, a causa de sus dilatadas ramificaciones.

Esta última eventualidad indujo a los conjurados a juramentarse a que, "si alguna fuerza del gobierno se internaba en el sur " para aprisionar a cualquiera de los comprometidos, sus correligio- " narios más inmediatos quedaban obligados a reunir los amigos " y arrebatarlo a todo trance, siendo ésta la señal del estallido ge- " neral." (2)

---

(1) Angel J. Carranza: obra citada, pág. 111.
(2) Angel J. Carranza: obra citada, pág. 123.

El pronunciamiento de Dolores.

La ocasión tan temida no tardaba mucho en presentarse.

El dictador Rosas, informado de un modo genérico de lo que tramaban sus enemigos y de que en Dolores parecía residir el foco de los descontentos, hizo ordenar al Juez de paz de aquella localidad que remitiese a la cárcel de Buenos Aires, incomunicados, con grillos y bajo segura escolta, a "cuatro de los salvajes unitarios de más " nota de aquel partido y sindicados como enemigos del gober- " nador."

Los conjurados no tardaron en ser informados de la orden impartida por Rosas y, juzgando llegada la oportunidad de poner en ejecución los compromisos contraídos, el 29 de octubre insurreccionaban el pueblo de Dolores, apoderándose de las personas que respondían al gobernador u obligándolas a huir precipitadamente. El comandante Manuel Rico, uno de los últimos adherentes, púsose a la cabeza de esta insurrección, comunicando a los demás complotados de la provincia que había llegado la oportunidad de iniciar la revolución.

El pronunciamiento de Dolores encontraba bien pronto ambiente favorable en los partidos vecinos. La revolución era un sentimiento universal entre los paisanos de esa parte de la campaña, empobrecidos por el servicio de frontera y por las guerras continuas contra los indios, o cansados de las arbitrariedades y del despotismo de crueles tiranuelos. Así que el comandante Rico veía muy pronto aumentar el núcleo inicial de 170 hombres que lograra reunir en Dolores el día mismo de su pronunciamiento, en forma tal que ya el 2 de noviembre podía contar con 2.000 hombres.

Formación del tercer ejército libertador.

El mando superior de los contingentes fué ofrecido al mayor Pedro Castelli, que había iniciado su carrera militar a las órdenes del general San Martín en el regimiento de granaderos a caballo. Pero el jefe militar de la revolución, defraudando la general expec-

tativa, demostró poca iniciativa y escasas disposiciones para encabezar un movimiento de esta naturaleza.

Los emisarios enviados por el comandante Rico comunicaron bien pronto a los demás cabecillas los acontecimientos sobrevenidos en Dolores el 29 de octubre. El patriota Mendiola, con un escuadrón de milicianos del regimiento 6 de campaña, se pronunciaba, a su vez, el 2 de noviembre, en Chascomús, acudiendo en el acto muchos ciudadanos a engrosar las filas.

El día 3 una vanguardia destacada por Rico desde Dolores a las órdenes del comandante Márquez para apoyar el pronunciamiento de Chascomús, entraba en esta localidad, que había sido designada como punto de reunión general de los contingentes revolucionarios. Aquí llegaban al día siguiente dos compañías organizadas en Dolores, conducidas por el capitán Islas. El día 5 lo hacían el comandante Calveti con 300 hombres bien armados de los Montes Grandes y un escuadrón de milicias de la Magdalena, compuesto de más de 100 hombres; el día 6 el comandante Olmos con el 5.° escuadrón del regimiento 6 de milicias de caballería de campaña, constituído íntegramente por tropa veterana, mandada por oficiales de línea.

En espera de la llegada a Chascomús del jefe militar de la revolución, quien, a pesar de ser insistentemente reclamado en este punto, tardaba en presentarse, se encomendó al veterano coronel de la Independencia, Ambrosio Crámer, la tarea de dar una organización militar rudimentaria a esa masa de gente que, llena de fe y de entusiasmo, había abrazado la causa de la revolución y acudido a engrosar las huestes libertadoras.

Recién el 6 de noviembre llegaba el mayor Castelli a Chascomús, asumiendo desde ese momento el comando efectivo de las fuerzas allí reunidas, que ascendían a unos 4.000 hombres.

Combate de Chascomús (7 de noviembre de 1839)

El gobernador Rosas no había tardado en recibir los relativos informes de las autoridades de campaña sobre el pronunciamiento de Dolores y la reunión en Chascomús del ejército revolucionario.

Sobreponiéndose a la natural sorpresa que causábale este acontecimiento insospechado, apresuróse a impartir las órdenes necesarias para sofocar el movimiento.

El hermano del gobernador, Prudencio Rosas, que tenía el cargo de comandante de los regimientos 5 y 6 de caballería de milicias de campaña, de propia iniciativa ya se había puesto en marcha el 3 de noviembre desde el Azul con el escuadrón de carabineros de línea del N.º 6, después de ordenar al coronel Nicolás Granada, jefe accidental de la *División del Sud*, que desde Tapalqué se le incorporase con sus tropas en el camino a Chascomús.

Arreando a todo individuo de armas llevar y después de habérsele incorporado el coronel Granada, Prudencio Rosas llegaba a las proximidades de Chascomús al anochecer del 6 de noviembre, conduciendo 1.300 hombres veteranos, en su totalidad perfectamente armados.

Mientras tanto y en cumplimiento de las órdenes impartidas por el gobernador Rosas, el coronel Vicente González, jefe del regimiento 3 de caballería, reunía sus fuerzas en Monte, esperando las últimas órdenes del dictador para marchar sobre Chascomús. Otras tropas estaban prontas sobre el río Matanza al mando del coronel Antonio Ramírez. Por último, el general Pacheco, que con la *División del Norte* ocupaba la parte septentrional de la provincia de Buenos Aires, habíase aproximado a la capital, permaneciendo sobre el río Luján a la espera de nuevas órdenes.

Por esta enumeración es fácil comprender que el interés primordial de los revolucionarios consistía en impedir que los distintos jefes de Rosas pudiesen reunir contra ellos fuerzas superiores, que al poco tiempo estarían en situación de estrecharlos desde el norte y desde el sur. La actividad más grande y una resuelta decisión aconsejaban eliminar cuanto antes el peligro más inmediato, que, encarnado en las fuerzas conducidas desde el sur por Prudencio Rosas, amenazaba las espaldas del ejército revolucionario, pues la destrucción de aquéllas le daría después completa libertad de marchar sobre la capital. Sin embargo, la falsa esperanza que se

alimentaba de que el coronel Granada haría causa común con la revolución, hizo descuidar toda medida de vigilancia en la dirección que traían las fuerzas de Prudencio Rosas, para atender únicamente hacia el este, por donde se temía ver aparecer las fuerzas que serían enviadas desde la capital.

Es así que el mayor Castelli, inmediatamente después de su llegada a Chascomús, estableció sus tropas en la costa de la laguna del mismo nombre, al noroeste del pueblo, en disposición de rechazar un ataque, que temía inminente, desde la dirección de Ranchos y de San José del Monte.

Mas en la mañana del 7 de noviembre aparecían avanzando desde el sur las fuerzas de Prudencio Rosas. (1)

El combate se empeñó bien pronto, librado en el campo revolucionario a la iniciativa de los jefes subalternos, por carecer el mayor Castelli de las condiciones necesarias para dirigirlo.

A pesar de su manifiesta superioridad numérica y del arrojo con que los escuadrones revolucionarios cargaron repetidas veces al enemigo, ellos nada consiguieron frente a la tenacidad y disciplina de las tropas veteranas de Prudencio Rosas. La derrota sobrevino muy pronto para los revolucionarios, los cuales se desbandaron en todas direcciones, tenazmente perseguidos por los vencedores. El mayor Castelli fué envuelto en la dispersión de los suyos, dejando más de 100 hombres fuera de combate y 400 prisioneros.

En la persecución fué muerto Castelli, y su cabeza se colocó a la expectación pública en la plaza de Dolores.

Más afortunado, el comandante Rico lograba salvarse y embarcarse en el Tuyú con 600 hombres en buques franceses, pudiendo reunirse, en enero de 1840, al ejército libertador que organizaba el general Lavalle en la provincia de Corrientes.

---

(1) En el estado actual de los conocimientos históricos que se poseen sobre el combate de *Chascomús* resulta imposible reconstruir gráficamente este encuentro. El historiador Angel Justiniano Carranza, que es quien proporciona más detalles sobre este hecho de armas, incurre en tales contradicciones al describir la posición del ejército revolucionario, que no es dado, sobre esa simple base, establecer con una orientación racional la línea que el mayor Castelli hizo ocupar a sus tropas para el combate.

Causas del fracaso de la campaña libertadora.

Desaparecía en tal forma el tercer ejército libertador después de una vida efímera de algunos días, condenado a esa triste suerte no sólo por la incompetencia de su jefe, sino también por la precipitación con que declaróse el movimiento revolucionario: la conspiración no había madurado del todo cuando estalló en Dolores el pronunciamiento del 29 de octubre. Por último, si bien la revolución abundaba en adeptos entusiastas, "carecía de hombres capa-" ces de imprimirle acertado rumbo en la campaña decisiva que se" iniciaba contra el poder de Rosas." (1)

El general José María Paz, cuyas apreciaciones sobre los acontecimientos de la época demuestran generalmente una gran lucidez de juicio, sintetiza en esta forma las causas del fracaso de las dos reacciones contra Rosas en 1839 en la ciudad y en la campaña de Buenos Aires: "Es fuera de duda que había elementos poderosos" de oposición a Rosas, que si hubieran podido combinarse bien," hubieran bastado y aun sobrado para derribarlo del poder. Fue-" ra de los que había aglomerados en Buenos Aires, había también" en la campaña disposiciones análogas, que se malograron más" tarde, por una fatalidad incomprensible. En las tropas de línea" mismas tenían grandes simpatías los revolucionarios, que se des-" perdiciaron por la mala elección que hizo de sus confidentes el" coronel Maza. Hubo también otra causa que quizá fué la prin-" cipal: consistió en las vacilaciones que son consiguientes cuando" un plan no está bien concebido, ni bien organizado. Todo se pre-" paraba al acaso y sin tener determinado el tiempo ni la oportuni-" dad. Cuando las cosas habían llegado a un punto tal, que toda" demora era mortal por la dificultad de conservar un secreto que" rolaba entre miles de depositarios, se acordó suspender todo pa-" ra rogar al general Lavalle, que estaba en Montevideo, que vi-" niese a apoyar con su presencia el movimiento. Si ésta no fué

(1) Angel J. Carranza: obra citada.

" opinión de todos, fué al menos de algunos; porque yo entiendo
" que la conspiración no tenía un centro fijo de dirección y mar-
" chaba con el día, y según las deliberaciones de la noche antes;
" deliberaciones que variaban según los círculos en que se ha-
" cían." (1)

(1) *Memorias póstumas,* tomo III, pág. 538.

NOTA BIBLIOGRAFICA DEL CAPITULO V.

Campaña del Cuarto Ejército Libertador. (1840-1841). (1)

1.—Paz José María: Memorias póstumas. 3 tomos (de interés los capítulos XXI y XXII del II tomo). Segunda Edición. La Plata, 1892.
2.—Aráoz de La Madrid Gregorio: Memorias. 2 tomos. Buenos Aires, 1895.
3.—Solá Manuel (hijo): La Liga del Norte contra Rosas (1839 1840). 1 tomo. Salta, 1898.
4.—Quesada Ernesto: El general La Madrid y la campaña de 1840-41. (Folletines de "El Tiempo", del 10 de junio al 16 de julio de 1896).
5.—Quesada Ernesto: Combate de Angaco. Revista *La Biblioteca,* tomo III, pág. 23.
6.—Quesada Ernesto: La decapitación de Acha. *Revista Nacional,* tomo XVIII, pág. 230.
7.—Quesada Ernesto: La Madrid y Pacheco. *Revista Nacional,* tomo XXIII, pág. 77.
8.—Villafañe Benjamín: Reminiscencias históricas de un patriota. *Revista Nacional,* tomo XII, pág. 121.
9.—Elía Juan E. de: Memoria histórica sobre la campaña del ejército libertador (1839-1841). *Revista Nacional,* tomo X (pág. 186 y 248); tomo XI (pág. 276 y 359).

---

(1) Respecto a las obras que tratan todo el período histórico, véase la observación al pie de la *Nota Bibliográfica* del Capítulo I.

10.—Lacasa Pedro: Vida militar y política del general argentino don Juan Lavalle. 1 tomo. Buenos Aires, 1870.

11.—Quesada Ernesto: Lavalle y Aldao. Primera campaña de Cuyo (1841). *Revista Nacional,* tomo XXV (págs. 22, 100 y 137).

12.—Larrain Nicanor: El país de Cuyo. Relación histórica hasta 1872. 1 tomo. Buenos Aires, 1906.

13.—Gez Juan W.: Historia de la provincia de San Luis. 2 tomos. Buenos Aires, 1916.

14.—Garzón Ignacio: Crónica de Córdoba. 3 tomos (de interés el III tomo). Córdoba, 1903.

Capítulo V. — Campaña del Cuarto Ejército Libertador (1840-1841)

RESUMEN:

Causas que dieron origen a la *Coalición del Norte* contra Rosas. — Medidas que toma el dictador Rosas. — La Coalición abre la campaña sobre Córdoba. — El general La Madrid combina operaciones con el general Lavalle. — Retirada del ejército libertador sobre Córdoba y Tucumán. — Fracaso de la expedición enviada por el general Lavalle a las provincias de Cuyo. — Campaña del general Lavalle en La Rioja. — Expedición del general La Madrid a las provincias de Cuyo. — Combate de *Angaco* (16 de agosto de 1841). — Ocupación de Mendoza por el general La Madrid y combate de *Rodeo del Medio* (24 de septiembre de 1841). — Avance del general Oribe sobre Tucumán y combate de *Famaillá* (19 de septiembre de 1841). — Destrucción de la *Coalición del Norte*. — Consideraciones.

Causas que dieron origen a la Coalición del Norte contra Rosas.

La influencia dominante de la acción política del gobernador de Buenos Aires habíase extendido por todo el país, y la oposición aislada que surgía en algunas de las provincias sometidas a la voluntad caprichosa del dictador, no podía arraigarse ni expandirse, no por falta de ambiente, sino por carecer de hombres capaces de dirigirla y de coordinar los esfuerzos aislados, que resultaban fácilmente vencidos, como ahogadas en sangre eran las tentativas encaminadas a modificar la opresora situación.

Las provincias del norte, que en la larga e infructuosa guerra con Bolivia a que las lanzara el simple capricho del dictador, habían

visto agotarse sus últimos recursos, guardaban un sordo rencor a Rosas, a quien consideraban el único causante de los males que afligían a esta parte de la república. La rebelión incubaba en los ánimos y sólo esperaba la ocasión oportuna para estallar y manifestarse con una violencia tanto mayor cuanto más largo fuese el tiempo que aquélla permaneciese comprimida.

Las primeras reacciones armadas que se produjeron contra el dictador en 1839 en Corrientes y en la misma provincia de Buenos Aires y, en especial modo, la trascendencia de la cruzada libertadora del general Lavalle, sostenida por la acción francesa, encontraron un eco muy favorable en las provincias del norte. Las simpatías con que éstas acompañaban las tentativas de la empresa se exteriorizaron francamente cuando la *Comisión argentina* que funcionaba en Montevideo invocó el patriotismo de los prohombres de las provincias del norte a fin de que retiraran al dictador Rosas el poder de dirigir las relaciones exteriores de la república y para que, aun cuando con su cooperación moral, participasen en la cruzada contra el dictador. (1)

El alma de las nuevas ideas en las provincias del norte fué el ministro de gobierno de Tucumán, doctor Marco M. Avellaneda quien, eficazmente secundado por el gobernador de Salta, Manuel

(1) **Juan** Bautista Alberdi — uno de los miembros más entusiastas de la *Comisión argentina* en Montevideo — en una carta del 28 de febrero de 1839 a los señores Brígido Silva, Salustiano Zavalía y Marcos Avellaneda, hacía el siguiente pedido: ''Importa sobremanera que las provincias del norte, y todas '' las de la República Argentina, retiren auténticamente de las manos de Ro'' sas el poder de dirigir las relaciones exteriores de la República: este solo '' paso lo pone en tierra, yo se lo aseguro, porque sé lo que digo, y estoy alta'' mente facultado para asegurarlo. Ustedes no necesitan más por ahora, todo '' será hecho por acá. Aquí hay todo, plata, hombres, cañones, buques. El Río '' de la Plata está por nosotros. *Ustedes no tienen que prestar más que la* '' *cooperación moral;* hagan lo que les anuncio, y háganlo pronto, que pronto '' también en ese caso ustedes, nosotros y todos seremos felices. Es el solo '' paso que nos resta. De otro modo vamos a perderlo todo... — Caído Rosas '' todo está concluído. Ya Corrientes se ha unido a la revolución: falta ahora '' que ustedes la sigan, pero de un modo decidido, franco, solemne, como lo '' ha hecho ella.'' (Manuel Solá: *La liga del Norte contra Rosas,* **pág. 89**).

Solá (1), lograba constituir, a fines de 1839, la *Coalición del Norte*, a la cual, además de las dos provincias nombradas, se adhirieron las de Catamarca, La Rioja y Jujuy, que sucesivamente fueron retirando a Rosas la facultad de dirigir las relaciones exteriores, delegada en el gobernador de Buenos Aires en momentos críticos para el país (2).

Pero los nuevos coaligados, conociendo los procedimientos de que acostumbraba valerse el dictador Rosas para mantener con absolutismo su autoridad en todo el territorio de la república, con sano criterio y con espíritu práctico juzgaron que la sola *cooperación moral* que se les pedía no bastaba para garantizar el éxito de la cruzada y, menos aún, para ponerse a salvo de las sangrientas represalias que Rosas no tardaría en tomar contra las provincias que él juzgaba rebeldes y vendidas a los unitarios.

A principios de 1840 la situación parecía presentarse muy favorable a los nuevos coaligados. Las operaciones de las fuerzas federales enviadas por Rosas a invadir el Estado Oriental habían experimentado un serio fracaso en *Cagancha*, viéndose obligado el general Echagüe a regresar a Entre Ríos con los restos de su ejército destrozado. El Estado Oriental y Francia estaban en guerra con Rosas, resultándoles de utilidad para sus planes el auxiliar en

---

(1) He aquí como el gobernador Solá apreciaba la necesidad de constituir una *liga* con las provincias del norte: ''Mi opinión, según el estado de estas '' provincias y de la República, es por que cuanto antes (pues la necesidad es '' más urgente cada día) estos pueblos del norte, al menos, formen una Liga '' o pacto para sostener su orden interior, conservar sus instituciones y dere- '' chos, en el interín se obtenga la verdadera garantía de los pueblos y sus '' gobernantes; una organización general bajo cualquier forma que se esta- '' blezca, que nos dé un gobierno nacional, que regle y ponga en seguridad a '' las provincias, y eche los cimientos, con solo afianzar el orden general, de '' la prosperidad particular de cada pueblo y la general de la República.'' (Carta del 9 de septiembre de 1839 al gobernador de Tucumán. Véase: Manuel Solá: obra citada, pág. 135).

(2) La provincia de Tucumán fué la primera en pronunciarse contra Rosas. La de Salta, por ley del 13 de abril de 1840, retiraba a Rosas ''las fa- '' cultades que ella le confirió para mantener la paz, guerra y relaciones ex- '' teriores de la República''. La de La Rioja dictaba en idéntico sentido la ley del 5 de mayo del mismo año. Tres días después hacíalo la de Catamarca y, más tarde, daba igual paso la de Jujuy.

todas formas los levantamientos armados contra el gobernador de Buenos Aires. Por último, el general Lavalle organizaba en Corrientes el segundo ejército libertador sobre la base de la Legión con que invadiera anteriormente a Entre Ríos saliendo de Martín García. Además, en las provincias de Santa Fe y de Córdoba se presentaban síntomas alarmantes para la causa de Rosas; y por más que los gobiernos de esas dos provincias respondieran al dictador, se presumía que, una vez apoyados los descontentos por algunas fuerzas enviadas por las provincias de la liga, aquéllos no tardarían en proclamar la revolución y en deponer las autoridades afectas a Rosas.

Sin embargo, la especial situación geográfica de las provincias que formaban la *Coalición del Norte* impedíales una activa e inmediata intervención armada en apoyo de los elementos de la cruzada libertadora que ya se hallaban en campaña en otros puntos del país. Además, aun descontando que las fuerzas de la *Coalición del Norte* no podrían dar la mano a las otras tropas libertadoras hasta no haber cambiado la situación política en las provincias de Córdoba y de Santa Fe, otros peligros las amenazaban en sus mismas provincias: El gobernador Felipe Ibarra, de Santiago del Estero y el general Aldao al frente de las fuerzas combinadas de Cuyo, podían invadir las provincias de la liga no bien éstas quedasen desguarnecidas de las fuerzas que se destinasen a empresas hacia el sur, no siendo tampoco aventurado el pronosticar que el gobierno de Córdoba intentaría invadir directamente a Tucumán, o bien enviar refuerzos al gobernador Ibarra u obrar en combinación con el general Aldao sobre La Rioja.

Estos peligros que amenazaban seriamente la causa de la empresa a que se habían comprometido las provincias del Norte, eran perfectamente conocidos por los adversarios de Rosas y claramente sintetizados por uno de sus órganos de propaganda en los siguientes términos: "Se preparan con la mayor actividad y con el
" pretexto de expedicionar contra los indios dos cruzadas: una en
" Córdoba, compuesta de fuerzas de esta provincia y de la de Bue-

" nos Aires, y otra en Mendoza, de las tres provincias de Cuyo. " Para una y otra ha prometido ese tirano (alude a Rosas) in- " gentes sumas, sin consideración al estado de miseria a que ha " reducido la provincia que despotiza. En Mendoza se ha puesto " una contribución forzosa de 1.200 caballos escogidos; se com- " pran, además, por Aldao cuantos caballos y mulas se puede, y " se enganchan todos los hombres que se encuentran... En Córdo- " ba se hacen por López (gobernador de la provincia) los mismos " preparativos...; y se dice que Rosas, contando con la popula- " ridad que tiene en la campaña de Tucumán el general La Ma- " drid, piensa también mandarlo en esta expedición a fin de en- " contrar menos obstáculos en esta provincia para poder trastor- " narlo todo. La expedición que debe salir de Mendoza se dirigirá " contra La Rioja, y la de Córdoba por Santiago del Estero con- " tra Catamarca. Reunidas después ambas, marcharán en masa " sobre Tucumán, Salta y Jujuy, talando, robando, quemando y " fusilando en todas direcciones, hasta concluir con esas cinco be- " neméritas provincias y establecer sobre sus ruinas gobiernos ser- " viles y vendidos vilmente al ominoso poder del déspota de Bue- " nos Aires." (1)

En la seguridad de que el dictador no tardaría en intervenir para restablecer su autoridad en las provincias rebeldes, los promotores de la revolución del norte estaban decididos a afrontar la situación y a arbitrar los medios que asegurasen el mejor éxito de sus planes.

Sin embargo, en la disyuntiva de atacar invadiendo o de esperar hasta ser agredidos en el propio territorio, la elección no podía ser dudosa. El papel de invasores, además de proporcionar la ventaja de alejar de las propias provincias los males de la guerra y los estragos que en las personas y en las propiedades ocasionarían las fuerzas enemigas invasoras, serviría de apoyo a los habitantes de las provincias de Córdoba y de Santa Fe para deponer a sus actuales gobernantes y pronunciarse contra Rosas.

(1) *"El Noticiero Argentino"*, número del 10 de julio de 1839, que calificaba a **Rosas** *de Nerón argentino* y *de antropófago*.

Desde el primer momento, las personas más caracterizadas de la coalición reconocieron la necesidad de obrar con rapidez, a fin de impedir que sus adversarios dispusiesen del tiempo indispensable para prepararse a contrarrestar o a prevenir su acción. Mas una serie de factores impidieron alistar las fuerzas de operaciones con la premura requerida, siendo los principales tanto las largas distancias que dificultaban las rápidas comunicaciones entre las diversas provincias de la liga, como la escasez de recursos y de elementos bélicos.

Por otra parte, si bien la tarea de reunir las fuerzas del nuevo ejército libertador quedaba distribuída entre las diferentes provincias, sin embargo la organización definitiva del ejército, la coordinación de la actuación de los distintos contingentes provinciales y, más que todo, la dirección superior de las operaciones militares, exigían la presencia al frente del ejército libertador de un jefe capacitado y de sólido prestigio, con el cual no contaban las fuerzas de las provincias del norte.

Con el fin de subsanar este grave inconveniente, pensóse, en el primer momento, en invitar al general Paz a asumir el comando en jefe del ejército libertador, cuya rápida organización era reclamada por la gravedad de los acontecimientos que se estaban preparando. Pero, no bien se supo que el general Lavalle activaba las operaciones militares del segundo ejército libertador, los gobernadores de las provincias del norte iniciaron gestiones encaminadas a combinar los diferentes esfuerzos en la común cruzada contra el dictador.

Medidas que toma el dictador Rosas.

Rosas no tardó mucho en informarse de la situación que se estaba creando en las provincias del norte.

El gobernador de Santiago del Estero, Felipe Ibarra, a quien los coaligados se habían dirigido invitándole a adherirse al pronunciamiento de las provincias vecinas, habíase negado a ello, dando in-

mediato aviso a Rosas de este suceso y aprontando las milicias de su provincia para estar en disposición de cumplir las órdenes que no dejaría de enviarle el dictador.

Rosas, seriamente alarmado por este nuevo peligro, que en mal momento llegaba a complicar la ya crítica situación que le habían creado sus otros adversarios en el mismo país y en el exterior, veíase en la imposibilidad de tomar inmediatas y enérgicas providencias para sofocar en sus gérmenes el pronunciamiento de las provincias del norte, que él juzgaba de abierta rebelión a su política y de traición a la causa nacional. La necesidad de atender a los acontecimientos provocados en el sur de Buenos Aires y especialmente en Entre Ríos por la invasión del general Lavalle, con el cual había hecho causa común la provincia de Corrientes, como también el estado de guerra a que sus desaciertos y su intemperancia diplomática lo llevaron con el Estado Oriental y con el gobierno francés, impedíanle enviar las tropas y los demás elementos de guerra necesarios para restablecer su autoridad en las provincias rebeldes.

Siéndole, pues, imposible intervenir por la fuerza, el gobernador de Buenos Aires trató de valerse de la astucia para retrotraer a su estado primitivo la situación en las provincias del norte.

Al efecto, Rosas envía a Tucumán al general La Madrid, "bajo el pretexto de reclamar de los pueblos de Tucumán, Salta y Jujuy las armas que de sus contingentes en el ejército confederado habían quedado después de la guerra contra el tirano Santa Cruz (guerra de Bolivia). El general D. Gregorio Aráoz de La Madrid, empleado en esta comisión que traía todos los aparatos de la novedad y de la urgencia, viene no obstante acompañado de su familia, con un escuadrón de coraceros (50 hombres) y un cuadro de oficiales. Dió principio a su encargo por asaltar la guardia del principal de la plaza de Tucumán; y confiado en el alto prestigio que goza entre los argentinos y especialmente en aquella provincia, suena la campana del Cabildo convocando al pueblo en nombre del Sr. Rosas a reunirse bajo de su estandarte. Al aspecto de aquellas insignias, inventadas tan sólo para

" nuestra befa, el pueblo lo abandona, y corriendo a empuñar las " armas, se pone al lado de su legítimo gobernante." (1)

Fracasado este conato de una revolución destinada a cambiar el gobierno de Tucumán que era la verdadera misión que Rosas habíale encomendado cumplir en su provincia natal, el general La Madrid, convencido de la esterilidad de sus esfuerzos en aquel sentido, resolvía abandonar a su protector para abrazar con entusiasmo la causa de los titulados rebeldes.

La Coalición abre la campaña sobre Córdoba.

El pronunciamiento del pueblo tucumano, seguido muy pronto por el de los habitantes de Salta, La Rioja, Catamarca y Jujuy, imponía — como ya hemos manifestado — la urgente necesidad de emprender operaciones militares antes de que Rosas pudiera ponerse en aptitud de combatir la revolución.

Con grandes sacrificios, Tucumán lograba organizar una fuerza de 600 hombres (150 infantes y 450 jinetes), cuyo comando confió al general La Madrid, quien, tan pronto como se le hubiesen reunido los contingentes a entregar por las provincias de Catamarca y de La Rioja, debía marchar sobre Córdoba para deponer el gobierno adicto a Rosas.

Como comandante en jefe de todas las fuerzas de la coalición fué designado el gobernador de La Rioja, general Brizuela.

La empresa sobre la provincia de Córdoba se imponía como primera medida, no sólo para quitar a Rosas los importantes elementos que podría obtener de aquélla y que, en el momento dado, engrosarían, en cambio, las filas del ejército libertador, sino también para aislar las tentativas del general Aldao desde las provincias de Cuyo sobre el territorio de las que formaban la liga. Sin embargo,

(1) "Manifiesto de la Representación General de Salta justificando su conducta ante la opinión pública en su pronunciamiento del 13 de abril último." (Manuel Solá: obra citada, pág. 210).

En el *Apéndice* (anexo N.° 5) se transcribe una carta de Rosas al gobernador de Córdoba, la cual contiene detalles interesantes sobre la misión confiada al general La Madrid.

en vista de la debilidad de los efectivos tucumanos entregados al general La Madrid, se deseaba que este general, incorporando a su columna el contingente de Catamarca, estuviese en condiciones más favorables de actuar contra las fuerzas con que contaba el gobierno de Córdoba, que eran computadas en 350 infantes, 300 coraceros de línea, 4 piezas de artillería y 1.200 milicianos de caballería.

El general La Madrid, al frente de la fuerza tucumana, dirigióse a Catamarca a fin de incorporar a sus fuerzas el contingente de esta provincia antes de realizar su expedición sobre Córdoba, en cuya empresa se pensaba hacer cooperar también al general Brizuela, que había logrado reunir 1.100 hombres en su provincia.

Pero, habiendo fracasado la incorporación del contingente de Catamarca por vacilaciones de último momento de su gobernador, el general La Madrid regresaba a Tucumán.

Mientras tanto y cumpliendo órdenes de Rosas, el general Aldao (el *fraile*) había invadido la provincia de La Rioja con una columna de 1.500 hombres de las tres armas, formada por contingentes de las tres provincias de Cuyo.

En apoyo del general Brizuela era enviado de Tucumán a La Rioja, el 10 de agosto de 1840, el general La Madrid con el regimiento de coraceros (300 hombres) y una compañía de 100 infantes, logrando estas fuerzas incorporarse a las del general Brizuela después de serios contratiempos que les ocasionó el mal estado de sus cabalgaduras. La empresa sobre la provincia de Córdoba quedaba postergada hasta haber conjurado el peligro que para las provincias de la liga constituían las operaciones iniciadas por el general Aldao sobre La Rioja.

El general La Madrid, cuyo espíritu emprendedor le impedía quedar largo tiempo a la expectativa, obtenía la autorización para dirigirse contra la columna del general Aldao, recibiendo para esta empresa un refuerzo de 300 riojanos. Se convino también que el general Brizuela seguiría poco después en apoyo del general La Madrid con el resto de las fuerzas a sus órdenes.

Empero, las continuas vacilaciones del jefe militar de la liga impedirían la realización de la última parte del plan.

Sin dejarse influenciar mayormente por este contratiempo, el general La Madrid abrió las operaciones contra la columna del general Aldao, cuya vanguardia (400 hombres) era atacada y derrotada el 11 de septiembre por los libertadores.

El contraste sufrido por su vanguardia y el temor de verse muy pronto frente a todo el ejército libertador indujeron al general Aldao a levantar inmediatamente su campo y a emprender una retirada precipitada. (1)

Reunidos finalmente los generales La Madrid y Brizuela, fué resuelto que el primero, con el contingente tucumano reforzado con 300 riojanos, avanzase sobre la provincia de Córdoba, y que el general Brizuela, a su vez, marcharía con el resto del ejército sobre San Juan. Las dos operaciones tenían por objeto deponer las autoridades de esas provincias y apoyar el pronunciamiento de su población contra Rosas.

El gobernador de Salta, Manuel Solá, con el contingente de su provincia (500 hombres: 300 infantes y 200 coraceros), habíase comprometido a marchar también sobre Córdoba para cooperar en la operación confiada al general La Madrid. Por último, el contingente de Catamarca (400 hombres) se dirigiría sobre Santiago del Estero, a fin de impedir una invasión del gobernador Ibarra al territorio de las provincias coaligadas.

El general La Madrid no tardaba en obtener pleno éxito en su misión. Llegado a la capital de la provincia de Córdoba, los habitantes de la misma deponían al gobernador, nombrando en su reemplazo a una persona que compartía las nuevas ideas.

---

(1) Refiriéndose al fracaso de la invasión del general Aldao a La Rioja, el general La Madrid decía en una carta del 28 de septiembre de 1840 al gobernador de Salta: "El miserable Padre — refiérese a Aldao — después " de la terrible lección que recibió su caballería en la *Pampa redonda* (lugar " donde fué derrotada la vanguardia de Aldao), ha huído despavorido diseminando su pequeña fuerza. El ha tomado la ruta de San Luis con los mendocinos, y los sanjuaninos la de su país. El Excmo. Sr. general en jefe (el gobernador Brizuela) con 1.500 hombres emprenderá mañana sus marchas sobre San Juan y Mendoza, llevando seis piezas de artillería, y yo deberé al mismo tiempo moverme sobre Córdoba con la división tucumana y 400 " bravos riojanos." (Manuel Solá: obra citada, pág. 496).

El general La Madrid combina operaciones con el general Lavalle.

Mientras las fuerzas de la *Coalición del Norte* llevaban a cabo, en los últimos meses de 1840, sus planes combinados sobre las provincias de Córdoba y de San Juan, el segundo ejército libertador del general Lavalle había abandonado su empresa sobre Buenos Aires y retrocedido a la provincia de Santa Fe.

El comandante en jefe del segundo ejército libertador hallábase en comunicación con el general La Madrid y con los demás jefes militares y personalidades políticas de la liga; y en vista de que la situación de su ejército en la provincia de Santa Fe tendía a agravarse cada vez más a causa de las numerosas fuerzas con que operaba contra la columna libertadora el ejército de Rosas al mando del general Oribe, Lavalle, cediendo a las instancias del general La Madrid, había resuelto retirarse a la provincia de Córdoba, a fin de reunirse con las fuerzas de la liga que operaban en esta provincia y que habían cambiado la situación política que existía anteriormente.

En el interés de facilitar la retirada y de asegurar la incorporación a sus fuerzas del segundo ejército libertador, el general La Madrid decidió marchar de la ciudad de Córdoba hacia la provincia de Santa Fe al encuentro del general Lavalle, instando al gobernador de Salta a que apresurase la marcha del contingente de esta provincia (la llamada *División Constitucional*: 300 infantes y 200 coraceros), a fin de aumentar los efectivos de la columna con la cual había resuelto marchar al encuentro del general Lavalle.

El destacamento del general La Madrid alcanzaba a un poco más de mil hombres con 4 piezas de artillería, pues, si bien el contingente riojano de 300 hombres había regresado a su provincia cumpliendo órdenes del general Brizuela, las nuevas autoridades de Córdoba habían organizado algunas unidades de milicias, que fueron entregadas al general La Madrid, quien no desesperaba de obtener un éxito militar favorable sobre el ejército federal tan pronto

como su pequeña columna lograse efectuar su reunión con el ejército del general Lavalle y que se le hubiese incorporado también la *División Constitucional* salteña, en marcha sobre la ciudad de Córdoba conducida por el gobernador Solá.

Pero la suerte del segundo ejército libertador ya estaba decretada. Alcanzado el general Lavalle por el ejército federal el 28 de noviembre en *Quebracho Herrado* antes de que tuviese tiempo de reunirse con la columna del general La Madrid, aquél sufría una derrota completa, logrando salvarse con algunos restos de sus tropas e incorporarse a la columna salida de la ciudad de Córdoba en su apoyo.

La disolución del segundo ejército libertador resultó un duro golpe para los planes acariciados por los hombres de la liga del norte, pues, no sólo desaparecía la mayor parte del núcleo veterano que habría podido constituir el nervio de la resistencia contra las represalias del dictador Rosas, sino que también dejaba en libertad al fuerte ejército del general Oribe de llevar sus operaciones contra las provincias coaligadas para sofocar la rebelión y restablecer la autoridad absoluta de Rosas en el norte de la república.

A colmar la medida en la situación desfavorable creada a fines de 1840 a la coalición, el gobernador de Buenos Aires había conseguido restablecer las relaciones con el gobierno de Francia, desapareciendo por tal causa un sólido apoyo material y moral a los planes de los libertadores y librándose el dictador Rosas de la seria preocupación que para él constituía el bloqueo de la escuadra francesa, con sus graves repercusiones en el orden comercial y económico.

El 2 de diciembre el general Lavalle se reunía en Villa de los Ranchos con el general La Madrid, conduciendo 500 hombres que en esos pocos días pudo reunir en su retirada del campo de batalla de *Quebracho Herrado*. El resto de su ejército supérstite, en número de 1.500 hombres, habíase dispersado en diferentes puntos de la provincia de Córdoba, consiguiendo que aquéllos se le incorporasen recién después de transcurridas algunas semanas.

Retirada del ejército libertador sobre Córdoba y Tucumán.

En atención a que el general Oribe, después de su victoria del 28 de noviembre en *Quebracho Herrado,* había continuado su avance, el general Lavalle dispuso que todas las fuerzas libertadoras retrocediesen sobre la ciudad de Córdoba, pues ni su inferioridad numérica ni el estado orgánico y disciplinario de las mismas le permitían tentar la suerte de las armas contra el ejército federal vencedor.

El 7 de diciembre el general La Madrid llegaba a la ciudad de Córdoba, asumiendo el gobierno de la provincia por delegación de su gobernador.

Según el plan que había sido acordado entre los generales La Madrid y Lavalle una vez que efectuaron su reunión en Villa de los Ranchos, el primero, después de incorporar a sus tropas los 500 hombres del contingente salteño y los que pudiese aún organizar la provincia de Córdoba, iría a situarse en San Roque. El general Lavalle, por su parte, establecería su cuartel general en *Sinsacate* (al noreste de Córdoba), a fin de reunir y reorganizar allí sus tropas dispersas. En tal forma, cuando el enemigo avanzase sobre la capital de la provincia, sería rodeado y atacado simultáneamente por los dos grupos libertadores.

Es fácil comprobar aquí el grave error que encierra este plan, el cual, de no haber sido modificado oportunamente, habría dado ocasión al general Oribe de operar en la línea interior y de batir en detalle a los dos grupos enemigos.

Ante el avance del ejército federal sobre la ciudad de Córdoba — que ocupó el 17 de diciembre sin encontrar resistencia — el general Lavalle comprendió el error que representaba el fraccionamiento de las fuerzas libertadoras y las funestas consecuencias que acompañarían a la ejecución del plan acordado con el general La Madrid; y reconocida la impotencia de las fuerzas libertadoras para decidir la campaña a su favor mediante una acción táctica, resolvió retirarse a las provincias del norte con el general La Madrid,

quien, al ser ocupada la ciudad de Córdoba por el enemigo, habíase trasladado apresuradamente de San Roque a Jesús María.

Fracaso de la expedición enviada por el general Lavalle a las provincias de Cuyo.

Acordado este último plan, y antes de dar comienzo a su ejecución, el general Lavalle resolvió destacar de *Sinsacate* al coronel Vilela con una columna de 800 hombres, con la misión de dirigirse a las provincias de Cuyo para promover en ellas un movimiento favorable a la causa de los libertadores.

Advertido el general Oribe de la expedición confiada al coronel Vilela, destacó de la ciudad de Córdoba al general Angel Pacheco con un destacamento de 1.500 hombres de las tres armas, para que le diese alcance y destruyese aquella fuerza enemiga antes de que le fuese posible llevar a feliz término su misión.

El coronel Vilela, después de recibir en su marcha un refuerzo de 150 infantes, un escuadrón de caballería y dos piezas de campaña (con lo cual elevó el efectivo de su columna a 1.150 hombres), realizó su avance sin tomar medida alguna de precaución, pues tenía la seguridad de que el ejército enemigo reunido en la ciudad de Córdoba ignoraba la expedición que él estaba encargado de llevar a cabo.

Al llegar al paraje denominado *Sancala,* hizo vivaquear sus tropas en un espacioso potrero, cercado de piedras y ramas espinosas, al cual pudo penetrar recién después de haber roto el cerco en varias partes. Considerábase tan seguro en este sitio y juzgaba tan inverosímil que fuerzas enemigas pudiesen tener conocimiento de su presencia en ese punto, que no estableció servicio de seguridad alguno ni se preocupó de reconocer el terreno adyacente.

El general Pacheco, que había logrado aproximarse a la columna libertadora sin ser sentido, avisado por sus *bomberos* del sitio donde aquélla vivaqueaba y de la ausencia de todo servicio de seguridad, marchó en la noche del 18 al 19 de enero hasta *Sancala,*

penetrando en el potrero sin que fuese advertida su presencia y esperando la llegada del día para caer por sorpresa sobre el enemigo excesivamente confiado.

Al aclarar, el general Pacheco atacaba los vivaques de las tropas del coronel Vilela, las cuales, poseídas del pánico por lo imprevisto de la sorpresa y por la violencia del ataque, se dieron a la fuga sin intentar ofrecer resistencia. (1) Los fugitivos se dirigieron a La Rioja, donde lograrían incorporarse, algunos meses más tarde, al general Lavalle que operaba en esta provincia.

En la continuación de su retirada sobre las provincias del norte, el general Lavalle alcanzaba la de Catamarca con sus tropas completamente desmoralizadas. Aquí, muchos de sus jefes y oficiales que habían perdido toda confianza en el éxito final de la campaña, pedían y obtenían la autorización para separarse del ejército y para trasladarse a Chile y a Bolivia.

A pesar de estos contratiempos, el general Lavalle no perdía la esperanza de poder combinar un nuevo plan de campaña con los generales La Madrid y Brizuela y de obtener de la *Coalición del Norte* las fuerzas necesarias para triunfar del general Oribe y de los demás enemigos de la causa libertadora.

En contraposición, la situación de Rosas en las provincias del centro y en las de Cuyo se afianzaba cada vez más. El ejército del general Oribe con los refuerzos recibidos ocupaba la ciudad de Córdoba en número de 6.000 hombres y dominaba la provincia de San Luis. El general Félix Aldao, gobernador de Mendoza, al frente de 3.000 hombres de las tres armas, preparábase a salir de su provincia para invadir La Rioja, obrando en combinación con la columna que no dejaría de desprender en su apoyo el general Oribe desde Córdoba. El gobernador de Santiago del Estero, Felipe Ibarra, con las milicias de su provincia mantenía en continua alarma

(1) Sólo el coronel Rico, con un puñado de hombres que logró reunir de su Legión, trató de resistir al enemigo, sacrificando su vida y la de los pocos valientes que lo secundaron.



a las de la coalición, que se veían en tal forma imposibilitadas de entregar al general Lavalle las fuerzas que pedía, por considerarlas necesarias para la defensa territorial.

Campaña del general Lavalle en La Rioja.

Mientras el general Lavalle estaba empeñosamente dedicado a constituir en Catamarca un nuevo ejército sobre la base de las escasas fuerzas que lo habían acompañado, en Tucumán el general La Madrid preocupábase, a su vez, de formar otro ejército para operar sobre las provincias de Cuyo.

Los rencores que se habían suscitado entre estos dos generales a causa de los cargos que se formulaban mutuamente por el fracaso de las operaciones anteriores, inducíalos a obrar cada uno por su cuenta, ocasionando este proceder un perjuicio muy grave a los intereses y a las finalidades militares y políticas de la cruzada libertadora.

Poco tardó el general Lavalle en entrar nuevamente en campaña.

Informado de que el general Aldao invadía la provincia de La Rioja, aquél trasladábase al nuevo teatro de operaciones a fin de ponerse de acuerdo con el gobernador de la provincia invadida, general Brizuela, sobre la mejor forma de arbitrar los medios con que rechazar la invasión.

Pudo reunir así el general Lavalle una fuerza de 1.700 hombres con 7 piezas de artillería.

Empero, deseando atraer hacia el interior de la provincia a las fuerzas de Aldao, como también al grueso del ejército federal estacionado en Córdoba (en el interés de que el general La Madrid tuviese el tiempo necesario de organizar en Tucumán el nuevo ejército libertador), el general Lavalle abandonaba la ciudad de La Rioja para replegarse hacia Los Llanos. En ella entraba poco después el general Aldao, quien continuaba de allí en persecución de la columna libertadora.

Rehuyendo siempre un encuentro decisivo con el enemigo, el

general Lavalle logró no sólo entretener durante tres meses las fuerzas de Aldao y una columna de 1.300 hombres que el general Oribe había destacado con anterioridad sobre Catamarca a las órdenes de los coroneles Lagos y Maza, sino también permitir que el general La Madrid pudiese terminar la organización del nuevo ejército en Tucumán.

El general Oribe, impaciente por la lentitud demostrada por sus subalternos en destruir las débiles fuerzas con que el general Lavalle sostenía la campaña, resolvió asumir directamente el comando de las operaciones militares en La Rioja.

Al efecto, dejando fuerzas suficientes para la protección de las fronteras de Córdoba con la provincia de Tucumán, el general Oribe avanzó con el resto del ejército federal sobre La Rioja para acorralar en esta provincia, en combinación con las columnas de Aldao y de Lagos, a los generales Lavalle y Brizuela y para destruir sus fuerzas antes de que el nuevo ejército del general La Madrid pudiese acudir en su apoyo desde Tucumán.

El general Lavalle evitó con suma habilidad de caer en la red que se le tendía; no así el general Brizuela, quien, alcanzado y derrotado por las fuerzas del general Aldao en *Sañagasta* (20 de junio de 1841), perdía la vida en el combate, dispersándose sus tropas.

Expedición del general La Madrid a las provincias de Cuyo.

El general La Madrid, mientras tanto, había conseguido organizar en Tucumán su ejército, que alcanzaba a 2.000 hombres; con él se dirigió a la ciudad de Catamarca para reunirse allí con el general Lavalle. Este, rehusando el comando superior de todas las fuerzas que le ofreciera el general La Madrid, prefirió trasladarse a Tucumán, instando al primero a apresurar la iniciación de las operaciones sobre las provincias de Cuyo.

Informado el general Oribe de la entrada en acción del general La Madrid, hacía replegar el grueso de su ejército sobre la provincia de Córdoba.

El comandante en jefe del ejército federal había concebido el plan de dejar al enemigo el camino libre sobre San Juan y Mendoza, para lanzar sobre él más tarde fuerzas superiores después de haberlo alejado a gran distancia de su base de operaciones.

Este nuevo plan del comandante en jefe del ejército federal no tardaría en obtener un éxito completo, pues le permitiría acabar con la *Coalición del Norte* después de destruir sus últimas fuerzas en varios encuentros sangrientos. Por otra parte, la presencia del grueso de sus tropas en la ciudad de Córdoba permitiría al general Oribe observar al general Lavalle, a quien consideraba la cabeza y la bandera de la revolución; pues calculaba que ésta no sería sofocada mientras permaneciese en actividad aquel general que tantos prestigios tenía sobre las masas.

Viendo que el repliegue del grueso de las fuerzas federales sobre Córdoba dejábale libre el camino para avanzar hacia el sur, el general La Madrid pasaba a La Rioja, para llevar desde aquí sus operaciones a la provincia de San Juan. En La Rioja permanecían las fuerzas de Aldao; mas el general La Madrid no juzgó oportuno ofrecerles combate. Prefirió esquivar un encuentro con ellas y seguir sobre San Juan, pues calculaba que el avance del ejército libertador sobre Cuyo no dejaría de atraer en esta dirección al caudillo federal, a quien sería siempre fácil derrotar en el centro mismo de sus recursos.

El general Oribe, observando que el jefe enemigo caía en la celada que tan hábilmente le había tendido, se apresura a formar una columna de 3.000 hombres de las tres armas, cuyo comando confía el 5 de agosto al general Pacheco. Este jefe prestigioso, a quien se dejaba plena iniciativa en las modalidades de ejecución de sus operaciones, recibía la misión de *perseguir y destrozar al ejército libertador del general La Madrid, dondequiera que éste se hallase.*

La división con que el general Pacheco iniciaría desde *Cruz del Eje* (punto donde se encontraba el grueso del ejército federal) su

campaña sobre Cuyo contra el general La Madrid, estaba así compuesta:

Batallón	*Independencia*	418 h.	
,,	*Defensores de la Independencia.*	378 ,,	
,,	*Patricios del N.º* 3.	329 ,,	
,,	*Libres de Buenos Aires.*	462 ,,	
			1.587 infantes
División	*del Sud*	747 h.	
Escuadrón	*Quiroga*	87 ,,	
División	*Flores del N.º* 6.	488 ,,	
			1.322 jinetes
Una batería de 6 piezas (tres de a 8 y tres de a 4)			114 artilleros
		Total	3.023 hombres.

Al frente de este núcleo elegido de tropas veteranas, el general Pacheco poníase en marcha de Cruz del Eje en dirección a La Rioja, donde pensaba encontrar la columna del general La Madrid (que, según informes, hallábase en *Patquía*), o, por lo menos, ponerse en contacto con el general Aldao para combinar operaciones con él.

A tal efecto, una de las primeras disposiciones del general Pacheco fué la de dirigirse al general Aldao comunicándole la misión de que había sido encargado y poniéndose de acuerdo con él sobre su respectiva actuación, por lo menos hasta que más adelante les fuese posible obrar en más estrecho contacto.

En este sentido escribíale el 10 de agosto desde *Soto*: "Si pu-
" diese V. E. cerrarle (a La Madrid) la entrada de las provincias
" de Cuyo, yo, con mi columna, la de la provincia de Córdoba y
" las fuerzas que operan por la parte del norte (refiríase a las de
" los coroneles Lagos y Maza), que le obstruirán la salida para Tu-

" cumán y para Catamarca, la posición de La Madrid sería muy " desastrosa, encerrado en un país estrecho y sin recursos de nin- " gún género, ni la esperanza de obtenerlos, mientras nosotros, lle- " gada la buena estación, nos pondríamos en una activa movili- " dad." (1)

En esta misma carta, el general Pacheco pedía al general Aldao que, en atención a que la rapidez de su avance estaría subordinada a la cantidad y calidad de los medios de movilidad, le enviase todo el ganado de silla y de tiro de que pudiese disponer, por encontrarse la columna expedicionaria en condiciones desastrosas en este renglón importante.

Fácilmente se descubre que el plan del general Pacheco era el de rodear la columna enemiga, quitándole toda posibilidad de escape, para caer más tarde sobre ella en un avance concéntrico a fin de destruirla totalmente.

Sin embargo, este plan, cuya realización se vería facilitada por el aturdimiento con que el jefe adversario caería en la celada que se le preparaba, tropezaría con grandes dificultades en su ejecución material, a causa de los inconvenientes de las grandes distancias y de los que la columna del general Pacheco debió vencer día a día en sus marchas. "Estaban en tan mal estado las caballadas del ejér- " cito, que diariamente había que dejar un tendal de bestias can- " sadas; las mulas eran insuficientes; la boyada de una flacura " tal que constantemente quedaba rezagado el parque; faltaba el " ganado para la mantención del ejército; los *baqueanos* no ser- " vían, y sus cálculos eran tales que no se podía contar de antema- " no con aguadas; era imposible reconocer el terreno y se marcha- " ba casi a oscuras; siendo así que se suponía que las fuerzas de " La Madrid estaban en los llanos de La Rioja." (2)

Mientras tanto, el general La Madrid seguía desarrollando su plan de campaña sobre Cuyo. Desde La Rioja destacó una vanguar-

---

(1) *Revista Nacional*, tomo XXIII, pág. 90.
(2) Ernesto Quesada: *La Madrid y Pacheco* (*Revista Nacional*, tomo XXIII, pág. 89).

dia a las órdenes del general Acha, formada por el batallón *Libertad,* la legión *Brizuela* y el escuadrón *Paz* (en conjunto 600 hombres y 2 piezas de artillería), con la misión de apoderarse de la ciudad de San Juan y de remitir al grueso todo el ganado de tiro, de silla y de consumo que pudiese reunir a su paso. El resto del ejército, al mando inmediato del general La Madrid, seguiría más tarde a la vanguardia tan pronto como recibiese el ganado de que carecía casi en absoluto.

Combate de Angaco (16 de agosto de 1841).

El general Acha obtenía pleno éxito en su misión. Sin embargo, poco tardó en ser informado de que se aproximaba a la ciudad la columna del general Aldao, quien, al tener conocimiento de la operación de la vanguardia enemiga sobre San Juan, habíase trasladado a ella a marchas forzadas. Pero llegaba a sus inmediaciones después que la capital había sido ocupada por el enemigo.

El general Acha, aun sabiendo que el general Aldao avanzaba contra él con fuerzas superiores, en lugar de rehuir el combate y de reunirse al grueso de su ejército o, cuando menos, de enviar aviso al general La Madrid, resuelve salir al encuentro del ejército federal, contando apenas con 500 hombres, pues el resto de sus fuerzas encontrábase ausente, reuniendo ganado y en otras comisiones.

El 16 de agosto, en el paraje próximo a *Punta del Monte,* la legión *Brizuela,* que formaba la vanguardia libertadora, chocó con la del *"Ejército combinado de Cuyo"* (1), que se hallaba a las órdenes del general Benavídez. Este es rechazado; mas la pronta llegada del general Aldao con el grueso del ejército federal obliga a la legión *Brizuela* a retroceder.

Croquis N.º 6. — El general Acha dispone entonces sus escasas fuerzas para el combate. Dejando a su espalda una acequia muy

(1) Formado por la División *sanjuanina* (general Benavídez), la División *mendocina* (general Aldao) y la División *puntana* (coronel Lucero); en conjunto 700 infantes y 1.400 jinetes. El general Aldao era el comandante en jefe de este ejército.



ancha, sitúa al centro el batallón y las dos piezas de artillería y distribuye la caballería en las dos alas. Su intención es esperar el ataque del enemigo para contraatacarlo no bien llegue a pequeña distancia de su línea. En este sentido imparte sus órdenes a los jefes de las unidades, con la prevención terminante de que éstas no deberán alejarse de la posición sino la distancia estrictamente necesaria para rechazar las cargas del enemigo. La continuidad de la línea defensiva no deberá romperse en ningún momento, ni el ardor del combate arrastrar a la caballería libertadora lejos del campo de la acción, a fin de no dejar en el aire a la propia infantería.

Ni el general Acha ni sus soldados ignoraban que el enemigo no daría cuartel, e igualmente que la lucha que se iba a iniciar era cuestión de vida o muerte. (1) Débese, pues, admirar la determinación del primero de ocupar una posición de combate con un obstáculo sobre las espaldas, cual si pretendiese quitar a sus hombres la esperanza de una posible salvación en la fuga en el caso de que la suerte de las armas fuese adversa a los libertadores. Convencidos todos ellos de que el único modo de conservar la propia vida era vencer al enemigo, combatirían con la desesperación que les creaba la situación difícil frente a la cual se hallaban abocados.

El general Aldao, tan pronto como llega a inmediaciones de la posición enemiga, resuelve lanzar una parte de su caballería (600 jinetes), fraccionada en dos grupos, contra las dos alas de la línea defensiva. Mientras tanto, el resto del ejército desplegaría al frente en formación de combate, colocando en el centro sus dos batallones.

La carga inicial de los federales es rechazada por la caballería libertadora, la cual, tan pronto como ha logrado este objeto, vuelve a tomar su primitiva colocación en la línea de combate.

---

(1) "El general Acha, andando de aquí allí, nos dirigió algunas pala- " bras, apercibiéndonos del peligro que todos corríamos en caso de no triun- " far. Ya lo sabéis — dijo: — nuestros enemigos no dan cuartel al vencido; " el hombre que cae en sus manos es en el acto degollado; muramos, pues, si " fuese menester, pero muramos peleando." (Benjamín Villafañe: *Reminiscencias históricas de un patriota. Revista Nacional*, tomo XII, pág. 203).

Establecida su formación definitiva, la caballería federal ataca frontalmente la posición adversaria. Mas la poca decisión con que es llevada la carga, unida al cansancio de los caballos, que habían realizado grandes jornadas en los días anteriores, permite a la caballería libertadora, eficazmente apoyada por la artillería que tomaba de flanco a los escuadrones enemigos, despejar su propio frente y acuchillar los jinetes federales.

Puesta en derrota por segunda vez su caballería, el general Aldao hace avanzar sus batallones, que logran llegar hasta la posición enemiga, empeñando aquí un sangriento combate a la bayoneta con la infantería libertadora. La victoria hubiese correspondido sin duda a la infantería atacante en mérito a su gran superioridad numérica. Empero, muy pronto acuden los escuadrones libertadores, que atacan por el flanco y por las espaldas a los batallones federales, los cuales se ven obligados a retroceder apresuradamente para formar el cuadro a una cierta distancia de la posición enemiga.

Se produce entonces una breve pausa en el combate, que el general Acha aprovecha para hacer pasar prontamente su infantería al otro lado de la acequia.

Reorganizadas sus tropas, el general Aldáo reanuda bien pronto el combate, destacando una parte de la caballería con la misión de efectuar un rodeo y caer sobre las espaldas del batallón enemigo en su nueva posición. Empero éste, después de dar media vuelta, recibe al adversario con una descarga a quemarropa, que pone inmediatamente en fuga al enemigo.

El resto de las fuerzas federales empeña de nuevo la acción en su frente. La infantería, siempre formada en cuadro, avanza hasta la misma acequia, donde despliega en batalla e inicia un combate de fuego contra el batallón enemigo que se hallaba al otro lado impidiendo el pasaje del obstáculo, cubiertos sus hombres por un terraplén que corría a lo largo de la acequia. Pero los escuadrones federales, a pesar de sus violentas y repetidas cargas, no logran éxito alguno sobre la caballería libertadora, que combate con desesperación sobrehumana y que, una vez que ha puesto en fuga a los

adversarios, llega en momento oportuno para envolver y rendir a los batallones federales.

Queda así la victoria por los libertadores, que han perdido en la refriega la mitad de sus fuerzas (250 muertos), causando, en cambio, al adversario bajas más considerables (1.000 muertos y 157 infantes prisioneros).

En completa dispersión el ejército federal, el general Aldao se retiró a La Rioja seguido por algunos pocos hombres; el general Benavídez, en cambio, se replegaba a la ciudad de San Juan con un grupo de 400 hombres, donde esperaba reunirse a una columna de 300 hombres que, a las órdenes del coronel Ramírez, marchaba desde Mendoza a incorporarse al ejército federal.

El sangriento combate de *Angaco*, en el cual la lucha duró cinco horas, al mismo tiempo que realza el valor y la tenacidad de las tropas libertadoras y la conducción en extremo hábil de su jefe, pone de manifiesto la absoluta incapacidad del comandante en jefe del ejército federal, cuya actuación se caracteriza por ataques discontinuos, por una sucesión de esfuerzos aislados, sin coordinación alguna, que permiten al adversario, a pesar de su enorme inferioridad numérica, rechazar las diferentes cargas una después de otra, sin quebrar un solo momento la continuidad de su línea defensiva y sin interrumpir la oportuna y eficaz cooperación de las distintas armas y el mutuo y decisivo apoyo de las mismas. (1)

Al día siguiente del de la derrota, el general Benavídez había podido reunirse a la columna mendocina del general Ramírez. Buscando un desquite, resolvió caer por sorpresa sobre las fuerzas del general Acha, quien, embriagado por el triunfo del 16 de agosto, habíase aproximado a la ciudad de San Juan, descuidando toda medida de vigilancia.

(1) Consideramos de interés formular aquí la siguiente pregunta: *¿Fué acertada la resolución del general Acha de aceptar el combate?* Dejamos a los camaradas la contestación, limitándonos por nuestra parte a recomendarles que tengan en cuenta el carácter de la misión confiada a la vanguardia, como también si la manifiesta inferioridad numérica del general Acha le permitiría explotar el éxito en el caso de un combate victorioso.



El día 18 del mismo mes, el general Benavídez atacaba al enemigo en momentos en que éste estaba carneando en los suburbios de la ciudad. El combate se generalizó bien pronto, logrando el jefe libertador abrirse paso hasta la ciudad, en cuyos edificios se atrincheró, resistiendo durante dos días el fuego de las tropas del general Benavídez. Pero al fin, una vez que hubo consumido el último cartucho, el general Acha debió capitular con los 100 hombres que le quedaban.

Ocupación de Mendoza por el general La Madrid y combate de Rodeo del Medio (24 de septiembre de 1841).

Mientras estos acontecimientos se producían en San Juan, el general La Madrid, situado a ocho leguas de *Angaco,* no habíase movido de sus vivaques por carecer de los medios de movilidad que debió remitirle oportunamente el jefe de su vanguardia.

El general Acha, a causa de hondas rivalidades con el primero, había dejado a su jefe en la ignorancia de los acontecimientos; pero pagó con su vida esta incalificable falta de disciplina y los celos personales que con aquél tenía.

Poco tardaba el general La Madrid en tener conocimiento, por algunos dispersos, de la destrucción de su vanguardia en San Juan, resolviendo entonces marchar sobre esta ciudad a fin de atacar al general Benavídez.

A la aproximación de la columna libertadora, éste se retira a Mendoza, enviando aviso al general Pacheco de apresurar sus marchas.

El 24 de agosto el general La Madrid entraba en la ciudad de San Juan, y recién cuatro días después, bien provistas sus tropas de elementos de movilidad, continuaba sobre Mendoza, en cuya ciudad, evacuada a tiempo por el general Benavídez, entraba el 3 de septiembre sin resistencia alguna y asumía el gobierno de la provincia.

En sus primeros días de marcha, el general Pacheco, en atención a las continuas noticias que le llegaban de sus espías, tenía el convencimiento de que le sería dado alcanzar en La Rioja las fuerzas del general La Madrid antes de que éste se decidiese a invadir San Juan y Mendoza, a cuya ocupación y defensa podría atender el general Aldao. De ahí que sus primeras marchas tomasen como dirección general la provincia de La Rioja.

Es recién el 18 de agosto — once días después de haberse separado del grueso del ejército federal en Cruz del Eje — que el general Pacheco recibe aviso, en *Baldes del Milagro*, de que el general La Madrid había marchado definitivamente sobre la provincia de San Juan, sin que el general Aldao hubiese intentado impedir la invasión.

Interesado el general Pacheco en apresurar las marchas, que tropezaban con serios inconvenientes "por las dificultades de los " desfiladeros montuosos y escabrosos de este país, que es preciso " allanar y abrir con trabajadores para facilitar el paso a las ca- " rretas y artillería, he abandonado — escribía a Rosas el 30 de " agosto — las primeras, cargando a lomo las municiones...; y " aunque mi caballería en la mayor parte va tirando sus caba- " llos..., me adelanto, sin embargo, con dirección a Mendoza por " el territorio de la punta de San Luis, en donde tengo la espe- " ranza de montarla, para llegar cuanto antes a las manos con los " *salvajes* (1), impedir su reunión con los indios del sur y poner a " cubierto, fáciles y expeditas, mis comunicaciones con el centro de " nuestros recursos." (2)

Al tener conocimiento del desastre de *Angaco* y de la disolución del "Ejército combinado de Cuyo", el general Pacheco juzgó oportuno adelantar una parte de su caballería y un batallón de infantería como refuerzo del grupo del general Benavídez, quien, después de haber abandonado la ciudad de Mendoza ante la aproximación

---

(1) Epíteto aplicado a las tropas del general La Madrid.
(2) *Revista Nacional*, tomo XXIII, pág. 131.

del ejército libertador, se encontraba ahora situado sobre el frente de avance de la columna del general Pacheco, cubriendo sus movimientos y observando al enemigo, dispuesto a rehuir el combate contra tropas superiores hasta que no estuviese asegurada su reunión con las fuerzas que en su apoyo acudían con aquel general.

Poco tardaba el general La Madrid en ser informado del avance de la fuerte columna enemiga desprendida por el general Oribe. El ejército libertador había aumentado sus efectivos debido a la incorporación a sus filas de los desertores de la columna del general Benavídez y de muchos destinados y voluntarios mendocinos. Igualmente contaba ahora con un numeroso material de artillería que había caído en su poder, junto con otros elementos de guerra, al ocupar la ciudad de Mendoza abandonada precipitadamente por el enemigo.

Confiando en el triunfo, el general La Madrid resolvía salir de la ciudad con el ejército libertador, para empeñar combate con la columna del general Pacheco en una posición elegida en *Rodeo del Medio*, a cinco leguas al este de la ciudad de Mendoza.

Croquis N.º 7. — El 23 de septiembre entraban en contacto los dos adversarios, apenas separados por una ciénaga, cuyo pasaje podía efectuarse únicamente por un puente de madera.

El general Pacheco, interesado en obtener datos precisos sobre la posición y las fuerzas del enemigo al otro lado del obstáculo, dispuso que el coronel Velazco, con la mitad del batallón *Independencia* sostenido por algunos escuadrones, atravesara el puente a fin de llevar a cabo un reconocimiento sobre la posición enemiga.

Esta operación fué inmediatamente obstaculizada por el adversario: el general La Madrid, a la cabeza de algunos escuadrones, cargó al destacamento federal, obligándole a repasar el puente y a reincorporarse al grueso de su ejército.

La llegada de la noche vino a suspender toda ulterior operación.

Al día siguiente — 24 de septiembre — el ejército federal llevaba un ataque general contra las posiciones del ejército libertador.

El general La Madrid desplegaba sus tropas en una posición paralela a la ciénaga, de la cual separábalo una distancia aproximada de 1.200 metros; el puente no había sido ocupado y hallábase fuera del alcance eficaz del fuego de la artillería libertadora.

El general Pacheco avanzó en tres columnas hasta la ciénaga, donde desplegó en batalla, habiendo adelantado con anterioridad una mitad del batallón *Independencia* y una batería de artillería para apoderarse del puente en el caso de que éste hubiese sido ocupado por el enemigo durante la noche. Pero, tan pronto como comprobó que el punto de pasaje estaba libre, dispuso que el coronel Costa con los batallones *Independencia* y *Defensores de la Independencia* atravesase el puente y ocupase al otro lado una posición para permitir el pasaje del resto del ejército.

Infructuosamente cañoneado por la artillería libertadora, el general Pacheco lograba hacer franquear el obstáculo a todas sus fuerzas y desplegar su línea frente a la posición ocupada por el adversario.

Formados así frente a frente los dos ejércitos, el combate no tardaba en empeñarse. El general Pacheco, confiando en la solidez de su centro por la gran superioridad numérica de su infantería, concibió el plan de flanquear la derecha enemiga lanzando contra ella dos compañías de cazadores a las órdenes del teniente coronel Rincón, sostenidas por una batería.

El general La Madrid creyó poder neutralizar esta operación si lograba decidir el combate con un ataque contra la derecha federal. A tal efecto, la división *Alvarez* era lanzada contra la división *Granada,* la cual, no pudiendo sostener la carga impetuosa de la caballería libertadora, daba media vuelta y retrocedía en desorden hacia el puente, perseguida por los escuadrones del coronel Alvarez.

Inmediatamente, una parte de la caballería del ala izquierda con el coronel Flores y la reserva federales acuden en apoyo de la División *Granada,* logrando restablecer la situación en esa ala. Los cazadores del comandante Rincón obtenían sobre la derecha libertadora un éxito completo sin disparar un tiro, pues las divisiones

Baltar y *Peñaloza* que constituían esa ala, atemorizadas por la aproximación de la infantería federal, se dispersaban en el mayor desorden.

A fin de completar este último éxito obtenido sobre la derecha libertadora, el general Pacheco ordena el avance de las unidades del centro federal. En vano el general La Madrid se esfuerza en contener el ataque del enemigo; su escasa infantería, que se ha adelantado al encuentro de la adversaria, atacada frontalmente por ésta y sobre el flanco derecho por la división *Flores*, es rechazada con grandes pérdidas, sin que las temerarias cargas llevadas personalmente por el general La Madrid con la reserva sean capaces de restablecer el equilibrio del combate. (1)

La derrota del ejército libertador no tardaba así en pronunciarse. El general La Madrid se retiró a Mendoza con los restos de su ejército, dejando sobre el campo de batalla 400 hombres fuera de combate, toda su artillería, el parque, los bagajes y 300 prisioneros. De Mendoza veíase obligado a pasar a Chile, pues desesperaba de poder reunir nuevos elementos para continuar la campaña.

El combate de *Rodeo del Medio*, que destruyó de un solo golpe los planes concebidos por la *Coalición del Norte* para extender a las provincias de Cuyo la rebelión contra Rosas, se caracteriza por dos errores capitales cometidos por el comandante en jefe del ejército libertador. Si su inferioridad numérica aconsejaba al general La Madrid esperar el ataque en una posición defensiva, lo natural era que tratase de hacerla lo más fuerte posible. El obstáculo que existía a su frente pudo ser utilizado para completar el valor de la posición, para lo cual era indispensable que los defensores pudiesen impedir con el fuego su pasaje al enemigo. En cambio, el general La Madrid limitóse a situar su línea defensiva a una distancia tal del punto obligado del pasaje, que éste no pudo ser batido eficazmente por su artillería.

(1) El parte oficial del general Pacheco sobre el combate de *Rodeo del Medio* va transcripto en el *Apéndice* (anexo N.° 6).

Además, y aun aceptando el emplazamiento de la posición libertadora tal como lo eligiera el general La Madrid para el combate, no se concibe su absoluta pasividad durante el tiempo que necesitó el adversario para franquear el obstáculo. Este momento crítico en que llegó a encontrarse el ejército federal debió ser aprovechado por las tropas libertadoras para avanzar con toda decisión, a fin de atacar las cabezas de las columnas enemigas empeñadas en el pasaje o aun durante la operación misma del despliegue.

La inactividad que observaron los defensores en la fase preparatoria del combate acarreó la total ruina del ejército libertador, pues, una vez desplegadas las dos líneas frente a frente, la superioridad numérica de los federales y la gran cantidad de su infantería veterana aseguraban al general Pacheco la victoria en forma indiscutible.

En contraposición a esta conducta, las disposiciones tomadas por el general Pacheco no pudieron ser más oportunas. Tanto el avance para el combate como la forma de franquear el obstáculo y, en especial modo, la iniciativa de lanzar contra la caballería del ala derecha enemiga una parte de la infantería y algunas piezas de artillería — lo que representaba una innovación en los principios tácticos imperantes — demuestran que el comandante en jefe de las fuerzas federales poseía las requeridas condiciones para conducir sus soldados a la victoria.

Avance del general Oribe sobre Tucumán y combate de Famaillá (19 de septiembre de 1841)

Simultáneamente con los acontecimientos que tenían por teatro las provincias de San Juan y de Mendoza, en las del norte se producían otros, que concluirían para siempre con la heroica resistencia de la coalición.

El general Oribe, después de su repliegue desde La Rioja a la provincia de Córdoba y tan pronto como hubo destacado la columna del general Pacheco en persecución del general La Madrid, resolvió marchar a su vez sobre Tucumán, con el fin de impedir que el general Lavalle, valido de su prestigio, pudiese organizar un nuevo ejército con los contingentes de las provincias coaligadas.

El general Lavalle bien poco había podido realizar en tal sentido. (1) Sobre la base de las fuerzas correntinas que aun le quedaban, logró reunir un total de 1.500 hombres, en su mayor parte milicianos. Al frente de ellos salió el 10 de septiembre de Tucumán y, marchando sobre un flanco del ejército federal, que se aproximaba a la ciudad, fué a salir sobre su retaguardia y como doce leguas al sur de la capital.

El general Oribe hizo ocupar ésta con un destacamento de 1.300 hombres a las órdenes del general Garzón. Con el resto de sus tropas — 2.500 hombres de las tres armas — retrocedió sin pérdida de tiempo para atacar al general Lavalle, acampando el 16 de septiembre en la margen izquierda del río *Famaillá*.

Pero el jefe de las fuerzas libertadoras, con otra marcha de flanco realizada durante la noche, pasó el río aguas arriba de los vivaques del general Oribe, y el 19 de septiembre amanecía formado en batalla a retaguardia del ejército federal, habiendo ocupado a tal fin la llanura situada entre el río y el *Monte Grande*. Con lo cual el ejército libertador quedaba interpuesto entre las fuerzas del general Oribe y la ciudad de Tucumán, donde se hallaba el general Garzón.

Aceptada con entusiasmo la oportunidad de un combate que le ofrecía el adversario, el general Oribe no tardó en hacer tomar a sus tropas el nuevo frente y en adoptar sus disposiciones para el combate.

Croquis N.º 8. — La superioridad numérica de los federales era manifiesta, especialmente en el arma de infantería; no así en la caballería, pues, si bien las dos divisiones que formaban el ala derecha a las órdenes del coronel Hilario Lagos estaban constituídas con tropas veteranas, también el general Lavalle disponía de la di-

(1) Para conocer mejor la actividad del general Lavalle en estos días, recomendamos la lectura de su última carta al general Paz, que transcribe Antonio Díaz en el tomo V (pág. 235) de su obra ya citada y que también puede consultarse en el II tomo (pág. 437) de las *Memorias póstumas* del general Paz.



visión *Pedernera*, cuyos 700 hombres aguerridos eran los restos del segundo ejército libertador con que había iniciado su campaña a principios de 1840, partiendo de la provincia de Corrientes. La colocación de la división *Pedernera* en el ala izquierda libertadora frente a la caballería federal del coronel Lagos hacía presumir que en esta parte del campo de batalla era donde se obtendría en primer término la decisión.

Poco tardan los dos adversarios en tomar sus últimas disposiciones y en iniciar el combate.

La carga llevada por una de las divisiones del coronel Lagos es rechazada por la caballería del general Pedernera; pero esta última no resiste, a su vez, el contraataque de la otra división con que el coronel Lagos acude en apoyo de la anterior. El ala izquierda libertadora no tarda en ser derrotada totalmente, dándose a una fuga desordenada hasta guarecerse en el monte que existe a retaguardia de su línea.

Este contraste en el ala izquierda libertadora repercute desfavorablemente en la actuación de la división tucumana de milicias que ocupaba la derecha: atacada por las divisiones del general Ibarra, opone una débil resistencia, terminando por dispersarse al poco tiempo.

En el centro libertador, la resistencia a esta altura del combate no podía ser muy eficaz. El general Lavalle ve muy pronto su artillería desmontada por el fuego de las piezas enemigas de calibre mayor y sus pocos infantes totalmente deshechos por la infantería federal. En vano busca mejorar la situación lanzándose en lo más recio de la pelea al frente de los restos de los escuadrones que ha logrado reunir; inútiles son los esfuerzos del comandante Hornos al pretender lanzarse con la reserva contra las masas compactas del adversario. Después de una lucha encarnizada, que apenas ha durado una hora, la derrota de los libertadores es completa, iniciando los federales una tenaz persecución, que puso al mismo general Lavalle en serio peligro de caer prisionero.

De los dispersos del combate de *Famaillá*, las tropas correntinas

que habían acompañado al general Lavalle desde los comienzos de la campaña del segundo ejército libertador, buscaron regresar a su provincia atravesando el Chaco. Ellas lograron su intento después de sufrir inauditas penalidades, y les fué dado llegar a tiempo para decidir la victoria del quinto ejército libertador en *Caaguazú* (28 de noviembre de 1841). (1)

Destrucción de la Coalición del Norte. Consideraciones.

El combate de *Famaillá* (2) representa el ocaso de la *Coalición del Norte*. El general Oribe, sin conceder a sus adversarios el tiempo de organizar nuevos elementos de resistencia que le permitiesen prolongar la campaña, lograba restablecer bien pronto la autoridad de Rosas en las provincias rebeldes. El gobernador de Tucumán, Marco Avellaneda, el alma de la Coalición, era ejecutado por los vencedores, y su cabeza clavada en una pica y expuesta en la plaza de Tucumán.

El general Lavalle no tardaba en perder la vida en Jujuy, en circunstancias en que intentaba llevar a ejecución su idea extrema de asilarse en Bolivia.

El terror y las ejecuciones sumarias terminaron con las últimas veleidades de una reacción que puso en serio peligro la autoridad del dictador Rosas en las provincias del norte, centro y oeste del país.

El fracaso de la campaña del *cuarto ejército libertador*, con que las provincias de la *Coalición del Norte* pretendían readquirir las facultades abusivamente retenidas por Rosas, reconoce las mismas causas que ya habían esterilizado las tentativas similares de los anteriores ejércitos libertadores. Tanto ahora como entonces, la falta de uniformidad de ideas entre los dirigentes — militares y políticos, — la ausencia de un plan armónico de conjunto, la ineptitud

---

(1) En el *Apéndice* (anexo N.° 7) se consigna el parte oficial sobre el combate de *Famaillá*, pasado por el general Oribe al dictador Rosas.

(2) Llamado también de *Monte Grande* o del *Río Colorado*.

de los jefes que conducen las operaciones, las ambiciones personales de los mismos, las envidias y los celos nacidos del anhelo de destacarse, esterilizan los esfuerzos y dan oportunidad al adversario — cuya principal característica en su actuación es la *unidad de comando* — de aprovechar esta división y anarquía para batir en detalle a los diferentes grupos.

Además, a los inconvenientes capitales enunciados sobre las condiciones en que los libertadores desarrollaron su campaña, hay que añadir el que está fatalmente ligado a toda empresa en que interviene una *coalición*: cada uno busca cargar sobre el aliado el peso mayor de los sacrificios que deben hacerse en bien de la causa común, faltando en los momentos críticos la cooperación más amplia y la armonía necesaria, que son los factores que deberían proporcionarles el éxito.

NOTA BIBLIOGRAFICA DEL CAPITULO VI

Campaña del Quinto Ejército Libertador 1841 - 1842 (1)

1.—Paz José María: Memorias póstumas. 3 tomos (de interés el III tomo). Segunda edición. La Plata, 1892.

2.—Virasoro V.: Memoria del brigadier general Pedro Ferré. 1 tomo. Buenos Aires, 1921.

3.—Mantilla M. F.: Estudios biográficos sobre patriotas correntinos. 1 tomo. Buenos Aires, 1884.

4.—Contreras Ramón: El teniente general don Benjamín Virasoro. Apuntes biográficos. 1 tomo. Rosario de Santa Fe, 1897.

(1) Respecto a las obras que tratan todo el período histórico, véase la observación al pie de la *Nota Bibliográfica* del Capítulo I.

Capítulo VI. — Campaña del Quinto Ejército Libertador (1841-1842)

RESUMEN:

El cuerpo de reserva correntino y la organización del quinto ejército libertador. — Primera invasión del general Echagüe a Corrientes. — Segunda invasión del general Echagüe. — Combate de *Caaguazú* (28 de noviembre de 1841).— Actuación del general Paz después de la victoria. — El quinto ejército libertador y el general Rivera invaden Entre Ríos. Disolución del quinto ejército libertador.

El cuerpo de reserva correntino y la organización del quinto ejército libertador.

La ejecución del plan de invasión a Entre Ríos a principios de 1840 por el segundo ejército libertador a las órdenes del general Lavalle, había aconsejado la creación de un *cuerpo de reserva* en la provincia de Corrientes, con el doble fin de defender el territorio de la provincia contra una invasión de fuerzas entrerrianas a lo largo del río Paraná y de disponer de una reserva de tropas que pudiesen reforzar al segundo ejército libertador cuando la situación hiciese necesaria esta medida.

A las órdenes del general Vicente Ramírez se constituyó el referido cuerpo de reserva con algunos contingentes de milicias entregados por los departamentos costeros del río Paraná y aun por los del centro de la provincia, alcanzando al poco tiempo un efectivo de mil hombres.

El combate de *Don Cristóbal* (10 de abril de 1840), si bien representó un relativo éxito táctico del segundo ejército libertador, no fué de resultados decisivos para el general Lavalle, pues el ejército federal del general Echagüe quedó intacto. Esta circunstancia hacía

indispensable un nuevo combate para resolver definitivamente la situación en Entre Ríos antes de que el ejército libertador pudiese contar con la autorización del gobierno de Corrientes de trasladar las operaciones de la guerra a la provincia de Buenos Aires.

En esta situación y en el empeño muy justo de asegurarse las mayores probabilidades de éxito en el próximo encuentro con las tropas federales, el general Lavalle, al mismo tiempo que pedía a Montevideo el envío de un batallón de infantería, solicitaba al gobernador de Corrientes la inmediata remisión a Entre Ríos del cuerpo de reserva, para reforzar con estas tropas al ejército libertador.

El gobernador Ferré encontraba muy justificados los motivos que invocaba el general Lavalle al pedir los refuerzos y apresurábase a enviar al general Ramírez con una columna de 700 hombres, que en el mes de mayo ya se hallaban incorporados al ejército libertador.

El gobernador Ferré no había encontrado inconveniente en dejar momentáneamente desguarnecido el territorio de su provincia, pues la juzgaba a cubierto de una invasión importante de fuerzas entrerrianas por la presencia misma del segundo ejército libertador sobre el río Paraná en contacto con la escuadrilla francesa y, además, porque calculaba que una derrota del ejército federal en el encuentro inminente con las tropas libertadoras haría desaparecer el peligro inmediato de una seria invasión del enemigo a la provincia de Corrientes.

Sin embargo, el resultado desfavorable del combate de *Sauce Grande* (16 de julio de 1840) y el transporte del ejército libertador a la provincia de Buenos Aires contraviniendo las instrucciones terminantes que el general Lavalle recibiera del gobernador Ferré, creaban a la provincia de Corrientes una situación sumamente crítica; pues, a la circunstancia de haber quedado el general Echagüe en completa libertad de poder invadir la provincia de Corrientes con el ejército federal victorioso, agregábase la de que la provincia amenazada no disponía de tropas organizadas para contrarrestar los planes del enemigo.

Los contratiempos creados a la provincia de Corrientes por el resultado desfavorable de los acontecimientos del mes de julio de 1840 en Entre Ríos, no desanimaron al gobernador Ferré, quien con tenaz perseverancia se dedicó a crear los nuevos medios necesarios para hacer frente a los próximos sucesos.

El general José María Paz, que después de su fuga accidentada de Buenos Aires se encontraba refugiado en Montevideo, había sido invitado por un comisionado del gobierno de Corrientes a trasladarse a esta provincia a fin de tomar a su cargo la organización de un ejército de reserva correntino.

En el deseo de ser útil a la causa por la cual se combatía para eliminar del poder al dictador Rosas que obstaculizaba la definitiva organización constitucional del país, el general Paz aceptó gustoso el ofrecimiento y dirigióse por agua a la ciudad de Corrientes. En el mes de julio, al pasar por Diamante antes de haberse librado el combate de *Sauce Grande*, el general Paz ofreció sus servicios al general Lavalle, quien los rehusó, aconsejando, en cambio, al primero que no demorase su viaje a Corrientes, donde podría ser muy útil a la causa libertadora, organizando en esa provincia un ejército de reserva.

A su llegada a Corrientes a principios de agosto de 1840, el general Paz era nombrado comandante en jefe de las fuerzas de la provincia y encargado de su inmediata organización.

No podían ser más desfavorables las condiciones de las fuerzas de reserva y la situación de la provincia de Corrientes, cuya organización y defensa se confiaban al general Paz en agosto de 1840. Toda la frontera con Entre Ríos hallábase desguarnecida y expuesta al menor golpe de mano de las partidas adversarias. El núcleo primitivo del *cuerpo de reserva* que organizara el general Ramírez, casi no existía ya, tanto por haber marchado una parte de las tropas a reforzar al general Lavalle antes del combate de *Sauce Grande*, como por hallarse disperso el resto en varios puntos de la provincia. Por último, los recursos bélicos de Corrientes habíanse casi agotado en la formación del segundo ejército libertador.

En *Laguna Avalos* (inmediaciones sur de San Roque) estableció el general Paz su campamento, al cual fueron acudiendo paulatinamente los contingentes pedidos con toda urgencia a los departamentos, las fracciones dispersas del cuerpo de reserva y el ganado de silla y de tiro necesario para montar las unidades y organizar los convoyes.

Como plantel para la formación del ejército de reserva correntino (o *quinto ejército libertador*), el gobierno de Corrientes ponía a disposición del general Paz, el 13 de agosto, en el campamento de *Laguna Avalos,* las siguientes unidades:

Escuadrón vencedor correntino: 10 oficiales y 125 de tropa.

Escuadrón de la Libertad: 1 oficial y 57 de tropa.

Piquete de húsares y ordenanzas: 3 oficiales y 29 de tropa.

Merced a una labor incesante y a las altas cualidades de organizador que poseía el general Paz (1), muy pronto éste lograba tener reunidos en el campamento de *Laguna Avalos* 1.200 hombres, de los cuales sacó el personal necesario para formar un batallón de infantería y una batería de artillería de seis piezas.

Entre las numerosas dificultades que debió vencer el general Paz en la misión por él asumida de proveer a la defensa de la provincia de Corrientes, las principales, según el mismo general las enumera en sus *Memorias póstumas,* fueron las siguientes: "Primera, la falta de jefes y oficiales inteligentes; segunda, los malos hábitos y desmoralización, cuyas semillas había dejado el ejército libertador (se refiere al organizado anteriormente por el general Lavalle); tercera, la escasez de recursos de toda clase; cuarta, las preocupaciones del señor Ferré (el gobernador de Corrien-

---

(1) A pesar de que los acontecimientos posteriores habrían de alterar profundamente las relaciones entre el gobernador Ferré y el general Paz, el primero no trepidaría en formular en sus Memorias el siguiente juicio sobre el comandante en jefe del quinto ejército libertador: "No sé cómo expresar la actividad del general Paz en todos los ramos de la milicia; juzgo que con dificultad se encontrará otro igual para organizar y disciplinar un ejército, y que es, según dicen, uno de los mejores generales argentinos." (Obra citada, pág. 133).

" tes), que le impedían determinarse por muchas providencias que " era necesario tomar."

Reunido este primer núcleo del quinto ejército libertador, el general Paz, a fines del mes de agosto, resolvía trasladarse sobre el río Corrientes en procura de mejores campos para la alimentación del ganado y a fin también de estar en condiciones más favorables de atender los sectores extremos de la frontera con Entre Ríos (el del río Uruguay y el del Paraná) y de cerrar asimismo el camino normal de las invasiones entrerrianas a la provincia de Corrientes (el de la *Cuchilla Grande*).

El aumento del ejército libertador fué constante en las primeras semanas, pues los contingentes pedidos a los departamentos iban llegando en forma sucesiva y de acuerdo con la distancia que los separaba del punto de reunión. En esa forma, a los cuarenta días de haberse hecho cargo del mando, el general Paz tenía ya reunidos 1.640 hombres de caballería y 350 infantes.

Primera invasión del general Echagüe a Corrientes.

Tan pronto como la marcha del general Lavalle a la provincia de Buenos Aires lo dejó en libertad de iniciar operaciones contra Corrientes, el general Echagüe resolvió invadirla simultáneamente a lo largo de los ríos Paraná y Uruguay.

El coronel Tacuabé, con una columna de 500 hombres de la caballería entrerriana, penetró por la frontera del Mocoretá, y, sin encontrar resistencia en su camino, avanzó hasta La Cruz, a lo largo del Uruguay.

El general Paz destacó al coronel Esteche con algunos escuadrones, que alcanzaron la columna del coronel Tacuabé en *Estingana*, derrotándola y obligándola a una desastrosa retirada.

Al mismo tiempo, a lo largo del Paraná y en dirección a Goya había avanzado el grueso del ejército entrerriano (unos 2.000 hombres), al mando inmediato del general Echagüe.

La situación del general Paz no dejaba de ser crítica, pues la invasión había tenido lugar a fines de agosto, es decir, cuando se

encontraba en plena tarea de reunir y organizar el quinto ejército libertador. Sin embargo, podía contar a su favor el error cometido por el enemigo efectuando la invasión por dos puntos extremos — lo que había permitido aniquilar prontamente al más débil — y la circunstancia de que el avance de la columna principal a lo largo del Paraná se preveía muy lento, a causa del mal estado general de sus caballos.

El atraso en que se encontraba la organización del ejército libertador no permitía al general Paz adoptar, sin más, una actitud ofensiva para rechazar al ejército federal a la provincia de Entre Ríos. En tales circunstancias, su intención — tal como la manifestaba en una carta del 3 de septiembre de 1840 al presidente Rivera — era la que sigue: "Pienso no comprometer una acción sino con " bastantes probabilidades de vencer, y me ceñiré, por lo tanto, a " la guerra de partidas y recursos, mientras veo también con qué " va usted a auxiliarnos. Para esta clase de guerra hay elementos " en el país, tanto porque el terreno se presta a causa de sus in- " mensas montañas (montes o bosques), cuanto porque hay dispo- " sición en los habitantes; así que se han despoblado más de treinta " leguas de la frontera y se despoblarán otras cincuenta más, si " fuese necesario, y no se les dejará un caballo." (1)

El presidente Rivera, que por compromisos anteriores debía considerarse aliado de la provincia de Corrientes, era apremiado por el general Paz a que aprovechara la favorable situación que se le presentaba para invadir la provincia de Entre Ríos con el ejército oriental. Dado ahora que el presidente Rivera considerase prematura o inconveniente la operación aconsejada, el general Paz pedíale que una fuerza de 500 a 600 hombres del ejército oriental fuese enviada por *Paso de Higo* (actual Monte Caseros) a reforzar el ejército libertador, para que éste pudiese contar con mayores probabilidades de rechazar la invasión del general Echagüe.

De pronto, sin que mediara una causa ostensible y dejando su-

---

(1) *Memoria del brigadier general Pedro Ferré,* pág. 657.

mido en la estupefacción al adversario, el ejército federal que invadiera a lo largo del Paraná retrocedía aceleradamente sobre Entre Ríos. El general Paz contentóse con destacar en su observación al general Ramírez con una columna de caballería. Más tarde se supo que las causas reales del precipitado retroceso del general Echagüe fueron las noticias que le llegaron de haber el general Lavalle abandonado la provincia de Buenos Aires y de encontrarse actualmente en la de Santa Fe, alarmando este hecho al gobernador de Entre Ríos, quien temía ver nuevamente invadida su provincia por el segundo ejército libertador.

Esta retirada de Corrientes de las fuerzas entrerrianas invasoras vino a favorecer los planes del general Paz, cuyo ejército — como se ha manifestado — no estaba todavía en condiciones de medirse ventajosamente con las tropas aguerridas que conducía el general Echagüe.

Conjurado este primer peligro, el general Paz atravesaba el río Corrientes para establecer su campamento en *Villanueva*, al oeste y a poca distancia de Mercedes.

El general Echagüe, aun después que las fuerzas del general Lavalle sufrieron una derrota completa en *Quebracho Herrado* (28 de noviembre de 1840), no se inclinaba a considerar la provincia de Entre Ríos libre de la amenaza de una invasión en el caso de que él, al frente del ejército entrerriano, se resolviese a repetir la invasión a Corrientes. El gobernador de Entre Ríos no ignoraba que entre el gobierno de esta última provincia y el presidente Rivera existían convenios para la cooperación de las fuerzas orientales con las correntinas en una invasión combinada a Entre Ríos. Y si bien el general Echagüe no desconocía la mala fe con que acostumbraba proceder el caudillo oriental con sus aliados, sin embargo, no creía prudente operar con todo el ejército entrerriano sobre la provincia de Corrientes mientras sus espaldas no quedasen suficientemente aseguradas contra todo peligro y su provincia a salvo de una invasión de fuerzas orientales.

Otro motivo, además, intervenía a dictar al general Echagüe

esta prudente norma de conducta. La situación en la vecina provincia de Santa Fe no era muy tranquilizadora, pues su gobernador. Juan Pablo López, daba motivos para abrigar serias sospechas sobre su adhesión a la política del dictador Rosas, presumiéndose que. no bien los acontecimientos se presentasen en forma favorable, no trepidaría en hacer causa común con los enemigos que de todas partes surgían contra el gobernador de Buenos Aires.

Colocado así entre dos adversarios declarados y con un vecino dudoso, el general Echagüe preocupóse, durante la mayor parte del año 1841, de colocar a su provincia en las mejores condiciones de resistir a una invasión, arbitrando al mismo tiempo los medios necesarios para pasar a la ofensiva tan pronto como el ejército federal del general Oribe, empeñado en perseguir los restos del segundo ejército libertador y en sofocar el movimiento contra Rosas que había estallado en las provincias del norte, hubiese logrado su objeto y estuviese disponible para ser empleado en apoyo de las fuerzas entrerrianas.

Segunda invasión del general Echagüe.

A partir del mes de julio de 1841 el general Echagüe inició la reunión en Villaguay del futuro ejército invasor de Corrientes (1). En la frontera del río Uruguay, en observación de los movimientos del presidente Rivera, se hallaba el general Urquiza al frente

(1) Los historiadores coinciden en afirmar que la reunión del ejército entrerriano en Villaguay comenzó en la segunda mitad del año 1841. Sin embargo, de un documento (inédito) que hemos podido consultar, se desprende que el general Echagüe inició la reunión en Villaguay del futuro ejército invasor ya *en enero de* 1841. En efecto: en una carta del 11 de dicho mes al gobernador de Santa Fe, al mismo tiempo que le comunicaba las noticias de algunos movimientos de las fuerzas correntinas hacia la frontera de Entre Ríos, le anunciaba lo siguiente: *"Estoy haciendo marchar a Villaguay los cuerpos del ejército, para de allí encaminarme a buscarlo"* (refiriéndose al ejército libertador organizado en Corrientes). El general Echagüe terminaba su carta diciendo que de un día para otro pensaba ponerse en campaña; dependiendo esto de los partes que esperaba de la frontera. Sin embargo, la invasión del ejército entrerriano a Corrientes, pronosticada para los primeros meses de 1841, realizaríase recién en septiembre, influyendo sin duda en esta demora la actitud del presidente Rivera, que mantenía dislocado sobre el río Uruguay una parte de su ejército.

de una fuerte división de las tres armas. Otro núcleo quedaba sobre la costa del Paraná con el gobernador-delegado, coronel Vicente Zapata, con idéntica misión frente a una posible actitud hostil del gobernador de Santa Fe.

Estos preparativos en la vecina provincia no fueron ignorados por el general Paz ni por el gobierno de Corrientes. El resultado negativo de la invasión anterior del ejército entrerriano, si bien pudo, en el primer momento, desorientar a sus adversarios (que ignoraban las causas que obligaron a los invasores a adoptar voluntariamente esa medida de tanta trascendencia), no bastaba, sin embargo, a hacerles concebir ilusiones de que en adelante la provincia de Corrientes se encontraría a salvo del peligro de una nueva invasión. La destrucción del segundo ejército libertador a fines de 1840 y el arreglo que en esa misma época se había producido en el entredicho existente entre el dictador Rosas y el gobierno francés, quitaban las últimas esperanzas de un apoyo material y moral exterior y dejaban a la provincia de Corrientes librada a sus exclusivos recursos, pues no era prudente tomar en cuenta, como factor seguro, la cooperación de su dudoso aliado, el presidente Rivera.

Quedando en pie el ejército federal de Entre Ríos y en situación de ser fácilmente reforzado por el dictador con recursos de todo género de la provincia de Buenos Aires y aun de ser apoyado por las tropas del general Oribe tan pronto como fuese sofocada la rebelión de las provincias del centro y del norte, debía descontarse fatalmente una nueva y más poderosa invasión a la provincia de Corrientes, cuya próxima iniciación era, además, presagiada por los hábiles trabajos de zapa que el enemigo realizaba entre jefes prestigiosos y políticos influyentes de la vecina provincia.

Reconociendo, pues, en todo su alcance el peligro que se cernía sobre el territorio y sobre la libertad de la provincia, cuya defensa y conservación le fueran conferidas, el general Paz, al mismo tiempo que de perfeccionar la preparación del quinto ejército libertador ya organizado, preocupóse de crear nuevas fuerzas que en el momento decisivo pudiesen ser utilizadas en reforzar el ejército de operaciones estacionado en *Villanueva*.

A tal efecto, tan pronto como tuvo conocimiento de los preparativos que el general Echagüe realizaba en Entre Ríos para una segunda invasión a la provincia de Corrientes, el general Paz pedía al gobernador Ferré la formación en cada departamento de algunas unidades de milicias, que serían organizadas e instruídas allí por los oficiales que se enviarían desde el ejército, y que se reunirían a éste tan pronto como el comandante en jefe lo juzgase ventajoso para las operaciones de la guerra. Además, pedía el aumento de la infantería del ejército, en forma a que éste pudiese contar con mil bayonetas. Por último, aun cuando sin mayores resultados, el general Paz no economizó esfuerzos en el sentido de crear en el río Uruguay una pequeña flotilla armada en guerra, destinada a mantener las comunicaciones entre la provincia de Corrientes y el Estado Oriental, a fin de facilitar la concurrencia de las tropas con que el presidente Rivera quisiese cooperar en las próximas operaciones.

En este último sentido, el gobernador Ferré había escrito en el mes de julio al presidente oriental, demostrándole la necesidad de que el ejército libertador correntino fuese reforzado con tropas orientales. "En mi opinión — decía en uno de los párrafos de la
" carta — en la del general Paz y en la de todos mis compatriotas
" y compañeros de armas de algunos conocimientos, una fuerza de
" mil caballos y quinientos infantes, con un regular tren de arti-
" llería agregado al ejército de reserva, es muy bastante para ase-
" gurar el triunfo." (1)

El 12 de septiembre de 1841, el general Echagüe salía de Villaguay con una columna de 5.000 hombres de las tres armas. La vanguardia entrerriana — 1.500 jinetes a las órdenes del general Servando Gómez — alcanzaba el 2 de octubre el Mocoretá, trabando las primeras escaramuzas con las tropas correntinas de protección de frontera, que el general Paz había destacado oportunamente desde el campamento de Villanueva. Siguiendo su avance, el

---

(1) *Memoria del brigadier general Pedro Ferré*, pág. 687.

grueso del ejército entrerriano llegaba el 28 de octubre a *Pago Largo* (inmediaciones sur de Curuzú-Cuatiá).

Esta operación del enemigo, prevista desde largo tiempo, no tomó de sorpresa al general Paz, quien, en el interés de reunir todos los elementos disponibles en la provincia para oponerlos al invasor, elevaba el 29 de septiembre el siguiente oficio al gobernador Ferré: "Las circunstancias especiales en que Corrientes ha venido a
" verse constituída, en el momento de volver a invadirla el enemi-
" go, hacen ya indispensable la reunión sobre el río Corrientes de
" todas las fuerzas disponibles de la provincia y de que se incor-
" poren al ejército los licenciados y todos los jefes y oficiales que,
" poco ha llegados del extranjero, vinieron a ofrecer a su patria
" los servicios que pueden serle hoy de la más alta importancia.
" También es éste el momento de que tengan el conveniente desti-
" no las milicias que han estado en instrucción. *Un solo momento*
" *perdido, uno solo de nuestros elementos malogrados, puede hacer*
" *abortar el mejor de los cálculos.*" (1)

Pero no limitábanse a éstas las sabias disposiciones que adoptaba el general Paz para asegurarse el éxito en las futuras operaciones. El alto grado de preparación a que había sido llevado el ejército libertador en el campamento de Villanueva y la confianza absoluta que parecía tener su comandante en jefe de alcanzar la victoria en el primer encuentro serio con el ejército enemigo, le indujeron a preparar con anticipación todo lo necesario para explotar a fondo el éxito táctico que descontaba. A tal efecto, habíase dirigido al gobernador Ferré encareciéndole la necesidad de que el ejército, tan pronto como hubiese librado la batalla, fuese provisto rápidamente de abundantes caballos, para perseguir al adversario y llevar la invasión al territorio enemigo (2).

---

(1) *Memoria del brigadier general Pedro Ferré*, pág. 703.

(2) En oficio del 30 de diciembre de 1841, el general Paz diría al gobernador Ferré: "Con mucha anterioridad a la batalla de *Caaguazú* indiqué
" a V. E. que hallándose provisto el ejército por entonces y hasta el lance
" de una batalla, de caballadas suficientes, era de opinión que no se toca-
" sen las de los departamentos que quedan al norte del río Corrientes, re-

El gobernador Ferré, reconociendo la importancia del pedido del comandante en jefe y dispuesto a secundarlo en la mejor forma para asegurar el éxito militar de la campaña, ordenaba a las autoridades de los departamentos que designasen comisiones encargadas de reunir y conducir al ejército todos los caballos que encontrasen, tan pronto como recibiesen una orden al respecto.

El general Rivera, mientras tanto, habíase contentado con reunir 700 hombres, repartidos en el departamento de Durazno, en el paso de San José sobre el río Uruguay (frente a Colón) y en el Paso de Higo. Obrando como siempre de mala fe, no preocupábase de aprovechar la ausencia del ejército del general Echagüe para invadir a Entre Ríos, como habíanle recomendado insistentemente el general Paz y el gobernador Ferré y, menos aún, de enviar las tropas pedidas para reforzar al ejército libertador.

Según el historiador Saldías, "lo positivo es que Rivera entre-
" tenía a Ferré esperando un resultado de la campaña de Corrien-
" tes, para, en caso de que ésta fuera desfavorable a Paz, presen-
" tarse él como indispensable, reunir bajo sus órdenes todos los
" elementos de esta provincia y proceder como se lo aconsejasen
" sus intereses."

El general Paz no podía, pues, contar más que con los exclusivos elementos que pudo proporcionarle la provincia de Corrientes. El largo tiempo que había tenido a disposición para formar el quinto ejército libertador había sido aprovechado por él en una forma que revela sus altas cualidades de organizador.

Informado de la invasión que preparaba el ejército entrerriano, el general Paz había destacado sobre la frontera con Entre Ríos al general Núñez con 800 jinetes. Pero, una vez producida la invasión del enemigo, resolvió abandonar el campamento de Villa-

"servándolas para cuando lográsemos una victoria. En tal caso debían re-
" unirse instantáneamente y, auxiliado con ellas el ejército, abrir la campaña
" ofensivamente sin la menor demora, y sacar para la patria y la libertad
" todo el fruto posible de un suceso feliz." (Memoria de Ferré, pág. 727).

nueva y pasar al otro lado del río Corrientes, esquivando por lo pronto la batalla a que lo provocaba el avance del adversario.

"Yo no podía ni debía aceptarla — escribe el general Paz en " sus *Memorias* — sin reunir todos mis medios; es decir, sin au- " mentar mis fuerzas, que eran bien inferiores a las invasoras, con " las milicias de la provincia que habían de reunirse en este caso " extremo. Para ello necesitaba retirarme, en la inteligencia de que, " a proporción que perdía algún terreno, mi ejército se aumentaba. " Ganaba, además, tiempo para ir organizando las milicias... Que- " ría también aprovechar este tiempo debilitando al enemigo con " una guerra de partidas, mientras me ponía en estado de darle " el gran golpe, a lo que el país se presta admirablemente, siempre " que haya quien quiera y sepa practicarla." (1)

Después de atravesar el Payubre, el general Paz efectuaba idéntica operación en el río Corrientes por el paso de *Caaguazú*, que se hallaba a nado. Los vivaques fueron establecidos a unos diez kilómetros al oeste del citado paso. Su plan era atacar al ejército entrerriano durante el pasaje de este importante obstáculo, a fin de impedirle que en el combate pudiese utilizar su superioridad numérica.

---

(1) Con mucho acierto, el gobernador Ferré interpretaba en la siguiente forma la maniobra del general Paz y sus futuras consecuencias: "Nuestro " ejército espera que (el enemigo) pasará el río Corrientes para escarmen- " tarlo... No es fácil calcular la resolución que adoptará el invasor; si pa- " sa el río, en el momento de haberlo verificado, su poder será más débil y " encontrará a su frente un ejército fuerte por su número, entusiasmo y dis- " ciplina. Si piensa en una retirada, su ruina es aún más cierta... Nues- " tro estado feliz nos presenta hoy una de dos cosas que tenemos que hacer " para perfeccionar la obra de nuestra libertad: perseguir al enemigo has- " ta exterminar sus últimos restos, si es derrotado en un combate, o seguirlo " hasta obligarlo a una batalla, si emprendiese una retirada." (*Memoria de Ferré*, pág. 707).

No puede desconocerse la bondad del plan adoptado por el general Paz al interponer el obstáculo del río Corrientes entre el enemigo y el ejército libertador, pues, mientras el primero debería combatir con ese obstáculo sobre sus espaldas si se decidía a franquearlo, el segundo podía aumentar sus elementos y preparar tranquilamente las operaciones que deberían darle la victoria, asegurando la destrucción del enemigo.



El 12 de octubre la vanguardia del ejército federal alcanzaba el río Corrientes, más aguas arriba del paso de *Caaguazú.*

El general Paz, creyendo en un pasaje inmediato del enemigo, resolvía aproximar sus tropas al río para estar en condiciones de atacarlo tan pronto como iniciase la operación del pasaje. El adversario, empero, no manifestó intenciones de atravesar el obstáculo, limitándose a acampar en sus inmediaciones. Algunos días después el grueso del ejército federal reuníase a la vanguardia sobre el río Corrientes.

Combate de Caaguazú (28 de noviembre de 1841)

En esta situación y únicamente con el obstáculo del río interpuesto, permanecieron los dos adversarios hasta fines de noviembre. Este tiempo fué aprovechado por el general Paz en aumentar sus fuerzas, en familiarizar a éstas con la presencia del enemigo y en adiestrarlas mediante pequeños encuentros, haciendo, al efecto, franquear el río a fuertes patrullas y aun a escuadrones enteros, encargados de molestar los flancos y la retaguardia del ejército enemigo.

Providencialmente, en esos días llegaba al ejército libertador un grupo de 400 correntinos que habían acompañado al general Lavalle en toda su campaña y que, después de la derrota de *Famaillá* (19 de septiembre), habían atravesado el Chaco para regresar a Corrientes, logrando su objeto después de infinitas penalidades y llegando en oportunidad para tomar parte en la batalla que se preparaba sobre el río Corrientes. (1)

Para compensar la falta de cooperación en esta campaña de su infiel aliado el presidente Rivera, el gobernador Ferré había entrado en negociaciones con el gobernador de Santa Fe, Juan Pablo

---

(1) En el tomo V (pág. 22) de la obra de Antonio Díaz, puede ser consultado el diario de marcha de este grupo a través del Chaco. Su lectura es interesante, pues demuestra el camino recorrido y las dificultades que debieron ser vencidas a través de un terreno desconocido y lleno de peligros de todo orden.

López, y estipulado con él el 5 de noviembre un tratado de alianza ofensiva y defensiva. Fué convenido así que, para obligar al ejército federal que operaba en Corrientes a una precipitada retirada a Entre Ríos, las fuerzas de la provincia de Santa Fe atravesarían el Paraná y ocuparían la ciudad del mismo nombre.

Sin embargo, esta intervención ya no podría dar los frutos que de ella se esperaban, y menos aún impedir una batalla, que hacíase inevitable entre los dos ejércitos adversarios situados sobre el río Corrientes.

Considerando llegado el momento oportuno de buscar por las armas una decisión y en vista de que el adversario no se decidía a franquear el obstáculo interpuesto, el general Paz resolvió hacerlo él, a fin de presentar combate a las fuerzas federales.

En la noche del 26 al 27 de noviembre, el quinto ejército libertador atravesaba el río Corrientes por el paso de *Caaguazú* y por otros puntos inmediatos, "haciéndolo a nado la caballería e infan- " tería, y en las canoas que pude reunir, los cañones y los que no " supiesen nadar." (1) Esta operación, realizada por sorpresa, tuvo el mejor éxito, no siendo sentida por el enemigo que permanecía acampado en el paso de *Capitá-miní*, dos leguas más aguas arriba del de *Caaguazú*.

En la mañana del 27 de noviembre todo el ejército libertador hallábase al este del río Corrientes, en disposición de entrar inmediatamente en combate en caso de que se presentase el enemigo. Una vanguardia de 500 jinetes (coronel Velazco) había sido destacada por el general Paz en observación de los movimientos del adversario.

El general Echagüe no tardó en ser informado de la operación realizada durante la noche por el ejército libertador, resolviendo entonces marchar contra él para batirlo y aniquilarlo sobre el río.

---

(1) *Memorias póstumas*, tomo III, pág. 80., Respecto a la importancia del obstáculo atravesado, el general Paz decía en su parte oficial: "*El río, que tendrá de* 50 *a* 60 *varas de ancho, estaba a nado.*"



El 28 de noviembre el ejército federal amanecía formado frente a las posiciones ocupadas por las fuerzas libertadoras.

Croquis N.º 9. — Aprovechando hábilmente el terreno y la situación de las tropas, el general Paz concibió el siguiente plan para el combate inminente: "El general Núñez (ala izquierda del ejér-
" cito libertador) debía hacer demostraciones sobre su izquierda,
" para engañar mejor al enemigo, llamar toda su atención y atraer-
" lo al lazo que le estaba preparando. Cuando el enemigo hubie-
" se pronunciado su movimiento ofensivo, debía replegarse rápi-
" damente, entrar en el embudo que formaban el estero y el río y
" escurrirse por la abertura estrecha, que guarnecía un batallón
" con dos piezas de a uno... Núñez, obrando siempre con la misma
" rapidez, debía trasladarse a nuestra derecha, a la que serviría
" de reserva, obrando según las circunstancias." (1)

El general Echagüe, calculando que las fuertes divisiones del general Servando Gómez obtendrían un fácil triunfo sobre la caballería inferior del ala izquierda libertadora (la que, además, hallábase separada por un estero del resto de su línea), dispuso que su ala derecha iniciase el combate.

El general Núñez, cumpliendo con toda habilidad las órdenes del comandante en jefe, fué retrocediendo paulatinamente hacia el embudo formado por el estero y el río, perseguido por la caballería del general Gómez, que ya consideraba alcanzado el triunfo.

Mas, de pronto, los escuadrones federales reciben en su flanco izquierdo un fuego violento de infantería: el batallón *Cazadores*, cubierto por los pajonales, había vadeado el estero y caído sobre el flanco izquierdo del enemigo. A pesar de este contratiempo, el general Gómez siguió avanzando, viéndose obligado a estrechar su frente cada vez más, pues el terreno practicable disminuía a medida que más se internaba entre el estero y el río.

---

(1) *Memorias póstumas*, tomo III, pág. 87. Estas disposiciones concuerdan con las que enumera el parte oficial del combate, que contiene detalles de mucho interés.

Muy pronto, también el batallón *Guardia Republicana* abre el fuego sobre las cabezas de los escuadrones federales, que se ven entonces obligados a retroceder en desorden, perseguidos por los fuegos del batallón *Cazadores*, para ir a reorganizarse detrás de la línea de la propia infantería.

Obtenido el resultado previsto con la acción demostrativa en su ala izquierda, el general Paz lanza el ataque decisivo por su ala derecha.

Las divisiones del general Ramírez, oportunamente sostenidas por la reserva a las órdenes del coronel Velazco, cargan contra la izquierda federal, que se hallaba al mando inmediato del general Echagüe. Simultáneamente, el general Núñez, que desde su posición en el ala izquierda habíase trasladado por la retaguardia de la línea sobre la extrema derecha, iniciaba un movimiento contra el flanco izquierdo y la retaguardia de los federales.

La caballería del general Echagüe, aun a pesar de la protección que pretendió llevarle en el último momento el general Gómez, no pudo sostener la violencia del ataque combinado de la caballería libertadora, viéndose obligada a retroceder en completo desorden.

Unicamente el centro federal había conseguido sostenerse, pues u artillería, superior en número y en calibres, logró desmontar a la enemiga y mantener en respeto a la infantería adversaria.

El general Paz, después del éxito alcanzado sobre las dos alas, lanza sus batallones, apoyados por una parte de la caballería, contra el centro federal. El general Echagüe, estimando perdida la batalla a causa de la total dispersión de su caballería, ordena la retirada, que se realiza al principio en un orden relativo. Pero, acosada cada vez más por la caballería libertadora, el desorden se introduce también en la infantería federal, que es acuchillada u obligada a rendirse.

El éxito táctico resultaba así completo para el ejército correntino, que conseguía apoderarse de 800 prisioneros, 9 cañones, tres

banderas y de todo el parque y los bagajes del enemigo, el cual, además, tenía 1.356 hombres entre muertos y heridos. (1)

La acción táctica de *Caaguazú*, que ha merecido de todos los historiadores los conceptos más elogiosos por la forma como ella fué preparada y conducida, por la importancia militar del éxito alcanzado y por la trascendencia política que debieron tener los sucesos posteriores, coloca en un plano muy elevado la figura militar del general Paz, tanto por sus excelentes cualidades de organizador, que le permitieron crear con precarios elementos un organismo eficaz, como por las sobresalientes condiciones de comandante en jefe, que lo llevan a la sagaz y consciente utilización del instrumento preparado para forjar la victoria.

Constante y tenaz en sus propósitos, equilibrado y oportuno en sus apreciaciones, frío y sereno en concebir un plan y perseverante en llevarlo a ejecución, sabe valorar cada vez la utilidad de una inacción, la ventaja de ceder terreno al enemigo, el beneficio de una defensiva momentánea y de la utilización de los accidentes del terreno y el éxito que le debe proporcionar una ofensiva insospechada por el enemigo, después de haberlo atraído a gran distancia de su base y debilitado constantemente con una tenaz guerra de recursos. Todas éstas son precisamente las cualidades que destacan la figura del general vencedor de entre la numerosa falange de los *generales-caudillos,* cuyos conocimientos sobre los principios del arte de la guerra se circunscribían a la práctica rutinaria de los métodos de acción peculiares de la guerra irregular, en la cual se habían formado.

La conducción misma del combate, a la par que un sabio y genial aprovechamiento del terreno, descubre en el general Paz la habilidad con que sabe sacar el mayor partido de las fuerzas numéricamente inferiores de que dispone, por la mejor utilización de cada una de las diferentes armas y de la coordinación de su ac-

(1) El parte oficial del combate de *Caaguazú,* elevado por el general Paz al gobernador de Corrientes, puede ser consultado en la ***Memoria del brigadier general Pedro Ferré,*** pág. 711.

ción conjunta. Tanta era, además, la seguridad que el comandante en jefe del ejército libertador tenía en el triunfo en la acción táctica, que no debe causar sorpresa ni su previsión de exigir una inmediata entrega a las tropas de los elementos de movilidad para llevar a cabo la rápida persecución e invasión al territorio enemigo, ni su frío propósito de dar la batalla dejando sobre las espaldas del propio ejército un obstáculo de la importancia del río Corrientes.

Actuación del general Paz después de la victoria

Inmediatamente después del triunfo, el general Paz se esforzó en organizar la persecución contra los restos del ejército enemigo, que hallábase en plena retirada sobre la provincia de Entre Ríos. Varias columnas de caballería fueron destacadas al efecto en las diferentes direcciones seguidas por los grupos dispersos del adversario derrotado. Pero la escasez de caballos de repuesto en sus unidades de caballería y el mal estado de los que estaban en servicio impedíanle desarrollar una persecución instantánea y a fondo con el grueso del ejército, en el interés de completar el éxito táctico obtenido con la total destrucción del ejército federal.

Para llegar a este resultado, el general Paz sabía perfectamente que la situación le obligaba a no malgastar el tiempo y a proceder con toda rapidez; y como suponía que habrían sido tomadas en cuenta sus perentorias indicaciones de los meses anteriores sobre la necesidad de que el ejército fuese rápidamente provisto de caballos tan pronto como derrotase al enemigo, el general Paz enviaba el siguiente oficio al gobernador de Corrientes inmediatamente después de la batalla: "El infrascripto pone en conocimiento de " V.E. que necesitando imperiosamente de buenas caballadas pa- " ra obtener todos los resultados de la espléndida victoria de *Caa-* " *guazú,* espera que V.E. dará sus disposiciones a fin de que se " remitan al ejército todas las caballadas buenas que se puedan " reunir con la celeridad posible." (1)

(1) Memoria del brigadier general Pedro Ferré, pág. 718.

No contento con esto e interesado en que se apreciara debidamente todo el valor que tendría el colocar al ejército en buenas condiciones de movilidad, el general Paz, en una carta particular del 30 de noviembre al gobernador Ferré, decía entre otras cosas: " Es preciso caballos, caballos, señor, para sacar todo el fruto de " la victoria. Yo marcho tan luego como reorganice el ejército, que " será muy pronto (1).

Al día siguiente (1.º de diciembre) enviaba al gobernador Ferré una nueva carta, la cual, por el alcance de su contenido y por el valor de los principios militares en ella expuestos, bastaría para consagrar la reputación del comandante en jefe del ejército libertador, si ya no lo estuviese por su brillante actuación sobre el terreno.

Decía en ella el general Paz: "Los momentos son preciosos y es " preciso aprovecharlos. Cada día que perdamos es un éxito para " Rosas. *Actividad, por Dios, actividad.* Si no se obra así, no res- " pondo de las consecuencias. Acometiendo de pronto a Entre Ríos, " es nuestro dentro de pocos días; si lo dejamos pasar, costará " mucho. *Nada es la victoria si no se saca fruto de ella.* Que se " penetren todos que son éstos los momentos de obrar y que si una " vez se desperdicia la ocasión, suele no volver". (2).

Por desgracia, los inconvenientes previstos por el general Paz para el caso de que el ejército se viese obligado a permanecer inactivo en esos días por falta de caballos, habrían de presentarse tal como fueran enunciados. A pesar de la preocupación del gobernador Ferré y de la actividad desplegada por las autoridades departamentales, se tropezó con serios inconvenientes para reunir los caballos reclamados con tanta insistencia por el comandante en jefe. Las cantidades que fueron provistas no alcanzaban por su número ni por el estado de los animales a reponer el ganado de silla inuti-

---

(1) *Memoria del brigadier general Pedro Ferré,* pág. 716.
(2) *Memoria del brigadier general Pedro Ferré,* pág. 717.

lizado, y, mucho menos, a constituir una indispensable reserva para las largas marchas que el ejército debería realizar en la ejecución del plan de invasión a Entre Ríos.

El general Paz se desesperaba por ello, pero no encontraba el remedio que subsanara ese inconveniente. El ejército permanecía en el campamento de Villanueva, a donde se había trasladado al día siguiente del combate; pero hallábase imposibilitado de iniciar de inmediato las operaciones ofensivas que, con carácter impostergable, exigía la situación.

Sin embargo, comprendiendo que la inacción podría perjudicar la disciplina de las tropas y malograr el entusiasmo que la victoria había creado en el ejército, el general Paz resolvía abandonar, el 22 de diciembre, el campamento de Villanueva para aproximarse a la línea del Mocoretá, que formaba la frontera con Entre Ríos.

El 28 de diciembre escribía al gobernador Ferré desde *Paso Cerrito* (en el Mocoretá): "Más que caminando, me he arrastrado
" hasta aquí, siempre con la esperanza de que me alcanzarían caba-
" llos, pero ni uno solo... Si la falta de caballos es un mal, *la de-*
" *mora es un cáncer que nos devora*, y *que nos concluirá. El sol-*
" *dado se desalienta, cavila, medita* y *su imaginación le aumenta la*
" *perspectiva de unos trabajos que acaso no le esperarían si fué-*
" *semos más pronto. Viene la indisciplina* y *por lo menos la deser-*
" *ción*. Pese usted, pues, todo, y ayúdeme a deplorar que hayan
" pasado treinta días desde la batalla sin que hayan aparecido los
" caballos que estamos aún esperando." (1)

(1) *Memoria del brigadier Ferré*, pág. 723. Por estar relacionada con este mismo asunto, recomendamos calurosamente que se estudie y medite la nota que el general Paz elevaba el 27 de diciembre al gobernador de Corrientes, pues en ella se enumeran todos los males que la falta de cooperación o la acción tardía de los órganos encargados de atender a las necesidades del ejército puede ocasionar a la conducción de las operaciones militares. De igual interés resulta el acta que en la misma fecha hizo levantar el general Paz, consignando las conclusiones a que se había llegado en una reunión de los principales jefes del ejército, ordenada por el general Paz a fin de estudiar el estado en que se encontraba el ejército en sus medios de movilidad y la posibilidad de llevar a cabo operaciones ofensivas. (Estos dos documentos pueden consultarse en la citada *Memoria del brigadier general Pedro Ferré*, págs. 724 y 725).

En esta situación deplorable había permanecido el general Paz una serie de días, hasta que, viendo que las deficiencias del ganado no se remediaban con la prontitud que exigía la situación, resolvió avanzar sobre Entre Ríos a marchas lentas, a fin de dar tiempo a que pudiesen alcanzarle en el camino los caballos solicitados.

El general Paz no ignoraba que el enemigo contaba en Entre Ríos con medios de resistencia, pues el general Urquiza había quedado con fuerzas importantes sobre la costa del Uruguay. No era tampoco improbable que Rosas enviase refuerzos a la provincia de Entre Ríos. Por último, el tiempo perdido por el ejército libertador debió ser aprovechado para preparar una tenaz resistencia al invasor. (1)

El quinto ejército libertador y el general Rivera invaden Entre Ríos.

Según se ha podido ver de la enumeración de las incidencias que se produjeron a fines del año 1841, el plan del general Paz de completar los resultados de la victoria de *Caaguazú* con una inmediata persecución del enemigo y con una invasión a su territorio, no había podido desarrollarse en la forma calculada, pues los elementos de movilidad que necesitaba el ejército libertador para las largas marchas a realizar en territorio ene-

---

(1) He aquí cómo el general Paz apreciaba los perjuicios que la forzada inacción del ejército después de la victoria había ocasionado a la continuación de las operaciones militares: "En los primeros días de la completa " derrota del ejército invasor, muy poca resistencia hubiéramos hallado en " Entre Ríos, y el estupor en que necesariamente habían quedado sus habi- " tantes, habría producido la adhesión voluntaria o forzada de muchos a " nuestra causa; por lo menos hubiera sido imposible la absoluta emigra- " ción que a esta fecha se ha efectuado de los pueblos y demás puntos de " la frontera. A consecuencia de esto mismo hubiéramos tenido caballadas y " otros recursos que ahora han retirado, porque les hemos dado un tiempo que " han sabido aprovechar. Nuestro ejército, lleno de ardor con un triunfo " tan completo, ansiaba por marchar a Entre Ríos; y la imaginación del " soldado, aturdida agradablemente, no consideraba ni las fatigas de la cam- " paña, ni los peligros de la guerra." (Obra citada, pág. 728).

migo hasta dar una nueva batalla al adversario, no pudieron serle provistos en la cantidad y calidad requeridas.

La detención en el campamento de Villanueva había sido aprovechada por el general Paz en reorganizar las unidades, a las cuales, siguiéndose la costumbre de la época, fueron incorporados los 800 prisioneros entrerrianos del combate del 28 de noviembre.

Más tarde (el 22 de diciembre), el ejército libertador habíase movido en dirección a la frontera del Mocoretá, adelantando una fuerte vanguardia a las órdenes del general Núñez. Esta operación. iniciada antes de que las tropas hubiesen sido provistas de los necesarios elementos de movilidad, respondía no sólo al deseo del comandante en jefe de impedir que decayese el entusiasmo creado en el ejército por la victoria, evitando la deserción e indisciplina que una larga inactividad provoca fatalmente, sino también al interés de situarse sobre la frontera misma de Entre Ríos a fin de poder realizar la invasión en la dirección más conveniente tan pronto como lo alcanzaran los caballos que, según sus cálculos y las promesas del gobernador Ferré, no tardarían mucho en serle provistos.

Por fin, el 11 de enero de 1842, el quinto ejército libertador podía iniciar sus operaciones ofensivas en la provincia de Entre Ríos. Los caballos habían llegado, y aun cuando su cantidad no era muy grande, el general Paz pudo distribuir dos por hombre y hasta formar una pequeña reserva para el inmediato reemplazo de los que se inutilizasen durante las marchas. El ejército tomó el camino de la *Cuchilla Grande*, que le permitiría salir a las puntas del arroyo Villaguay, desde donde las operaciones podrían ser continuadas hacia el río Uruguay o hacia el Paraná, según lo aconsejase la situación.

Por lo pronto, al iniciar el 11 de enero el ejército libertador su avance por territorio enemigo, el general Paz ignoraba si el presidente Rivera se resolvería a entrar en actividad para secundar las operaciones de las fuerzas correntinas. Los datos que se poseían al respecto eran más bien pesimistas, como se deduce del siguiente párrafo de una carta del general Paz al gobernador Ferré, escrita la

víspera de emprender la marcha: "De la Banda Oriental, ni una " palabra; es un silencio profundo el que reina por aquella par- " te... Deduzco que Rivera no quiere pasar y sí sólo ponernos " embarazos y dificultades para que no podamos marchar." (1)

El 18 de enero, el ejército libertador, sin haber encontrado resistencia en su avance, llegaba a las puntas del arroyo Villaguay, donde se detenía en espera del convoy que quedó retrasado en sus marchas. Por una comunicación del presidente Rivera, el general Paz era informado el día 20 que numerosas fuerzas orientales habían comenzado, cinco días antes, a pasar el Uruguay por San José y que la operación quedaría terminada el día 20. Supo igualmente que las tropas entrerrianas, destacadas a las órdenes del general Urquiza sobre la frontera del Uruguay, se replegaban al oeste del Gualeguay para evitar ser cortadas por el avance del ejército libertador.

El presidente Rivera, a la noticia de la victoria de *Caaguazú* y de que el general Paz avanzaba sobre Entre Ríos, había resuelto salir de la inacción. Después de reunir apresuradamente 2.500 hombres de las tres armas sobre el río Uruguay, inició su pasaje cuando ya el general Urquiza, considerándose impotente para resistir a las dos invasiones que se efectuaban al mismo tiempo por el norte y por el este, había decidido retirarse al otro lado del Gualeguay.

El general Rivera, quedando con el grueso del ejército oriental en las inmediaciones del punto de pasaje, destacó una columna de 1.000 hombres en persecución del general Urquiza y pidió al general Paz que cooperase por la margen derecha del Gualeguay para cortar al jefe enemigo el camino a la ciudad de Paraná, mientras la columna oriental operaría por la margen izquierda del mismo río.

Atendiendo al pedido del presidente Rivera, el general Paz destacaba el 23 de enero al general Núñez, con 1.100 jinetes y 100 infantes montados. Pero el general Urquiza, huyendo a tiempo del

---

(1) *Memoria del brigadier general Pedro Ferré,* pág. 732.

cerco en el cual pensaban encerrarlo las dos columnas enemigas destacadas en su persecución, llegaba a la villa de Gualeguay, donde se embarcaba en algunos buques que lo transportaban a la provincia de Buenos Aires con el resto de sus tropas, cuya mayor parte habíase desbandado durante la retirada y en un encuentro desfavorable sostenido en Gualeguay contra la columna oriental que las perseguía.

El general Paz, sin esperar el avance del grueso del ejército oriental, que permanecía sobre la costa del Uruguay, e interesado en alcanzar cuanto antes el Paraná para ponerse en comunicación con el gobernador de Santa Fe, Juan Pablo López, continuaba bien pronto sus marchas sobre la capital de Entre Ríos. A tal efecto. el ejército libertador tomó la dirección de Villaguay, en cuyo punto atravesó el Gualeguay el 24 de enero. Al día siguiente, el general Ramírez era destacado con una columna de 1.000 hombres y 2 piezas de artillería sobre la ciudad de Paraná.

A la aproximación de las fuerzas libertadoras, el pueblo de la capital declaraba destituído el anterior gobierno (1) y nombraba en su reemplazo, en calidad de gobernador provisorio, al ciudadano Pedro Seguí. La entrada a Paraná de la columna del general Ramírez se hizo en medio de las aclamaciones de sus habitantes, que vitoreaban a sus libertadores y proclamaban la libertad de la provincia.

Poco después llegaba también a la capital el resto del ejército, conducido por el general Paz.

Disolución del quinto ejército libertador.

Ocupada la ciudad de Paraná, el general Paz hacíase designar gobernador de Entre Ríos. Su plan era pasar a la provincia de Santa Fe con su ejército, y reforzado aquí con los contingentes de esta provincia, invadir la de Buenos Aires repitiendo la anterior campaña del general Lavalle.

(1) Algunos meses antes el general Urquiza había sido designado gobernador-propietario de la provincia de Entre Ríos, en reemplazo del general Echagüe, por haber éste terminado su período de gobierno.



Mas las intrigas del presidente Rivera lograron desbaratar bien pronto los planes del general Paz. El gobernador Ferré, influenciado por los hábiles manejos de su antiguo y desleal aliado, negóse terminantemente a permitir que el ejército correntino atravesara el Paraná. Más aún: pretendió que el general Paz se pusiese a las órdenes del general Rivera, quien, en virtud de lo estipulado con los gobiernos de Corrientes y de Santa Fe, convertíase en director de la guerra contra Rosas.

Al poco tiempo, en la ciudad de Paraná estallaba una revolución, pues los partidarios del régimen anterior habían podido trabajar libremente al amparo de la anarquía que reinaba entre los dirigentes de la campaña libertadora.

Viéndose abandonado por todos, el general Paz resolvía retirarse de la escena, logrando llegar a Montevideo después de haber estado a punto varias veces de caer en poder de sus adversarios.

En vista del estado anárquico que las maquinaciones del presidente Rivera habían creado no sólo en el ejército, sino también en la provincia de Entre Ríos, y temiendo la próxima intervención sobre el río Paraná del ejército del general Oribe que había llevado a cabo triunfalmente su campaña en el centro y norte de la república, el gobernador Ferré juzgó prudente abandonar Entre Ríos y regresar a Corrientes con las fuerzas de su provincia, a fin de estar en condiciones de ajustar su conducta a los futuros acontecimientos.

Disolvíase en tal forma, a mediados de 1842, el quinto ejército libertador, no por fruto de una derrota en un combate que hubiese aniquilado o dispersado a sus componentes — como sucedió con los ejércitos libertadores que le precedieron — sino a causa de las intrigas y de las ambiciones personales de los mismos adversarios de Rosas, quien, en tal forma, veíase libre de una amenaza por virtud exclusiva de aquéllos que más interés debieron tener en trabajar de perfecto acuerdo, en el intento de centralizar la revolución, única forma de llegar a eliminar al enemigo común y al principal causante de la situación que motivara la campaña emprendida.

NOTA BIBLIOGRAFICA DEL CAPITULO VII.

Campaña del Sexto Ejército Libertador (1842) (1)

1.—Contreras Ramón: El teniente general don Benjamín Virasoro. Apuntes biográficos. 1 tomo. Rosario de Santa Fe, 1897.

2.—Mantilla Manuel F.: Estudios biográficos sobre patriotas correntinos. 1 tomo. Buenos Aires, 1884.

3.—Paz José María: Memorias póstumas. 3 tomos (de interés el III tomo). Segunda edición. La Plata, 1892.

4.—Virasoro V.: Memoria del brigadier general Pedro Ferré. 1 tomo. Buenos Aires, 1921.

---

(1) Respecto a las obras que tratan todo el período histórico, véase la observación al pie de la *Nota Bibliográfica* del Capítulo I.

Capítulo VII. — Campaña del Sexto Ejército Libertador (1842)

RESUMEN:

Rivera es nombrado *director de la guerra* contra Rosas. Preparativos de los aliados. — El general Oribe llega a Santa Fe con el ejército vencedor de la *Coalición del Norte*. — El general Oribe pasa a Entre Ríos y abre operaciones hacia el río Uruguay. — Batalla del *Arroyo Grande* (6 de diciembre de 1842). — Consideraciones sobre esta campaña.

Rivera es nombrado director de la guerra contra Rosas. Preparativos de los aliados.

Las intrigas del presidente Rivera con los gobiernos de Santa Fe y de Corrientes y hasta con los principales hombres de Entre Ríos que respondían a la anterior situación política, habían creado al general Paz tales dificultades en sus funciones de gobernador de Entre Ríos, que muy pronto vióse obligado a retirarse de la escena, dejando el campo libre al ambicioso caudillo oriental.

Según lo asevera el general Paz en sus *Memorias póstumas* (tomo III, pág. 143), "jamás pensó seriamente Rivera en dar un " impulso vigoroso a la guerra, que la terminase con brevedad. Al " contrario, sus concepciones no iban más allá del muy vulgar plan " de alimentar las montoneras de Santa Fe, mientras que él au- " mentaba su poder en Entre Ríos, atrayendo las masas y hacien " do jugar los resortes del caudillaje. Imbuído también en la ri- " dícula idea de que el progreso de un país nace de la ruina de " sus vecinos, se proponía parapetarse en la barrera que ofrece el " caudaloso río y atizar el incendio y la devastación en la opuesta " orilla."

La aproximación al río Paraná del ejército federal de Oribe, proveniente del norte, aconsejó al general Paz el abandono de la ciudad de Paraná, que había quedado sin una guarnición importante que la defendiera, pues el gobernador Ferré, en marzo de 1842, había hecho regresar a su provincia las tropas que constituían el quinto ejército libertador, licenciando a una gran parte del personal.

Reunídose con Rivera, el general Paz celebraba con éste y con el gobierno de Santa Fe, en abril del mismo año, el tratado de *Galarza,* en virtud del cual la dirección de la guerra era confiada al general Rivera y se invitaba al gobierno de Corrientes a entrar en la alianza ofensiva y defensiva estipulada.

El gobernador Ferré, ante lo crítico de la situación que la marcha del ejército federal de Oribe sobre Santa Fe representaba para Corrientes y para la causa de la cruzada libertadora, aceptaba entrar en la alianza, cuyas bases generales se habían establecido en el tratado de *Galarza.*

A tal efecto, el 14 de octubre de 1842 se reunían en Paysandú el presidente del Estado Oriental, general Fructuoso Rivera, el gobernador de Corrientes, Pedro Ferré, y los titulados gobernadores de Entre Ríos y de Santa Fe, generales José María Paz y Juan Pablo López, a fin de acordar lo más conveniente en la guerra común que sostenían contra el dictador Rosas. Convínose en esa reunión (1) que cada uno de los aliados concurriría a la guerra con todos los elementos de que pudiera disponer, sin excluir sacrificio alguno, y que el general Rivera, en su alto carácter de presidente de un estado, sería el *director de la guerra* con amplias facultades para celebrar pactos con los poderes extranjeros y con las repúblicas vecinas, en el interés de imprimir mayor vigor a la campaña libertadora.

---

(1) En la *Memoria del brigadier general Pedro Ferré* (pág. 883) pueden ser consultadas las actas que se levantaron en las conferencias que tuvieron lugar en Paysandú.



A consecuencia de los compromisos contraídos, el gobernador Ferré ponía a las órdenes del presidente Rivera los contingentes correntinos que aun permanecían en algunos puntos de la provincia de Entre Ríos, los cuales, sumados a los refuerzos hechos acudir a toda prisa de Corrientes, alcanzaron a 3.500 hombres de las tres armas con 10 piezas de artillería.

A su vez, el general Juan Pablo López se incorporó con algunos cuerpos de milicias de caballería que pudo sacar de Santa Fe al ser ocupada esta provincia por el ejército del general Echagüe, y el general Paz puso a disposición las escasas fuerzas entrerrianas que le permanecían fieles, resolviendo por su parte no intervenir personalmente en la lucha y retirarse a Montevideo por no estar de acuerdo con el carácter que los otros aliados pensaban imprimir a la nueva campaña contra Rosas, pues comprendía que se trabajaba inconscientemente en favorecer los ambiciosos planes de expansión del caudillo oriental sobre las provincias de Entre Ríos y de Corrientes. (1)

El general Rivera resolvía concentrar en la margen derecha del río Uruguay, entre Concordia y Paysandú, las fuerzas orientales y los contingentes obtenidos de Corrientes, Santa Fe y Entre Ríos, que vinieron a constituir el *sexto ejército libertador.*

Esta resolución respondía al deseo de ponerse cuanto antes en condiciones de hacer frente a las operaciones de la guerra que los generales de Rosas estaban combinando sobre la provincia de Entre Ríos.

El general Oribe llega a Santa Fe con el ejército vencedor de la Coalición del Norte.

El dictador Rosas, fuertemente impresionado por la derrota del general Echagüe en *Caaguazú,* por la doble invasión a Entre Ríos y dominio de esta provincia por los generales Paz y Rivera, como también por el pronunciamiento de la de Santa Fe, cuyo gobernador (Juan Pablo Ló-

(1) En la citada *Memoria de Ferré* (pág. 894) están especificados los motivos que el general Paz invocaba para justificar con el gobernador de Corrientes esa norma de conducta.



pez) había hecho causa común con sus enemigos, apresuróse a ordenar al general Manuel Oribe que desde las provincias del norte (donde el ejército federal estaba empeñado en sofocar las últimas resistencias de la coalición de aquellas provincias), marchase sin pérdida de tiempo hacia el litoral, a fin de restablecer la situación en Santa Fe, para abrir después operaciones sobre la de Entre Ríos una vez que hubiese recibido los refuerzos en personal y ganado y el material bélico que se le enviarían de Buenos Aires.

En los primeros días de abril de 1842, el general Oribe dirigíase con el ejército federal expedicionario a la provincia de Santa Fe, mientras el general Echagüe, que después de su derrota en *Caaguazú* habíase refugiado en Buenos Aires, salía de esta provincia también con dirección a Santa Fe, conduciendo una división que Rosas había puesto a sus órdenes.

El gobernador de Santa Fe, general Juan Pablo López, había reunido las milicias de la provincia y con ellas pretendió oponerse al avance de los federales hacia el río Paraná. Pero sus tropas fueron derrotadas el 12 y el 16 de abril en *Coronda* y en *Ascochingas*, viéndose entonces obligado a huir a Corrientes llevando un poco más de 500 hombres.

El general Oribe, después de cometer en la provincia de Santa Fe todo género de crueldades y de atropellos contra los partidarios del gobernador López (que había sido reemplazado en el gobierno de la provincia por el general Echagüe), se preparó a abrir la campaña sobre Entre Ríos, que sería el primer acto de la empresa que ambicionaba al otro lado del río Uruguay, pues el dictador Rosas, como premio a sus importantes servicios en la campaña contra Lavalle y contra la *Coalición del Norte*, habíale prometido su valiosa ayuda para que pudiese reconquistar el gobierno del Estado Oriental, que debió ceder en 1838 al caudillo Rivera.

El general Oribe pasa a Entre Ríos y abre operaciones hacia el río Uruguay.

A principios de noviembre de 1842, el general Oribe, que ya había recibido los refuerzos en personal y ganado y el material de guerra que Rosas le enviara por el río Paraná, juzgóse en situación de iniciar operaciones activas sobre el río Uruguay contra el ejército aliado que capitaneaba el general Rivera.

Dejando en la ciudad de Santa Fe una guarnición a las órdenes del coronel Santa Coloma, el general Oribe atravesó el río Paraná y se estableció con el ejército en los suburbios de la capital de Entre Ríos.

El general Rivera, alucinado por la esperanza de una campaña victoriosa contra el ejército federal, al cual consideraba enteramente a pie y extenuado por su larga campaña anterior en las provincias del norte, había avanzado a mediados de noviembre con algunas divisiones de caballería desde el río Uruguay sobre el Gualeguay, en cuya margen oeste se encontraba el gobernador de Entre Ríos, general Urquiza, con algunos cuerpos de milicias entrerrianas.

Este no juzgó prudente empeñar una acción que podía resultarle desfavorable; por lo cual abandonó la línea del Gualeguay para replegarse sobre la vanguardia del ejército del general Oribe, acampada en las inmediaciones de la ciudad de Paraná. (1)

El 14 de noviembre el I. cuerpo del ejército federal (1.600 jinetes a las órdenes del coronel Granada) poníase en marcha hacia el río Uruguay, seguido en los días posteriores por las demás unidades conducidas por el general Oribe.

---

(1) El general Urquiza cumplía con esto las órdenes de Oribe, quien con fecha 13 de noviembre habíale escrito: "Mucho conviene que usted nada aventure, pues pronto reunidos escarmentaremos esa turba infame de bandidos." Esto mismo repetía en una carta del 14 de noviembre: "Le recomiendo muchísimo no comprometa la fuerza; reunidos, concluiremos de golpe con ese *mulato* infame." (Documentación inédita del Archivo de gobierno de la provincia de Entre Ríos).



Las marchas resultaron necesariamente lentas, a causa del pesado convoy que acompañaba al ejército y por el interés de economizar el ganado de la caballería, pues la zona que atravesaba el ejército federal había sido devastada anteriormente durante las invasiones de los generales Paz y Rivera.

El 25 de noviembre el ejército federal atravesaba el río Gualeguay sin que la caballería libertadora, que iba retrocediendo a medida que avanzaba el enemigo, intentase oponerle una seria resistencia.

Batalla del Arroyo Grande (6 de diciembre de 1842).

El 1.º de diciembre todo el ejército libertador hallábase reunido en las puntas del *Arroyo Grande*, donde el general Rivera pensaba dar batalla a su adversario, para lo cual disponía de 2.000 infantes, 5.500 jinetes y 16 piezas de artillería.

El general Oribe llegaba a las inmediaciones de ese mismo punto el 5 de diciembre con el ejército federal, que ascendía a 9.000 hombres de las tres armas, perfectamente armados y equipados (2.500 infantes, 6.500 jinetes y 18 piezas de artillería).

Tomado el contacto por los dos adversarios, el general Oribe comprobó bien pronto que el ejército libertador demostraba intenciones de permanecer a la defensiva; en vista de lo cual el comandante en jefe de las tropas federales resolvió llevarle el ataque al día siguiente.

El 6 de diciembre el general Oribe, después de correrse un poco sobre su izquierda a fin de que sus tropas pudiesen actuar con holgura en el terreno situado al oeste del *Arroyo Grande*, forma su línea de batalla, entrando las diferentes unidades a tomar la colocación que se les había indicado con anterioridad.

Croquis N.º 10. — La formación de combate de los dos adversarios es la formación típica que predominaba en aquella época: al centro la infantería, con la artillería generalmente fraccionada e interpolada entre los batallones y en la misma línea de éstos; dos masas de caballería son situadas en las alas, con fuertes columnas

laterales de maniobra, de la misma arma, destinadas a flanquear la línea adversaria por sus dos extremos.

A causa de la extensión de la línea y de la rapidez de acción que siempre caracteriza a los encuentros en que interviene la caballería, ninguno de los dos comandantes en jefe ha creído oportuno constituir una *reserva general,* prefiriendo formar *reservas parciales de sector,* las cuales — como especialmente en el caso del ejército federal — no están a disposición del comandante en jefe, sino que han recibido órdenes "*de acudir a donde la necesidad las llamase* y *obrar según las circunstancias.*"

Establecida la línea de batalla, el general Oribe no tarda en impartir la orden para el ataque general, cesando desde ese momento su acción de comandante en jefe, pues tanto el centro como las alas tenían jefes propios, con misiones precisas de atacar la parte de la línea enemiga que tenían a su frente, y las reservas debían actuar en forma independiente.

El ejército federal avanza hasta la distancia eficaz de combate. El centro, a las órdenes del hábil general Angel Pacheco, abre el fuego contra el adversario. Mas, al poco tiempo, los tres batallones de la izquierda (1) reciben del general Pacheco la orden de cargar a la bayoneta contra una batería y dos batallones enemigos que tenían a su frente.

Esta operación, sostenida eficazmente por la batería de la izquierda (4 piezas), es realizada con todo arrojo: los batallones atacantes logran tomar la batería correntina y poner en fuga la infantería libertadora que cubría esa parte de la línea defensiva.

Quedaba en tal forma el ejército libertador cortado en dos partes, con el resultado de que toda la caballería del ala derecha de Rivera era aislada del resto de su línea.

Esta afortunada operación, dispuesta por la oportuna iniciativa del general Pacheco y llevada a ejecución con todo arrojo por

(1) Eran éstos el *Libres de Buenos Aires, Patricios del N.º 3 de la Guardia del Monte* y *Defensores de la Independencia oriental,* constituídos por tropas veteranas.



los jefes de los tres batallones de infantería, tuvo una influencia decisiva en el éxito del combate. Las dos caballerías opuestas habían venido a las manos, cargándose con inusitada violencia en el sector al oeste del campo de batalla. Aquí, en el primer momento, los escuadrones libertadores habían logrado rechazar los escalones de cabeza de la caballería federal. Empero, sostenidos éstos oportunamente por los escalones siguientes y, más que todo, favorecidos por la decisiva ruptura del frente libertador producida por la infantería del general Pacheco, la acción no tardaba en decidirse a favor de la izquierda federal, que se lanza en persecución de la desorganizada caballería enemiga del ala derecha.

Mientras tanto, sobre el resto del frente de batalla la acción permanecía indecisa. El ala derecha federal, ya sea porque el terreno no favoreciese su acción, o bien porque el general Urquiza procediese con excesiva prudencia, no cooperaba en la acción general con la misma eficacia con que lo hacían las demás tropas por el centro y la izquierda.

Sin embargo, esta situación indecisa no podía prolongarse durante mucho tiempo. El general Pacheco, observando el éxito alcanzado por su infantería de la izquierda, hacía avanzar inmediatamente los otros dos batallones emplazados a su derecha.

Reñido resultó el combate que sobrevino, especialmente por los estragos que en la infantería atacante causaba el fuego de la gran batería central del coronel Chilavert. Pero la infantería federal que ya había roto el centro enemigo, interviniendo oportunamente por el flanco y por la retaguardia, hacía cesar la última resistencia del centro libertador.

Este contraste obligaba a la caballería del general Ramírez a abandonar también el campo de batalla, tenazmente perseguida por los escuadrones federales.

La victoria del ejército federal era así completa, como total resultó la disolución del sexto ejército libertador. La persecución de los vencedores fué llevada hasta una distancia superior a 50 kilómetros del campo de batalla.

Las pérdidas sufridas por el ejército libertador ascendieron a 2.000 muertos y 1.400 prisioneros. En poder de los federales quedó toda la artillería, varias banderas, el parque y los bagajes, como también 14.000 caballos. De los prisioneros fueron degollados los sargentos y todos los oficiales; el personal de tropa fué incorporado a las unidades del ejército vencedor.

El general Rivera pudo salvarse con una parte de sus tropas atravesando a nado el río Uruguay frente al Salto. Los dispersos del contingente correntino, que no cayeron durante la persecución, se asilaron en su provincia.

Las pérdidas del ejército federal pueden considerarse insignificantes cuando se las compare con las de los vencidos: apenas 3 oficiales y 74 soldados muertos y 7 oficiales y 216 de tropa heridos. (1)

Consideraciones sobre esta campaña.

El combate decisivo del *Arroyo Grande* se caracteriza por un oportuno empleo de la infantería federal y por haberse sabido explotar a fondo el éxito obtenido con la ruptura del frente adversario para atacar por el flanco y la retaguardia al resto de la línea defensiva libertadora que permanecía inconmovible.

Además, esta acción táctica contiene una enseñanza muy grande sobre lo que debe esperarse de la oportuna y feliz iniciativa de un jefe (el general Pacheco), que sabe utilizar en el momento más favorable la eficacia de las tropas a su disposición para obtener la victoria, rompiendo la rutina consagrada en aquella época respecto al empleo táctico de las diferentes armas en el combate.

La actuación del general Rivera, a pesar de no poseerse datos precisos sobre las órdenes que haya podido impartir para el combate, no puede, en términos generales, escapar a una censura: es innegable que limitóse a una defensiva pasiva y que no supo intervenir

(1) En el *Apéndice* (anexo N.º 8) se transcriben los partes oficiales del general Oribe sobre este combate.



para neutralizar o aminorar el efecto del éxito de la infantería federal contra el centro libertador.

Disuelto en tal forma el ejército que había sido confiado a las manos ineptas del general Rivera, el poder de Rosas ganaba nuevos prestigios y afianzábase en forma inconmovible en las provincias de Santa Fe y de Entre Ríos. Unicamente quedaba en pie la indómita Corrientes, que habría de organizar muy pronto un nuevo ejército libertador, mientras el general Oribe, pasando al Estado Oriental con sus tropas después de la victoria de *Arroyo Grande* para recuperar el poder que abandonara a Rivera en 1838, se empeñaría en un estéril sitio de nueve años contra la heroica resistencia que le opondrá la ciudad de Montevideo.

NOTA BIBLIOGRAFICA DEL CAPITULO VIII

Campaña del Séptimo Ejército Libertador (1845-1846).

1.—Ruiz Moreno Martín: La revolución contra la tiranía y la organización nacional. 1 tomo. Rosario, 1905.

2.—Paz José María: Memorias póstumas. III tomo. 2.ª Edición. La Plata, 1892.

3.—De la Barra Federico: Narraciones. 1 tomo. Buenos Aires, 1897.

4.—Gómez Hernán Félix: Vida política del doctor Juan Pujol. 1 tomo. Buenos Aires, 1920.

5.—Mantilla M. F.: Estudios biográficos sobre patriotas correntinos. 1 tomo. Buenos Aires, 1884.

6.—Archivo Americano y espíritu de la prensa del mundo. Primera serie, núm. 25.

(1) Respecto a las obras que tratan todo el período histórico, véase la observación al pie de la *Nota Bibliográfica* del Capítulo I.



Capítulo VIII.—Campaña del Séptimo Ejército Libertador.

(1845-1846)

RESUMEN:

Los nuevos acontecimientos en Corrientes en 1843. — Invasión del ejército correntino a la provincia de Entre Ríos. — Retirada del ejército correntino. El general Paz organiza el séptimo ejército libertador. — Planes de campaña del general Paz. — Invasión del general Urquiza a la provincia de Corrientes.—El séptimo ejército libertador ocupa la posición de *Ubajahy*. — El general Urquiza regresa a Entre Ríos. Disolución del séptimo ejército libertador. — Consideraciones sobre esta campaña.

Los nuevos acontecimientos en Corrientes en 1843.

La victoria decisiva obtenida por el ejército federal el 6 de diciembre de 1842 en *Arroyo Grande*, además de los resultados generales que en el anterior capítulo se han mencionado, tuvo también el de cambiar la situación política en la provincia de Corrientes.

Una fracción reaccionaria, adversa al gobernador Ferré e inspirada por el general Urquiza, gobernador de Entre Ríos, se apoderaba del gobierno de aquella provincia. Todos los partidarios del régimen anterior y los jefes correntinos que después de la acción de *Arroyo Grande* habían regresado a la provincia, se vieron obligados a asilarse en Río Grande do Sul o en el Paraguay, para escapar así a la venganza de los hombres que habían escalado el poder de la provincia y que eran fácil presa de los manejos políticos del general Urquiza.

La resistencia contra Rosas tomaba cuerpo, mientras tanto, en el Estado Oriental. Al mismo tiempo que el general Rivera se conservaba en el interior del país esforzándose en reunir elementos pa-

ra dar combate al ejército invasor y obtener el desquite de *Arroyo Grande,* la ciudad de Montevideo, encargando al general Paz la organización de su defensa, preparábase a resistir el sitio que no tardaría en establecer el ejército del general Oribe.

Este, en efecto, después de haber obtenido de Rosas la autorización de pasar al Estado Oriental con las tropas a sus órdenes, a fin de reconquistar el poder cedido a Rivera en 1838, atravesaba el río Uruguay en los últimos días del año 1842. Fraccionando sus fuerzas en dos núcleos, entregó uno de ellos al general Urquiza, encargándole de abrir operaciones contra el general Rivera que se mantenía en la campaña, y con el otro a sus inmediatas órdenes se dirigió sobre Montevideo para ponerle sitio.

El tiempo que había dejado transcurrir el general Oribe desde la victoria del *Arroyo Grande* hasta el momento en que pasó al Estado Oriental, fué la salvación del *partido colorado,* cuyos dirigentes tuvieron tiempo no sólo de organizar la resistencia en la campaña, sino también de poner la ciudad de Montevideo en condiciones de resistir el sitio que habría de establecer y de mantener infructuosamente durante nueve años el general Oribe con el poderoso ejército que habíale entregado el dictador Rosas.

Mientras tanto, los emigrados correntinos refugiados en Río Grande se complotaban para invadir su provincia natal, a fin de restablecer en ella la anterior situación, independizándola de la influencia del gobernador de Entre Ríos.

El 31 de marzo de 1843, Joaquín Madariaga, seguido por 108 compañeros, atravesaba el Uruguay por Uruguayana, avanzando inmediatamente sobre el río Corrientes, donde se le reunió el coronel Nicanor Cáceres con algunos partidarios. Aumentados ya a 300 hombres, los revolucionarios cayeron sobre la ciudad de Goya, cuyas autoridades debieron ponerse en salvo apelando a la fuga.

La revolución encontró eco favorable en toda la provincia. Engrosadas sus filas, los revoltosos avanzaron sobre la capital y se apoderaron de ella después de disolver en su camino los grupos que pretendían cortarles el paso. Una tentativa del coronel Galán, al

frente de una columna de 1.600 hombres de tropas correntinas y entrerrianas, para apoderarse de la capital en poder de los partidarios de Madariaga, se convirtió en un desastre: el 6 de mayo de 1843 las fuerzas del coronel Galán son sorprendidas y derrotadas en *Laguna Brava* por las tropas revolucionarias, que no pasaban de 600 hombres, las cuales persiguen tenazmente a los derrotados hasta obligarlos a asilarse en Entre Ríos.

Triunfante la revolución, Joaquín Madariaga es nombrado gobernador interino el 31 de agosto de 1843; su elección es ratificada en propiedad el 21 de septiembre del mismo año.

Las nuevas autoridades correntinas no ignoraban que los acontecimientos por ellas provocados y que habían creado un nuevo estado de cosas, no serían contemplados con indiferencia ni por el general Urquiza, ni por el dictador Rosas, pues su mutuo interés les aconsejaría extirpar de raíz, con mano firme y sin demora alguna, hasta las últimas veleidades de rebelión en la levantisca provincia de Corrientes.

Invasión del ejército correntino a la provincia de Entre Ríos.

Preparándose, pues, a hacer frente a los próximos acontecimientos inevitables, el gobernador Madariaga se apresuraba a concentrar las fuerzas de la provincia en las inmediaciones de Mercedes (campamento de *Villanueva*). Con incansable actividad y echando mano de todos los recursos de que disponía en la provincia, logró reunir al poco tiempo un ejército de 4.500 hombres regularmente armados y equipados (400 infantes, 4.000 jinetes y 4 piezas de artillería), al frente del cual invadió la provincia de Entre Ríos para obrar en combinación con el general Rivera, quien se sostenía con éxito en la campaña oriental contra las fuerzas desprendidas en su persecución por el general Oribe, a las órdenes del general Urquiza.

Al decidirse por el plan ofensivo que representaba la invasión a la provincia de Entre Ríos, el gobernador Madariaga no podía pretender, con los escasos y deficientes elementos que constituían su

ejército, desarrollar una campaña cuya finalidad fuese la de llevar las operaciones de la guerra al centro mismo del poder de Rosas. Sus intenciones eran más moderadas y estaban, hasta cierto punto, en armonía con el rendimiento que era prudente esperar de la eficacia de sus tropas.

Sobre este mismo particular, he aquí cómo se expresa uno de sus biógrafos (1) al determinar los planes del gobernador Madariaga en relación con las características del ejército correntino, que también se detallan: "Las fuerzas (que componían el ejército co-
" rrentino) eran de caballería, por la escasez de armas y de oficia-
" les de infantería; el armamento no era igual ni bueno; la gran
" mayoría de jefes y oficiales eran nuevos y sin hábitos marciales.
" El entusiasmo y el corto aprendizaje de pocos meses suplían es-
" tos inconvenientes, mas no a punto de formar un ejército pode-
" roso capaz de batirse con cualquiera de los bien provistos y ague-
" rridos de Rosas; sobraban brazos, pero faltaron elementos mili-
" tares y tiempo; el ejército era fuerte por su número y su dispo-
" sición y como defensa de la provincia tan sólo. Madariaga cono-
" cía esta dificultad para una campaña cuyo objetivo fuera la des-
" trucción inmediata del tirano y, por consecuencia, no entró en su
" plan semejante pretensión. Otro fué su propósito. Urquiza había
" pasado el Uruguay por orden de Oribe, dejando al general Eu-
" genio Garzón al mando del ejército de reserva de Entre Ríos, y,
" al mismo tiempo, parecía que esta provincia estaba anarquiza-
" da y con síntomas de reacción contra él. *Destruir a Garzón e in-*
" *ternarse a promover y proteger un levantamiento de los entre-*
" *rrianos, fué el plan de Madariaga.* Siendo feliz la campaña y res-
" pondiendo a ella Entre Ríos, las fuerzas federales quedarían cor-
" tadas en el Estado Oriental, Corrientes ensancharía su teatro y
" sus elementos y con dos provincias en el litoral y los aliados na-
" turales de la República Oriental, la revolución argentina toma-
" ría cuerpo y respetabilidad."

(1) Manuel F. Mantilla: obra citada, pág. 224.

De resultar exactos las intenciones y los fundamentos de las mismas, atribuídos al plan de invadir a Entre Ríos que formuló el gobernador Madariaga, nada podría objetarse a la concepción de esta empresa, pues, al mismo tiempo que se obtenían resultados inmediatos y directos en la provincia que era la natural base de operaciones del ejército federal que operaba en el Estado Oriental, se concurría indirectamente a dificultar la libertad de acción de los generales Urquiza y Oribe, favoreciendo en tal forma la resistencia que el general Rivera en la campaña y el gobierno oriental en la ciudad de Montevideo oponían a las poderosas fuerzas invasoras.

Repitiéndose la situación del mes de julio de 1839 a raiz de la invasión al Estado Oriental por el general Echagüe, la provincia de Entre Ríos, al iniciar su avance el ejército correntino en 1843. venía a quedar otra vez casi desguarnecida de fuerzas, pues el interés de dar impulso a las operaciones en el Estado Oriental contra Rivera había inducido al general Oribe a llevar al otro lado del Uruguay la mayor parte de las tropas de aquella provincia.

Bien es cierto que, en previsión de eventuales operaciones de las milicias correntinas sobre el territorio de Entre Ríos, el general Urquiza había dispuesto la formación de un ejército de reserva en el campamento del *Arroyo Grande*. Pero la deserción que se produjo en sus filas inutilizó toda tentativa de impedir la invasión del ejército correntino y su aproximación al río Uruguay para combinar sus operaciones con las de las fuerzas del general Rivera.

El 12 de diciembre de 1843 el gobernador Madariaga abría la campaña sobre Entre Ríos. Sin encontrar resistencia, el ejército invasor ocupaba sucesivamente Mandisoví y Concordia, y ya el 25 de ese mes puede decirse que dominaba todo el sector comprendido entre el Gualeguay, el Arroyo Grande y el río Uruguay.

Interesado en batir las fuerzas del general Garzón, que habían abandonado el campamento del Arroyo Grande y retrocedido hacia el sur, el gobernador Madariaga no podía, sin embargo, avanzar más allá de Concordia con el grueso del ejército antes de haber asegurado la situación sobre sus espaldas. El pueblo del Salto ha-

llábase ocupado por fuerzas enemigas, las cuales, aprovechando un avance hacia Gualeguaychú del ejército correntino en persecución de la columna del general Garzón, podían atravesar el Uruguay y caer sobre la retaguardia de las tropas que hubiesen dejado sus espaldas imprudentemente desguarnecidas.

Fué así que el gobernador Madariaga, antes de emprender nuevas operaciones desde Concordia, resolvía apoderarse de la localidad oriental del Salto. Al efecto, dejando el grueso del ejército en Yuquery con una vanguardia adelantada hasta el Arroyo Grande, Madariaga atravesaba el Uruguay con seis escuadrones de caballería y 250 infantes, con los cuales se apoderó el 31 de diciembre de aquella localidad, que durante la noche había sido evacuada por la fuerza que la defendía (200 infantes y 4 piezas).

Tan pronto como algunas tropas destacadas por el general Rivera pudieron tomar a su cargo la ocupación del Salto, el gobernador Madariaga repasó el Uruguay con su destacamento, para avanzar a los pocos días con todo el ejército desde Yuquery en dirección a las puntas del arroyo Gualeguaychú, empeñado en dar combate a las fuerzas del general Garzón.

El 17 de enero de 1844 se producía sobre el Arroyo Grande un encuentro entre la vanguardia correntina (2.000 jinetes) y las fuerzas entrerrianas del general Garzón, que alcanzaban a 1.300 hombres de infantería y caballería.

La acción resultó muy reñida, logrando los correntinos dispersar totalmente la caballería enemiga que ocupaba las dos alas. Pero el centro del general Garzón, formado por la infantería, pudo sostenerse con eficacia y rechazar los sucesivos ataques de los escuadrones adversarios.

El combate quedó indeciso por la llegada de la noche. Pero el general Garzón, considerándose en situación sumamente desventajosa para reanudar la acción al día siguiente (pues el grueso del ejército correntino podía acudir a reforzar la vanguardia), resolvió desprenderse del adversario a favor de la obscuridad y alejarse precipitadamente del campo de batalla.

Retirada del ejército correntino. El general Paz organiza el séptimo ejército libertador.

Desconcertado por esta retirada del enemigo, el gobernador Madariaga no juzgó prudente seguir sobre sus pasos con todo el ejército, limitándose a destacar una fuerte columna en su persecución.

Comprendiendo que la prolongación de la permanencia del ejército correntino en Entre Ríos podría crearle muy serios peligros, tanto porque no tardarían en llegar los refuerzos que el dictador Rosas enviaba al general Garzón, como por la circunstancia de que no se había producido la esperada reacción de los habitantes de la provincia invadida, el gobernador Madariaga consideró terminada su misión en Entre Ríos, resolviendo, en consecuencia, regresar con el ejército a Corrientes.

Si bien la campaña fué estéril en resultados militares, ella produjo, sin embargo, algunos beneficios de otro orden, tales como el de adiestrar para la guerra las tropas que componían ese ejército improvisado y el de impedir el desarrollo de los planes que pudo haber concebido el general Garzón sobre la provincia de Corrientes

En marzo de 1844 el ejército correntino se encontraba de regreso en su campamento de Villanueva, seguido hasta la frontera por las fuerzas del general Garzón, que quedaron de observación sobre ella.

El gobernador Madariaga, aleccionado hasta cierto punto por los resultados militares negativos de su expedición sobre Entre Ríos, juzgó indispensable poner al frente del ejército libertador a un militar de prestigio, que a sus condiciones de organizador reuniese las de hábil conductor de tropas. La elección recayó en el general Paz, quien, por disensiones surgidas entre los defensores de la plaza de Montevideo a fines de 1844, se había retirado a Río de Janeiro.

Aceptada la designación, el general Paz se trasladó a Corrientes, donde era nombrado, por ley del 17 de enero de 1845, *director*

de la guerra contra Rosas, "con el objeto de salvar la revolución, derrocar al tirano y constituir al país." (1)

Empero, el gobierno de Corrientes no juzgó conjurado el peligro con esta simple medida. Comprendiendo que no tardaría en caer sobre la provincia todo el peso del poder de las fuerzas federales no bien el general Urquiza lograse vencer al general Rivera en el Estado Oriental, se preocupó de atraerse nuevos elementos que aumentaran las probabilidades de éxito en las futuras operaciones militares.

Al efecto, el 11 de noviembre de 1845 estipuló un tratado de alianza ofensiva y defensiva con el Paraguay, cuyo presidente, Carlos Antonio López, se comprometió a enviar un fuerte contingente de tropas de las tres armas en refuerzo del ejército correntino.

El estado del séptimo ejército libertador en marzo de 1845, al hacerse cargo del mismo el general Paz en Villanueva, era desastroso (según él mismo lo declarara en sus *Memorias*), tanto por la falta de instrucción y disciplina como por el material de guerra escaso y anticuado que poseía y por los celos mutuos que existían entre sus principales jefes. Pero lo más lamentable en él, la principal dificultad con que debería tropezar el general Paz en sus nuevas funciones, consistía — según su propia declaración — "en moralizar esa masa de hombres, en desarraigar vicios casi inveterados, y establecer una disciplina racional, sin la cual era imposible

---

(1) En la obra de *Martín Ruiz Moreno* (La revolución contra la tiranía y la organización nacional, tomo I, pág. 21), están indicados las atribuciones y los deberes que la ley del 17 de enero de 1845 confería al director de la guerra. El artículo 10, que se refiere al juramento que el general Paz debía prestar en manos del gobernador, reviste especial interés, por las serias responsabilidades que el título que le había sido conferido creaba al general Paz. Dicho artículo determinaba la siguiente fórmula del juramento: "Juro a Dios nuestro Señor por estos Santos Evangelios y a la Patria, proceder fiel y legalmente en el destino a que soy llamado; promover y adoptar todos los medios que estén a mis alcances para derrocar la tiranía que hoy oprime la República; sostener la integridad del territorio nacional; defender el de esta provincia y cualquiera otra que hubiera entrado en la lucha, contra toda agresión; propender a la organización nacional; y someter el poder de las armas a la autoridad que en virtud de ella se estableciere."

"vencer." Con suma constancia y mediante una labor infatigable, el general Paz se dedicó a organizar el ejército que se le había confiado y a dotarlo del material de guerra de que carecía.

Planes de campaña del general Paz.

Tan pronto como se hizo cargo de sus nuevas funciones, el general Paz comprendió que el estado orgánico y operativo del ejército libertador reunido en el campamento de Villanueva no era una garantía suficiente para emprender con él una inmediata campaña ofensiva.

Sin embargo, la situación de la provincia de Entre Ríos, casi desguarnecida de fuerzas a causa de encontrarse el general Urquiza operando con el ejército entrerriano en territorio oriental, era sumamente tentadora; y el general Paz había resuelto llevar la invasión a la provincia vecina tan pronto como el estado de preparación del ejército libertador fuese tal, que no sólo diese seguridad de un éxito favorable en esta empresa relativamente fácil, sino también de poder continuar sin interrupción las operaciones sobre la provincia de Buenos Aires, pues la caída del dictador Rosas constituía el principal motivo militar y político de esta nueva cruzada libertadora.

No obstante, los acontecimientos sobrevenidos al poco tiempo de asumir el comando en jefe de las tropas reunidas en el campamento de Villanueva, obligarían al general Paz a modificar su primitivo plan de campaña.

El 27 de marzo de 1845 el caudillo Rivera sufría una derrota completa en *India Muerta,* viéndose obligado a refugiarse en Río Grande do Sul después de haber sido aniquiladas las fuerzas con que había sostenido durante dos años la resistencia en la campaña contra las fuerzas federales invasoras. El general Urquiza quedaba ahora en libertad de pasar a Entre Ríos con sus tropas aguerridas, para abrir operaciones sobre la provincia de Corrientes.

Se ha criticado al general Paz la aparente inactividad en que permaneció en Villanueva, no sólo en las semanas anteriores a la

acción de *India Muerta,* sino también después, hasta fines de 1845, época en la cual el general Urquiza recién recibía la autorización de Rosas de regresar a su provincia con las fuerzas entrerrianas ven cedoras.

Sin embargo, la acusación es inconsistente cuando se examinen la escasa capacidad operativa del ejército libertador, las dificultades a vencer en una campaña a fondo a través de las provincias de Entre Ríos y de Santa Fe hasta llegar a la de Buenos Aires y el peligro permanente de una acción del ejército enemigo que operaba en el Estado Oriental.

Muy acertadamente, un historiador emite el siguiente juicio: "Para nosotros el general Paz procedió con plenísima razón. Na- " die más que él, político y militar, estaba habilitado para conven- " cerse de que el sacrificio de Corrientes sería estéril si la escena del " Plata no cambiaba sus valores, con la intervención anglo-france- " sa, o si en el territorio oriental Rivera no vencía a las tropas fe- " derales de los tenientes del tirano. Una u otra circunstancia de- " bía producirse para que el esfuerzo militar viese equilibrados sus " factores. Si no, se vencería, tal vez, en Entre Ríos, para estre- " llarse contra el poder rosista en la campaña bonaerense, o encon- " trarse el ejército falto de apoyo, frente a las fuerzas que dirigía " Urquiza, a retaguardia, en territorio oriental. El dilema era de " hierro, y el general Paz, convencido, apenas mantiene viva la re- " sistencia en el norte argentino, con incursiones por la vía del " Chaco, mientras prepara la defensiva en la provincia." (1)

Descartada la posibilidad de una ofensiva, como consecuencia del giro que habían tomado los sucesos en el Estado Oriental por el triunfo federal en *India Muerta,* el comandante en jefe del ejército libertador decidía mantenerse a la defensiva en la provincia de Corrientes, dedicando todos sus esfuerzos a completar el grado de preparación de sus tropas.

---

(1) **Hernán F. Gómez:** ***Vida pública del Dr. Juan Pujol,*** **pág. 63.**

A fin de comprender mejor el nuevo plan de operaciones que formulará el general Paz ante la nueva situación, conviene indicar cuál era su juicio sobre las intenciones probables de su adversario. Helo aquí:

"Sojuzgada enteramente la campaña oriental, por consecuen-
" cia de la batalla fatal de la *India Muerta*, era infalible que Ur-
" quiza, reforzando su ejército con el de Garzón, se lanzaría sobre
" Corrientes. Era también natural que la invasión fuese podero-
" sa, ya por la calidad de las tropas, ya por el número a que po-
" drían subir, y, en tal caso, no podía ni debía librar la suerte de
" la campaña y de la revolución a una batalla desventajosa. Era
" necesario antes debilitar al enemigo con maniobras adecuadas,
" con una guerra de partidas y con las ventajas naturales del te-
" rreno. Era probable que tuviésemos que abandonarle muchas po-
" blaciones y hasta la capital, pero era también indudable la dis-
" posición de los habitantes a emigrar."

En previsión de esta última eventualidad, el general Paz hizo reconocer sobre el Alto Paraná un paraje adecuado, que pudiese servir de refugio a los habitantes y sus ganados en el caso de un avance del enemigo por el interior de la provincia. La elección recayó en la *Tranquera de Loreto*, cuya fortificación y defensa serían una tarea relativamente fácil a causa de las condiciones naturales del terreno. En caso extremo, el mismo ejército libertador retrocedería hasta ese punto, conservando libres en todo momento sus comunicaciones con el Paraguay después de haber alejado a gran distancia de su base al ejército invasor.

Paralelamente con estos preparativos de defensa, el general Paz preocupábase de extender a las demás provincias argentinas el movimiento revolucionario contra Rosas.

Conociendo que en Santa Fe existían condiciones favorables para un pronunciamiento, el general Paz comisionó al general Juan Pablo López — anterior gobernador de aquella provincia — para que invadiese a Santa Fe por el Chaco y se apoderase de su capital,

proclamando la revolución contra Rosas. Este sería el primer paso que permitiría extender el movimiento a las demás provincias. (1)

La empresa del general López se vió al principio favorecida por el éxito. Salida de Corrientes a fines de junio de 1845, la columna expedicionaria fué engrosándose en su tránsito por la provincia de Santa Fe; por sorpresa lograba apoderarse de su capital y establecerse en ella.

Empero, dando pruebas muy pronto de una total incapacidad para aprovechar las ventajas que podían derivarse de este primer triunfo, el general López dió tiempo a que desde la provincia de Buenos Aires avanzasen tropas sobre la de Santa Fe, las cuales, después de obligarle a abandonar precipitadamente la ciudad, lo alcanzaban y derrotaban en el combate de *San Jerónimo* (o de *Mal Abrigo*) el 12 de agosto de 1845. (2)

Fracasada la empresa sobre Santa Fe, el general Paz debió abandonar toda esperanza de una cooperación eficaz y oportuna de las demás provincias. A partir de entonces, las miras del gobernador Madariaga y del mismo general Paz se dirigieron a interesar al gobierno paraguayo a que participara en la guerra contra Rosas. enviando al efecto sus tropas en refuerzo del ejército correntino libertador.

Las negociaciones obtuvieron feliz resultado: el 11 de noviembre de 1845 estipulábase una alianza ofensiva y defensiva entre la provincia de Corrientes y el Paraguay contra la persona de Rosas (3), y en cumplimiento de los pactos contraídos, el gobierno para-

---

(1) *Mantilla* atribuye a esta empresa confiada al general López "el triple propósito de acostumbrar a los correntinos a operaciones lejanas, demostrar a los ministros extranjeros que Rosas los engañaba asegurándoles no tener enemigos, y provocar un levantamiento en Santa Fe." (Obra citada, pág. 242).

(2) En la obra de Antonio Díaz, ya citada, puede consultarse un croquis y la relativa descripción de este combate (tomo VII, pág. 203).

(3) "La República del Paraguay, sin nuevo convenio, concurriría con un ejército que no excediera de 10.000 hombres y con todas sus fuerzas navales, debiendo el Estado de Corrientes y el general Paz emplear todas sus diligencias para elevar su ejército al mismo número; y el Paraguay autorizaba al general Paz para la dirección de la guerra; los 10.000 paragua-

guayo enviaba por agua el primer contingente, formado por una división de 4.000 hombres de las tres armas al mando de Francisco Solano López, general de 18 años de edad e hijo del presidente de aquel país, Carlos Antonio López.

De acuerdo con los términos del convenio, la expedición debía ser provista en territorio correntino de todos los elementos de movilidad necesarios y del ganado en pie para la alimentación de las tropas.

Invasión del general Urquiza a la provincia de Corrientes.

El 13 de enero de 1846 el general Paz, cuyo ejército ascendía en el campamento de Villanueva a dos batallones de infantería, 4.000 jinetes y 14 piezas de artillería (1), tuvo el primer aviso de la aparición de una partida enemiga en *Pago Largo* (inmediaciones de Curuzú-Cuatiá) (2). Esta noticia dejaba entender claramente que se había producido ya, o que estaba muy próxima, la esperada invasión del ejército entrerriano, pues no era a creer en una incursión aislada de una parte de la caballería federal en el interior del territorio correntino, exponiéndose a ser cortada por las tropas que vigilaban la frontera.

"yos serían de las tres armas y su organización podría ser modificada por "el Director; cada uno de los aliados sostendría sus fuerzas; en el territorio "enemigo no se indemnizaría cuando fuere necesario al ejército y se aprehen- "diese; en el territorio de Corrientes, este Estado suministraría caballos y "ganados al ejército paraguayo, a precio fijo, y serían abonados con yerba "y tabaco; las fuerzas paraguayas se transportarían a Corrientes por divisio- "nes, la primera de 3.200 plazas con 4 piezas de artillería, y las sucesivas "no bajarían de 1.500. Tales fueron las cláusulas principales del tratado de "alianza." (*Manuel F. Mantilla*: obra citada, pág. 255).

(1) En la obra de Isidoro De María ("*Anales de la defensa de Montevideo*", tomo III, pág. 121), existe un estado numérico del séptimo ejército libertador en diciembre de 1845, cuya consulta resultará útil a los que deseen profundizar el estudio de esta campaña.

(2) El *Croquis N.º* 11 permite seguir, en líneas generales, las operaciones de esta campaña en el territorio de Corrientes. A los que deseen ampliar el estudio de la misma u obtener una impresión más completa de las condiciones geográficas del teatro de operaciones del año 1846, recomendamos consultar la *Carta N.º* 2 del IV tomo de nuestra obra "La Guerra del Paraguay".



En consecuencia, el general Paz resolvía pasar con el ejército al oeste del río Corrientes, enviando órdenes al jefe de la columna paraguaya — que había desembarcado en *Rincón de Soto* (cerca de Goya) y a quien suponía ya en marcha hacia Villanueva, según la orden que le había remitido anteriormente — de no pasar el río Corrientes, debiendo esperar al ejército libertador al oeste del río a fin de incorporársele después de haberlo atravesado las tropas que él haría marchar inmediatamente del campamento de Villanueva.

Al abrigo del importante obstáculo presumía el general Paz poder detener con éxito, con todo el ejército libertador reunido, el avance del general Urquiza y, tal vez, encontrar la oportunidad de repetir la maniobra victoriosa de *Caaguazú.*

El general Urquiza, después de su decisivo triunfo de *India Muerta* sobre el caudillo Rivera y tan pronto como juzgó pacificada la campaña del Estado Oriental con la desaparición de aquel caudillo y con la dispersión de sus partidarios, obtuvo de Rosas la autorización de emprender una expedición sobre la provincia de Corrientes.

El 24 de diciembre de 1845 el general Urquiza regresaba a Entre Ríos con las tropas que lo habían acompañado en su campaña en el Estado Oriental, y el 2 de enero de 1846, ultimados los preparativos de organización del ejército federal y reunidas a sus fuerzas las unidades de reserva del general Garzón, iniciaba la campaña sobre Corrientes al frente de un poco más de 6.000 hombres de las tres armas, en su mayor parte personal veterano.

Por el camino central de la *Cuchilla Grande* poníase en marcha el ejército entrerriano, saliendo de los alrededores de Concordia. La vanguardia, formada por tres divisiones de caballería y un batallón montado, iba a las órdenes inmediatas del general Urquiza, mientras el grueso del ejército, que salió el 3 de enero del campamento del *Arroyo Grande,* seguía a una jornada de marcha conducido por el general Garzón.

"El día 4 (de enero) el general Urquiza recibió noticias fide-" dignas de que el gobierno paraguayo había concertado alianza

" con el gobierno de Corrientes, y que debía pisar muy pronto " esa provincia argentina una fuerte división de las tres armas, " mandada por el gobierno paraguayo en cumplimiento del tratado de alianza. Esto decidió al general Urquiza a precipitar sus " marchas, con el propósito de dar una batalla decisiva al señor " general Paz, antes que recibiese la división paraguaya." (1)

El 12 de enero era alcanzada en Basualdo la frontera de Corrientes, produciéndose ligeras escaramuzas con las tropas correntinas de caballería allí destacadas por el general Paz en observación de la frontera.

Después de un breve descanso en *Basualdo,* el ejército federal continuaba su avance el 15 de enero hasta *Pago Largo.* En este punto el general Urquiza era informado de que un poco más al norte estacionaba una fuerza de caballería enemiga a las órdenes del coronel Cáceres. Sin pérdida de tiempo resuelve avanzar sobre ella con la vanguardia, efectuando una marcha nocturna a fin de caer por sorpresa contra esas tropas, impidiéndoles que pudieran ponerse en salvo con una oportuna retirada hacia el campamento de Villanueva.

El 16 de enero, en efecto, el coronel Cáceres era sorprendido en el arroyo *Las Hosamentas* por la vanguardia federal. En el rápido encuentro que se siguió, sus tropas, en número de 400 hombres, fueron fácilmente vencidas y destrozadas por la caballería entrerriana.

En este mismo día llegábale al general Urquiza la noticia de que la división paraguaya pisaba ya el territorio de Corrientes, habiendo desembarcado en las inmediaciones de Goya. El comandante en jefe del ejército federal no tardó en concebir el plan de operar en una forma que impidiese la reunión de la división paraguaya al ejército del general Paz en Villanueva. Este resultado lo obtendría si lograba maniobrar de modo a interponerse entre los dos grupos para batirlos en detalle.

Al efecto, la vanguardia federal, siguiendo la dirección del cam-

(1) Martín Ruiz Moreno: obra citada, tomo I, pág. 44.

pamento de Villanueva, tendría la tarea de llamar la atención y de entretener de frente al general Paz, mientras el grueso del ejército, apresurando sus marchas y variando de rumbo, se dirigiría a pasar el río Corrientes por *Paso Santillán*.

No puede negarse que el concepto estratégico encerrado en este plan del general Urquiza consultaba perfectamente la situación de conjunto. La idea de interponerse entre los dos grupos adversarios para batirlos aisladamente antes de que, reunidos, pudiesen contar con superioridad numérica sobre el ejército invasor, ofrecía grandes probabilidades de éxito siempre que la tarea encomendada a la vanguardia fuese llenada con habilidad y energía, distrayendo la atención del general Paz y aferrando sus tropas al este del río Corrientes, y siempre que, también, la operación a cargo del grueso fuese ejecutada con rapidez y por sorpresa, en forma a impedir al grupo del campamento de Villanueva el pronto conocimiento de la maniobra que se estaba realizando sobre sus espaldas, por el terreno situado al oeste del río Corrientes.

Además, y aun suponiendo que la operación confiada a la vanguardia no diese el resultado previsto, ya sea porque fuese conocida a tiempo por el enemigo la operación envolvente que ejecutaba el grueso del ejército federal, o bien porque el general Paz hubiese resuelto con anticipación reunirse a los refuerzos paraguayos al *oeste* del río Corrientes, el pasaje de este río ejecutado por el grueso del ejército entrerriano por *Paso Santillán* conservaba el carácter de una resolución muy acertada, pues permitía a las fuerzas invasoras el franqueo de este importante obstáculo fuera del radio de la acción inmediata de las tropas enemigas.

Por todas estas razones, la resolución tomada el 16 de enero por el general Urquiza merece ser apreciada como una medida que, en esta oportunidad, hace honor a las cualidades militares del comandante en jefe del ejército federal.

El séptimo ejército libertador ocupa la posición de Ubajahy.

Por las circunstancias ya enunciadas, que se sintetizan en factores de espacio y de tiempo, la maniobra realizada por el ejército federal no obtuvo el resultado estratégico previsto por el general Urquiza, pues, si bien el pasaje del río Corrientes pudo ser efectuado por el ejército invasor, sin muchos inconvenientes, del 21 al 23 de enero, el ejército enemigo, en cambio, había conseguido escapársele a tiempo, efectuando una oportuna retirada antes de que la vanguardia federal hubiese tenido oportunidad de hacer sentir una acción eficaz contra las tropas enemigas reunidas en el campamento de Villanueva.

En efecto: el general Paz, al tener conocimiento de la derrota de las fuerzas del coronel Cáceres en el arroyo *Las Hosamentas*, había abandonado, ya el 16 de enero, el campamento de Villanueva y retrocedido en dirección al *Paso Nuevo* del río Corrientes (en el camino Mercedes-Bella Vista), donde debía reunírsele la división paraguaya.

Esta oportuna resolución del comandante en jefe del ejército libertador vino a mejorar grandemente su difícil situación, pues lograba atravesar el río sin ser molestado por el enemigo y efectuar el 22 de enero su reunión con la división paraguaya, esterilizando así a tiempo la atrevida maniobra del general Urquiza.

Informado poco después de que el ejército enemigo había franqueado el río en Paso Santillán y de que sus operaciones se dirigían hacia el norte, el general Paz, poco confiando en la eficacia de sus tropas para una maniobra ofensiva, resolvió retroceder en dirección al noroeste por la estrecha faja del terreno comprendido entre el río Santa Lucía y el estero del Batel, esperando una oportunidad favorable para caer sobre el ejército enemigo no bien prosiguiese su avance. Una fuerte retaguardia de caballería (1.500 jinetes), a las órdenes del general Juan Madariaga, tenía la misión de proteger el movimiento retrógrado del ejército libertador. Además, el gobernador de Corrientes, Joaquín Madariaga, con una columna de 1.500 jinetes, estaba encargado de cerrar el camino

a la capital de la provincia, defendiendo el pasaje del río Santa Lucía, que se hallaba muy crecido.

Desde *Paso Santillán*, el general Urquiza avanzó sobre el río Santa Lucía, alcanzando el 30 de enero el paso de *Isla Alta*.

Abandonando la idea de atravesar el río para apoderarse de Bella Vista y de la capital — cuyo camino estaba cubierto únicamente por la columna del gobernador Joaquín Madariaga — el comandante en jefe del ejército federal decidía seguir en persecución del ejército del general Paz para forzarlo a un combate.

El 4 de febrero la vanguardia federal tenía un encuentro con la retaguardia correntina (1.200 jinetes) en *Laguna Limpia*. Esta última era derrotada, y su jefe, el general Juan Madariaga, tomado prisionero.

Este contraste de la caballería del ejército libertador, por lo mismo que aumentaba el prestigio de la caballería adversaria, indujo al general Paz a buscar para sus tropas una posición en la cual quedase anulada esa importante superioridad del enemigo.

Al efecto, resolvió trasladarse hasta los bañados de *Ubajahy*, posición previamente reconocida como de fácil defensa y contra la cual no tendría acción la numerosa caballería entrerriana.

Forzando sus marchas para no ser alcanzado por el enemigo, el ejército libertador llegaba el 10 de febrero a los bañados de *Ubajahy*, tomando posición en ellos. Aquí se le reunió la columna de 1.500 jinetes, que había operado al oeste del Santa Lucía a las órdenes del gobernador Joaquín Madariaga. Al día siguiente la vanguardia enemiga aparecía frente a las posiciones ocupadas por el ejército libertador.

Croquis N.º 12. — El terreno donde el general Paz había elegido la posición defensiva y colocado sus tropas no permitía en forma alguna un ataque del ejército del general Urquiza con probabilidades de éxito.

Delante de la posición de los libertadores existía una cañada sumamente pantanosa, que por el norte se prolongaba hasta el Alto Paraná y por el sur se unía al estero de Santa Lucía, impidiendo

cualquiera maniobra envolvente. (1) En el frente mismo de la posición, las aguas detenidas de la cañada formaban un estero de bastante profundidad y de unos cien metros de ancho, a través del cual existía un único y estrecho pasaje; a los dos costados de éste y a una distancia de mil metros la una de la otra había dos isletas de árboles, cuya ocupación por la infantería daba oportunidad de flanquear por medio de fuegos cruzados toda la extensión del estero.

El general Paz, aprovechando con suma habilidad los accidentes del terreno, había hecho ocupar con infantería las dos isletas de árboles y situado el resto de su ejército en un terreno elevado que existía al otro lado del estero. Además, en el interés de aumentar el valor defensivo de la posición y de inutilizar totalmente la acción de la caballería enemiga, hizo clavar diez mil estacones en todo el estero y colocar fuertes *abatíes* en la margen del mismo que lindaba con la posición.

El general Urquiza regresa a Entre Ríos. Disolución del séptimo ejército libertador.

Reconocidos el terreno y la posición enemiga por el general Urquiza, éste comprendió la imposibilidad material de llevar un ataque; pues, aun suponiendo que la infantería federal lograse forzar el pasaje del estero, este éxito no podría ser aprovechado por su experimentada y numerosa caballería, a la cual no le era dado maniobrar en ese terreno.

El comandante en jefe del ejército federal, convencido de la imposibilidad de obtener en esos momentos y en tal terreno una vic-

(1) En una carta del 3 de marzo de 1846 al gobernador provisorio de Entre Ríos, el general Urquiza describía en la siguiente forma la posición ocupada por el ejército libertador: "Se colocó (el general Paz) sobre la frontera " del Paraguay, en el *Ubajahy*: posición más fuerte que la *Tranquera de Lo-* " *reto,* porque de un lado tenía el Paraná, del otro los impasables esteros y " malezales de Santa Lucía y a su frente el *Ubajahy*, que es una cañada de " una legua de puros *carcagüesales,* donde los caballos se van cayendo al " tranco, y la salida sólo puede hacerse con el frente de una mitad, la que era " defendida por la infantería y artillería enemiga y sostenida por todo su " ejército...; ví que cien soldados eran bastantes para defenderla." (Martín Ruiz Moreno: obra citada, tomo I, pág. 293).

toria decisiva por las armas, resolvió retirarse a Entre Ríos, confiado en que la persecución que no dejaría de emprender el enemigo le presentaría una ocasión favorable de empeñar una batalla en un terreno más propicio a la acción de sus tropas.

Además, al alejar con esa retirada el momento de un choque decisivo entre los dos ejércitos, el general Urquiza quería dar tiempo a que madurasen y obtuviesen resultado favorable los manejos políticos que ya había iniciado para llegar a un acuerdo con el gobierno de la provincia de Corrientes. (1)

En efecto, al día siguiente de la acción de *Laguna Limpia* (4 de febrero de 1846), el general Urquiza manifestó al general Juan Madariaga (jefe de la retaguardia correntina. hecho prisionero en la referida acción) su más íntimo deseo de entrar en arreglos con el gobierno de Corrientes para poner término a la guerra, a fin de que después ambas provincias (Corrientes y Entre Ríos) pudiesen obligar a Rosas a constituir y organizar el país sobre las bases establecidas en el tratado cuadrilátero del 4 de enero de 1831.

El general Juan Madariaga dejóse convencer fácilmente por el general Urquiza, resolviendo escribir en tal sentido a su hermano el gobernador de Corrientes, Joaquín Madariaga, con la expresa advertencia de que el general Paz fuese excluído de esos manejos.

Para la mejor realización de su plan político, el general Urquiza iniciaba el 14 de febrero la retirada hacia Entre Ríos, desandando el camino llevado en su persecución al ejército libertador. El 20 del mismo mes atravesaba el río Corrientes en *Caaguazú* y el 3 de marzo alcanzaba en Basualdo la frontera de su provincia.

---

(1) En la carta anteriormente citada (escrita el 3 de marzo desde Basualdo), el general Urquiza explicaba del siguiente modo su resolución de regresar a Entre Ríos: ''El campo que nos quedaba a la espalda era malo y
'' escaso de agua, por lo que resolví contramarchar, y lo he realizado sin que
'' el enemigo nos haya hecho la menor hostilidad, pues se ha contentado con
'' mandar una pequeña fuerza de observación. Acercándose la estación llu-
'' viosa, en que era forzoso parar las operaciones, he creído más conveniente
'' pasase el invierno el ejército en Entre Ríos que en Corrientes; por esto me
'' he resuelto volver a la provincia, y por otros muchos motivos, que usted co-
'' nocerá cuánto importa estar en el centro de nuestros recursos y relaciones.''

El general Paz, mientras tanto, disgustado por los manejos en que el gobierno de Corrientes estaba empeñado con el general Urquiza — que habían llegado a su conocimiento — y ante la inconcebible retirada del ejército invasor, decidió ponerse en su seguimiento, más que todo en el deseo de salir de una inactividad que minaba la disciplina de sus tropas. Logró en tal forma llegar hasta su anterior campamento de Villanueva, con el inevitable desbande en el camino de una parte de sus tropas que, considerando terminada la campaña, abandonaban al ejército para regresar a sus hogares.

El entredicho entre el gobierno de Corrientes y el general Paz llegó a tal extremo y la indisciplina y desmoralización de las tropas se propagaron en forma tal, que el ejército libertador disolvíase totalmente en Villanueva. La división paraguaya regresaba a su país, y el general Paz, destituído del mando por un decreto del gobierno de Corrientes del 4 de abril, abandonaba la provincia y se refugiaba en el Paraguay.

Consideraciones sobre esta campaña.

La esterilidad de la actuación del *séptimo ejército libertador*, de la cual podían esperarse grandes beneficios, tanto a causa de la personalidad militar de su comandante en jefe como por la importancia material y moral que tenía la alianza con el Paraguay, reconoce, entre otros muchos, los dos motivos principales siguientes: 1.º la nulidad de la eficacia del ejército cuando el gobierno pone trabas al desarrollo de los planes concebidos por el comandante en jefe; 2.º el beneficio que es posible obtener de una hábil acción política, encaminada a desmoralizar al ejército adversario, especialmente cuando no existen probabilidades de poder aniquilarlo por las armas.

NOTA BIBLIOGRAFICA DEL CAPITULO IX.

Campaña del Octavo Ejército Libertador (1847). (1)

1.—Ruiz Moreno Martín: La revolución contra la tiranía y la organización nacional. 1 tomo. Rosario, 1905.

2.—Mantilla Manuel F.: Estudios biográficos sobre patriotas correntinos. 1 tomo. Buenos Aires, 1884.

3.—Gómez Hernán Félix: Vida pública del Dr. Juan Pujol. 1 tomo. Buenos Aires, 1920.

4.—De la Barra Federico: Narraciones. 1 tomo. Buenos Aires, 1897.

5.—Figueredo Manuel V.: Pago Largo y Vences. Artículo publicado en el *Número único* del centenario de Urquiza (18 de octubre de 1901).

6.—Báez Ciro L.: Ofrenda a los muertos por la patria en el potrero de Vences. 1 folleto. Corrientes, 1919.

7.—Archivo americano y espíritu de la prensa del mundo. Segunda Serie; tomo II, entrega N.° 7.

8.—Contreras Ramón: El teniente general don Benjamín Virasoro. Apuntes biográficos. 1 tomo. Rosario de Santa Fe, 1897.

---

(1) Respecto a las obras que tratan todo el período histórico, véase la observación al pie de la *Nota Bibliográfica* del Capítulo I.

Capítulo IX.—Campaña del Octavo Ejército Libertador (1847)

RESUMEN:

Los tratados de Alcaraz. Fracaso de las negociaciones de paz entre los gobiernos de Entre Ríos y de Corrientes. — Preparativos militares para la nueva campaña en la provincia de Corrientes. — El general Urquiza invade nuevamente a Corrientes. — Combate de *Vences* (27 de noviembre de 1847). Destrucción del octavo ejército libertador. — Consideraciones sobre los acontecimientos militares de esta campaña.

Los tratados de Alcaraz. Fracaso de las negociaciones de paz entre los gobiernos de Entre Ríos y de Corrientes.

La campaña de 1846 contra la provincia de Corrientes, si bien se caracterizó por la ausencia de combates decisivos entre las fuerzas principales de los dos ejércitos adversarios, resultó, sin embargo, favorable al general Urquiza, pues aquélla terminó con la disolución del séptimo ejército libertador y con la eliminación de la escena de su prestigioso comandante en jefe, el general Paz.

Además, el resultado negativo de las operaciones militares de la guerra indujo al gobierno paraguayo a anular el tratado de alianza que lo ligaba a la provincia de Corrientes y a ordenar el inmediato regreso de las tropas que había enviado a reforzar al ejército correntino libertador.

De retorno con sus fuerzas a la provincia de Entre Ríos, el general Urquiza preocupóse de continuar y activar los trabajos políticos iniciados con el gobierno de Corrientes por intermedio del general Juan Madariaga, a fin de establecer la paz entre las dos provincias rivales y armonizar en adelante su acción conjunta en bien de la organización constitucional del país.

Para captarse las simpatías del gobierno y del pueblo correntinos, el general Urquiza, dando pruebas de una gran habilidad política, puso en libertad al general Juan Madariaga (hecho prisionero en el combate de *Laguna Limpia*). Esta medida resultaba extraordinaria en aquella época de odios sangrientos, en que los prisioneros de guerra, si no sufrían de inmediato la última pena, debían soportar un largo y cruel cautiverio, muchas veces peor que la misma muerte.

Suficientemente preparado el terreno y a una invitación del general Urquiza, reuníanse en *Alcaraz* los gobernadores de las provincias de Entre Ríos y de Corrientes, quienes, después de cambiar sus puntos de vista sobre la situación y de convenir lo que era necesario para el bien general del país, llegaban a un perfecto acuerdo sobre la política que debían desarrollar para independizarse de la tutela ejercida por el dictador Rosas.

Los comisionados que al efecto designaron los dos gobernadores, celebraban el 14 de agosto de 1846 un tratado por el cual, al mismo tiempo que Corrientes y Entre Ríos concertaban la paz con un olvido absoluto de todos los acontecimientos políticos anteriores, la primera se comprometía a continuar observando el tratado del 4 de enero de 1831 y a autorizar nuevamente al gobernador de Buenos Aires para dirigir las relaciones exteriores. Este tratado debía ser ratificado por los gobiernos de las dos provincias en el término de sesenta días.

Simultáneamente con este tratado público, los comisionados convinieron otro de carácter secreto, por el cual, modificándose una prescripción contenida en el tratado cuadrilátero del 4 de enero de 1831, la provincia de Corrientes quedaba exenta de intervenir en la guerra que el dictador Rosas sostenía en el Estado Oriental y en las diferencias que entonces existían entre el encargado de las relaciones exteriores de la Confederación Argentina y los gobiernos de Francia y de Inglaterra.

Tan pronto como fueron estipulados los tratados, el general Urquiza los remitió a Buenos Aires a fin de obtener la aprobación

de Rosas antes de que fuesen ratificados por el gobierno de Entre Ríos. Pero el dictador, considerando que el general Urquiza con ese proceder habíase apartado de las instrucciones que le enviara el año anterior antes de abrir la campaña sobre Corrientes y no atreviéndose a censurar abierta y oficialmente el procedimiento observado por el gobernador de Entre Ríos, resolvió no tomar medida alguna inmediata, encaminada a dar su aprobación a los tratados, como se lo pidiera con toda urgencia el general Urquiza.

Este obstruccionismo del dictador Rosas fué el prólogo de una violenta campaña que se desencadenó en Buenos Aires contra el gobernador de Entre Ríos, al cual se acusaba abiertamente de traidor y de ambicioso. (1)

Recién a fines de noviembre de 1846 llegábale a Urquiza la contestación de Rosas, quien desaprobaba la forma y el fondo de dichos tratados y exigía que éstos fuesen modificados en el sentido de un absoluto sometimiento de la provincia de Corrientes, sin la menor limitación.

El gobierno de Corrientes, mientras tanto, al comprobar que la ratificación de los tratados por el de Entre Ríos no se verificaba en el plazo señalado, empezó a desconfiar de la lealtad y buena fe del general Urquiza, negándose a dar crédito a las razones que éste invocaba para explicar las causas de la demora.

El general Urquiza, hondamente afectado por el proceder de Rosas y por la campaña difamatoria que contra él se hacía en Buenos Aires y en Santa Fe — permitida y hasta fomentada por el dictador, — en un primer impulso quiso romper abiertamente con Rosas. Mas la consideración de que podía quedar solo en la contienda

---

(1) Según el historiador Mantilla, "a la sola noticia de la terminación "de los arreglos (de *Alcaraz*) y sin conocer aún sus términos, Rosas, que vi- "vía con la espina de la defección de Urquiza, hizo correr la voz de que "el gobernador de Entre Ríos había *dado vuelta el poncho*, traicionando la "*santa causa de la federación*; y en Santa Fe y Buenos Aires se gritaban "mueras contra Urquiza en serenatas oficiales, en los banquetes se brindaba "por su muerte, y *federales* caracterizados y altamente colocados en el apre- "cio y confianza del tirano, lo escarnecían públicamente por *infame traidor*." (Obra citada, pág. 292).

a causa de que el gobierno de Corrientes tal vez no creería en la sinceridad de sus actos, le indujo a contemporizar y a demostrar que acataba las decisiones del dictador. Resolvió entonces enviar a Corrientes al coronel Galán con la misión de convencer al gobierno de esta provincia de la necesidad de modificar los tratados de *Alcaraz* en el sentido que Rosas exigía.

El comisionado del gobierno de Entre Ríos no lograba hacer aceptar íntegramente al gobernador Madariaga las exigencias del gobernador de Buenos Aires. Por lo cual, después de seis meses de dilaciones y de estériles y prolongadas negociaciones, éstas se interrumpieron en julio de 1847, comenzando inmediatamente las dos provincias vecinas los preparativos para una nueva guerra ya inevitable.

Preparativos militares para la nueva campaña en la provincia de Corrientes.

Contando con mayores recursos propios y oportunamente auxiliado con elementos que se le enviaron de la provincia de Buenos Aires, el general Urquiza lograba bien pronto reunir en los campamentos de *Calá* y de *Arroyo Grande* un ejército de 6.500 hombres, de los cuales apenas 500 pertenecían a la infantería.

Al frente de este importante núcleo de tropas, en su mayor parte veteranas, el gobernador de Entre Ríos iniciaba el 20 de octubre de 1847 su nueva campaña sobre la provincia de Corrientes, partiendo del campamento central de *Calá* y marchando por el camino tradicional de la *Cuchilla Grande*, que las tropas entrerrianas ya habían seguido en sus anteriores invasiones a la vecina provincia.

Paralelamente con las operaciones terrestres del ejército, la escuadrilla entrerriana, reforzada con algunos buques enviados por Rosas y conduciendo a su bordo 150 hombres del batallón *Fidelidad* (de guarnición en la ciudad de Paraná), debía subir hasta la capital de Corrientes.

Según las instrucciones formuladas por el general Urquiza pa-

ra el jefe de la escuadrilla, se desprende: "Que su objeto princi-
" pal es proteger y promover la causa federal sobre toda la costa
" de la provincia de Corrientes, procurando ponerse en comunica-
" ción con sus habitantes; que debe procurar siempre comunicar-
" se con las tropas del ejército de operaciones, muy particular-
" mente por los puertos de Goya y Bella Vista; que no debe causar
" ninguna depredación sobre las costas de aquella provincia, ni hos-
" tilizar sino en caso necesario; que si se hallan algunos buques de
" guerra paraguayos en las aguas del Paraná, que bañan las cos-
" tas de Corrientes, que notifique con medida y enérgicamente al
" jefe paraguayo que los mande se retire con dichos buques a las
" aguas del Paraguay, y en caso de resistencia que los bata." (1)

El gobernador Madariaga, a su vez, no había quedado inactivo. Comprendiendo que la nueva campaña que se iniciaba podía ser decisiva para la libertad y autonomía de la provincia de Corrientes y para el triunfo de su justa causa, se apresuró a delegar el mando y a salir personalmente a campaña, pues calculaba que su presencia en el ejército tendría la virtud de retemplar la moral de las tropas y de contribuir a la reunión de los mayores elementos posibles de lucha.

Todas las milicias de la provincia, que después de ser firmados los tratados de *Alcaraz* habían sido licenciadas como prueba de buena fe y de lealtad política, fueron puestas nuevamente en armas y reunidas en el campamento del *Oratorio de Rolón*, a inmediaciones de San Roque, ascendiendo muy pronto su número a unos 5.000 hombres de las tres armas.

Simultáneamente, el gobierno correntino dirigióse a los gobiernos paraguayo y brasileño a fin de interesarlos en la cruzada contra Rosas, pidiéndoles lo auxiliasen en esta guerra a cambio de concesiones especiales que les haría la provincia de Corrientes en

(1) Benigno T. Martínez: *Historia de la provincia de Entre Ríos;* tomo III, pág. 49.



el caso de que saliese triunfante. Pero este pedido de auxilios no fué satisfecho. (1)

Librado en tal forma a sus exclusivos medios, el gobernador Madariaga no desesperó del éxito, dedicándose con extrema actividad a ultimar los preparativos militares para hacer frente a los acontecimientos.

La manifiesta inferioridad numérica y táctica del ejército correntino no permitía a su comandante en jefe pensar en una invasión a Entre Ríos. Resolvió, pues, mantenerse a la defensiva, utilizando las grandes líneas de los obstáculos naturales constituídos por los ríos *Corrientes, Batel* y *Santa Lucía*, para impedir los progresos de la invasión del ejército adversario.

En la necesidad de proteger la frontera con Entre Ríos contra las incursiones y depredaciones de partidas enemigas, como también para observar el avance del general Urquiza, una parte de la caballería correntina fué adelantada a las órdenes de los coroneles Ricardo y Nicanor Cáceres, el primero a Esquina y el segundo sobre el resto de la frontera hasta el río Uruguay. Pero esta medida no daría los resultados previstos, pues el coronel Cáceres no tardaría en defeccionar con sus tropas — las mejores de la caballería correntina — para hacer causa común con los futuros invasores de Corrientes.

En el interés de integrar al ejército todos los elementos que permitiesen aumentar las probabilidades de éxito en la inevitable batalla decisiva, el gobernador Madariaga no trepidó en desguarnecer la capital de la provincia, haciendo marchar al campamento del *Oratorio de Rolón* las unidades veteranas allí existentes (bata-

---

(1) El gobernador Madariaga, repitiendo lo que hiciera en la campaña del año anterior, había pensado en asegurarse la cooperación de un militar de prestigio, para que organizase el octavo ejército libertador. A tal efecto, en abril de 1846, dirigió una carta al general Alvear (que se encontraba ausente del país), invitándolo a que viniese "a ponerse a la cabeza de nuestra revolución, " y libertar la República de tantos males como ha sufrido." (Gregorio F. Rodríguez: *Contribución histórica y documental;* tomo III, pág. 567). No es conocida la impresión que este pedido causaría al general Alvear, pues las largas distancias y la rapidez con que se precipitaron los acontecimientos militares de esta campaña impedirían, probablemente, una inmediata exteriorización de sus intenciones al respecto.



llones *Guardia Republicana* y *Cazadores de la Unión* y el regimiento de artillería).

El general Urquiza invade nuevamente a Corrientes.

Fundando el éxito de su nueva campaña en la rapidez de la acción de su ejército para no dar tiempo al adversario de reunir y organizar todos los elementos de resistencia, el general Urquiza apresurábase a invadir la provincia de Corrientes por *Basualdo,* para seguir de aquí por Curuzú-Cuatiá y Mercedes sobre el río Corrientes. (1)

Al llegar el ejército federal a Mercedes, se le plegó el comandante José Verón con las fuerzas correntinas que estaban a sus órdenes. Este ejemplo no tardaría en ser imitado por el coronel Juan Francisco Soto sobre el río Corrientes, cuyo franqueo al enemigo estaba encargado de impedir. (2)

Para someter las poblaciones situadas sobre la costa del río Uruguay y a fin también de cortar al ejército enemigo toda vía de escape en dirección al noreste, el general Urquiza destacó al coronel Benjamín Virasoro con una fuerte columna de caballería hacia el territorio de las Misiones.

El gobernador Madariaga, calculando que el general Urquiza pretendería franquear el río Corrientes por *Paso Santillán* — como lo hiciera en su anterior campaña — habíase trasladado con el ejército libertador sobre este punto. Pero, al tener conocimiento de que aquél seguía de Curuzú-Cuatiá a Mercedes, calculó prudente pasar al otro lado del río Batel, a fin de impedir que el general Urquiza, atravesando el río Corrientes más aguas arriba y procediendo con su característica actividad, pudiese cortarle la retirada hacia el interior de la provincia.

---

(1) Para poder seguir las operaciones de esta campaña, recomendamos utilizar el *croquis N.º* 11, que ya ha servido para el estudio de la de 1846 del general Urquiza contra el general Paz (*campaña del séptimo ejército libertador*).

(2) El coronel Nicanor Cáceres habíase pasado con sus fuerzas al enemigo antes de que éste invadiera el territorio de la provincia de Corrientes.



Venciendo las enormes dificultades que presentaba el gran caudal de agua del río crecido y los extensos malezales que existían en sus inmediaciones, el ejército federal atravesó a nado el río Corrientes y se dirigió sobre el río Batel, detrás del cual habíanse situado las tropas libertadoras.

El gobernador Madariaga, alarmado por la desmoralización que ya cundía en sus fuerzas y por las continuas defecciones que se producían en los jefes que se habían destacado del ejército con misión de observación, resolvió pasar al otro lado del río Santa Lucía, para seguir después en dirección al noreste con el propósito de atraer al enemigo hacia el interior de la provincia. Con esta maniobra se buscaba la oportunidad de presentar combate al invasor en una posición defensiva favorable, quedando, en caso de una derrota, el recurso extremo de retirarse a Misiones para hacer allí una guerra de recursos con algunas pocas fuerzas que estaban dislocadas sobre la costa del Uruguay, en Santo Tomé, La Cruz y Paso de los Libres. Las tropas libertadoras, después de las varias defecciones sufridas, habían quedado reducidas a 4.000 hombres, de los cuales 900 eran de infantería; la artillería estaba representada por 12 piezas de diferentes calibres.

La desmoralización que aumentaba cada día más indujo al gobernador Madariaga, como consecuencia de lo resuelto en un consejo de guerra al cual convocó a sus principales jefes, a atrincherarse en una posición juzgada inexpugnable — el *Rincón* o *Potrero de Vences* — para contener el desbande y resistir allí con los que aun quedaban fieles a la causa. (1)

Continuando sus operaciones en persecución del ejército libertador, el general Urquiza atravesaba el río Batel y poco después

(1 En esta resolución influyó sin duda el ejemplo de lo hecho por el general Paz el año anterior en *Ubajahy*. Pero ahora las circunstancias eran distintas: ni la posición de *Vences* tenía el valor defensivo de *Ubajahy*, ni el general Paz estaba al frente del ejército, ni el general Urquiza podía esperar ya algo de sus manejos políticos, dado el odio que en los correntinos había originado la creencia de que Urquiza había procedido de mala fe en las negociaciones de *Alcaraz*.



el Santa Lucía, que también estaba a nado, y el 17 de noviembre hallábase ya en la margen derecha de este último río. "Toda la " extensión al sur de este río — escribía el general Urquiza — " pertenece ya al sistema federal, bajo el cual he ordenado se esta- " blezcan las correspondientes autoridades en los departamentos de " la Esquina, San Roque y Goya".

Tomando la misma dirección de Caa-Catí que el ejército libertador había seguido en su retirada, el general Urquiza chocaba el 25 de noviembre con la retaguardia correntina, a la cual derrotaba, tomándole algunos prisioneros. Por éstos se supo que el gobernador Madariaga habíase atrincherado con sus tropas en el *Potrero de Vences.*

Combate de Vences (27 de noviembre de 1847). Destrucción del octavo ejército libertador.

En la tarde del 26 de noviembre el ejército federal se aproximó a la posición enemiga a objeto de efectuar un reconocimiento ofensivo, rechazando las avanzadas correntinas, para correrse después el general Urquiza con la vanguardia hacia la derecha de la posición y el general Garzón con el grueso hacia la izquierda de la misma.

La operación del día 26 fué llevada a cabo sin mayores inconvenientes. "Los *salvajes unitarios* (1) — decía el general Urquiza en su parte oficial a Rosas — "fueron empujados de la primera " posición, y a las cuatro de la tarde (del 26 de noviembre) nues- " tras masas desplegaban haciendo flamear los estandartes federa- " les frente al campo fortificado en que se hallaba todo el ejército " salvaje unitario, quedando así llenado mi objeto de hacer un " reconocimiento general, apreciar las obras de campaña que ha- " bían levantado, su fuerza física y material y las ventajas loca- " les de que estaban apoderados. Concluído mi prolijo reconoci-

(1) Era costumbre de la época aplicar a los adversarios los epítetos más denigrantes, no sólo en la correspondencia oficial subalterna, sino también, y muy especialmente, en los documentos de gobierno, etc. Muy generalizada era también la costumbre de aplicar apodos injuriosos a los jefes enemigos más destacados y a los adversarios políticos.



" miento, se tomaron consiguientemente todas las disposiciones pa-
" ra atacar a las 8 de la mañana del día próximo."

Croquis N.º 13. — "El ejército salvaje unitario se había for-
" tificado en la misma embocadura del *Potrero de Vences,* sobre
" una colina elevada que tiene la extensión de 850 varas, toda ella
" foseada en donde lo necesitaba, y terraplenada su parte exterior,
" dejando sólo dos espacios sin cerrar de corta distancia en lugares
" los más prominentes, donde estaban establecidas sus fuertes bate-
" rías de artillería; sus dos flancos perfectamente rodeados de
" esteros; en el frente otro de éstos que inutilizaba completamen-
" te el ceñido terreno en que podían únicamente maniobrar mis
" tropas. Además, circuía toda la retaguardia del campo enemigo
" un grande y hondo malezal, por manera que la naturaleza le ha-
" cía más formidable después de los trabajos que había empleado
" el arte, tras los cuales se hallaban colocadas doce piezas de arti-
" llería bien servidas, 900 infantes y más de 3.500 hombres de ca-
" ballería, mandados por los salvajes unitarios traidores Madaria-
" gas y el pelafustán Juan Pablo López." (1)

De acuerdo con el resultado del reconocimiento de la posición enemiga que realizó el 26 de noviembre, el general Urquiza, aun comprendiendo que serían grandes las dificultades a vencer para desalojar al enemigo de ese terreno tan favorable para una defensa, resolvió llevar el ataque al día siguiente.

Después de cambiar ideas al respecto con el general Garzón, el comandante en jefe del ejército federal decidió que el ataque fuese llevado por tres puntos distintos, en forma a empeñar desde el primer momento todas las unidades enemigas, convencido de que la superioridad numérica de los federales neutralizaría las ventajas

---

(1) En las alas de la posición defensiva y en las márgenes de los esteros que las limitaban, los defensores habían establecido numerosos *pozos de lobo;* además, en el agua habían clavado gran número de estacas y tendido torzales de cuero estirados, a fin de impedir el pasaje de la caballería del atacante.

que a los defensores prestaban los accidentes naturales del terreno y las obras de fortificación por ellos levantadas.

A tal efecto fué establecido que el comandante Francia con los dos batallones de infantería y 2 piezas de artillería, sostenidos por un escuadrón, llevaría el ataque frontal penetrando por la boca del potrero, con la misión de encadenar en la posición a las tropas enemigas que ocupaban los atrincheramientos del frente, impidiendo que pudiesen acudir sobre los flancos para contrarrestar la acción que debería desarrollar la caballería federal. El resto de la artillería — 5 piezas — recibió la orden de emplazarse más a la izquierda, para tomar de flanco las obras de defensa enemigas y permitir el avance de la propia infantería.

La vanguardia, a las órdenes inmediatas del general Urquiza, llevaría el ataque contra el flanco izquierdo y la retaguardia de la posición defensiva, después de atravesar el gran estero y los malezales que cubrían esa parte de la posición enemiga y que, por el reconocimiento efectuado el día anterior, habíase comprobado que daban paso a los hombres montados.

Simultáneamente con esta operación del general Urquiza contra el ala izquierda de la posición defensiva, el general Garzón atacaría con el resto del ejército el ala derecha de la misma, franqueando previamente el estero y salvando los pozos de lobo que se encontraban en esa parte.

Tanto para compensar su inferioridad en infantería como para permitir que la caballería atacante tuviese tiempo de atravesar el estero y alcanzar el terreno firme donde estaba situada la posición defensiva, el general Urquiza había dispuesto armar de fusiles a dos unidades de caballería: la división *Victoria*, que pertenecía a la vanguardia, y el escuadrón *Alcaraz*, de las tropas a cargo del general Garzón. Estas dos unidades, llevando banderolas en la boca de los fusiles para hacer creer al enemigo que se trataba de cuerpos de lanceros, debían preceder a las respectivas columnas y atravesar los esteros a caballo, para echar pie a tierra y abrir el fuego por sorpresa contra el enemigo tan pronto como hubiesen llegado a la parte firme del terreno.

Tomada por el ejército federal la colocación que se ha indicado, el combate se iniciaba a las 11 de la mañana del 27 de noviembre.

El comandante Francia penetró con la infantería en la boca del potrero, avanzando sobre las fortificaciones enemigas, y a pesar del violento fuego de la artillería correntina — uno de cuyos proyectiles derribó del caballo al jefe que dirigía la acción, hiriéndolo gravemente — el ataque frontal de los federales logró en parte su objeto, permitiendo que las dos columnas flanqueadoras pudiesen llevar a cabo las misiones prescriptas por el comandante en jefe.

El general Garzón, tan pronto como observó que la columna del general Urquiza había terminado su movimiento de aproximación a través del extenso estero que cubría el flanco izquierdo de la posición defensiva, inició el ataque contra el ala derecha de la misma. Sostenidas por el fuego del escuadrón *Alcaraz* que había echado pie a tierra tan pronto como atravesó el estero, las divisiones de caballería del general Garzón franquean a su vez el obstáculo, atraviesan la zona de los *pozos de lobo* y cargan contra la división *López* que habíales salido al encuentro. Esta no resiste el ataque de los escuadrones entrerrianos y se pone en fuga en completo desbande.

A su vez el general Urquiza, comprobado el éxito obtenido por el general Garzón en el ala derecha enemiga, ordena a sus divisiones de atacar la izquierda adversaria. Aquí también el empleo de la división *Victoria* como infantería dió excelente resultado, permitiendo a la caballería atravesar los bañados con el agua al pecho de los caballos, franquear los obstáculos y llevar la carga tan pronto como salió a tierra firme.

Los correntinos no logran contener esta doble avalancha que caía sobre sus flancos y retaguardia, ni aun después que la infantería situada en las alas de las fortificaciones del frente, acudió para contrarrestar la acción de la caballería federal.

Muy pronto el desorden se introduce en las filas del ejército libertador, viéndose impotentes el gobernador Madariaga y sus jefes para reunir y reordenar las unidades que huían en completo desbande.

Los federales quedaron dueños del campo de batalla, en el cual los derrotados dejaban 500 muertos, 1.500 prisioneros, toda la artillería y los vehículos del convoy. El resto del ejército libertador lograba salvarse penetrando en la extensa zona de bañados y montes que circuían el terreno de la acción y a través de los cuales los vencedores no podían efectuar con éxito una tenaz persecución, tanto por desconocer el terreno como por las dificultades que se presentaban para el empleo de grupos numerosos, lanzados en la persecución. (1)

Consideraciones sobre los acontecimientos militares de esta campaña.

El combate de *Vences* ha merecido juicios muy diversos de los historiadores que de él se han ocupado. Entre todos aquéllos, sin embargo, hay que preferir el siguiente, que especifica en forma acabada el concepto que corresponde formar sobre la campaña de 1847 del general Urquiza y sobre el combate que la finalizó:

"En el orden militar, ese hecho de armas fué un triunfo que
" burló los más atrevidos cálculos de la estrategia; allí el valor y
" la actividad sorprendieron a la táctica; puede decirse que aquello
" fué la victoria de la audacia, la victoria en que el ímpetu des-
" barató todas las reglas del arte. Una campaña de 150 leguas (2)
" hecha a marchas forzadas, vadeando ríos caudalosos, forzando
" desfiladeros inexpugnables, hasta llegar al frente de un campo for-
" tificado, elegido con conocimiento del terreno y con tiempo so-
" brado para aglomerar en él todos los elementos de defensa acon-
" sejados por la experiencia militar, no es un hecho insignificante,
" que merezca ser confundido con las guerras de montoneras que
" hemos presenciado con tanta frecuencia." (3)

---

(1) El parte oficial del general Urquiza sobre el combate de *Vences*, así como otros documentos relacionados con esta acción táctica, pueden consultarse en el *Archivo Americano*, 2.ª Serie, tomo II, entrega N.º 7, pág. 83 y siguientes.

(2) Hay exageración en la distancia indicada.

(3) Transcripción que hace Benigno T. Martínez en el III tomo de su obra ya citada.

El combate de *Vences* confirma una vez más la importancia de dos principios tácticos que han tenido su aplicación en todos los tiempos y cuyo valor conservan en la actualidad a pesar de las grandes modificaciones que se han introducido en los métodos de combate. Ellos se refieren al *rodeo de una posición defensiva cuando el ataque frontal contra las obras de defensa no promete éxito*, y *a la ineficacia de los obstáculos cuando el defensor no se preocupa de asignarles suficientes tropas, encargadas de impedir que el atacante pueda franquearlos impunemente.*

El combate de *Vences* marca el fin del octavo ejército libertador. El gobernador de Corrientes, Joaquín Madariaga, pudo salvarse de caer en manos de los vencedores, apelando a la fuga y refugiándose en el Paraguay.

El general Urquiza nombraba gobernador de Corrientes al coronel Benjamín Virasoro, que lo había acompañado en esta campaña y que, a pesar de ser correntino, respondía a la política del gobernador de Entre Ríos.

Normalizada la situación en la provincia de Corrientes, el general Urquiza regresaba con sus tropas a Entre Ríos.

NOTA BIBLIOGRAFICA DEL CAPITULO X.

Campaña del Noveno Ejército Libertador (1851-1852).

A la Bibliografía que ya figura en nuestra obra "*Caseros. Estudio histórico-militar de las campañas de* 1851-52", hay que agregar la siguiente:

1.—Aráoz de La Madrid Gregorio: Memorias. 2 tomos (de interés el II tomo). Buenos Aires, 1895.

2.—Vasconcellos Genserico de, capitão: A campanha de 1851-1852. Historia militar do Brasil. Introducção da nacionalidade. 1 tomo. Río de Janeiro, 1921.

3.—Osorio Joaquim Luis e Osorio Fernando Luis (filho): Historia do general Osorio. 2 tomos (de interés el I).

4.—Estado Mayor del Ejército. Sección Histórica: Monografía de la campaña de 1851-1852 (Caseros). 1 tomo. Buenos Aires, 1911.

5.—Titara Ladislao dos Santos: Memoria do grande exercito aliado libertador do Sul da America, na guerra de 1851-1852, contra os tyranos do Prata. 1 tomo. Río Grande do Sul, 1852.

6.—Archivo Americano y espíritu de la prensa del mundo. Segunda Serie; tomo VIII.

7.—Borman J. B.: Rosas e o exercito aliado. Campanha 1851-1852. 2 tomos. Río de Janeiro, 1912.

Capítulo X. — Campaña del Noveno Ejército Libertador. (1)

(1851-1852)

RESUMEN:

I.—Pronunciamiento del general Urquiza contra el dictador Rosas. — La alianza contra el gobernador de Buenos Aires. — Efectivos y dislocación de las fuerzas beligerantes a mediados de 1851. — El general Urquiza invade el Estado Oriental. Operaciones contra las fuerzas del general Oribe. — El ejército federal se reconcentra sobre Montevideo. — Capitulación del general Manuel Oribe.

II.—Concentración del ejército aliado en Diamante. — Iniciación de las operaciones contra Rosas. Invasión a las provincias de Santa Fe y de Buenos Aires. — Batalla de *Caseros* (3 de febrero de 1852). — Consideraciones sobre esta campaña.

I

Pronunciamiento del general Urquiza contra el dictador Rosas.

La fortuna que invariablemente acompañó a Rosas desde el primer levantamiento armado de sus enemigos en 1839 (*Pago Largo*) hasta la destrucción del octavo ejército libertador en 1847 (Vences) — fortuna originada en esencia por los múltiples errores políticos y desaciertos militares de sus adversarios y por la energía y rapidez con que los tenientes de Rosas acudieron a sofocar las sucesi-

(1) A pesar de haber estudiado detalladamente esta campaña en nuestra obra "*Caseros*", hemos creído, sin embargo, necesario hacer aquí un resumen de la misma, tanto para ofrecer en un solo cuerpo todas las campañas libertadoras, como para permitir de su estudio de conjunto, realizado con un criterio y una extensión uniformes, obtener las enseñanzas que se desprendan de los principios orgánicos, tácticos y estratégicos empleados en las sucesivas campañas libertadoras.

vas reacciones aisladas — debería abandonarlo al entrar en escena el noveno ejército libertador, por la razón fundamental de que ahora se invertirían los papeles en las modalidades de actuación de los bandos contrapuestos.

La desaprobación que la conducta política del general Urquiza después de su campaña de 1846 contra el general Paz había merecido de Rosas a causa de las cláusulas censuradas que contenían los tratados de *Alcaraz,* originó en el ánimo del gobernador de Entre Ríos un sordo rencor contra Rosas, pues aquél, al verse desvirtuado por el prepotente dictador, comprendió que su lealtad y honradez políticas debían ser justamente puestas en duda por el gobierno de Corrientes, de igual modo que su prestigio ante la opinión del resto del país venía a sufrir un golpe desastroso.

Sin embargo, las circunstancias del momento no eran propicias para rebelarse contra Rosas, y el general Urquiza, reprimiendo sus impulsos de reacción, se avino no sólo a acatar las órdenes perentorias del gobernador de Buenos Aires en el sentido de modificar los tratados de *Alcaraz,* sino hasta a llevar a cabo una nueva guerra contra la provincia de Corrientes en vista de la negativa de su gobierno de someterse totalmente a las exigencias del dictador.

Pero tan pronto como la victoria de sus armas en *Vences* permitió al general Urquiza colocar al frente del gobierno de Corrientes a una persona que le respondía en absoluto por compartir sus miras políticas y los íntimos deseos de rebelión contra el gobernador de Buenos Aires, aquél dedicóse a buscar prosélitos para su próximo pronunciamiento y a esperar pacientemente la ocasión propicia de sacudir el yugo que mantenía sujeto el país a la política ambiciosa y a los caprichos del dictador.

No bien consideró llegado este momento favorable, el general Urquiza lanzaba su célebre pronunciamiento contra Rosas (1.º de mayo de 1851).

He aquí los antecedentes de este acontecimiento histórico sensacional, que había de cambiar la faz política de la República:

Rosas, por acto de refinada astucia, acostumbraba elevar anual-

mente a la Legislatura de Buenos Aires la renuncia de su cargo. Además, comunicaba idéntica determinación a las demás provincias, cuyos gobiernos, al igual que aquélla, reiteraban a Rosas su adhesión, pidiéndole que continuara conservando las facultades de ejercer la representación nacional en las relaciones exteriores de la República.

Al elevar Rosas en 1850 la consabida renuncia, fundada especialmente en la absoluta imposibilidad física de atender a los negocios del país, el general Urquiza contestó en el tenor de práctica. Empero, al llegarle la nota en que se le comunicaba haberse recibido en Buenos Aires su adhesión, el gobernador de Entre Ríos elevaba el 1.º de mayo de 1851 una nota, en la cual atribuía a involuntaria distracción del Ministro de Relaciones Exteriores de Buenos Aires la interpretación muy diversa al verdadero espíritu de su nota primitiva, declarando al mismo tiempo "que es la voluntad de
" la provincia entrerriana reasumir el ejercicio de los altos dere-
" chos y prerrogativas delegados en el encargado de las relaciones
" exteriores de la Nación, quedando de hecho y de derecho en la
" aptitud de entenderse directamente con los demás gobiernos del
" mundo, hasta tanto que, reunido el Congreso General Constitu-
" yente de las provincias del Plata, sea definitivamente organiza-
" da la República."

El mismo día 1.º de mayo el gobernador de Entre Ríos dictaba un decreto con el cual, a base de extensos considerandos, se proclamaban esos mismos principios políticos.

La alianza contra el gobernador de Buenos Aires

El general Urquiza, merced a la experiencia adquirida en los acontecimientos políticos anteriores, no ignoraba que la actitud por él asumida el 1.º de mayo equivalía a una formal declaración de guerra a Rosas (1). Es lógico entonces considerar que, cono-

(1) Así lo entendió desde el primer momento el gobernador de Buenos Aires, cuyos órganos de la prensa (*La Gaceta Mercantil* y el *Archivo Americano*) no tardaron en publicar extensos editoriales, en los cuales se fulminaba *"la traición del loco traidor salvaje unitario Urquiza"*.



ciendo el formidable poder militar en que se apoyaba el dictador y la conducta por éste seguida en casos análogos, el general Urquiza habríase preparado a afrontar las consecuencias de aquel acto, asegurándose con tal objeto las mayores probabilidades de éxito en las futuras operaciones militares.

Y así resultaba, en efecto. Además de la franca y decidida cooperación del gobierno de Corrientes que el general Urquiza logró asegurarse para esta empresa capital, el gobernador de Entre Ríos había enviado el 5 de abril de 1851 una circular a los gobernadores de las demás provincias argentinas, para informarles del paso que muy pronto iba a dar la de Entre Ríos, pidiéndoles al mismo tiempo que aprobaran y secundaran su conducta.

Además, el general Urquiza habíase entendido con anticipación con el gobierno oriental, al cual el ejército del general Oribe mantenía sitiado en Montevideo desde 1843. En diciembre de 1850, el primero lograba echar las bases de un próximo tratado de alianza, en la cual entraría también el gobierno imperial del Brasil. ganado a la causa de la cruzada libertadora merced a la habilidad diplomática del enviado del gobierno oriental ante la corte de Río de Janeiro.

El 29 de mayo de 1851 se concluía y firmaba en Montevideo un convenio de alianza entre las provincias de Entre Ríos y de Corrientes, el gobierno de Montevideo y el Imperio del Brasil.

Si bien los términos del tratado especificaban que el objeto de la alianza era ''afianzar la independencia y pacificar el territorio '' de la República Oriental del Uruguay, y cooperar para que su '' régimen político vuelva al círculo trazado por la Constitución del '' Estado'', sin embargo, resultaba que, en realidad, la alianza estipulada lo era contra el dictador Rosas, pues el general Oribe, que desde 1843 ocupaba con un poderoso ejército el Estado Oriental y sitiaba a Montevideo, era un mero subalterno de aquél, y con tropas y elementos bélicos proporcionados por Rosas sostenía la guerra para apoderarse del gobierno de su país que debió ceder en 1838 al caudillo Rivera, jefe del partido *colorado*.

Efectivos y dislocación de las fuerzas beligerantes a mediados de 1851.

Los elementos a disposición de los beligerantes al estipularse el tratado de alianza el 29 de mayo de 1851 eran los siguientes: (1)

El general Manuel Oribe dispone en el Estado Oriental de un ejército de 14.000 hombres, compuesto en su mayor parte de tropa veterana; de ellos, 5.000 soldados de infantería, con numeroso material de artillería de sitio y con algunas baterías de campaña.

En vista de la situación de conjunto que el tratado de alianza de sus adversarios creaba al ejército federal de operaciones en el Estado Oriental, su comandante en jefe había dislocado las fuerzas en forma tal que, mientras con una parte de ellas cubría el sitio de Montevideo, con otra vigilaba las fronteras de Entre Ríos y de Río Grande do Sul, conservando el grueso agrupado en dos núcleos a fin de poder acudir con prontitud a los lugares que la concentración de sus enemigos indicara como los probables puntos de invasión al territorio oriental.

Al efecto, frente a Montevideo quedó el coronel Lasala con 2.500 infantes, alguna caballería y 30 piezas de artillería pesada. La vigilancia de la frontera del río Uruguay fué confiada al coronel Servando Gómez, que disponía de 1.200 hombres. Otro grupo de 600 hombres hacía idéntico servicio sobre la frontera con el Brasil. En un punto central (el arroyo *Malo,* afluente del río Negro), cual primera reserva para acudir hacia el norte o hacia el oeste, hallábase situado el general Ignacio Oribe con 2.500 hombres. Finalmente, el núcleo principal del ejército — 7 batallones de infantería (2.500 hombres), 4.000 jinetes y 15 piezas de artillería ligera — acampaba sobre el arroyo de la Virgen a las órdenes inmediatas del general Manuel Oribe. Además, en Maldonado y en San José

(1) Recomendamos utilizar aquí la "Carta de conjunto para seguir las operaciones", que, *como anexo N.º* 4, figura en nuestra obra "*Caseros*". Razones de orden económico nos han inducido a no reproducirla en el presente trabajo, atendiendo también a que la consulta de esa carta es tarea sencilla, por hallarse dicha obra bastante difundida.

permanecían los cuerpos de milicias departamentales, en número de 500 y 600 hombres respectivamente.

Rosas, a su vez, dispone de 12.000 hombres acantonados en Palermo y Santos Lugares, los cuales, merced al dominio del Río de la Plata que en esa época aun ejerce su escuadrilla, pueden ser transportados en poco tiempo a territorio oriental. Además, puede prontamente organizar el doble de esas fuerzas con las milicias de las provincias de Buenos Aires y de Santa Fe, donde existen destacados algunos núcleos de tropas de línea.

Los aliados, en cambio, se encuentran en una situación menos favorable. Las fuerzas sitiadas en Montevideo apenas alcanzan a 4.000 hombres; y aun cuando ellas lograran romper el cerco, no podrían cooperar con las futuras columnas invasoras a causa de la interposición del grueso del ejército federal.

El contingente con que concurrirá el Imperio del Brasil necesita ser reunido y organizado en Río Grande do Sul; pero estas operaciones se llevarán a cabo tan lentamente, que recién en septiembre estarán aquellas fuerzas en condiciones de efectuar la invasión a territorio oriental.

Las tropas que pueden reunir de inmediato las provincias de Entre Ríos y Corrientes, aunque importantes, no son nunca de tal magnitud que sean capaces de oponerse con ventaja en los primeros meses — es decir, hasta que pueda entrar en acción el ejército brasileño — a un esfuerzo combinado de las tropas del general Oribe y de Rosas, si éstos se resuelven a obrar con energía y rapidez sobre Entre Ríos antes de que los aliados puedan hacer entrar en juego todos sus elementos.

El general Urquiza invade el Estado Oriental. Operaciones contra las fuerzas del general Oribe.

Apreciando en su justo valor la gravedad de la situación, el general Urquiza, a quien el tratado de alianza confería el comando en jefe de las fuerzas combinadas, resolvió proceder con audacia adelantándose a la acción de sus enemigos, pues calculaba que una invasión rápida

al Estado Oriental con las fuerzas entrerrianas y correntinas sorprendería a sus adversarios por la atrevida concepción del plan que representaba su iniciativa en las operaciones.

Al efecto, tan pronto como consideró a la provincia de Entre Ríos a cubierto de una invasión del ejército de Rosas por la formación en Diamante del ejército de reserva (7.500 hombres) a las órdenes del gobernador de Corrientes, general Benjamín Virasoro, el general Urquiza resolvía invadir el Estado Oriental sin esperar a que estuviesen ultimados los trabajos de formación del ejército brasileño.

A fin de asegurarse las mayores probabilidades de éxito en esta campaña, el general Urquiza había escrito a los principales jefes de Oribe, instándoles a plegarse al movimiento armado contra Rosas. Varios de ellos aceptaron las proposiciones del general Urquiza, quien encontraría en tal forma allanado el camino, especialmente por la adhesión del coronel Servando Gómez, que tenía a su cargo la vigilancia de la frontera del Río Uruguay.

El 19 y 20 de julio el general Urquiza hacía efectuar la invasión al Estado Oriental por tres puntos distintos.

Por el *Paso de Higo* el coronel Virasoro atravesaba el Uruguay con una columna de 1.500 hombres de caballería correntina.

Por el *Hervidero* penetraba el general Garzón con 1.200 hombres, orientales y entrerrianos, reunidos en el campamento del arroyo Grande.

Frente mismo a *Paysandú* pasaba la columna principal a cargo del general Urquiza, compuesta de 3.000 jinetes y un batallón de infantería.

El pasaje del río Uruguay efectuóse sin que el enemigo opusiese resistencia, pues las fuerzas del coronel Servando Gómez acogieron fraternalmente a los invasores y se incorporaron a sus filas. Este ejemplo era seguido poco después por otros jefes federales, que se reunieron al general Urquiza con algunos centenares de hombres y con abundante caballada.

El 26 de julio el general Urquiza terminaba la reunión en Pay-

sandú de las tres columnas que habían atravesado el Uruguay. El 29 del mismo mes, ultimados los preparativos para llevar adelante la campaña sin interrupción, el ejército libertador se ponía en marcha hacia el este, buscando las fuerzas del general Ignació Oribe, que se hallaban situadas sobre el arroyo Malo.

El 2 de agosto la vanguardia libertadora (coronel Servando Gómez) tomaba el contacto con aquel grupo enemigo.

Mas el general Ignacio Oribe, considerándose en situación desventajosa para esperar un ataque del general Urquiza y temiendo verse cortado del grueso de su ejército situado sobre el arroyo de la Virgen, resolvía pasar al sur del río Negro y aproximarse al campamento del grueso.

El 6 de agosto, estrechado por la vanguardia enemiga, el general Ignacio Oribe hacía franquear el río a sus tropas. Pero la operación efectuóse en condiciones desastrosas, tanto por la importancia del obstáculo y por la carencia de medios de pasaje como por las hostilidades de la vanguardia libertadora. Efectuado por fin el franqueo del río, la columna lograba incorporarse al grueso sobre el arroyo de la Virgen. (1)

Con esta retirada precipitada del enemigo, el general Urquiza quedaba dueño de toda la zona al norte del río Negro. Tenía, además, aseguradas las probabilidades de poder efectuar su reunión con el ejército brasileño tan pronto como éste hubiese terminado de organizarse en Santa Anna do Livramento.

Sin embargo, el comandante en jefe del ejército libertador, juzgando más beneficioso seguir explotando la buena suerte que lo acompañara hasta ese momento, resolvió continuar las operaciones con sus solas fuerzas contra el grueso del ejército enemigo, sin esperar la incorporación de los contingentes brasileños. A tal efecto,

---

(1) En la precipitación del pasaje, el general Ignacio Oribe abandonaba al enemigo ''más de 6.000 caballos en buen estado, carretas, bueyes y '' otros muchos bagajes, que por no ser tan minucioso no enumero a V.E.'' (Parte del coronel Gómez al general Urquiza. Archivo de Gobierno de la provincia de Entre Ríos; tomo 34, folio 17).

el general Urquiza atravesaba el 27 de agosto el río Negro para avanzar sobre la villa de Durazno, pues sabía que el ejército federal no se había movido de su campamento del arroyo de la Virgen.

El ejército federal se reconcentra sobre Montevideo. Capitulación del general Manuel Oribe.

El general Manuel Oribe, sorprendido efectivamente por la audacia del plan que desarrollaba el general Urquiza y desorientado por las continuas defecciones de sus principales jefes, no atinaba a tomar medida alguna para operar contra los invasores.

Considerándose impotente para actuar con éxito contra todo el poder de los aliados, el general Oribe alimentó la esperanza de poderse retirar a Buenos Aires con la mayor parte de sus fuerzas, aun cuando para ello tuviese que levantar el sitio de Montevideo.

Pero esta resolución resultó tardía, pues una fuerte escuadra brasileña había aparecido en el Río de la Plata, cortando las comunicaciones por agua entre Buenos Aires y el Estado Oriental.

En esa inactividad operativa permaneció el general Oribe hasta fines de septiembre, época en la que, al ser informado que el general Urquiza continuaba su avance y que un fuerte ejército brasileño, después de invadir por el norte al mando del conde de Caxias, avanzaba sobre Montevideo, resolvió abandonar el campamento del arroyo de la Virgen y replegarse sobre la línea del sitio.

El 4 de septiembre, en efecto, el ejército brasileño, fuerte de 16.000 hombres (7.000 infantes, 9.000 jinetes y 32 piezas de artillería), había penetrado por Santa Anna do Livramento a territorio oriental. Sus marchas debían ser necesariamente lentas a causa de la gran cantidad de infantería y del numeroso convoy que seguía al ejército.

En esta misma fecha, el general Urquiza estaba en Durazno. Pero a los pocos días continuó el avance a fin de tomar el contacto con las tropas del general Oribe, mientras daba tiempo a que se aproximaran los brasileños. El 13 de septiembre llegaba con sus fuerzas frente al ejército enemigo.

En los días siguientes hay un activo envío de comisionados entre ambos campos, pues se deseaba llegar a un arreglo sin efusión de sangre. Se celebró, por lo pronto, una suspensión de hostilidades, retirándose las fuerzas libertadoras a una distancia de 30 kilómetros y marchando el general Oribe hasta las costas del río Santa Lucía Grande.

Pero el 28 de septiembre el general Urquiza hizo notificar al general enemigo que desde ese momento quedaban interrumpidas las negociaciones y que él reanudaría bien pronto las hostilidades. En atención a esta intimación, el general Oribe resolvió continuar la retirada hacia el sur, debiendo su retaguardia sostener frecuentes tiroteos con la vanguardia enemiga, especialmente en el paso de los ríos y arroyos.

El ejército federal veíase muy pronto acorralado sobre Montevideo, aun cuando el general Urquiza esquivaba una acción decisiva. El general Oribe, sin voluntad para reaccionar y estrechado en sus últimos atrincheramientos, estipulaba el 8 de octubre de 1851 la capitulación del *Pantanoso*, en virtud de la cual entregaba su ejército a discreción con la sola excepción de él y de sus principales jefes, a quienes fué concedido retirarse a Buenos Aires.

Quedaba, en tal forma, el territorio oriental completamente libre de fuerzas enemigas y el gobierno del país reintegrado al pleno ejercicio de sus funciones.

La rápida y provechosa campaña del general Urquiza en territorio oriental en 1851, caracterizada por hábiles manejos, por maniobras atrevidas y por la ausencia de combates de una cierta importancia, obtuvo el resultado magnífico de provocar la completa disolución del numeroso y aguerrido ejército del general Oribe. No hay que desconocer, sin embargo, que a esa finalidad concurrieron otros factores, independientes de la acción misma que podían desarrollar las fuerzas a las órdenes del general Urquiza: tales, la incalificable pasividad del comandante en jefe del ejército federal, la extensión e importancia que alcanzaron las defecciones de los jefes orientales a las órdenes del general Oribe y, por último, la in-

fluencia que en las resoluciones de éste debía ejercer la próxima entrada en escena del numeroso ejército brasileño, del cual la columna del general Urquiza debía considerarse como la vanguardia adelantada.

II

Concentración del ejército aliado en Diamante.

Finalizada la campaña en el Estado Oriental con el feliz éxito mencionado para las armas aliadas, el general Urquiza preocupóse de inmediato de trasladar las operaciones de la guerra a la provincia de Buenos Aires, a fin de atacar a Rosas en el centro mismo de su poder.

En espera de que el ejército brasileño se aproximase a Montevideo, pues en la fecha de la rendición de Oribe (8 de octubre) aquél había alcanzado recién el río Negro, el general Urquiza dedicóse a afianzar la situación en el Estado Oriental, al mismo tiempo que arbitraba los medios de hacer regresar sus tropas a Entre Ríos, donde serían reorganizadas en vista de la nueva campaña a emprender contra el dictador.

Las modalidades de las operaciones que deberían ser llevadas a cabo por los aliados en las provincias de Santa Fe y de Buenos Aires aconsejaban ampliar el tratado del 29 de mayo, a fin de fijar a cada uno de los contratantes los deberes que les correspondían y los beneficios que obtendrían en la nueva campaña.

A tal efecto, el 29 de noviembre de 1851 se firmaba en Montevideo un nuevo convenio. Por él las provincias de Entre Ríos y de Corrientes, la República Oriental del Uruguay y el Imperio del Brasil se comprometían a no dejar las armas hasta no haber depuesto al gobernador de Buenos Aires. Los cuatro aliados concurrirían a formar el nuevo ejército de operaciones, cuyo comando en jefe quedaba confiado al general Urquiza. Aquél estaría constituído por todas las fuerzas de que pudiesen disponer las provincias de Entre Ríos y de Corrientes, reforzadas por un contingente de las tropas imperiales (3.000 infantes, 1 regimiento de caballería y 2 baterías

de artillería) y por una columna oriental de 2.000 hombres de las tres armas, con 6 piezas de artillería.

En el Estado Oriental permanecería, en carácter de ejército de reserva, el resto de las fuerzas imperiales (12.000 hombres) a las órdenes del conde de Caxias. Por último, la escuadra brasileña coope raría con el ejército en las aguas del río Paraná, ya sea para el transporte de tropas, o bien para la ejecución de operaciones combinadas.

Previstos así los puntos fundamentales de su respectiva actuación, los aliados resolvieron concentrar previamente el ejército de operaciones en Diamante (Entre Ríos). La caballería debía marchar por tierra, la infantería y artillería serían transportadas por agua una vez que la escuadra brasileña hubiese forzado las baterías que para el dominio del río Paraná había establecido Rosas en el *Tonelero*.

En la segunda quincena de diciembre, la concentración del ejército aliado en Diamante podía considerarse terminada. Sus efectivos, que en conjunto ascendían a 28.000 hombres (18 batallones de infantería, o sean 7.852 hombres, 16.679 jinetes y 45 piezas de artillería), estaban formados por los siguientes contingentes: (1)

Entre Ríos	10.670	hombres.	
Corrientes	5.260	,,	
Buenos Aires (2)	4.249	,,	
Contingente oriental	1.671	,,	(coronel César Díaz)
Contingente brasileño	4.040	,,	(brigadier Marques de Souza).

Para hacer frente a este ejército, tan formidable para aquella época, el dictador Rosas contaba con elementos en personal, si no superiores en número, por lo menos equivalentes en valor táctico a los de sus enemigos.

(1) El detalle del *orden de batalla* del ejército aliado a fines de 1851 puede ser consultado en nuestra obra "Caseros", pág. 174.

(2) Estas tropas habían pertenecido al ejército del general Oribe. Siguiéndose la costumbre de la época, ellas fueron incorporadas por el general Urquiza al ejército aliado después de la capitulación del 8 de octubre.

En efecto: en la provincia de Santa Fe y en la parte norte de la de Buenos Aires se encontraba la llamada *División Norte*, constituída por 7.500 hombres. Otros 5.800 hombres, dislocados entre Rojas y Guardia de Luján, formaban la *División Centro*. En Palermo y Santos Lugares hallábanse acampados 12.700 hombres de tropas veteranas, y en el sur de la provincia otros 2.800 hombres constituían la *División Sud*.

Por último, para la defensa misma de la capital podía echar mano de 10.000 hombres de los cuerpos de milicias, formados por los habitantes de la misma.

Aun descontando esta última fuerza, cuyo empleo fuera del radio de la ciudad no estaba previsto, Rosas podía disponer para sus operaciones contra el ejército aliado de un núcleo perfectamente armado y disciplinado, cuyo efectivo podía ascender a 29.000 hombres con un abundante material de artillería. Todo estribaba en concentrar a tiempo los diferentes grupos dispersos, haciéndolos converger hacia el sector que se juzgase más ventajoso para iniciar las operaciones contra el adversario si resolvía adoptar la ofensiva, o bien para rechazar la invasión a la provincia de Buenos Aires en el caso de que juzgase más útil a sus planes conservarse momentáneamente a la defensiva.

Iniciación de las operaciones contra Rosas. Invasión a las provincias de Santa Fe y de Buenos Aires.

Terminada la concentración del ejército aliado en Diamante en los últimos días del año 1851, el general Urquiza resolvió iniciar las operaciones sin pérdida de tiempo.

Su plan de campaña contra el dictador Rosas tenía en vista, cual medida previa, la ocupación de la provincia de Santa Fe, que debería servir al ejército aliado de base de operaciones para la continuación de su avance sobre la de Buenos Aires.

Al efecto, el 23 de diciembre de 1851, una vanguardia de 5.000 hombres de caballería atravesaba el río Paraná en Diamante, una

parte de las tropas a nado y el resto en embarcaciones previamente reunidas y remolcadas por buques brasileños. (1)

Las tropas que Rosas tenía en la provincia de Santa Fe no opusieron resistencia, replegándose con el gobernador Echagüe hacia la de Buenos Aires. La población de la provincia invadida acogió con viva simpatía a los libertadores, pronunciándose en muchos puntos por los aliados.

El general Urquiza hizo continuar la operación del pasaje de las tropas por Diamante, hasta que, al comprobar que la situación en la provincia de Santa Fe había cambiado a favor de sus planes, resolvió que, a partir del 28 de diciembre, el resto del ejército fuese transportado por agua al *Espinillo* (inmediaciones de la ciudad de Rosario), evitando en tal forma una larga marcha por tierra a una gran parte de sus tropas, especialmente a la infantería y artillería.

El 8 de enero de 1852 todo el ejército aliado encontrábase reunido en el *Espinillo*. En este punto el general Urquiza, antes de emprender las definitivas operaciones de invasión a la provincia de Buenos Aires, procedió a dar al ejército una organización en grandes unidades, a fin de simplificar y de hacer más eficaces las funciones del comando. Toda la caballería fué reunida en seis divisiones, formándose otras tres con la infantería (la argentina, la oriental y la brasileña), a las cuales quedó adscripta la artillería según su procedencia.

Rosas, mientras tanto, a pesar de haber dispuesto de unos seis meses a contar desde el comienzo de las hostilidades de los aliados en territorio oriental, nada había hecho en el sentido de mejorar la situación, ya sea reforzando oportunamente al ejército del general

(1) El ex gobernador de Corrientes, Pedro Ferré, había recibido del general Urquiza la misión de construir algunas balsas y de reunir en Diamante otras embarcaciones destinadas al pasaje del río Paraná por el ejército aliado. En el tomo 34 del Archivo de Gobierno de la Provincia de Entre Ríos existen tres notas de Ferré, de las cuales se desprende que el material flotante por él reunido para el pasaje comprendía 3 balsas, 10 lanchones y 11 chalanas. En una de las notas se indican también los nombres de los propietarios que habían cedido las embarcaciones.



Oribe, o disponiendo que éste pasase a Buenos Aires antes de que la escuadra brasileña dominase el Río de la Plata y sus afluentes, o, por último, llevando con el ejército de Buenos Aires y de Santa Fe una ofensiva a Entre Ríos.

Cual si estuviese dominado por un concepto fatalista o calculando más bien que esta nueva empresa de sus adversarios terminaría en un fracaso idéntico al que ya habían tenido las anteriores campañas de los otros ejércitos libertadores, el dictador Rosas no se preocupó de adoptar medidas eficaces para hacer frente a los acontecimientos, ni aun para agrupar sus elementos en la dirección de su frontera amenazada por la concentración de sus aliados en el Espinillo, reuniendo allí su numerosa caballería, que en número de 9.000 hombres hallábase, a principios de enero de 1852, fraccionada en numerosos grupos, dislocados entre el arroyo del Medio y Luján y entre el río Paraná y Rojas. La masa principal de su ejército, el núcleo veterano de línea, permanecía igualmente inactivo en los campamentos de Palermo y de Santos Lugares.

Resuelto a buscar a Rosas en el centro mismo de su poder, el general Urquiza, tan pronto como consideró terminada la preparación de su ejército y la organización de las columnas del convoy, emprendió la marcha el 15 de enero, saliendo del campamento del Espinillo para avanzar sobre la provincia de Buenos Aires.

Llegado el ejército aliado al arroyo del Medio (frontera de Santa Fe con aquella provincia), dos caminos quedaban a disposición del general Urquiza para efectuar la invasión y marchar sobre la capital enemiga: *el de la costa del Paraná y el del interior.*

El primero ofrecía, sin duda, las ventajas de ser el más corto y de permitir un avance paralelo y en contacto con la escuadra brasileña; mas, en cambio, hallábase desprovisto de pastos, no pudiendo tampoco obtenerse en sus inmediaciones el necesario ganado de consumo para tanto personal y el reemplazo del de silla y de tiro que sería indispensable para una caballería muy numerosa y para el importante convoy que seguía al ejército.

El camino del *interior,* aunque más largo, resultaba más venta-

joso, pues los inconvenientes que presentaba el de la costa quedaban eliminados siempre que se tuviese la precaución de determinar la duración de las distintas jornadas de marcha de acuerdo con la existencia de agua y de pastos en el largo recorrido a efectuar por las tropas.

Sin muchas vacilaciones, el general Urquiza eligió este último camino para la invasión y para el avance sobre Buenos Aires.

Empleando el dispositivo de marcha y el característico escalonamiento en profundidad propios de aquella época (1), el 18 de enero el grueso del ejército aliado alcanzaba el arroyo del Medio, que la vanguardia ya había franqueado en los días anteriores. Sin encontrar resistencia alguna del enemigo, cuyas unidades de caballería se iban replegando sobre el grueso del ejército en Santos Lugares a medida que la vanguardia aliada progresaba en su avance, el general Urquiza describía desde Pergamino un amplio arco de círculo hacia el interior, obligado a ello por la necesidad de alcanzar las lagunas existentes, y ganaba terreno con marchas no interrumpidas, deseoso de tomar cuanto antes el contacto con el grueso del ejército que Rosas conservaba inactivo en las inmediaciones de la capital.

En tal forma, la vanguardia aliada conducida personalmente por el general Urquiza alcanzaba el 30 de enero las inmediaciones del río de las Conchas, donde el comandante en jefe resolvía hacer atacar al día siguiente, con algunas de sus divisiones de vanguardia, a una fuerte columna de la caballería de Rosas, que en número de 3.500 jinetes había quedado cubriendo *Puente de Márquez* a las órdenes del coronel Lagos.

En los campos de *Alvarez* se producía el 31 de enero un importante encuentro entre las dos caballerías adversarias. El coronel Lagos no pudo sostener el choque violento de los escuadrones libertadores, viéndose obligado a pasar precipitadamente el río de las

---

(1) Recomendamos consultar el gráfico que como anexo N.o 3 hemos colocado a pág. 216 de nuestra obra "Caseros".

Conchas y a replegarse sobre el campamento del grueso del ejército en Santos Lugares.

Batalla de Caseros (3 de febrero de 1852).

Libre ya el camino, el general Urquiza, a pesar del deseo vehemente de medirse cuanto antes con el adversario, no consideró prudente avanzar con la sola vanguardia al otro lado del obstáculo. Prefirió esperar la llegada del grueso para continuar después con todo el ejército reunido a presentar combate al enemigo. El 1.º de febrero el grueso reuníase a la vanguardia sobre el río de las Conchas.

Rosas, mientras tanto, habíase limitado a concentrar en Santos Lugares su caballería dispersa y las tropas que acantonaban en Palermo, logrando disponer así para la batalla inminente de 10.000 infantes, 12.000 jinetes y 56 piezas de artillería. Su primera intención había sido oponerse al franqueo del río de las Conchas por el enemigo. Pero, más tarde, desistió de esa idea, resolviendo, en cambio, ocupar en las inmediaciones del campamento de Santos Lugares una posición defensiva, orientada en dirección perpendicular al arroyo Morón, que quedaba sobre su derecha. (1)

En una línea continua, con la derecha apoyada en la casa y en el palomar de Caseros, Rosas había desplegado sus tropas en la formación típica de aquella época, dejando como reserva general únicamente dos divisiones de caballería (las de los coroneles Sosa y Bustos, en conjunto 2.000 jinetes), que se emplazaron más próximas al ala derecha.

La escasa capacidad táctica de la reserva y su defectuosa colocación permiten adelantar que la acción del comandante en jefe durante el combate será casi nula, pues se verá imposibilitado no

(1) Consúltese el plano de la batalla que figura como *anexo N.º* 5 al final de nuestra obra "Caseros". Por los detalles que él contiene sobre la configuración del terreno y la situación de las tropas contrapuestas, se considera inoficioso hacer una descripción del campo del combate y de la formación en batalla de los dos ejércitos adversarios.



sólo de reforzar eficazmente las partes de su línea de batalla que sean obligadas a ceder al empuje del atacante, sino también de pasar en el momento oportuno de la defensiva a la ofensiva para obtener el éxito táctico.

El 2 de febrero el ejército aliado atravesaba el río de las Conchas para aproximarse al enemigo.

El general Urquiza había dispuesto que la vanguardia fuese reforzada con la división oriental, pues calculaba que sería necesario vencer la resistencia que no dejarían de oponer las tropas adelantadas del adversario. Sin embargo, el avance de los aliados no encontró tropiezos hasta alcanzarse el arroyo Morón, en cuya margen oeste y a la vista de la posición defensiva el general Urquiza desplegó sus tropas en una línea paralela al arroyo.

Al resolverse por esta medida, la intención del comandante en jefe del ejército aliado era no pasar al otro lado del obstáculo hasta no haber reconocido el terreno y la posición enemiga, poniéndose mientras tanto en situación de resistir al adversario si éste resolvía salir de su inacción para llevarle el ataque. (1)

Rosas, empero, no había pensado cambiar de actitud, resuelto como estaba a esperar el ataque de los aliados en la posición defensiva que él debió considerar sumamente fuerte. (2)

En la mañana del 3 de febrero el general Urquiza pasaba con sus tropas el arroyo Morón utilizando un pequeño puente situado

---

(1) Es fácil ver subsistente aquí el mismo criterio que guió al general Urquiza en su actuación del día anterior al combate de *Vences*, donde también se trataba de atacar una posición defensiva cubierta por obstáculos naturales.

(2) La resolución de Rosas de no aprovechar la existencia del obstáculo en las inmediaciones de la posición defensiva para atacar al adversario durante su franqueo e introducir el desorden en sus filas, nos recuerda la análoga determinación del general La Madrid en el combate de *Rodeo del Medio* (24 de septiembre de 1841; véase "Campaña del cuarto ejército libertador"), al permitir que el general Pacheco franquease la ciénaga que quedaba situada a pequeña distancia de la posición defensiva del ejército libertador. En los dos casos, la audacia del adversario que no trepida en salvar el obstáculo a la vista del enemigo y en preparar y llevar el ataque en el momento oportuno aprovechando la absoluta pasividad del defensor, se ve recompensada con un éxito táctico que decide de un solo golpe la campaña.

fuera del radio de acción de los fuegos de la posición defensiva. A medida que las unidades atravesaban el obstáculo, se corrían hacia el este y tomaban la colocación para el combate que les determinara el comandante en jefe.

Desplegada su línea de batalla e impartidas a las diferentes unidades las misiones que deberían llenar en el combate, el general Urquiza iniciaba personalmente el ataque con las cuatro divisiones de caballería del ala derecha, cuya dirección habíase reservado. La caballería del ala izquierda de Rosas, a las órdenes del coronel Lagos, no pudo resistir el choque. Tampoco logró restablecer allí el equilibrio la entrada en acción de las dos divisiones de reserva, que oportunamente acudieron en apoyo del coronel Lagos. El encuentro en esta parte del campo de batalla decidíase a favor de los aliados, cuya caballería inició una tenaz persecución contra los escuadrones desbandados del coronel Lagos, que se retiraban en dirección a la capital.

Mientras tenía lugar el triunfo del ala derecha aliada, las demás partes de la línea de ataque vieron llegado el momento oportuno de entrar en acción. Las primeras tropas en moverse fueron la división oriental y la brigada *Rivero,* que en columna de ataque avanzaron contra la posición defensiva. La división brasileña, colocada entre esas dos unidades, se conservó en su puesto, tal vez porque su comandante creyó que aun no había llegado el momento de llevar el ataque. La brigada *Rivero* suspendía al poco tiempo su avance, en espera de que las tropas brasileñas saliesen de su inacción y llegasen a su altura.

La división oriental, en cambio, acompañada por la división de caballería *Urdinarrain,* avanzó contra la extrema ala derecha de la posición enemiga. Una vez que hubo llegado a la misma altura y en la prolongación de dicha ala, hizo alto y con una conversión a la derecha dió frente al martillo que la posición defensiva formaba en ese punto.

El brigadier Marques de Souza, comprobando que la acción de las tropas orientales y de la brigada *Rivero* resultaría estéril si no

era apoyada oportunamente, impartió las órdenes para que las fuerzas brasileñas llevasen el ataque: una de sus brigadas debía acudir en apoyo de la división oriental, avanzando al efecto sobre la casa de Caseros; el palomar sería el objetivo de la segunda brigada, mientras la tercera secundaría la acción de la brigada *Rivero,* llevando el ataque por su frente.

En esta misma oportunidad la infantería argentina que formaba la división *Galán,* avanzaba contra el sector de la posición defensiva situado a su frente.

Generalizado así el combate sobre toda la línea cuando ya el ala izquierda de Rosas había sido derrotada dejando descubierto el flanco de la infantería, la batalla no tardaba en decidirse a favor de los aliados. El ataque combinado de orientales y brasileños contra el *sector A* (ala derecha) de la posición defensiva obtenía pleno éxito a pesar de la tenacidad con que los defensores se sostuvieron en los dos reductos en que habían transformado la casa y el palomar.

Idéntico resultado alcanzaba el atacante sobre el resto del frente, donde la defensa fué muy débil, desbandándose la infantería de Rosas al primer choque de las columnas atacantes, sin que los conatos de resistencia de la brigada *Díaz* y de la gran batería del coronel Chilavert tuviesen la virtud de mejorar la situación de los defensores.

Pronunciada en tal forma la derrota completa de su ejército, Rosas huía precipitadamente del campo de batalla en dirección a Buenos Aires, buscando refugio ese mismo día en un buque de guerra británico surto en el puerto.

El 4 de febrero los vencedores avanzaban sobre Buenos Aires, penetrando en la ciudad sin encontrar resistencia.

Consideraciones sobre esta campaña.

La memorable jornada de Caseros que, al cerrarse con una victoria decisiva para el noveno ejército libertador, destruía el formidable poder militar que había permitido a Rosas dominar la repúbli-

ca durante tantos años, debía tener trascendencias políticas considerables. Ella, en efecto, marca el comienzo de la reorganización nacional del país, pues, eliminado de la escena política el personaje que mantuviera encadenadas las provincias a su capricho y a su despótica autoridad, era posible ahora trabajar en el sentido de organizar la nacionalidad, dando estabilidad y prestigio a sus instituciones y organizando el país bajo el sistema federal, anhelo de todas las provincias y bandera de las múltiples reacciones armadas contra el despotismo del dictador Rosas.

El feliz éxito alcanzado por la última cruzada libertadora reconoce, entre otras muchas, estas dos causas fundamentales:

1.° La unidad de acción obtenida por el general Urquiza no sólo para la conducción de las operaciones militares, sino también en las relaciones que durante la campaña debían existir entre la *política* y la *guerra*.

2.° Las ventajas de todo orden que acompañan a la iniciativa en las operaciones, ya se trate de la ofensiva estratégica o de la ofensiva sobre el campo de batalla; y en contraposición, la esterilidad y el fracaso que esperan a la actuación de aquél que, aun cuando numéricamente superior en elementos de todo orden, se deja dictar la ley por el adversario, condenándose voluntariamente a la defensiva pasiva, que es y será siempre la negación de la victoria.

Capítulo XI.—Consideraciones finales.

RESUMEN:

I.—Concepto que deben tener los estudios histórico-militares.
II.—Los principios orgánicos, estratégicos y tácticos que caracterizan a las campañas libertadoras.
III.—Las alianzas consideradas desde los puntos de vista político y militar.
IV.—La política y la dirección militar en la conducción de las operaciones de la guerra.

I

Concepto que deben tener los estudios histórico-militares.

En esta rápida narración de las campañas libertadoras hemos asistido al vertiginoso desarrollo de acontecimientos históricos, en los cuales la acción militar se ha desenvuelto en forma destacada y decisiva en el luctuoso proceso a que dió lugar la organización nacional del país.

Sería empeño vano, ateniéndose exclusivamente a consideraciones de entidad numérica y de resultados materiales generalmente obtenidos, negar la importancia que las campañas libertadoras, tomadas aisladamente o consideradas en conjunto, tienen derecho a ocupar en la historia militar argentina. Aun más: ningún período histórico del pasado argentino contiene una actividad militar más considerable, más variada e intensa que el que media de 1838 a 1852; ninguno como éste puede contar con acontecimientos militares que se hayan desarrollado en teatros de operaciones más diversos, o hayan exigido esfuerzos más intensos y prolongados, o agrupen acciones tácticas más numerosas y sangrientas. El territorio del país ha sido recorrido de un extremo a otro por las columnas libertadoras en su levantado y patriótico propósito de derribar la tira-

nía y por las huestes encargadas de sofocar en sangre los conatos de rebelión contra el poder del dictador. Enormes fueron las distancias salvadas cada vez por las tropas en sus operaciones de invasión o en sus movimientos de retirada, en todas las estaciones del año, venciendo las barreras de ríos caudalosos con medios primitivos, atravesando zonas áridas y despobladas, viviendo sobre el país e independizándose cada vez de la base de operaciones por la honda penetración de las columnas invasoras en el territorio enemigo y por la imposibilidad de utilizar con eficacia las rudimentarias y extensas líneas de comunicación.

Ningún período histórico puede tampoco, a la par del estudiado, presentar un acopio de características más pronunciadas y más genuinamente nacionales en el empleo de procedimientos orgánicos, estratégicos y tácticos para la formación de los distintos ejércitos, para la dirección de las operaciones de las diversas campañas, con carácter ofensivo o defensivo, y para alcanzar la victoria en el combate.

Por otra parte, el gran número de generales — algunos de renombre ya consagrado y otros de actuación incipiente — que en las distintas campañas intervienen en la organización de los ejércitos y en la dirección de las operaciones, al mismo tiempo que aquilatar sus méritos y determinar la capacidad profesional de cada uno, permite la demostración aplicativa de los principios militares de la época y la comprobación práctica de los beneficios de aquellas máximas que, perdurando a través de las modificaciones que en el arte de la guerra han introducido las mejoras en el armamento y en los medios de comunicación, los aumentos de los efectivos, etc., requieren el comentario en el estudio de las disposiciones de los reglamentos que las contienen.

La simple narración de los acontecimientos históricos, si bien puede bastar a divulgar el conocimiento material de los hechos, en sucesión cronológica, de un período determinado, no permite, en cambio, penetrar espiritualmente en el alma de las personas que desempeñaron en ellos un papel importante ni comprender el carácter especial de la época.

Esta facultad, que constituye el fin utilitario de la ciencia histórica — a la cual no puede negarse su valiosa prerrogativa de ser *la maestra de la vida* — la debe proporcionar el historiador con su aporte personal, estudiando las causas generadoras de los sucesos, para analizarlos después en su esencia más íntima, apreciar los resultados por la correlación del medio ambiente y de la idiosincrasia de los hombres con los intereses en juego, con la actividad desarrollada y con los demás factores concurrentes, para deducir al último, con serenidad de juicio e imparcialidad de apreciación (o permitir que el lector efectúe esto mismo con facilidad por esfuerzo propio), las conclusiones siempre proficuas en enseñanzas que deben obtenerse del estudio realizado.

Si éste es el método que se recomienda en general para el estudio de las diversas ramas de la historia, él debe observarse rigurosámente en los trabajos históricos de carácter militar, so pena de transformar la historia militar en una crónica escueta de combates, de transcripción de órdenes y proclamas, de enunciación de planes de campaña y narración de los diarios acontecimientos corrientes, que, si logran interesar la atención del lector por la sugestión que siempre ejercen los sucesos de una época pasada, especialmente si son de índole guerrera, dejan árida la mente cuando los hechos no son presentados en forma a despertar y estimular el espíritu de análisis.

Guiados por el criterio anteriormente expuesto, hemos realizado el presente estudio, formulando al final de cada campaña algunas breves consideraciones de orden general sobre la campaña misma, y particular sobre las acciones tácticas libradas, pero dejando márgen — en consideración al carácter compendiado del estudio y a los fines declarados en la *Introducción*—para que el lector pueda, a su vez, intercalar o completar la parte analítica y crítica mediante un esfuerzo propio, a cuyo objeto hemos presentado los relativos elementos de juicio en la forma conveniente para hacer más fácil y beneficiosa dicha tarea.

Sólo nos resta ahora, como síntesis de todo el presente trabajo, consignar aquí algunas observaciones generales deducidas del

examen de conjunto de las campañas libertadoras; observaciones que, referidas a principios que conservan su aplicación en la actualidad, concurren a fundamentar por su sanción de la práctica la importancia que les atribuye la letra de las prescripciones contenidas en los tratados y reglamentos militares.

II

Los principios orgánicos, estratégicos y tácticos que caracterizan a las campañas libertadoras.

No pretendamos ver aplicados íntegramente en las campañas contra Rosas los principios militares que en esa misma época regían en los ejércitos europeos más adelantados. Muy pronunciadas eran las diferencias que existían entre éstos y las agrupaciones armadas — pomposamente denominadas *ejércitos* — que se formaron en nuestro país de 1838 a 1852, y muy considerables también las desventajas de estos últimos en lo relativo a la calidad y cantidad del armamento, a la proporción de las distintas armas, a la instrucción y disciplina del personal, a la preparación técnica de los comandos, a las condiciones de las vías y medios de comunicación, a la extensión y despoblación de los teatros de operaciones, a la disponibilidad de recursos de todo orden, etc.

De modo que, circunscribiéndonos a los factores locales y al examen de lo realizado en cada caso, podemos expresar aquí que *los principios orgánicos, estratégicos* y *tácticos sancionados por las campañas libertadoras son el resultado del ambiente, de la cantidad y naturaleza de los elementos disponibles* y *del terreno;* como también que *la aplicación de dichos principios siempre lleva en sí el sello característico de la personalidad del comandante en jefe.*

Cuando la situación política obliga a improvisar con precipitación un ejército — organismo muy complicado y cuya garantía de perfecto funcionamiento sólo puede ser dada por los metódicos y perseverantes trabajos del tiempo de paz — será muy difícil obtener para el mismo la organización racional que prescriben los prin-

cipios universalmente aceptados. El apremio de la situación, la necesidad imperiosa de entrar en actividad para contrarrestar los planes del enemigo o para prevenir sus golpes, obligarán a reunir y agrupar los hombres llamados a las armas en unidades cuyas características de empleo estén en consonancia con las aptitudes del personal, con la clase y cantidad del armamento disponible y aun con el criterio especial del comandante en jefe: masas de caballería con los hombres de la campaña, unidades de infantería con los artesanos, comerciantes y demás oficios sedentarios de los habitantes de las ciudades.

Es un hecho característico que a mayor competencia profesional del jefe que comanda el ejército libertador, hay que calcular siempre con un mayor tiempo por él invertido en la organización de las fuerzas y en la preparación de su capacidad operativa y táctica. Esta circunstancia no debe constituir sorpresa alguna, desde que es inherente a las cualidades de un buen comandante de tropas la pretensión de llevar a su más alto grado de eficacia la perfección del instrumento que ha de permitirle alcanzar la victoria.

La actividad operativa de los ejércitos constituídos en las enunciadas condiciones depende cada vez de su especial organización más que de los planes que pretenda desarrollar el comandante en jefe. Las grandes masas de caballería, abundantemente provistas de caballos y la posibilidad de montar a la escasa infantería de que se dispone, invitan a las empresas lejanas, llevadas con rapidez y a gran distancia de la propia base, ya que el carácter de la iniciativa y aun de la sorpresa que ellas contienen, constituyen casi siempre uno de los factores principales del éxito.

Los ejércitos invasores viven exclusivamente de los recursos que encuentran en la zona invadida. De ahí que la rapidez de sus marchas dependa, en primer término, de la facilidad de procurarse elementos de movilidad; y si el enemigo ha tenido la precaución y el tiempo de retirar todos los recursos de los sectores de avance del invasor, éste se verá obligado a hacer más lenta su penetración y hasta a interrumpir sus operaciones ofensivas. La guerra de re-

cursos desempeña, pues, un papel importantísimo en esta época estudiada.

Casi todas las campañas libertadoras se caracterizan por las grandes distancias salvadas en poco tiempo por los ejércitos, a través de un territorio despoblado y con pocos recursos (y aun más escasos si el adversario ha hecho previamente el vacío) y venciendo enormes dificultades naturales.

Las causas son múltiples, pudiendo ellas concretarse en las siguientes:

a) *Condiciones especiales del personal* (consumados jinetes, grandes nadadores, acostumbrados a una vida de penurias);
b) *constitución típica de los ejércitos* (gran cantidad de caballería, cada jinete con uno o varios caballos de tiro; escasa infantería, y su mismo personal montado; pequeñas columnas de vehículos; vida sobre el país);
c) *conocimiento personal del terreno por el comandante en jefe;*
d) *necesidad de obrar con rapidez para destruir al enemigo antes de que pueda reunir todos sus elementos.*

El empleo táctico inicial de las fuerzas es el que más lleva impreso el sello personal del comandante en jefe, ya sea por la independencia que éste demuestre en separarse de la rutina de principios anticuados de combate, o bien por la perseverancia en poner en práctica los mismos procedimientos que le valieron anteriores triunfos. Sin embargo, la acción del comandante en jefe no va generalmente más allá de las disposiciones encaminadas a adoptar la definitiva formación de combate, pues éste se inicia, se desarrolla y se sostiene casi exclusivamente por la iniciativa personal de los jefes subalternos. No hay cooperación entre las distintas partes de la línea de batalla; cada uno actúa desligado del conjunto. El éxito es debido a la inspiración personal de los subalternos, al arrojo

con que arremeten al enemigo. Las reservas, si las hay, o permanecen inactivas o, cuando son empleadas, llegan tarde o actúan — casi siempre bajo la inspiración de su jefe — en un punto que no es el decisivo.

En los combates, cualquiera iniciativa que rompa la rutina de los principios tácticos consagrados, obtiene siempre éxito, por la estupefacción que tal hecho ocasiona al enemigo, quien no sabe tomar de inmediato las medidas adecuadas para contrarrestar esa acción. pues su escasa elasticidad mental en el orden de las conveniencias tácticas no le permite obrar rápidamente con igual independencia de los principios militares que forman su escaso bagaje de conocimientos profesionales. De ahí que la preparación de los jefes deba ser orientada a saber tomar con decisión y rapidez cualquiera resolución en las más diversas y peligrosas situaciones que puedan presentarse en campaña y muy especialmente durante un combate.

En esa época de la preeminencia táctica de la caballería, cada vez que se conseguía hacer actuar por sorpresa la infantería contra aquella arma, se alcanzaba un éxito apreciable, que a veces hasta decidía la victoria (combates de *Caaguazú*, *Rodeo del Medio* y *Vences*). La explicación resulta lógica cuando se reflexione que había que calcular no sólo con el efecto material del fuego contra las masas compactas de los escuadrones enemigos, sino también con el factor de la desmoralización en tropas casi siempre bisoñas. La sorpresa conserva aún hoy resultados muy grandes, y éstos serán tanto mayores cuanto menor sea la disciplina y la cohesión de las tropas contra las cuales se lleva a cabo.

La retirada como consecuencia de la derrota en la acción táctica conducía a la disolución completa de las unidades, causada por la carencia de disciplina y por la desaparición del comando. La persecución se transformaba en la caza al hombre, que dejaba un tendal de víctimas, muy superiores a las que quedaron sobre el campo de batalla. A veces (como después de *Caaguazú*), se pretendió aprovechar el resultado de la victoria para pasar de la defensiva a la ofensiva estratégica, pero se tropezó con la falta de

medios de movilidad. Otras (como después de *Arroyo Grande*), el comando del ejército vencedor perdió un tiempo precioso, lo que permitió al enemigo reaccionar. Otras, en fin, el éxito táctico fué tan completo, que el combate bastó para decidir el resultado de la campaña (*Pago Largo, Chascomús, Quebracho Herrado, Rodeo del Medio, Famaillá, Vences, Caseros*).

Es natural que con los perfeccionamientos de todo orden introducidos en el armamento, medios de comunicación, principios tácticos, etc., no podemos pretender ver reeditados en una campaña actual los métodos orgánicos, estratégicos y tácticos de las campañas libertadoras. Sin embargo, su conocimiento nos será muy útil para aquilatar los esfuerzos desarrollados, apreciar los inconvenientes de la improvisación, los beneficios de la iniciativa en las operaciones y otros muchos detalles de actuación, que, en forma de prescripciones perentorias y precisas, ocupan un lugar preferente en los reglamentos actuales.

III

Las alianzas consideradas desde los punto de vista político y militar.

Mucho se ha escrito sobre las ventajas y los inconvenientes que las alianzas estipuladas con una finalidad militar entrañan para los que se han comprometido con un pacto solemne a llevar la guerra contra un común adversario. (1) No pretenderemos, pues, repetir aquí lo que el lector puede encontrar fácilmente en textos didácticos o en obras históricas, porque sería tergiversar el propósito de este breve estudio.

Sin embargo, en atención a la frecuencia con que los ejércitos

(1) Tanto en nuestra primera obra histórica "Caseros" como en la última publicación de la misma naturaleza, titulada "La Guerra del Paraguay", hemos dedicado un capítulo especial al tema de la *alianza*, por la importancia que ella tuvo en las dos campañas estudiadas. El tema resulta siempre de actualidad, pues rara es la guerra que no se desarrolla contando uno o los dos beligerantes con sus correspondientes aliados y repitiéndose cada vez el capítulo de las ventajas y de los inconvenientes que hemos enunciado y analizado en las dos obras citadas.

libertadores utilizaron el recurso de las alianzas, y también a la importancia política y militar que ellas tuvieron en el desarrollo de las campañas (o que pudieron llegar a tener en el caso de haberse cumplido los respectivos compromisos), conviene enunciar aquí una máxima, deducida de los resultados que se obtuvieron en los casos especiales que se han estudiado.

Toda alianza estipulada con el fin de compensar la propia inferioridad numérica en una guerra o simplemente para aumentar las probabilidades de éxito, militarmente considerada es una necesidad, pero desde el punto de vista político es siempre un error.

Desde que la guerra tiene por objeto alcanzar el fin que la política se ha propuesto, y como para salir vencedor es necesario disponer de los elementos que se juzguen indispensables para dominar al adversario, lógico es que cuando en el propio país no se puedan obtener dichos elementos en la cantidad requerida, se busque asegurarse la cooperación armada de otro.

La intervención solicitada de tropas de un país extranjero en una guerra, a título de aliado, repugna por lo común a los sentimientos patrióticos y mortifica el orgullo nacional por la implícita confesión de la propia impotencia. Casi siempre, aquélla no se presta con un fin desinteresado. Además, aun cuando exista en los aliados comunidad de miras y de objetivos militares, sus intereses políticos son a menudo de carácter encontrado, resultando ellos, una fuente de rozamientos y de frecuentes discordias durante la guerra misma y muy especialmente al hacerse la paz y al pretenderse dar cumplimiento a las estipulaciones de los tratados.

Sin embargo, como las necesidades de orden militar deben primar para conducir victoriosamente la guerra, es lógico que se estipulen alianzas cada vez que la situación lo aconseje imperativamente. Mas, en este caso, las cláusulas de los tratados deberán ser muy meditadas, para eliminar o aminorar en lo posible las desventajas políticas que entraña una alianza y para asegurarse sus mayores beneficios en el orden militar.

IV

La política y la dirección militar en la conducción de las operaciones de la guerra.

Es éste también un tema que ha dado ocasión a los escritores militares de poner de manifiesto los grandes beneficios que deben esperarse en una guerra de la centralización de esos dos poderes, o, por lo menos, del perfecto acuerdo que debe reinar en todo momento entre los órganos que tienen a su cargo la dirección de los asuntos relacionados con la política y con la conducción de las operaciones militares.

Corroboran este principio las campañas que se han desarrollado en todos los tiempos y en todos los países. Su importancia hállase especialmente valorada por los resultados dé las campañas de los ejércitos libertadores.

Las dificultades creadas al general Lavalle en 1840 por el gobernador Ferré y al general Paz en 1841 por ese mismo personaje y en 1846 por el gobernador Madariaga y las trabas que se le opusieron para la conducción de las operaciones de la guerra en la forma que dichos generales conceptuaban más adecuada a los intereses militares, esterilizaron la acción final del *segundo*, *quinto* y *séptimo ejército libertador* y hasta hicieron inútil la brillante victoria de *Caaguazú*, que bien pudo llegar a ser de consecuencias decisivas si el general Paz hubiese contado con el apoyo amplio e incondicional del gobierno de Corrientes.

Distinto, en cambio, es el resultado que obtiene el general Urquiza en la campaña del *noveno ejército libertador*. El gobernador de Entre Ríos ha sabido aferrar en sólida mano centralizadora todos los negocios concernientes a la política y a la guerra y ha impuesto con absolutismo su personalidad. Eliminados así todos los motivos de posibles rozamientos entre los dos poderes, que están encarnados en su sola persona, logra por la dirección única y por la combinación de todos los esfuerzos, derribar el poder de Rosas que hasta entonces se había mantenido inconmovible.

APÉNDICE

ANEXO N.o 1

Rosas indica la forma de hacer más eficaz la persecución a los unitarios.

Buenos Aires, Marzo 19 de 1836.

Señor D. Pascual Echagüe.

Paraná.

Mi muy apreciado amigo y compatriota:

He leído con sumo gusto su muy estimable de 6 del corriente, igualmente que sus apreciables comunicaciones oficiales, y estoy conforme con usted en que por ahora nuestros enemigos residentes en el Estado Oriental se mantendrán quietos al parecer por no tener elementos bastantes para hostilizarnos; pero no por eso dejarán de maniobrar con la intriga, que es su arma favorita, y así es preciso que a este respecto marchemos con mucha vigilancia y cautela.

Las dos cartas originales que me dice usted remitirme para que me imponga de su contenido, no las he recibido. Celebro que haya usted descubierto haberse hallado en siniestras inteligencias con los unitarios el comandante D. Patricio Fernández, porque esto tal vez me sirva para descubrir las relaciones de algunos otros con esa perversa canalla, y cuando menos se les pruebe algo, presentará a usted la oportunidad de imponérseles a los pérfidos.

... ...

Del mismo modo agradezco a usted la remisión que me ha hecho de los dos decretos del N.º 1. Después mandaré a usted las filiaciones de otros, por si estuviesen o cayesen a esa provincia, y otro tanto podría hacer usted, si gusta, con respecto a los que de ahí hayan fugado a esta provincia.

Tengo a la vista la lista de los emigrados de ésta que existen en ésa y que se ha servido usted remitirme.......

Yo, mi apreciado amigo, soy de opinión que a los unitarios peligrosos, expelidos de una provincia, no deben ser tolerados en ninguna otra de las confederadas, pues el que sea peligroso al orden público en una, lo será en todas las demás; y es también una especie de desaire que se hace al Gobierno que toma tal medida dar asilo al que hubiesen expulsado por la expresada causa. Por otra parte, esta consonancia de conducta en los Gobiernos confederados será un medio muy eficaz de enfrenar a los unitarios, a los díscolos e intrigantes, y de ayudarse aquéllos recíprocamente a ser respetados como corresponde.

Partiendo de estas ideas, desde ahora ruego a usted que cuando expulse a algunos de ésa por los motivos expresados, se sirva avisármelo, mandándome, si puede, su filiación, para no darle acogida en ésta, que yo de mi parte haré otro tanto, y esto mismo digo a usted con respecto a cualquiera que exista en esta provincia y se halle en el expresado caso......

JUAN M. DE ROSAS.

(*Del Archivo de Gobierno de Entre Ríos; tomo* 46, *folio* 161).

ANEXO N.o 2

Rosas no hace lugar al pedido de tropas hecho por el presidente Oribe.

Señor D. Manuel Oribe. *Montevideo.*

Buenos Aires, Agosto 2 de 1836.

Muy señor mío y distinguido amigo:

Contesto a su apreciable de 25 del ppdo. y poseído del más vivo deseo de que salga usted con feliz éxito y logre un completo triun-

ño contra los rebeldes que haciendo causa común con los pérfidos unitarios emigrados de ésta a esa República se han propuesto derrocar a la autoridad legítima para disponer a su antojo de ese precioso país y hacerse árbitros absolutos de las vidas y fortunas de sus habitantes, debo decirle con franqueza que estoy dispuesto a prestar a usted toda clase de cooperación que sea compatible con la dignidad y posición que corresponde a esta República guardar en clase de amiga y con la mía particular en clase de Gobernador de esta provincia, encargado de dirigir las relaciones exteriores de la Confederación Argentina; y como el remitir de esta República a ese Estado una fuerza por el Entre Ríos importa la creación de un compromiso extensivo a toda la República, no puedo hacerlo sin expresa autorización al efecto de las Provincias Confederadas, mientras no se presente un caso tan grave y urgente que me exonere por sí mismo de aquel prerrequisito, por deberlo entonces suponer en el momento, aun cuando no lo haya solicitado, como lo haré sin demora.

Es verdad que si yo dispusiese remitir la expresada fuerza por sólo mi juicio y opinión, no dudo que todos los Gobiernos aprobarían la medida, pero fuera de que no quiero abrir un ejemplar que pueda alguna vez perjudicar el orden constitucional en que está montada esta República, me parece también que no es conveniente por ahora tal remisión, supuesta la decisión general de los habitantes de ese Estado en favor de la autoridad legal, pues aquel paso obscurecería algún tanto esta gloria, y minoraría la gran satisfacción de que es justo gocen usted y los fieles orientales apareciendo por sí solos victoriosos contra los anarquistas.

A lo que se agrega que esta clase de cooperación sólo es de adoptarse en casos muy apurados, porque no hay en lo humano poder para evitar las molestias que siempre sufren los vecinos por donde transita gente armada, ni para contener las demasías que jamás dejan de cometer los soldados y algunos oficiales de todo ejército auxiliar, como tampoco para impedir las emulaciones de rivalidad entre la tropa de un Estado con la del otro, y creo que

sería una imprudencia exponernos a las fatales consecuencias de estos males, cuando no hay un peligro tan inminente que nos obligue a ello, supuesto que usted cuenta dentro del Estado con sobrada fuerza para destruir y anonadar a los rebeldes.

Ultimamente, aun cuando yo no encontrase inconveniente alguno para remitir el expresado auxilio, no lo haría con la prontitud que usted me ha insinuado, pues exigiría que para su remisión precediese un tratado o estipulación formal, por la que se me asegurase de una marcha firme, rápida y decisiva, y de que logrado el triunfo contra los rebeldes, ese Gobierno extinguiría en todo el territorio del Estado hasta las más pequeñas raíces de la presente rebelión, para no vernos después en la penosa situación de estar temiendo todos los días el que se repitiese; porque a la verdad merécelo mucho que a la sombra de eso que llaman algunos formas constitucionales y que en realidad sólo tienden a debilitar la fuerza de las leyes y dar ensanche al crimen y a la anarquía, suceda que se vea usted muy embarazado para contener a los rebeldes, y que después de haber batido en el campo de batalla a los de ejecución y armas llevar, tenga usted que sufrir en la ciudad a los promotores sugestores, instigadores y proyectistas en secreto, que son los principales y verdaderos autores de estos males, y con cuya permanencia en ese Estado no es posible que sus habitantes ni los de esta República gocen jamás de tranquilidad.

Por lo demás, las providencias que por la *Gaceta* de esta ciudad verá usted ha dictado este Gobierno contra los rebeldes, y todos los buenos oficios a que se ha prestado en honor de la autoridad legítima, de que instruirá a usted detalladamente el comisionado D. Manuel Soria, le harán conocer de un modo positivo que deseo logre usted cuanto antes el más completo triunfo contra esos malvados, y que bajo de este concepto debe usted relativamente a este grave negocio hablarme siempre con toda franqueza, seguro de que por mi parte lo haré del mismo modo, y que, como he dicho a usted antes, estoy dispuesto a hacer en obsequio suyo y de la autoridad de que está encargado, cuánto sea compatible con la digni-

dad y posición de esta provincia y república y la mía en particular bajo el doble carácter que invisto.

Saluda a usted con el más distinguido afecto su atento servidor y amigo.

JUAN M. DE ROSAS.

(Del Archivo de Gobierno de Entre Ríos; tomo 48, folio 2).

ANEXO N.o 3

Partes oficiales sobre el combate de Pago Largo

N.o 1. — *Primer parte del general Echagüe a Rosas.*

El general en jefe del ejército entrerriano.

Cuartel general en el campo de batalla del *Pago Largo*, marzo 31 de 1839. Año 30 de la Libertad, 25 de la Federación Entrerriana, 24 de la Independencia y 10 de la Confederación Argentina.

Al Excmo. Señor Gobernador y Capitán General de la Provincia de Buenos Aires, Encargado de los Negocios de Paz, Guerra y Relaciones Exteriores de la República de la Confederación Argentina, Ilustre Restaurador de las Leyes, Brigadier D. Juan Manuel de Rosas.

En este momento acaba de conseguir el valiente ejército de mi mando un triunfo decisivo sobre el del traidor Berón, fuerte de más de cinco mil hombres de toda arma.

Al principio opusieron una pequeña resistencia, pero nada pudo contener el impulso de los leales, intrépidos, patriotas que tengo el honor de mandar. La premura del tiempo y el empeño en que

estoy de perseguir a los últimos restos de los dispersos, apenas me permiten asegurar a S.E. que pasan de mil quinientos hombres los muertos del enemigo, más de trescientos prisioneros, toda su infantería muerta o prisionera, quedando en nuestro poder todo su parque, tres piezas de artillería, un considerable número de armas y más de tres mil caballos.

Así que el tiempo me lo permita, pasaré a S.E. un parte detallado de tan gloriosa jornada, limitándome por ahora a felicitar a S. E. y a todas las Provincias de la Confederación, y recomendarle al mismo tiempo a todo el Ejército vencedor; pues todas las clases de que se compone se han emulado bizarramente, disputándose la gloria de distinguirse.

Dios guarde a S. E. muchos años.

PASCUAL ECHAGÜE.

P.D.—Al cerrar la presente nota, acabo de saber de cierto que entre los muertos se encuentra el gobernador Berón y los coroneles Navarro y Rolón, contándose en este número más de sesenta jefes y oficiales. Nuestra pérdida es sumamente corta.

PASCUAL ECHAGÜE.

(*Gaceta Mercantil* del 8 de abril de 1839. En este mismo número de la *Gaceta* se publica la nota del gobernador delegado de Entre Ríos, coronel Zapata, con que remite a Rosas este parte, por pedido del general Echagüe, y un estandarte tomado al enemigo; e igualmente, una nota de felicitación del gobernador de Santa Fe, general Juan Pablo López, al dictador Rosas).

N.º 2. — *Segundo parte del general Echagüe a Rosas.*

El Gobernador y Capitán General de la Provincia de Entre Ríos, General en jefe del Ejército entrerriano de operaciones de la Confederación Argentina.

Cuartel general en Curuzú-Cuatiá, Abril 5 de 1839. Año 30 de la Libertad, 25 de la Federación Entrerriana, 24 de la Independencia y 10 de la Confederación Argentina.

Al Excmo. Señor Brigadier General, Ilustre Restaurador de las Leyes, Don Juan Manuel de Rosas, Encargado de los Negocios de Paz, Guerra y Relacio-

nes Exteriores de la Confederación Argentina, Gobernador y Capitán General de la Provincia de Buenos Aires.

Tengo el honor de poner en conocimiento de V. E. los detalles del triunfo completo obtenido por las armas federales sobre las de los correntinos enemigos de las glorias e Independencia americana, en los campos del *Pago Largo,* de que anticipé aviso el mismo día de la batalla.

El 31 de marzo último se movió el ejército de mi mando del arroyo Basualdo en que había campado el día anterior, marchando en tres columnas paralelas, al cargo la de la derecha del general D. Justo José de Urquiza, la del centro al de igual clase D. Servando Gómez y la de la izquierda a mis inmediatas órdenes. A poca distancia tuve aviso por mis partidas avanzadas de que había descubierto una fuerza enemiga, y al momento destaqué sobre ella parte de la vanguardia del ejército; pero apenas ésta se aproximó al enemigo, que se hallaba cercano a un monte en número de mil quinientos hombres, se puso en retirada perseguido siempre por los nuestros. En consecuencia, continuó en marcha todo el ejército hasta que a distancia de tres leguas se avistó el de Corrientes formado en batalla, ocupando posiciones ventajosas. Su número era de más de cinco mil hombres de las tres armas, siendo de infantería cuatrocientos cincuenta con tres piezas de artillería de a cuatro.

Inmediatamente dispuse el orden de la batalla, ocupando los costados y centro las divisiones en la forma que queda dicho, encargando a los generales Urquiza y Gómez guiasen sus movimientos en el acto de la carga por el que hiciese el costado izquierdo, y en estas circunstancias queriendo el enemigo tomar la iniciativa en el ataque, lo previne cargándolo con impetuosidad. El arrojado general Gómez y el intrépido general Urquiza, siguiendo con admirable uniformidad la orden dada, se precipitaron sobre el enemigo con la mayor bravura.

En el acto fué arrollada y acuchillada su caballería, y nuestra infantería en número de trescientos sesenta hombres con dos piezas de a dos rompió el fuego sobre la del enemigo, quedando toda ésta muerta o prisionera y en nuestro poder las tres piezas de a cuatro arriba mencionadas, habiéndose conservado firmes en sus puestos nuestras reservas, porque en parte alguna de la línea se necesitó de protección.

El enemigo dejó sobre el campo de batalla mil novecientos sesenta hombres muertos, contándose entre éstos ochenta y cuatro jefes y oficiales y el cadáver del gobernador y capitán general de la provincia de Corrientes, general en jefe del ejército traidor, Genaro Berón de Astrada. Además cuatrocientos cincuenta prisioneros, quinientos fusiles de infantería, mil quinientas lanzas, trescientas sesenta tercerolas y casi igual número de sables, fuera de los que diariamente se recogen del campo en las direcciones que llevaron en su fuga los pocos que lograron escapar; seis carros de municiones de artillería, infantería y caballería, más de cuatro mil caballos, un estandarte y su archivo de campaña. Todo cuanto pertenecía al equipo y bagaje del ejército rebelde forma el trofeo de esta gloriosa jornada.

La pérdida por nuestra parte consiste en cinco oficiales muertos, ocho heridos, cincuenta de tropa muertos y noventa y seis heridos.

Réstame sólo recomendar a la alta consideración de S.E. y los argentinos todos a todos los señores jefes, oficiales y tropa de este ejército, pues hasta el último soldado se ha hecho acreedor por su decisión y bravura al reconocimiento de la República, cuya libertad han sabido sostener heroicamente en el campo de la gloria. Nada han dejado que desear y ni aun me es dado hacer distinción en la comportación de cada uno en el combate, desde que observé que todos peleaban como hombres libres sosteniendo los más caros derechos de su Patria contra los esclavos de los tiranos, los parricidas unitarios, los pérfidos anarquistas y alevosos agentes de la

Francia, que pretendían sujetarla a un yugo ominoso.
Dios guarde a V. E. muchos años.

PASCUAL ECHAGUE.

(De la *Gaceta Mercantil* del 27 de abril de 1839).

ANEXO N.o 4

Segundo parte del general Echagüe sobre el combate de Sauce Grande.

Cuartel General en el Diamante, a 27 de julio de 1840.

Al Excmo. Sr. Gobernador y Capitán General de la Provincia de Buenos Aires, Ilustre Restaurador de las Leyes, Brigadier General D. Juan Manuel de Rosas, Encargado de las Relaciones Exteriores de la República.

En los primeros momentos que me quedan libres me contraigo a comunicar a V. E. una relación circunstanciada de la jornada del 16 y sus inmediatos resultados.

Habiendo trasladado mi campamento, en la tarde del 13, sobre el camino que de la Victoria conduce a la capital, comprendió el enemigo la necesidad de abandonar la posición que ocupaba desde un mes atrás, para no dejar cortada la ruta de Diamante, en donde tenía sus principales recursos. Marchó, con este designio, en la noche y amaneció al sur de la *Tapera de Medrano*, distante una legua de nuestro campo: el tiempo era de mucha lluvia y por este motivo no hubo ocurrencia particular hasta la mañana del 15 en que nos amagó un ataque por el flanco derecho. Entonces cambia-

mos el frente sobre la misma altura; marchando a lo largo de ella como 25 cuadras, hasta colocar nuestra línea delante de las posiciones contrarias, que se hallaban situadas en donde principian las vertientes del *Arroyo Pelado* y dominando el corto espacio libre de zanjas en que se podía maniobrar; porque a nuestra retaguardia estaba surcado el terreno con las ramificaciones o *Puntas del Sauce Grande,* que son bastante cenagosas.

Allí principió el traidor a arrojarnos gran cantidad de granadas, que no causaban daño alguno por la distancia, y cuando se hubo aproximado convenientemente su batería de ocho piezas, le mandé hacer fuego con tres de las nuestras, lo que bastó para alejarlas. Se cruzarían más de 200 tiros, sin otra pérdida de nuestra parte que la rueda de una carreta y algunos caballos: el comandante de artillería, teniente coronel D. Nicolás Jorge y un soldado del mismo cuerpo quedaron heridos de poca gravedad. En el resto del día hubo guerrillas en las avanzadas, a las cuales hice reforzar con una compañía de volteadores, protegida por otra, para evitar un golpe de mano; y como la noche era clara y serena, se les presentó la ocasión de ejercitarse sobre el enemigo que afectaba una retirada; aunque bien pronto supe sus verdaderos designios por el informe de un espía, que volvió a dar cuenta de su comisión.

Cerciorado de esta circunstancia, expedí mis órdenes para el arreglo y distribución de los cuerpos del ejército, en la forma siguiente: una división de caballería en escuadrones de maniobra componía la derecha a las órdenes del general D. Justo José de Urquiza, sostenida por medio batallón de la infantería entrerriana y 2 piezas de a cuatro. Dicha caballería desempeñaba en ese día el servicio de avanzadas y era su jefe el coronel D. Gerónimo Serrano. El centro, compuesto de las tres armas y mandado por S. E. el Presidente D. Manuel Oribe, tenía 8 piezas de artillería de a ocho, seis y cuatro, al cargo del comandante D. Juan Thorne, por haber sido herido el comandante Jorge; la línea de infantería, comprendiendo el batallón *Independencia,* otro de orientales, la mitad del *Entrerriano* y dos compañías de cívicos, reconocían por su jefe al

teniente coronel D. Gerónimo Costa; y el todo de la caballería del mismo centro, casi igual a la derecha, compuesta de dragones y lanceros de Buenos Aires y el resto de orientales, maniobraba a las órdenes del expresado Sr. Presidente. La izquierda, a la voz del general D. Servando Gómez, de caballería de Buenos Aires, el primero de la Legión *Fidelidad* y cuatro de esta provincia, distribuída en escalones, quedando en la reserva, que mandaba el coronel D. Pantaleón Algañaraz, el regimiento de *Auxiliares de los Andes* y los escuadrones *Cabral* y *Victoria*, colocados a retaguardia.

Las fuerzas del enemigo se han calculado, el día de la batalla, en 2.800 hombres de las tres armas, situadas por su derecha detrás de una cañada pantanosa, a su izquierda zanjas, y el corto espacio de terreno llano, al centro, ocupado por sus batallones y artillería de 8 piezas fulminantes, inclusa una carronada de a doce. El bosquejo adjunto hace ver las posiciones respectivas.

Por la densidad de la niebla, nada ocurrió en la mañana, y aun se ocupaba el ejército en carnear a la vista del enemigo cuando principiaron a moverse once gruesos escuadrones, que pasaban de 1.600 hombres, hacia nuestra derecha e hicieron avanzar 4 piezas protegidas por la infantería, mientras las otras, por carecer de cureñas, estaban inmóviles, pero hicieron fuego muy vivo durante la acción. De suerte que parecía que la intención del enemigo fuese envolver nuestra caballería por su flanco, y forzar y destruir por su frente la línea del centro, o desligar la infantería de la caballería, para que no se pudiesen apoyar ni proteger.

Rompió el fuego en ambas líneas a la una de la tarde, mientras los escuadrones indicados avanzaban al trote, y luego que se hubieron acercado a la altura y distancia proporcionadas, se ronzaron nuestros cañones y les dirigieron multiplicados y mortíferos tiros, hasta encontrarse con los escuadrones de nuestra derecha y reserva, pasando antes una zanja. Poco antes de esto se incorporó al centro la infantería y artillería de la derecha. Aquí fué lo fuerte y empeñado del choque dentro de un cuadrilongo, cuya cabecera más elevada cerraba la línea y los otros tres lados las puntas del

Sauçe; aquí fueron arrollados con el impulso y número de los enemigos nuestros primeros escuadrones, entrando en su lugar la caballería del centro y los cuerpos de la izquierda con el general Gómez a su frente, sobre los cuales se rehicieron aquéllos y volvieron a la lucha con mayor denuedo; aquí llevaron también una buena descarga de mosquetería de nuestros batallones los salvajes unitarios más osados, que intentaban envolver a los nuestros y tuvieron que huir; aquí donde flamearon victoriosos los pendones de la Confederación, con espanto de los enemigos; aquí cayeron el adalid de los traidores, Zacarías Alvarez, el comandante Patricio Fernández y otros muchos caudillos, según se colige de los despojos hallados en el campo; aquí, finalmente, viéndose acometidos por frente y flanco, huyeron los correntinos, los del *Yeruá,* de *Maza, Cullen, Rico* y demás, perseguidos por nuestros bravos, unos hasta el *Saucesito.* otros hasta el *Paracao,* y otros hasta cerca del reducto, quedando tendidos muchísimos de estos adversarios.

Mientras sucedía este conflicto de los combatientes a caballo, nuestros batallones se mantuvieron firmes cual muro, sin hacer caso del cañoneo de los fulminantes, ni de las descargas de la infantería enemiga, cuya aproximación aguardaban impacientes para irse a la bayoneta; lo que no tuvo efecto, porque el estrago de nuestra artillería acobardó al enemigo, en términos de huir a la primer descarga de medio batallón. En aquel instante hubieran caído todos muertos o prisioneros con su artillería y bagajes, si hubiese estado reunida nuestra caballería, empleada en perseguir a los fugitivos; y así pudieron retirarse arrojando las armas y dejando abandonados muchos heridos que no se podían mover.

Presumiendo el enemigo que las tropas dispersas que a lo lejos se veían fuesen de las nuestras, desprendió uno de los cuatro escuadrones que componían su derecha, el cual tuvo que retroceder en fuga precipitada, viéndose perseguido por otro de los nuestros. Igual persecución le tocó a otro grupo de los dispersos del enemigo, que habían logrado reunirse en el fondo de una cañada, hacia nuestro costado izquierdo, siendo acuchillados por nuestros bra-

vos hasta donde se pudieron alcanzar, con cuya operación quedó despejado el campo y se acabó de reunir nuestra caballería a las cuatro de la tarde, pero en estado de no poder marchar por la fatiga de las caballadas. Esta circunstancia me decidió a mandar acampar las tropas y disponer lo necesario para socorrer a nuestros heridos, asegurar a los prisioneros y designar la fuerza que debía marchar a la noche a disolver o rendir los restos del enemigo que se avistaban en número de 600 a 800 hombres. Estos se retiraron al anochecer.

Diversas relaciones e informes adquiridos comprueban la enorme pérdida de los salvajes unitarios. Entre los cadáveres vistos en el campo de batalla, los esparcidos en la derrota y sepultados en varios parajes, no bajan de 800 hombres; el camino del enemigo en su fuga se podía seguir por los vestigios sangrientos, pues tuvieron que arrojar una fragua de campaña y otros muchos útiles de guerra para acomodar sus heridos en las carretas; se sabe que de la infantería solamente quedaron 160 hombres correntinos y vascos capaces de formar; tenemos en nuestro poder 100 prisioneros y algunos pertenecen a la legión extranjera.

En mi comunicación del 16 ya indiqué algo a V. E. respecto a la conducta heroica de los S.S. Generales, Jefes, Oficiales y tropa del Ejército Confederado que tengo el honor de mandar; mas recordando al presente el compromiso de hacer justicia al mérito de cada uno, advierto que sería necesario publicar las listas nominales, porque todos, todos han llenado su deber. Solamente nos queda el dolor de haber perdido en la batalla 25 hombres, entre ellos 4 oficiales, cuyos nombres y cuerpos a que pertenecen verá V. E. en la relación que acompaño, comprensiva también de 45 heridos. Otra minuta que va es referente al armamento y artículos de guerra que los traidores han dejado en nuestro poder, no contando en ellos el destinado a completar la armadura de nuestra caballería y que se puede calcular una tercera parte de ella.

Las marchas del ejército desde el 17 al 21, en que llegamos al Diamante, fueron cortas por la falta de movilidad anteriormente in-

dicada. Los salvajes unitarios acobardados se alejaban a toda prisa, dejando las caballadas esparcidas en el campo, y al asomarnos al río fué mayor el apuro por embarcarse, mientras una batería situada en la posición antigua, con tres culebrinas francesas y la carronada de a doce pretendían proteger el embarque, y aunque nos causaron la pérdida de un oficial y dos soldados por un tiro a bala, tuvieron muy pronto que abandonar los cañones, huyendo por un camino excusado luego que tres piezas nuestras a la izquierda del puerto y protegidas por una compañía de volteadores, empezaron a fulminarles balas y metralla.

Tengo motivo para creer que el enemigo, con 500 a 600 hombres que le quedaban, procuró pasar a la margen occidental del río y que no lo hizo por haber observado que allí se le aguardaba con fuerzas superiores, preparadas por el Excmo. Gobierno de Santa Fe. A nuestro arribo a este puerto supimos que habían estado trasladando a la isla reses y caballos, y aun se hallaban, en la ribera cerca de 800, en excelente estado de servicio.

Hoy se encuentra libre enteramente de enemigos la Provincia de Entre Ríos, porque el grupo armado que restaba de Angel Núñez fué deshecho en la tarde del 25 por el general Urquiza, que había sido destinado a atacarlo. Tan prósperos resultados derivan su origen de oportunas y enérgicas providencias de V. E., y no puedo menos de felicitarlo a nombre de la provincia, cuyos destinos me están confiados, y del virtuoso y valiente Ejército de la Confederación, el cual, después de una corta interrupción de sus fatigas, marchará a afianzar la paz pública, combatiendo contra el que osare perturbarla.

Dios guarde a V. E. muchos años.

PASCUAL ECHAGÜE.

(De la *Gaceta Mercantil* del 26 de octubre de 1840).

ANEXO N.o 5

Rosas explica al gobernador de Córdoba los motivos que ha tenido para enviar a Tucumán al general La Madrid.

Señor D. Manuel López.

Buenos Aires, Febrero 20 de 1840.

Mi querido amigo:

Por varias razones que usted debe alcanzar, he dispuesto marche al Tucumán el general D. Gregorio Aráoz de La Madrid acompañado de una escolta, y encargado de remitir a ésta el armamento, parque, municiones y demás que allí existe y quedó sobrante después de la guerra contra el tirano Santa Cruz, y que tanta falta me hacen para continuar la guerra honrosa en que está empeñada la República. Motivos especiales que a usted no serán desconocidos, me han inducido a dispensarle esta confianza, que no dudo ni un momento sabrá aquel federal corresponder. Sus sentimientos son americanos, y desde que así va lo tiene acreditado con hechos, no debemos esperar otra cosa. Descanse usted, pues, en esta disposición, seguro de que nos conviene así en las circunstancias.

Los sucesos que han tenido lugar, ocasionados por las injustas y bárbaras pretensiones de los franceses, han producido en el general La Madrid las impresiones nobles que lo han decidido a separarse ha mucho del salvaje bando unitario.

Hago a usted esta oportuna explicación acerca de la persona de este general, para que, persuadido de las circunstancias particulares que me guían en este paso reclamado urgentemente por el sumo bien de la paz interior y exterior de la República, no sea usted prevenido de antiguas impresiones, formadas por los aconteci-

mientos ominosos de los años pasados, y para que al presentarse a usted le preste la hospitalidad y obsequio correspondiente a un comisionado de este gobierno y los auxilios y medios que pueda necesitar al mejor desempeño de la confianza que le he encomendado en la importante comisión de que es encargado.

Que Dios conceda a usted la mejor salud y acierto es el voto con que lo sigue siempre su affmo. atento amigo

JUAN M. DE ROSAS.

(Del Archivo de Gobierno de Santa Fe, tomo VIII).

ANEXO N.o 6

Parte del general Pacheco sobre el combate de Rodeo del Medio.

Mendoza, Septiembre 30 *de* 1841.

Al Excmo. Sr. Gobernador y Capitán General de la Provincia de Buenos Aires, Nuestro Ilustre Restaurador de las Leyes, Encargado de las Relaciones Exteriores, General en Jefe del Ejército Unido de la Confederación Argentina, Brigadier General Don Juan Manuel de Rosas.

Autorizado por S. E. el Señor General en jefe interino del Ejército Unido de Vanguardia de la Confederación Argentina, Presidente del Estado Oriental, brigadier general D. Manuel Oribe, para dirigirme a V. E. directamente en razón de la enorme distancia a que las operaciones del Ejército nos pondría, desde que el día 9 de agosto último se dividió éste marchando en dirección diame-

tralmente opuesta, y para excusar los inconvenientes de atrasos y extravíos indispensables en la correspondencia, tengo el honor de hacer a V. E. esta comunicación, que tendrá por objeto darle un exacto conocimiento de las operaciones ejecutadas en estas provincias sobre los salvajes unitarios y detallar el glorioso suceso en que fueron pulverizados y para siempre destruídos los traidores que obedecían las órdenes del pérfido salvaje unitario Gregorio Aráoz de La Madrid.

Sabedor el Excmo. Sr. General en jefe de que aquel pérfido caudillo se había dirigido a La Rioja con su ejército después de haber atravesado la provincia de Catamarca, dispuso que bajo mis órdenes inmediatas saliese una división a batirlo. En efecto: el citado día 9 de agosto arrancó ésta su marcha desde la Cruz del Eje, provincia de Córdoba, con la fuerza numérica que demuestran las listas que tengo la honra de presentar a V. E.

Era urgente marchar sobre los enemigos, y los aprestos de la expedición fueron precipitados. Este motivo y lo desfavorable de la estación precisó a este cuerpo de ejército a emprenderla con solo un caballo por hombre y no en buen estado. Así es que tocando mil embarazos, que hacían difíciles de vencer las travesías indispensables en toda la ruta, marchando desde la primera jornada parte de la caballería a pie, en parajes donde no había una mata de pasto, iba, sin embargo, adelante la columna, sufriendo con infatigable constancia y entusiasmo la sed y el cansancio de marchas forzadas, para alcanzar a las aguadas o a los pastos.

Otra dificultad no menos grande ofrecíasenos en esta campaña. La ruta que desde los *Baldes de Nabor* convenía y fué preciso llevar, debía hacerse por lugares nunca transitados de carruajes, sendas estrechas, por montes y terrenos fragosos, que hubo que convertir en caminos practicables para la artillería. Más de 70 leguas abiertas a golpe de hacha es una fatiga que recomienda por sí misma la virtud de los soldados de la Confederación. Marchas de diez, doce o más leguas, por muchos días consecutivos, patentizan la fortaleza de nuestros infantes, pues la más espantosa esterilidad en desiertos

demasiado prolongados no les ofrecía otra cosa que la sed, el hambre y el cansancio; pero iban a combatir por la Patria, y la alegría nunca abandonó sus semblantes guerreros.

Al tiempo mismo que arribábamos a los llanos de La Rioja, el salvaje Madrid se lanzaba a la provincia de San Juan y sin detenerse, según los partes de S. E. el Sr. General Benavídez, pasaba a la de Mendoza. Sus movimientos decidieron los míos por la de San Luis, que era por donde se me ofrecía la probabilidad de un más pronto encuentro, saliéndole a su frente, único también practicable después que el país que dejaba a su retaguardia quedaba exhausto de recursos de movilidad y subsistencia. La falta de caballos era de una vital importancia y no podía remediarse de ningún modo en La Rioja ni en San Juan, siguiendo en pos de los enemigos.

Otras muy poderosas y urgentes miras tuve en vista para ocupar sin dilación la provinica de San Luis, las que se llenaron cumplidamente, siendo de sensible perjuicio a los salvajes unitarios y de un provecho grandioso para el ejército federal.

Decidida mi marcha por San Luis, reforzé al benemérito coronel Llanos con un escuadrón de línea, para que, adelantándose sobre San Juan, hiciese uso de algunas estratagemas para distraer al enemigo, hice pasar a vanguardia, a dos días de camino, la *División Flores,* desde el *Agua de la Piedra,* el 25 de agosto, de acuerdo ya con el Excmo. Gobierno de la Punta, a fin de que recolectase las caballadas que tanto necesitábamos, y al mismo tiempo la protegiese contra la invasión de que se hallaba amagada, según los avisos que dicho Excmo. Gobierno me hacía con repetición, mientras que el resto de las tropas seguía sus marchas, con la actividad que desde el principio observó, a pesar de las travesías, de los malos caminos que todavía le restaban, y sobre todo, de la falta de cabalgaduras.

Pero la recomendable conducta del Gobierno, autoridades subalternas y ciudadanos federales de San Luis empezó a ejercitarse de un modo tan decidido en favor de la Santa Causa Nacional de la

Federación que, a muy pocos días, la *División Flores*, conducida con habilidad, actividad y tino por su jefe, no sólo estuvo regularmente montada, sino también proporcionó caballos y bagajes al resto de la división, haciendo de este modo menos penosas sus marchas.

En tanto que nosotros adelantábamos terreno aproximándonos al río Desaguadero, el enemigo se apoderaba de los recursos que le ofrecían las provincias de San Juan y Mendoza, remontaba su caballería, imponía crecidas sumas de dinero a los federales por contribuciones que hacía efectivas a fuerza de bárbaros e inauditos procedimientos, y se preparaba en fin a llevar la muerte, la desolación y el espanto a los demás pueblos de la República, acercándose ya su vanguardia al río Desaguadero. Con este conocimiento, el coronel Flores recibió la orden de marchar rápidamente a contenerlos, siguiéndolo a lo lejos el batallón *Costa* para asegurar el paso de este río.

Datan de esta época las hostilidades de nuestro ejército sobre el de los salvajes unitarios. El coronel D. José María Flores, con la presencia de sus valientes escuadrones, impuso e hizo retroceder a la vanguardia de los traidores. Acertadamente dirigidas por aquel jefe, nuestras fuerzas avanzadas lograron sorprender en Santa Rosa una partida que allí tenía el enemigo y acuchillarla en una larga distancia, quedando muerto el oficial salvaje que la mandaba.

En este mismo tiempo, un movimiento espontáneo del heroico vecindario de San Juan destruyó la guarnición con que los enemigos la oprimían. La división *Llanos* pasó inmediatamente a aquel pueblo para sostenerlo. S. E. el Señor General Benavídez ordenó la marcha de su fuerza con el mismo objeto, formando de este modo una columna de más de mil hombres.

Posteriormente, los escuadrones *Flores* empujaron hasta el ejército enemigo una columna de caballería del pérfido Madrid, sin que osase ésta medirse con ellos a pesar de la conocida superioridad de su número y de sus caballadas.

La principal fuerza del bando salvaje se hallaba situada entre el *Retamo* y la ciudad de Mendoza. El ejército federal llegó el 22

al *Retamo* y los enemigos se reconcentraron en las inmediaciones del *Rodeo del Medio*. El 23 campamos a dos leguas de distancia: los escuadrones *Flores* y compañías de volteadores de los batallones *Independencia* y *Defensores de la Independencia*, al cargo del coronel D. Jorge Velazco que me había ofrecido sus servicios en la Punta y del mayor D. Santiago Dávila, marcharon a las diez de la mañana en dirección de los enemigos, con el fin de hacer un reconocimiento de sus fuerzas, que a la distancia se divisaban. Durante el día se sostuvieron fuertes guerrillas, y en la tarde todas ellas se pusieron en movimiento sobre nuestra división de vanguardia. Esta tenía órdenes de no empeñar un combate; su propósito era reconocer el número de los enemigos y las posiciones que ocupaban. Así es que se limitó a empujar las guerrillas sobre su mismo campo, y conseguido, se retiraba, pero como los enemigos, prevalidos de la distancia a que veían nuestra principal fuerza, pasasen un cuerpo fuerte de caballería por el puente de la *Vuelta de la Ciénaga*, siguiendo a los nuestros, mi ayudante D. Juan Pablo Albornoz y el benemérito teniente Montero, que cubrían su retaguardia, volvieron caras, cargaron la cabeza de su columna y la arrojaron valientemente al otro lado del desfiladero. La noche nos tomó en esta disposición: nuestra caballería y las compañías de cazadores se replegaron al frente de la línea para hacer sus comidas, dejando partidas de observación sobre el campo enemigo. Algunos tiros de ambas avanzadas, sin suceso, y las señales con cohetes de luces de que hicieron uso los enemigos, es lo único que interrumpió el silencio de cuando en cuando, pero sin que nuestra tropa se molestase con una alarma general.

Desde el Desaguadero, S. E. el bizarro e intrépido general Don Nazario Benavídez dirigió en persona los movimientos de las avanzadas participando de sus peligros y fatigas.

El Excmo. Sr. General D. José Félix Aldao dispuso que marchase del *Retamo* la fuerza de Mendoza y San Luis, al mando de S. E. el Sr. Gobernador D. Pablo Lucero y del coronel D. José Santos Ramírez, reforzada con un escuadrón de línea de esta divi-

sión al del sargento mayor Duarte, para situarse cinco leguas a retaguardia de los enemigos, colocando destacamentos en algunos desfiladeros de la Cordillera.

Al amanecer el día 24 se puso en marcha la división en busca de los enemigos. Las partidas descubridoras enviaron parte de hallarse éstos como a 18 cuadras, en el lugar antes mencionado, inmediatos al *Rodeo del Medio*. Al llegar la cabeza de la columna al puente, se suspendió la marcha, se colocó una batería para proteger el paso, adelantando cazadores al mando del valiente mayor Martínez, para hacer un prolijo reconocimiento del campo y de la fuerte posición del enemigo.

Dividíanse nuestras fuerzas en ala derecha, centro, izquierda y reserva, componiéndose la primera del regimiento *Escolta de la Libertad*, su jefe accidental el teniente coronel D. Ramón Bustos, con dos escuadrones, al mando el uno del capitán D. Manuel Lasardi y el otro del teniente D. Pascual Alcobe; escuadrón de línea N.° 3, comandante el sargento mayor D. Florencio Villanueva; escuadrón de línea N.° 6, comandante el coronel graduado D. Manuel Carmelo García, y escuadrón Rioja, comandante el sargento mayor D. Juan de Dios Videla; todos bajo las órdenes del distinguido coronel D. Nicolás Granada.

El centro, compuesto de infantería, lo mandaba el acreditado coronel D. Gerónimo Costa y se dividía en cuatro pequeños cuerpos para facilitar la maniobra, los cuales eran mandados por el coronel D. Jorge Velazco y sargentos mayores D. José Antonio Martínez, D. Santiago Dávila y D. Cesáreo Domínguez, llevando la dirección inmediata de los dos batallones de la izquierda el teniente coronel D. Marcos Rincón.

La artillería ocupaba el centro al mando de su comandante, sargento mayor D. Bernabé Castro.

La izquierda, que mandaba el infatigable coronel D. José María Flores, la formaban cuatro escuadrones de maniobra, al cargo los dos de la izquierda del teniente coronel D. Julián C. Sosa, y los de la derecha al del teniente coronel D. José Ignacio Burgoa, y cada escuadrón mandado por un capitán.

La reserva estaba encargada al coronel D. Pedro Ramos, quien con el batallón *Libres de Buenos Aires*, ordenanzas y conductores de bagajes, debía no sólo estar pronto para acudir donde lo exigiese la necesidad durante el combate, sino también cubrir el parque y el hospital, dirigiendo sus movimientos.

Preparados así a la pelea, se dieron las órdenes para pasar aquel difícil y peligroso desfiladero, al alcance de los fuegos enemigos y al frente de su línea formada ya.

El coronel Costa, con los cuerpos de la derecha del centro, se lanzó el primero al desfiladero para sostener el pasaje y servir de base para desplegar. Una vez situado sin oposición, desfiló inmediatamente por su retaguardia el resto de la fuerza, y en ocho minutos estuvo formada nuestra línea al frente de las baterías enemigas, que rompieron el fuego. El intrépido comandante Rincón se adelantó entonces con dos compañías de cazadores hasta incomodar con sus fuegos la derecha de la línea enemiga, mientras yo reconocía de cerca la posición y descubría la colocación de sus fuerzas, cubiertas hasta entonces por un cordón de médanos, entretanto que el Jefe del Estado Mayor, el activo coronel D. Francisco Lasala, colocaba en lugar conveniente una batería que flanquease las del enemigo. Este, inclinando sus fuerzas sobre nuestra derecha, dirigió sobre ella todos sus fuegos, adelantó su infantería y se empeñó en cargas de caballería con la tendencia de envolverla. El coronel Flores, dejando la mitad de su caballería, maniobraba con el resto por retaguardia de nuestra línea, para proteger nuestra ala derecha si preciso fuera.

El coronel Ramos se acercaba a la línea para proteger la batería y apoyar la caballería de la izquierda, conduciéndose en esta maniobra y en la dirección del parque y hospittal con recomendable acierto.

El coronel Granada recibió en debida forma las cargas de caballería y las rechazó, causando al enemigo mucha pérdida.

Una batería de artillería, a la par de su infantería en masa, intentó entonces romper nuestro centro; el coronel Costa se adelan-

tó con dos batallones y la recibió con un fuego bien dirigido. El mayor Domínguez con su batallón de *Patricios* que acudió a reforzarlo, desplegó en medio de un fuego mortífero, rectificando la alineación como en un ejercicio. El comandante Rincón con sus cazadores, haciendo un rápido cambio de frente, tomó la columna enemiga de flanco en los momentos en que ella se retiraba en fuga abandonando tres cañones. La derrota del enemigo estaba pronunciada en casi toda la línea, la nuestra marchó al instante sobre las baterías, sin que nuestra artillería pudiese seguir de cerca los movimientos de la línea en un terreno tan embarazado, y más que todo por el mal estado de las mulas, a pesar de los esfuerzos de su comandante y de todos los artilleros.

El coronel Flores, que ya había vuelto a su lugar, completó la derrota del enemigo con una valiente carga (los escuadrones del bravo comandante Sosa a la cabeza) contra un cuerpo de caballería de 600 hombres que se adelantaba sobre su costado.

Desde ese momento, toda nuestra caballería se puso a perseguir. Los enemigos abandonaron el campo dejando más de 400 muertos y nueve piezas de artillería, cuatro banderas, su parque, comisaría, bagaje, caballadas, armamento y más de 300 prisioneros, que en el alcance se han aumentado a más de 500. Entre los primeros hay algunos jefes de nota. De los segundos son 6 jefes y 67 oficiales.

El pérfido salvaje La Madrid huye despavorido con un grupo hasta de 200 hombres que lleva a perecer en las nieves de la Cordillera de Uspallata, si es que logran escapar de caer en poder de los destacamentos que lo siguen a corta distancia. El resto de sus dispersos están escondidos, la mayor parte a pie, en las ciénagas, en los potreros y no pocos en las casas de esta ciudad, de donde los toman diariamente nuestras patrullas.

Los salvajes unitarios, a favor de su ventajosa posición y de su fuerza numérica, se han batido como desesperados por cerca de tres horas; pero la bravura de nuestros soldados los obligó a quebrantar el juramento tantas veces repetido, con que han alucinado

a los pueblos que han arrastrado consigo, de vencer o de morir sobre el campo de batalla.

Nuestra pérdida consiste en 18 muertos y 80 heridos.

A los conocimientos prácticos y a la habilidad de S. E. el Sr. General D. José Félix Aldao, a la inalterable y discreta intrepidez de S. E. el Sr. General D. Nazario Benavídez, a la capacidad, exactitud y valentía de nuestros jefes y oficiales y a la disciplina y bravura de nuestros beneméritos soldados federales, se deben exclusivamente los resultados decisivos de la victoria del 24 del presente sobre el ejército de los salvajes unitarios, por la cual me permitirá V. E. felicitarlo a mi nombre y al de todas las clases que componen esta división.

Es de justicia hacer mención del mérito contraído por el coronel, jefe del E. M. divisionario, D. Francisco Lasala, no sólo como un valiente en el combate, sino como incansable en los trabajos y fatigas de una campaña que en su destino se los ha ofrecido multiplicados y difíciles.

Dios guarde a V. E. muchos años.

ANGEL PACHECO.

(De la *Gaceta Mercantil* del 21 de octubre de 1841).

ANEXO N.o 7

Parte del general Oribe sobre el combate de Famaillá.

Cuartel General en el Ceibal, Septiembre 21 *de* 1841.

Al Excmo. Señor Gobernador y Capitán General de la Provincia de Buenos Aires, Encargado de las Relaciones Exteriores de la República, General en jefe



del Ejército Unido de la Confederación Argentina, Ilustre Restaurador de las Leyes, Brigadier D. Juan Manuel de Rosas.

Tengo el honor de poner en conocimiento de V. E. que el 19 del corriente ha obtenido este cuerpo del ejército un triunfo completo sobre el salvaje unitario asesino Juan Lavalle, en los campos del *Río Colorado* o de *Monte Grande*, en esta provincia del Tucumán.

Ocupado desde el mismo momento de la batalla en una persecución activa sobre los salvajes unitarios, no me ha sido posible hasta ahora dedicarme a dar a V. E. el parte de este suceso.

Después de muchos días de marcha sobre el enemigo, que evadía constantemente el combate, me resolví a dividir mi fuerza, destinando una división de 1.300 hombres al mando del general Jefe del Estado Mayor General, D. Eugenio Garzón, a ocupar la capital del Tucumán, para ponerme en actitud de seguir con más rapidez y más de cerca a los salvajes.

Hecha esta operación, me preparaba a forzar una o dos marchas y caerles encima, para obligarlos a la pelea, cuando el 18 del corriente se me presentó un bombero y me anunció que en la madrugada del 19 debía ser mi fuerza atacada, para lo que pensaba el salvaje unitario Juan Lavalle caminar toda la noche del 18.

Con tal noticia redoblé las precauciones, que no fueron inútiles, pues efectivamente a las 3 de la mañana del 19 ya tuve parte de las avanzadas de que se avistaban en las márgenes del río fuerzas enemigas.

Aunque no se podía a esa hora descubrir el número de aquéllas ni su colocación, se preparó el ejército, manteniéndose firmes en sus puestos los cuerpos que lo componían, hasta el amanecer.

A esta hora salí a tomar posición conveniente y lancé partidas sobre los salvajes unitarios, para asegurarme de su número y situación, marchando al mismo tiempo en dirección a ellos.

No tardé en convencerme que todo el ejército del salvaje uni-

tario asesino Lavalle se hallaba allí y que un nuevo día de gloria se preparaba para la Confederación.

A la vista de nuestras fuerzas, trató aquel malvado de escapar todavía, procurando tomar el camino que pasa por el medio de *Monte Grande;* pero no le dí tiempo, emprendí mi marcha sobre él y conoció que le era indispensable aceptar la batalla.

Formó, pues, su línea, fuerte de 1.800 hombres largos de las tres armas, con el *Monte Grande* a sus espaldas y su infantería y artillería colocadas en el centro de aquélla.

Mi fuerza, separada la división de que hablé antes, era de 2.200 hombres y fué distribuída del modo siguiente:

La derecha, compuesta de dos escuadrones del número 6, mandados por los sargentos mayores D. Nicolás Altamira y D. Andrés Frías, uno del número 4 mandado por el teniente coronel D. Alejandro Herrera, otro del número 2, por el sargento mayor graduado D. Dionisio Sagasta y teniente coronel D. Vicente Pérez, dos del número 4 a las órdenes del capitán D. Pedro Bustos, estando al cargo de los tres últimos escuadrones el teniente coronel D. Baldomero Lamela, el todo con el valiente coronel D. Hilario Lagos a la cabeza, la puse bajo el mando del bravo general D. Celedonio Gutiérrez.

El centro, compuesto del batallón *Libertad* con tres piezas de artillería, estaba al mando del intrépido coronel, jefe del citado batallón, D. Mariano Maza.

Y la izquierda, que constaba de los escuadrones 1.° de Santa Fe al mando de su comandante D. Ramón Serraire, 2.° del número 3, al de igual clase D. Luis Almada, 3.° de Santiago del Estero, al del comandante D. Javier Saraiva, y 4.° de la misma provincia, al de igual clase D. Lino Rajoi, bajo las órdenes del arrojado coronel D. Jacinto Andrada, con el 1.°, 2.°, 3.°, 4.° y 5.° escuadrones de la citada provincia, a las órdenes de los capitanes D. Felipe Ledesma, D. Rudecindo Paz, D. Guillermo Llanos, D. Fernando Díaz y Don Mariano Alderete, y estos cinco a órdenes del distinguido teniente coronel D. Mariano Saravia, fué puesta bajo la dirección del valien-

te y decidido Excmo. Sr. Gobernador de la Provincia de Santiago del Estero, D. Felipe Ibarra.

Finalmente la reserva, que la formaban los escuadrones 1.° y 4.° de campaña de Buenos Aires, mandados por el bravo coronel D. Cayetano Laprida, cuadro de oficiales de orientales y Escolta del general en jefe, por el valiente coronel D. Ventura González, estuvo a las órdenes del arrojado coronel D. Bernardo González.

En esta disposición avanzó nuestra línea sobre la de los salvajes unitarios hasta distancia de 150 varas. A esa distancia mandé hacer alto y desprender nuestras guerrillas por la derecha y empezar sucesivamente las cargas. Lanzó el enemigo las suyas por el mismo costado, y sobre el mismo arrojó sus escuadrones de la izquierda, con lo que se trabó el combate que luego se hizo general.

Poco tiempo estuvo indecisa la victoria: nuestra derecha rechazó, persiguió y acuchilló al enemigo hasta una legua más allá del campo de batalla, siguiéndolo el Sr. coronel D. Hilario Lagos, a pesar de una herida de bala de consideración que había recibido, con el ardor de un guerrero federal. El bravo coronel D. Mariano Maza, a la cabeza de su batallón, se arrojó sobre la infantería y artillería enemiga, mientras que el acreditado coronel D. Jacinto Andrada, siguiendo las órdenes del Excmo. Sr. General D. Felipe Ibarra, se precipitaba también sobre ella.

Todo fué ya entonces una dispersión general en los salvajes unitarios: huyen despavoridos a guarecerse del monte, donde nuestros bravos soldados los persiguen, sembrando el campo de cadáveres de jefes, oficiales y soldados enemigos.

Seiscientos muertos de éstos y toda la infantería y artillería, con 4 piezas, mucho armamento y municiones, de que remitiré a V.E. una relación, y la bandera son los trofeos de esta victoria que han caído en nuestro poder.

Entre los prisioneros se halló el traidor salvaje unitario ex coronel Facundo Borda, que fué al momento ejecutado con otros traidores titulados oficiales, de entre los de caballería e infantería.

El salvaje unitario asesino Juan Lavalle, con el salvaje uni-

tario Juan Pedernera y el miserable salvaje unitario Marco M. Avellaneda, huyen con algunos hombres, sufriendo una activa persecución, y están tomadas desde el campo de batalla todas las medidas, que les harán al menos muy peligrosa su retirada, si logran salvarse.

Nuestra pérdida ha sido corta, siendo lo más sensible la herida que bandeó un pie al coronel D. Hilario Lagos, la del capitán mi ayudante D. Liborio Balao, herido gravemente, el teniente Don Pedro Barreto herido, y muerto el alférez D. Fortunato Cela.

Sólo me resta felicitar a V. E. por este triunfo de gloria, a que es acreedora la Confederación Argentina, y recomendar con placer y justicia a la consideración de V. E. la brava, heroica y digna comportación de todos los señores generales, jefes, oficiales y tropa que se han hallado en esta batalla y cuya relación nominal mandaré a V. E. oportunamente.

Dios guarde a V. E. muchos años.

MANUEL ORIBE.

(De la *Gaceta Mercantil* del 21 de octubre de 1841).

ANEXO N.o 8

Partes del general Manuel Oribe sobre el combate de Arroyo Grande.

N.o 1. — *Primer parte del general Oribe a Rosas.*

Cuartel General en *Arroyo Grande*, 6 de Diciembre de 1842.

Al Excmo. Sr. Gobernador y Capitán General de la Provincia de Buenos Aires, Encargado de las Relaciones Exteriores y General en jefe del Ejército

Unido de la Confederación Argentina, Ilustre Restaurador de las Leyes, Brigadier D. Juan Manuel de Rosas.

Son las doce del día, y en este momento acaba de obtener el Ejército Unido de Operaciones de Vanguardia que está a mis órdenes, después de un reñido combate, el más completo triunfo sobre el de los salvajes unitarios, compuesto de ocho mil hombres y acaudillado por el malvado, salvaje pardejón Fructuoso Rivera.

Toda su infantería, su tren de artillería, parque, bagajes, caballadas, que existen en nuestro poder, y un campo cubierto de cadáveres enemigos, en todas direcciones, forman los principales trofeos de esta jornada de gloria para la Confederación Argentina, por la que felicito a V. E. con intenso júbilo y a nombre también de este valiente Ejército.

La persecución más activa se hace a los salvajes unitarios e incendiario pardejón Rivera, y se hará con tesón.

Oportunamente daré a V. E. los correspondientes detalles.

Dios guarde a V. E. muchos años.

MANUEL ORIBE.

N.o 2. — *Carta del general Oribe a Rosas* (del 6-XII-1842).

Excmo. Sr. Gobernador, General D. Juan Manuel de Rosas.

Mi distinguido y buen amigo:

Envío al Teniente coronel D. Ramón Bustos para que sea el conductor del importante parte de la gloriosa jornada de este día.

Por mi parte felicito a usted del modo más cordial, dándole un mil de abrazos, como a sus apreciables hijos, la Señora Doña Manuelita y Sr. D. Juan.

No puede darse un suceso más completo, y lo comprobará usted por los detalles que el expresado Teniente coronel Bustos le dará.

El pardejón con sus infames secuaces los traidores Correntinos y en fin cuanto salvaje Unitario había por estos rumbos, se habían reunido como para hacer el último esfuerzo, y a todos se les ha dado en la cabeza.

Sin otro objeto me repito de usted affmo. amigo, leal y constante.

MANUEL ORIBE.

(Tanto este documento como el N.o 1 fueron publicados en la *Gaceta Mercantil* del 15 de diciembre de 1842).

N.o 3. — *Segundo parte del general Oribe a Rosas.*

El General en Jefe Interino del Ejército Unido de Operaciones de Vanguardia de la Confederación Argentina.

Cuartel General en la costa del Uruguay, Diciembre 18 de 1842 Año 33 de la Libertad, 27 de la Independencia y 13 de la Confederación Argentina.

Al Excmo. Sr. Gobernador y Capitán General de la Provincia de Buenos Aires, Encargado de las Relaciones Exteriores y General en Jefe del Ejército Unido de la Confederación Argentina, Ilustre Restaurador de las Leyes, Brigadier D. Juan Manuel de Rosas.

Como tuve el honor de anunciar a V. E., marché del punto de las Conchas el 14 del próximo pasado Noviembre al encuentro de los salvajes unitarios, con el designio de batirlos dondequiera que los encontrase; pero ellos emprendieron una retirada rápida que imposibilitó darles alcance hasta las puntas del *Arroyo Grande*

de Entre Ríos, donde reunida sin duda toda su fuerza, tuvieron la audacia de salir al paso del Ejército Unido de Operaciones de Vanguardia, que tengo el honor de mandar.

Desde el día 5 del corriente a la tarde se dejaron ver algunas columnas del *Pardejón,* que anunciaban no estar lejos el todo de su fuerza, ni el día de una nueva gloria para la Confederación Argentina.

Efectivamente, el 6 a la madrugada me envió parte el General, jefe de la Legión *Fidelidad* y encargado de la vanguardia, Don Servando Gómez, de que se hallaba al frente del ejército enemigo y que éste formaba su línea, sobre la que el expresado general tendió fuertes guerrillas que cubrían todo el frente de aquél, con las protecciones necesarias.

Entonces le ordené que hiciese inmediatamente replegar a sus respectivas divisiones a los tenientes coroneles D. Ramón Bustos y D. Julián Ciriaco Sosa, que con sus escuadrones formaban parte de la citada vanguardia, y que él pasase también a ocupar el lugar que en nuestra línea le estaba destinado.

Al mismo tiempo mandé al coronel D. Francisco Lasala, Jefe del Estado Mayor General, que observase, mientras se acercaba nuestro Ejército, los movimientos del enemigo y me despachase con sus ayudantes repetidos partes, como lo verificó.

Apenas la cabeza del Ejército de la Confederación asomó a la pequeña cuchilla donde debía formar, descubrí al enemigo en número de 8.000 hombres, los cuales eran acaudillados por el salvaje unitario pardejón incendiario anarquista Rivera como general en jefe, el traidor salvaje unitario Mascarilla (1) y los infames salvajes unitarios Ramírez Chico y Avalos de Corrientes, en posición sobre una altura dominante, con un fuerte tren de artillería y una columna de 1.600 infantes, según los datos que posteriores a mi primer parte se han recogido. La primera comenzó desde muy lejos un fuego por entonces inútil.

(1) Apodo con que era conocido Juan Pablo López, titulado gobernador de Santa Fe.



Un pequeño obstáculo que presentaba el terreno obligó al ejército de mi mando a correrse algo sobre su izquierda, ocultando una gran parte de este movimiento al enemigo.

Salvado aquél, hice formar nuestra línea del modo siguiente:

Coloqué la *derecha,* formada del primer cuerpo de caballería del ejército, que manda el coronel D. Nicolás Granada (al que lo componen a su vez la *División del Sud* al mando del coronel graduado D. Manuel Carmelo García y teniente coronel D. Ramón Bustos, el regimiento N.° 1 al mando del coronel D. Bernardo González, la división al mando del coronel graduado D. Manuel de la Bárcena y un escuadrón del N.° 3 al del sargento mayor D. Manuel Angulo), de la 3.ª división entrerriana al mando del coronel D. Miguel G. Galarza y una columna flanqueadora mandada por el brigadier D. Ignacio Oribe, a las órdenes del Excmo. Señor Gobernador y Capitán General de la Provincia, Brigadier D. Justo José de Urquiza.

El *centro,* compuesto de la brigada de artillería, dividida en dos baterías de a 4 (piezas), una a la derecha y otra a la izquierda de aquél, mandadas la primera por el teniente coronel graduado, sargento mayor D. Francisco Carbonet, y la segunda por el sargento mayor graduado, capitán D. Bernabé Castro; de los batallones *Independencia* al mando del teniente coronel D. Gerónimo Costa, *Libertad* con su batería de 3 piezas de a 12, cuatro de a 8, un cohete *a la congrève* y 2 obuses, al del coronel graduado D. Mariano Maza, *Defensores de la Independencia Oriental* al del teniente coronel D. Marcos Rincón, *Patricios del N.° 3 de la Guardia del Monte* al mando del sargento mayor D. Cesáreo Domínguez, y *Libres de Buenos Aires* al del coronel D. Pedro Ramos, — lo puse a las del Señor General, Comandante general del Departamento del Norte y en jefe de las divisiones de vanguardia, Don Angel Pacheco.

La *izquierda,* compuesta de trece escuadrones, de los cuales los cuatro primeros de la derecha los formaba el regimiento N.° 4 mandado por el coronel graduado D. Cayetano Laprida, y al inmediato mando el 1.° del capitán D. Ildefonso Arias, al del teniente

coronel D. Baldomero Lamela el 2.°, el 3.° al del sargento mayor D. Martín Jáureguy, y al del de igual clase D. Saturnino Castro el 4.°; tres a la izquierda del citado N., 4, que lo eran los escuadrones N.° 2, N.° 3 y Escolta del Señor General Don Angel Pacheco, mandados todos por el teniente coronel D. Julián Ciriaco Sosa, y el primero de ellos por el capitán D. Máximo Muñoz, por el de igual clase D. Pablo Albornoz el segundo y por el sargento mayor Don José Suárez el tercero; cuatro escuadrones que a la izquierda de éstos formó la *División Flores del N.° 6*, mandados los dos primeros por el sargento mayor D. Andrés Frías y el tercero y cuarto por el de igual clase D. Pascual Miralles y el capitán D. Simón Garay; el escuadrón *Dragones de Buenos Aires,* que también formó a la izquierda de ésta, mandados por el capitán D. Pedro Nolasco Cautín; y una guerrilla de tiradores al flanco, mandada por el ciudadano D. Felipe Ulloa; estuvo a las órdenes del coronel, jefe de la citada *División Flores del N.° 6,* D. José María Flores.

Una columna flanqueadora por este costado, de 1.300 hombres, dividida en dos subdivisiones, que formaban seis escalones, componiendo trece escuadrones de maniobra, la primera de aquéllas al mando del coronel D. Constancio Quinteros, Jefe de Estado Mayor divisionario, compuesta de los escuadrones 1.° de Gualeguaychú mandado por el sargento mayor D. Marcos Neyra, 1.° de la *Legión Fidelidad* por el sargento mayor graduado D. José Rodríguez, *Número 2 de Buenos Aires* al mando de su capitán D. Manuel Vera, Piquetes de la Victoria y Mandisoví al del sargento mayor D. Abraham Ifrán, compañía al mando del capitán D. Gervasio Espíndola de Buenos Aires, Piquete de orientales bajo las órdenes del teniente coronel D. Tomás Gómez, 2.° de la *Legión Fidelidad* al mando del teniente coronel D. Francisco Castro, Piquete de *Lanceros de Buenos Aires* al del teniente D. Pedro Parreyna y el de *Defensores del Honor Nacional* al mando del teniente coronel D. Bartolomé Ramírez.

La segunda subdivisión de Entre Ríos, al mando del coronel D. Crespín Velázquez, dividida en tres escalones de a 200 hom-

bres, el primero mandado por el teniente coronel D. Apolinario Almada, por el sargento mayor D. Mariano Páez el segundo, y el tercero por los capitanes D. Manuel Franco y D. Pedro Pablo Gamarra, — estaba a cargo del general, jefe de la *Legión Fidelidad*, D. Servando Gómez. (1)

Tres reservas, además, a retaguardia de la línea, dos a la derecha, de las cuales la una mandada por el coronel D. Manuel Antonio Urdinarrain, de 674 plazas, y la otra de 503 por el teniente coronel D. Calixto Arredondo; y la otra a la izquierda, compuesta de 622 plazas, al mando del coronel D. Florencio Olivera, — *con órdenes de acudir a donde la necesidad los llamase* y *obrar según las circunstancias;* y los Parques, Hospital y Comisaría, en lugar aparente para llenar su objeto, completaron la colocación del Ejército.

Todo así arreglado, dí orden para marchar de frente y resueltamente sobre los salvajes unitarios, y toda la línea emprendió sobre ellos esta marcha decidida. La infantería, digna de especiales elogios, se dirigió con un paso imponente, heroico, aterrador, bajo un fuego vivísimo de artillería, que hubiese arredrado a cualesquiera otros soldados que no fuesen los de la Confederación Argentina, a apoderarse de las posiciones enemigas, sin titubear. A cierta altura, reconociendo el Señor General D. Angel Pacheco como el punto más importante y prominente de la línea enemiga el que ocupaba su batería de la derecha, ordenó al batallón *Defensores de la Independencia* se lanzase sobre ella al paso de carrera, y a los batallones *Patricios* y *Libres* que hicieran cesar el fuego y sostuviesen este ataque al paso de trote, con el frente a los dos batallones enemigos que la apoyaban, para cargarlos a la bayoneta. El primero, con su comandante D. Marcos Rincón a la cabeza, se arrojó inmediatamente, apagando los fuegos de los cañones con sus bayonetas. Los dos batallones enemigos, no pudiendo sostener el choque de los nuestros, al mando del coronel D. Pedro Ramos el de *Libres* y del ma-

(1) Refiérese aquí al mando superior de toda la *columna flanqueadora de la izquierda*, constituída por las dos mencionadas *subdivisiones*.

por D. Cesáreo Domínguez el de *Patricios,* dieron la espalda. El primer escuadrón de la división entrerriana de reserva, al mando del coronel D. Florencio Olivera, recibió entonces la orden de lancear los fugitivos, cargó valientemente, y al tocarlos, tiraron las armas y se rindieron. Rota así su línea por un ataque tan atrevido como imprevisto, quedó flanqueada su numerosa caballería de la derecha y su infantería y batería de la izquierda de su centro.

Entretanto, nuestra artillería al mando del teniente coronel graduado D. Francisco Carbonet, se adelantaba alternativamente para hacer fuego. Los batallones *Independencia* y *Libertad,* que formaban la derecha de nuestro centro, al mando de sus jefes, teniente coronel D. Gerónimo Costa y coronel graduado D. Mariano Maza, marchaban de frente con paso imperturbable, conservando su alineación y arrostrando los fuegos de la otra batería y de los otros dos fuertes batallones enemigos de la izquierda; pero nuestros bravos los aterraron al fin con sus fuegos bien dirigidos y los obligaron a dar la espalda, abandonando todo su material. Perseguidos de cerca con dos piezas de montaña que mandaba el alférez D. Basilio Márquez, aumentadas poco después con la batería del sargento mayor graduado D. Bernabé Castro, y últimamente rodeados por todas partes, depusieron las armas y se entregaron.

La división entrerriana de reserva al mando del coronel D. Florencio Olivera, siguió entonces en protección de nuestra caballería de la izquierda, que perseguía en ese momento a la enemiga, y el teniente coronel D. Gerónimo Costa, con 200 infantes montados a la grupa de dos escuadrones, para facilitar el alcance a nuestra caballería en los pasos de obstáculo, acompañó este movimiento.

Nuestra intrépida caballería, probada ya tantas veces, se precipitó con la confianza del vencedor, hasta cruzar sus lanzas con los salvajes unitarios, que cedieron al momento el campo, declarándose en la más completa y vergonzosa fuga. Perseguidos con un ejemplar tesón por nuestros bravos, ha dejado en una distancia de once leguas que duró la persecución, más de 2.000 cadáveres, entre ellos el titulado coronel mayor, salvaje unitario Ramallo, el también ti-

tulado coronel, salvaje unitario anarquista oriental Pedro Mendoza el salvaje unitario titulado coronel Beruti y otros infinitos titulados jefes y oficiales.

Nuestra pérdida, como ya dije a V. E., no es considerable, pero no deja de ser sensible, pues tenemos heridos al coronel jefe de la *División Flores del N.º* 6, D. José María Flores, de una lanzada, aunque no de gravedad, al teniente coronel D. Tomás Gómez de un balazo, al teniente coronel graduado, capitán D. Francisco Castro, al sargento mayor D. Marcos Neyra, tres oficiales más y 216 individuos de tropa. Muertos: 3 oficiales y 74 soldados.

Esta batalla, Excmo. Señor, ha sido de aquéllas que no dejan al enemigo esperanza alguna. No puede darse una victoria más completa, y los salvajes unitarios han llevado el terrible escarmiento que tenía preparado la justicia del cielo.

El Uruguay ha parecido pequeña barrera para los fugitivos despavoridos; en sus playas mismas se han teñido las lanzas de nuestros bravos en la sangre de los traidores, y otros han encontrado la muerte ahogándose.

Los mismos caudillos de los salvajes, el pardejón salvaje incendiario, el traidor Mascarilla y los infames salvajes unitarios Ramírez y Avalos han debido sólo su salvación con otros caudillos a la torpe cobardía con que muy temprano abandonaron el campo de batalla, dejando entregados a su suerte a los miserables que han arrastrado.

Dieciseis piezas de artillería de calibre de a 4 hasta 12, 4º entre jefes y oficiales y 1.354 de tropa, prisioneros, han quedado en nuestro poder con todo su parque, comisaría, bagajes, banderas y catorce mil caballos.

Réstame sólo, Excmo. Señor, recomendar a la consideración de V. E. el porte noble, experto, hábil y valiente que, como en otras mil ocasiones, han desplegado en ésta los Señores Brigadier D. Justo José de Urquiza, gobernador y capitán general de esta provincia; general, comandante general del Departamento del Norte y en jefe de las Divisiones de Vanguardia, D. Angel Pacheco; briga-

dier D. Ignacio Oribe; general D. Servando Gómez; coronel, jefe de la *División Flores del N.º* 6 y de la izquierda en la batalla, Don José María Flores; coronel, jefe del primer cuerpo del Ejército. D. Nicolás Granada; y en una palabra, todos los jefes y oficiales que se mencionan en este parte y en la relación nominal adjunta, cuyos nombres son otras tantas garantías de gloria y triunfos para la Confederación Argentina.

En el centro, sin embargo, se ha distinguido de un modo especial la compañía de Volteadores del batallón *Defensores de la Independencia*, que manda el teniente coronel D. Marcos Rincón, y en la izquierda el coronel graduado D. Cayetano Laprida y teniente coronel D. Julián Ciriaco Sosa, según consta de los adjuntos partes de División. En la derecha, flanco y reservas no ha habido lugar a recomendaciones especiales. Todos, como en lo demás del Ejército, han emulado en bravura y buena comportación.

Mis ayudantes, teniente coronel edecán D. Rafael Eguren, el de igual clase D. José Zemeño; el de la misma D. Juan Angel Golfarini, y mis ayudantes de campo, coroneles D. Andrés Latorre y D. Manuel Delgado, tenientes coroneles D. Manuel E. Melgar y D. Ventura Coronel, sargentos mayores D. Estanislao Alvarado, D. Pablo Alegre y D. Manuel Anavitarte, sargentos mayores graduados D. Arián Arizaga, D. Benjamín Villademoros, D. Tomás Viana, D. Lázaro Pérez y D. Eugenio Larriera, los capitanes Don Antonio Chavarría, D. Francisco Márquez, D. Bernardino Olid, D. Leandro Gómez, teniente 1.º D. José García; segundos D. Lindolfo Argerich y D. Pedro José López y alférez D. Juan José Montes, han llenado de un modo satisfactorio sus deberes.

El Jefe del E. M. G., coronel G. Francisco Lasala, alcanzó al oficial que llevaba en sus manos una profanada y adulterada bandera oriental, y se la arrancó, hundiéndole al mismo tiempo su espada en el cuerpo.

El comandante general del Parque, coronel D. Antonio Acuña, ha llenado dignamente su deber.

El teniente coronel D. Baldomero Lamela, en la persecución

que hacía, alcanzó con los soldados que le seguían a un titulado jefe salvaje unitario, y no queriendo éste entregar las armas, aquél echó pie a tierra, haciendo apartar su tropa, y cuerpo a cuerpo dió la merecida muerte al traidor.

El comisario pagador del ejército, D. Vicente Corvalán, pidió al jefe del batallón *Libertad* la segunda bandera de este cuerpo: con ella se colocó en las filas del mismo y la sostuvo con valor todo el tiempo que duró la acción.

Nada más tengo que agregar sino repetir a V. E. mis cordiales y entusiastas felicitaciones por este importante suceso.

MANUEL ORIBE.

(De la *Gaceta Mercantil* del 15 de diciembre de 1842).

Obras publicadas por la "Biblioteca del Oficial"

Vol.

I **Organización Militar,** I tomo, por los generales Corticelli y Garioni.

II **Organización Militar,** II tomo, por los generales Corticelli y Garioni.

(*) III **Guía para la instrucción del Batallón,** por el coronel Pascual Quirós y el mayor Manuel A. Rodríguez.

(*) IV **Organización Militar,** III tomo, por los generales Corticelli y Garioni.

(*) V **Organización Militar,** IV tomo, por los generales Corticelli y Garioni.

(*) VI **Maniobras y ejercicios de combate en gran escala,** por el coronel general von Bülow.

(*) VII **Temas de fortificación,** por el mayor R. Randewig.

(*) VIII **La Guerra de Montaña,** I tomo, por el general von Franz Kuhn.

IX **La Guerra de Montaña,** II tomo.

X **La Guerra de Montaña,** Cartografía, III tomo.

(*) XI **Temas Tácticos,** I tomo, por el coronel Immanuel.

XII **Táctica y Técnica de los Pasajes de Ríos,** I tomo, por el coronel Mertens.

(*) XIII **La Instrucción y su inspección en la Caballería,** por el mayor Basilio Brollo.

XIV **Temas Tácticos,** II tomo, por el coronel Immanuel.

XV **Táctica y Técnica de los Pasajes de Ríos,** II tomo, por el coronel Mertens.

XVI **Temas Tácticos,** III tomo, por el coronel Immanuel.

(*) XVII **La cooperación estratégica y táctica del ejército y la armada,** por el general von Janson.

XVIII **Puntos de vista para la instrucción de tiro de la infantería,** por el general Dieterich.

XIX **Nuestra caballería en la próxima guerra,** por el general von Bernhardi.

XX **Principios y temas tácticos sobre el servicio de los Zap. Pont. en campaña,** por el capitán R. Normand.

XXI **Táctica.** Manual para la conducción e instrucción de combate, por el teniente coronel Löffler, I tomo.

XXII **Empleo táctico de la artillería pesada,** por el capitán H. Friederich.

XXIII **Excursiones tácticas,** por el general de infantería Karl Litzmann.

XXIV **Táctica.** Manual para la conducción e instrucción de combate, por el teniente coronel Löffler, II tomo.

(*) XXV **La apreciación militar del terreno y su representación gráfica,** por el teniente coronel von Rudgisch.

XXVI **La conducción del cuerpo de ejército en la guerra de campaña,** por el general von Moser.

XXVII **El comando supremo del ejército alemán, 1914-1916 y sus decisiones esenciales,** por el general de infantería von Falkenhayn.

XXVIII **Temas de tiro,** por el mayor von Byern.

XXIX **Ejercicios tácticos de caballería en el terreno,** traducido por el teniente coronel Camilo Anschütz.

XXX **Ejercicios de batallón, regimiento y brigada,** por el general von Liebach.

(*) XXXI **Armas de guerra,** por George y Erdmann.

(*) Indican tomos agotados.

Obras publicadas por la "Biblioteca del Oficial"

---

(1) **Se advierte a los señores abonados a la "Biblioteca del Oficial" que deseen adquirir otro volumen que su costo será de $ 15.**



